MARIAH EVANS



Él era la única salida.
Sellaron un matrimonio forzado sin saber
que empezarían a arder el uno por el otro.

Alianza de hielo y fuego

MAFIA #2

MARIAH EVANS

Alianza DE HIELO Y FUEGO

MAFIA #2

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: Alianza de hielo y fuego
©Mariah Evans, marzo 2026
Imagen de la portada: Mariah Evans
Imágenes contraportada e interiores: Freepik
Diseño de portada: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)
Maquetación interior: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)

Esta novela está dedicada con todo mi cariño a mi prima Lorena.

Ojalá esta historia te haga soñar y viajar tanto como te gusta, que la disfrutes mucho y que puedas compartir esos pequeños momentos de magia junto a Pau.

Aunque no estén aquí, sabemos quién nos sigue cuidando y guiando desde el cielo, siempre cerca de nosotras y presentes en cada paso.

Un fuerte abrazo de tu prima.

María.

ÍNDICE

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
16
18
19
20
21
22
23
24
25
27
Agradecimientos
¡Escanea el QR!



1

La noche caía sobre el barrio gótico como una sombra antigua, húmeda y silenciosa. Las calles estrechas serpenteaban entre edificios de piedra que parecían guardar secretos desde hacía siglos, iluminadas por farolas amarillentas que proyectaban reflejos irregulares sobre el pavimento mojado. El frío se colaba entre los callejones con una persistencia incómoda, obligando a los pocos transeúntes a caminar rápido, con la cabeza gacha.

El vehículo negro se detuvo sin prisa frente a una puerta discreta que no llamaba la atención. Sin rótulos, sin música audible desde el exterior, solo una entrada anodina que cualquiera podría confundir con un local abandonado, pero no lo estaba. Dentro se tomaban decisiones que cambiaban ciudades enteras.

Sergei apagó el motor y miró por el retrovisor.

—Hemos llegado.

Alekséi asintió sin decir nada mientras el hombre sentado a su lado observaba el entorno con una calma casi inquietante.

Mikhail Petrov no miró la puerta primero, miró las azoteas, luego las ventanas oscuras, después la esquina opuesta, donde una motocicleta estaba estacionada demasiado cerca del acceso.

Sus ojos claros, casi fríos bajo la luz tenue, evaluaban cada detalle como si fuese parte de un tablero invisible.

Pelo castaño oscuro, peinado hacia atrás sin rigidez, mandíbula marcada y expresión seria. No necesitaba moverse demasiado para

imponer presencia. Había algo en su quietud que resultaba más amenazante que cualquier gesto agresivo.

Sergei se aclaró la garganta.

—Cuando queráis que vuelva, llamad.

Mikhail abrió la puerta.

—No te alejes demasiado.

No fue una orden en tono elevado, ni siquiera sonó autoritaria, pero Sergei asintió de inmediato.

Alekséi salió primero, abrochándose el abrigo para protegerse del frío. Mikhail lo siguió y ambos avanzaron hacia la entrada.

El portero apenas los miró antes de apartarse.

La puerta se abrió y el sonido del interior los envolvió: luz tenue, música baja y grave, el aroma mezclado de alcohol caro, perfume dulce y humo residual.

El bar clandestino era más grande de lo que aparentaba desde fuera. Mesas bajas repartidas estratégicamente, sofás oscuros y una barra iluminada por una línea de neón rojiza. Mujeres en ropa interior elegante se movían entre los hombres con bandejas plateadas, sirviendo copas con sonrisas ensayadas mientras evitaban cruzar miradas más de lo necesario.

La mayoría de los presentes eran hombres de Besnik.

Otros, por el acento y las miradas calculadoras, pertenecían a la mafia de Nueva York, pero el ambiente cambió apenas unos segundos después de que entraran.

No fue obvio, solo una pausa leve, un silencio que duró menos de un segundo.

Mikhail no reaccionó, simplemente caminó sin prisa por el local.

Besnik Bajraktaraj se levantó antes de que llegaran a la mesa principal. Alto, sólido, con presencia de alguien acostumbrado a ser escuchado sin levantar la voz. Sus ojos se iluminaron al ver a Alekséi, pero cuando su mirada se cruzó con la de Mikhail, apareció algo más. Respeto, quizá nervios. No todos los días entraba en tu local el jefe de toda la bratva rusa.

—Alekséi —lo saludó primero, estrechándole la mano con fuerza —. Siempre es un placer.

Luego miró a Mikhail.

Alekséi sonrió brevemente.

—Mi hermano. Mikhail Petrov —lo presentó.

Besnik inclinó la cabeza.

—Es un honor.

Mikhail sostuvo su mirada sin arrogancia, pero sin suavizar su expresión.

—El honor es mío. Ayudaste a mi familia cuando era necesario.

La frase fue simple, directa y suficiente para cambiar el peso de la conversación.

Besnik agradeció sus palabras y les ofreció asiento. Fue él personalmente quien sirvió las copas, un gesto que no pasó desapercibido para ninguno de los allí presentes.

Besnik alzó el vaso ligeramente antes de beber mientras tomaba asiento, observando a los dos hermanos con una mezcla de orgullo y respeto silencioso.

—Barcelona no ha vuelto a ser la misma desde aquello —dijo finalmente—. La tríada china perdió algo más que hombres esa noche.

Alekséi dejó escapar una breve exhalación, apoyando el codo sobre la mesa.

—Perdieron el control… y eso es lo que importa.

Mikhail no habló de inmediato. Sus dedos rodeaban el vaso sin prisa, escuchando más de lo que decían. Sus ojos claros se mantuvieron posados sobre Besnik.

—Mi hermano me habló de la fiscal —dijo al fin en voz baja—. Isabel.

Besnik asintió despacio.

—Una mujer fuerte. Más de lo que esperaba cuando la conocí.

—Lo es —respondió Alekséi, sin ocultar la dureza que apareció en su mirada al recordarlo—. Pero eso no evitó que la tríada pensara que podían usarla como moneda de cambio.

Un silencio breve se asentó entre los tres, no fue incómodo ni pesado, simplemente de reflexión.

Mikhail inclinó ligeramente la cabeza.

—El secuestro fue una provocación directa.

—Fue un error —corrigió Besnik con calma—. Creyeron que estabais distraídos, que podían presionar sin consecuencias. No entendieron a quién estaban tocando.

Alekséi sonrió apenas un poco, una sonrisa sin humor.

—Lo entendieron tarde.

Besnik dejó escapar una risa.

—Cuando vi el ático arder, supe que el mensaje estaba claro.

Mikhail levantó la mirada hacia él.

—¿Quién tomó la decisión?

Alekséi no dudó.

—Yo di la orden. El misil era la única forma de acabar con el Dragón Rojo sin prolongar la guerra. —Luego señaló a Besnik—. Él ejecutó.

Alekséi observó a su hermano de reojo.

—Funcionó.

Un leve destello cruzó los ojos de Mikhail, no de aprobación explícita, sino algo más cercano al reconocimiento.

—Eficiente —dijo.

Besnik apoyó la espalda contra el respaldo de su asiento.

—Paseo de Gracia no olvidará esa noche.

—Tampoco la tríada —añadió Alekséi.

El silencio volvió a instalarse durante unos segundos. Alrededor, las camareras seguían moviéndose con bandejas y los hombres hablaban en murmullos bajos, pero la mesa parecía aislada del resto del mundo.

Mikhail dejó el vaso sobre la mesa con suavidad.

—Ayudaste a mi hermano cuando no tenías obligación.

Besnik sostuvo su mirada.

—Era lo correcto.

—No —corrigió Mikhail con calma—. Era arriesgado. —La tensión se palpó en el ambiente—. Y, aun así, lo hiciste. —Mikhail inclinó la cabeza—. Gracias a tu ayuda todavía controlamos el Puerto Marítimo de Barcelona. Estoy en deuda contigo.

La frase no sonó como cortesía, sonó como un hecho.

Besnik pareció sorprendido un instante, pero lo ocultó rápido tras una sonrisa breve.

—Entonces brindaremos por alianzas largas.

Alekséi levantó el vaso.

—Por los enemigos que ya no respiran.

Chocaron los vasos con un sonido seco y, en ese instante, sin que ninguno lo supiera aún, algo en el ambiente comenzó a cambiar lentamente.

—La calidad del último cargamento fue excelente —comentó Besnik después, apoyando el vaso sobre la mesa—. Estoy pensando en pedir otro, especialmente del AK-12.

Mikhail asintió.

—Podemos hablar de eso.

Alekséi dejó el vaso sobre la mesa y se reclinó ligeramente en el asiento, observando a ambos con una sonrisa.

—Sabía que dirías eso antes incluso de probarlas —comentó Alekséi mirando a Besnik—. Te gustan las cosas que funcionan sin hacer ruido.

Besnik soltó una risa por lo bajini.

—Me gustan las cosas que no fallan cuando llega el momento.

Mikhail giró el vaso lentamente entre sus dedos.

—El AK-12 es fiable. Preciso en distancias medias y de fácil mantenimiento. —Hizo una pausa breve—. ¿Qué necesitas exactamente?

Besnik apoyó los codos sobre la mesa.

—Operaciones urbanas. Movilidad rápida. Algo que intimide sin parecer excesivo.

—Entonces el fusil AK-12 sigue siendo la mejor opción —respondió Mikhail sin dudarlo—. Podemos incluir variantes con supresores si buscas discreción.

Alekséi arqueó una ceja.

—¿Discreción? —Miró a Besnik con ironía—. ¿Desde cuándo te preocupa eso?

Besnik sonrió señalando a Mikhail, apoyando la idea que este le había dado.

—Desde que Barcelona se ha llenado de ojos que antes no estaban —respondió. El comentario quedó flotando en el aire. Mikhail no preguntó directamente, solo observó—. La tríada no ha desaparecido del todo —añadió Besnik con un tono más bajo—. Han perdido liderazgo, pero no recursos.

—Nunca desaparecen —dijo Mikhail—. Solo cambian de forma.

Alekséi inclinó la cabeza.

—Algunos creen que vendrán buscando venganza.

—Vendrán —corrigió Mikhail con tranquilidad absoluta—. Siempre vuelven cuando pierden poder.

Besnik asintió despacio.

—Por eso quiero reforzar posiciones antes de que lo intenten siquiera.

Mikhail dejó el vaso sobre la mesa.

—Te enviaremos un listado actualizado del próximo cargamento. —Lo miró directamente—. Pero si aumenta la presión en la ciudad, necesitarás algo más que armas.

—¿Qué sugieres?

Hubo una leve pausa.

—Información.

Besnik sonrió.

—Por eso me alegra que hayas venido personalmente.

Mikhail no respondió a la sonrisa, solo sostuvo su mirada.

Sus ojos recorrieron el local otra vez, evaluando, memorizando… como si cada rostro, cada movimiento, cada sombra, fuesen una pieza que debía colocarse en orden y, aunque su postura permanecía relajada, algo en él indicaba que nunca estaba realmente en reposo.

El murmullo del local continuaba alrededor, pero la mesa parecía aislada del resto, como si el aire allí fuese más pesado.

Besnik giró ligeramente el vaso entre sus dedos.

—Barcelona está cambiando rápido. Demasiados jugadores nuevos intentando hacerse un nombre.

Alekséi sonrió de soslayo.

—Siempre hay alguien nuevo que cree que puede reescribir las reglas.

—Y casi siempre terminan aprendiendo lo contrario —añadió Besnik.

Mikhail observaba el movimiento del bar sin aparente interés. Una camarera pasó cerca, depositando otra botella sobre la mesa, y él apenas inclinó la cabeza en agradecimiento antes de volver a centrarse en la conversación, aunque su mirada siguió unos segundos más a aquellas caderas que se movían sugerentes de un lado a otro mientras la camarera volvía hacia la barra.

—El problema no son los nuevos —dijo con calma—. Son los que creen que nadie los está observando.

Besnik levantó la mirada.

—¿Crees que alguien aquí debería preocuparse?

Mikhail no respondió inmediatamente.

Sus ojos claros recorrieron el local una vez más: una mesa al fondo donde dos hombres hablaban demasiado bajo, el reflejo breve de un reloj bajo la luz rojiza, la puerta lateral que se abría y cerraba con más frecuencia de lo habitual…

Luego volvió a mirar a Besnik.

—Siempre hay alguien que debería preocuparse.

Alekséi apoyó los codos sobre la mesa.

—Por eso estamos aquí —dijo alzando el vaso—. Para asegurarnos de que no somos nosotros.

Besnik chocó su copa contra la de él.

—Ni nosotros —repitió.

El cristal hizo un ruido seco al brindar.

Mikhail levantó su vaso en último lugar, sin prisa, y dio un sorbo breve, después lo dejó sobre la mesa con una suavidad que contrastaba con el peso de su presencia.

—Las guerras no las gana quien dispara primero —dijo con voz baja y serena—. Las gana quien decide cuándo terminan.

No elevó el tono, no sonrió, pero el silencio que siguió fue suficiente para dejar claro que, en aquella mesa, era él quien marcaba el final de cualquier conversación y de cualquier guerra.

El Hospital Clínico de Barcelona nunca dormía.

Las luces blancas permanecían encendidas, aunque la noche ya dominaba la ciudad; su resplandor corría por los pasillos mientras el eco de monitores y pasos marcaba el pulso de urgencias.

Elira salió por la puerta automática con el abrigo colgado del brazo y los hombros ligeramente tensos.

El aire frío de la noche le golpeó el rostro y cerró los ojos un segundo, inhalando profundamente, como si intentara sacudirse el quirófano de dentro. No funcionó, el olor a desinfectante seguía en su piel, la imagen también, la de la última operación: la sangre, el silencio del monitor y el médico diciendo "hora del fallecimiento" con una calma que nunca dejaba de parecerle cruel.

Resopló suavemente y comenzó a caminar hacia la estación de metro más cercana, con paso rápido, pero sin prisa real, como alguien que no tenía ganas de pensar demasiado.

Su pelo castaño largo, ligeramente ondulado, caía sobre sus hombros moviéndose con cada paso. Las luces de la calle atrapaban el verde oliva de sus ojos por un instante cuando levantaba la mirada: ojos atentos, observadores, demasiado conscientes del entorno, incluso fuera del hospital.

Delgada, ágil, con esa elegancia natural que no parecía trabajada, avanzaba entre la gente sin buscar atención.

El metro llegó con un estruendo metálico.

Entró y se apoyó contra una de las barras, dejando escapar un suspiro lento.

Las puertas se cerraron con el vagón medio vacío, solo lo ocupaban un par de estudiantes, un hombre con traje mirando el móvil y una mujer mayor abrazando su bolso como si fuese un escudo.

Elira miró alrededor de forma instintiva. Siempre lo hacía.

Pensó otra vez en el quirófano, en el error mínimo que nadie había visto venir, en cómo, a veces, ni siquiera hacer todo bien era suficiente.

Necesitaba una copa, tal vez dos.

Cerró los ojos un momento mientras el metro avanzaba por los túneles oscuros.

El reflejo en la ventana le devolvió su propia mirada cansada, pensamientos que iban y venían… el trabajo, su padre, las llamadas que había ignorado y el constante recordatorio de que su vida nunca sería completamente suya.

Cuando las puertas se abrieron en su parada de destino, salió sin dudar.

No le gustaba ir allí, nunca le había gustado, pero al menos tendría bebida gratis y esa noche eso era suficiente.

Las calles del barrio gótico estaban más oscuras que las del resto de la ciudad, eran estrechas y antiguas, con sombras profundas entre edificios que parecían cerrarse sobre ella mientras avanzaba.

Sus pasos resonaban sobre la piedra. Entonces, lo notó. No fue un sonido claro ni una figura concreta. Solo esa sensación. La misma de otras noches. Tenía alguien detrás.

Resopló con hastío, sin detenerse. De hecho, ni siquiera aceleró el ritmo.

—Otra vez… —murmuró para sí misma.

El agotamiento pesaba más que el miedo porque aquello no era algo nuevo. Estaba cansada de repetir la misma discusión. Sabía exactamente quién había decidido que no podía caminar sola por la ciudad.

Siguió avanzando con la mirada al frente y los pensamientos girando lentamente entre la frustración y la resignación mientras se acercaba a su destino.

La puerta del local apareció al final de la calle como una boca oscura entre la piedra antigua. Se dirigió directa hacia allí y subió los dos escalones.

El hombre apostado en la puerta se movió inmediatamente, bloqueándole el paso con el brazo extendido.

—Hoy no, Elira —dijo con respeto, pero firme—. Hay una reunión importante.

Ella lo miró sin detenerse, cansada y molesta.

—Déjame pasar —ordenó.

—Tu padre está ocupado.

Elira suspiró, cerrando los ojos un segundo, como si estuviera agotada de repetir siempre la misma cantinela desde

hacía años.

—No me importa. Solo quiero una copa. —Hubo un silencio. Sus ojos verde oliva se clavaron en los del hombre—. Apártate.

No levantó la voz, no fue agresiva, pero sonó como una orden.

El hombre dudó apenas un segundo antes de hacerse a un lado y abrir la puerta.

—Adelante.

Elira entró y todo fue igual que siempre. La música grave, el olor mezclado de alcohol caro, humo y algo más que prefería no identificar. Mujeres casi desnudas moviéndose entre las mesas con sonrisas vacías, cuerpos expuestos como parte del mobiliario del lugar… le daba asco, siempre, pero esa noche no tenía energía para discutir con su padre ni para marcharse.

Bebida gratis, con eso bastaba.

Se quitó el abrigo mientras avanzaba, dejándolo descansar sobre el antebrazo, sin dirigir la mirada a nadie en particular.

Entonces ocurrió, Mikhail levantó la vista. No fue dramático ni lento, simplemente… ocurrió.

Su mirada la captó en cuanto cruzó la puerta, no porque buscara belleza, sino porque algo en su forma de entrar rompía el equilibrio del lugar. No buscaba aprobación, no miraba a los hombres, no reaccionaba al ambiente… simplemente lo analizaba. Eso lo hizo detenerse un segundo más de lo habitual.

Elira avanzó hasta quedar a pocos metros de la mesa principal. No saludó con formalidad, solo alzó la barbilla hacia su padre.

—Dile a tu hombre que deje de seguirme. No necesito escolta hasta para respirar.

Besnik frunció ligeramente el ceño.

—Elira…

—Estoy cansada —añadió ella sin cambiar el tono.

Besnik señaló discretamente hacia la mesa.

—Estoy en medio de una reunión.

Elira ni siquiera miró hacia donde estaban sentados.

—Perfecto. Yo solo quiero una copa.

Se giró antes de que él pudiera responder y caminó directamente hacia la barra.

Una camarera intentó adelantarse, pero Elira ya estaba detrás, sirviéndose ella misma con movimientos seguros, como si el lugar le perteneciera.

Mikhail la observó en silencio, no con interés evidente, no con deseo inmediato, solo con curiosidad.

Elira dejó el abrigo sobre la barra y tomó una botella sin pedir permiso y se sirvió un vaso generoso de whisky ámbar que brilló bajo la luz rojiza del local.

Besnik se inclinó ligeramente hacia delante para que su hija le prestase atención.

—No he enviado a nadie a seguirte.

Elira soltó una risa breve, desprovista de humor.

—Claro, claro.

—Hablo en serio —añadió él bajando el tono—. Y haz el favor de marcharte esta noche.

Ella alzó el vaso, observando el líquido dorado un segundo antes de beber.

—Sigue haciendo tu trabajo… o lo que sea que hagas aquí.

No lo miró ni a él ni a los invitados.

La frase cayó con un desprecio suave, casi cansado, como algo demasiado repetido como para tener ya fuerza.

Besnik frunció el ceño.

—¿Te han seguido?

La pregunta no sonó irritada, sonó interesada… peligrosamente interesada.

Elira se acomodó en un taburete, cruzando una pierna sobre la otra mientras daba otro sorbo al whisky. El calor del alcohol bajó lentamente por su garganta.

—No me importa lo que hagas —respondió finalmente—. Solo déjame tranquila.

Besnik la observó unos segundos más, evaluando algo que solo él parecía ver.

Luego giró la cabeza hacia uno de sus hombres.

—Comprueba el exterior. Ahora.

El hombre asintió y se levantó de inmediato, desapareciendo hacia la puerta lateral.

Mikhail había permanecido en silencio todo el tiempo, observando y analizando cada detalle de aquella conversación paternofilial.

Su mirada pasó de Besnik a Elira, deteniéndose apenas un segundo en su postura relajada, en la forma en que sostenía el vaso, en cómo parecía no buscar aprobación de nadie en la sala.

—No parece una muchacha que necesite vigilancia —dijo finalmente, con voz baja y serena.

Besnik chasqueó la lengua.

—Eso es lo que cree ella también. —Hubo una pausa y luego añadió con un tono más grave—. Pero el problema nunca ha sido lo que ella cree.

Elira apoyó el vaso sobre la barra y sacó el móvil del bolsillo del abrigo con un gesto automático. La pantalla iluminó brevemente su rostro mientras deslizaba el dedo sin demasiado interés real, revisando mensajes que no tenía intención de contestar.

A su espalda, la conversación continuaba como si ella fuese solo otra presencia más dentro del local.

—Podemos organizar el envío en dos fases —dijo Mikhail con calma—. Primero, las unidades estándar. Después, las modificaciones según lo que necesites.

Besnik asintió.

—Prefiero asegurar el stock antes de que empiecen a moverse otra vez.

Alekséi arqueó una ceja.

—¿Sigues pensando que los chinos van a intentar algo aquí?

—No pienso —respondió Besnik—. Sé.

Elira deslizó el dedo por la pantalla sin mirar hacia atrás y Mikhail la observó un instante, no demasiado, solo lo suficiente como para captar la forma en que se aislaba del entorno.

El móvil bajó apenas un centímetro, luego volvió a subir, como si en realidad estuviera escuchando más de lo que aparentaba.

—El AK-12 sigue siendo la mejor opción para operaciones urbanas —continuó Mikhail—. Controlable, fiable y fácil de adaptar.

Besnik asintió, pero su mirada se desvió brevemente hacia la barra, como si le desagradase que ella estuviese allí.

—Mi hija siempre ha odiado este lugar —comentó de pronto.

No fue una presentación, solo una observación lanzada al aire.

Alekséi siguió su mirada.

—¿La de allí?

—Sí.

Elira no se giró, no levantó la cabeza, pero su pulgar se detuvo un segundo sobre la pantalla.

—La mediana —añadió Besnik con un tono que mezclaba orgullo y resignación.

Alekséi sonrió de pronto ante aquella revelación.

—No sabía que tenías tantos hijos.

Besnik negó lentamente con la cabeza.

—Más de los que querría tener.

Elira tomó el vaso y bebió otro sorbo de whisky antes de hablar, pero lo hizo sin girarse ni mirarlos.

—Qué bonito saber que somos una carga.

Su voz sonó tranquila y seca, como si estuviera comentando el tiempo.

Alekséi soltó una carcajada y Besnik chasqueó la lengua.

—No estaba hablando contigo.

—Lo sé —respondió ella con calma—. Pero estaba escuchando igual.

El silencio que siguió fue breve.

Mikhail la miró otra vez un segundo más de lo habitual. No buscaba atención y, aun así, controlaba la conversación.

Besnik frunció el ceño.

—Eliiira —arrastró su nombre haciéndolo más largo.

No levantó la voz, pero había advertencia en el tono.

Ella giró lentamente el vaso entre los dedos, mirando el líquido ámbar como si fuese mucho más interesante que la conversación.

—¿Qué?

—Estoy hablando con invitados importantes. —La pausa fue corta, pero cargada de intención—. Te agradecería que no interrumpieras.

Elira dejó escapar una pequeña exhalación.

—No estoy interrumpiendo. Estoy respirando en el mismo sitio que vosotros.

Alekséi ocultó una sonrisa tras el vaso y Besnik se inclinó ligeramente hacia delante.

—Solo… intenta no provocar, ¿vale?

No dijo más. No explicó quién era el hombre sentado frente a él, pero el matiz en su voz dejaba claro que esperaba algo más de respeto.

Elira levantó una ceja sin girarse.

—Si alguien se siente provocado porque existo, quizá ese alguien tiene problemas más grandes que yo.

Mikhail habló por primera vez dirigiéndose a ella.

—No parece el caso.

Su voz fue calmada, grave y serena.

Elira alzó la vista por fin, girando la cabeza lo justo para mirarlo directamente.

Sus ojos verde oliva se encontraron con los ojos claros de él y se miraron durante unos segundos, sin pronunciar nada.

—¿Siempre analizas a la gente así? —preguntó ella con un tono curioso, ligeramente irónico—. ¿O soy un caso especial?

Alekséi dejó escapar un sonido divertido y Mikhail sostuvo su mirada sin prisa.

—Siempre lo hago, tú también.

Elira ladeó la cabeza.

No parecía intimidada, no parecía impresionada, solo intrigada.

—Suena agotador.

—Solo si no sabes cuándo parar —respondió él.

Una camarera pasó entre ellos y dejó otra botella sobre la mesa. La interrupción rompió el momento apenas un segundo.

Besnik observó el intercambio de palabras con atención, pero no intervino. Elira volvió a girarse hacia la barra, terminando su whisky.

—Bueno —dijo Elira mientras dejaba el vaso vacío—, me alegra saber que al menos alguien aquí tiene *hobbies* interesantes.

Alekséi rio abiertamente esta vez.

Mikhail inclinó la cabeza de forma casi imperceptible.

—Y yo que pensaba que solo habías venido por la bebida gratis —ironizó su padre.

Elira sonrió sin mirarlo.

—Oh, no, también vine por el entretenimiento.

Elira dejó el vaso vacío sobre la barra y se levantó del taburete con un movimiento fluido, apoyando una mano para impulsarse hacia atrás.

La camarera intentó acercarse para rellenarle la copa, pero ella negó suavemente con la cabeza.

—Después.

Se giró levemente, observando el local como si buscara algo que en realidad no estaba segura de querer encontrar.

La mesa donde estaban su padre y los invitados quedaba a pocos pasos, demasiado cerca.

Saltó del taburete y avanzó sin prisa. El espacio entre las mesas era estrecho, obligándola a pasar justo por detrás de Mikhail.

Él estaba escuchando a Besnik, aparentemente concentrado en la conversación sobre rutas de entrega y tiempos de envío, pero cuando ella se aproximó… algo cambió.

No giró la cabeza, no interrumpió, solo se apartó unos centímetros hacia un lado, lo justo para que ella pasase, como si hubiese anticipado su movimiento antes incluso de que ella decidiera hacerlo.

Elira redujo ligeramente la velocidad al pasar.

Mikhail dejó de hablar durante medio segundo, luego continuó como si nada hubiese ocurrido.

Elira siguió, deteniéndose unos pocos pasos más allá para ponerse unos cubitos en el vaso de tubo antes de volver a la barra, como si aquel instante no hubiese significado nada, pero Alekséi lo había visto.

Una sonrisa casi invisible apareció en la comisura de sus labios.

—¿Todo bien? —preguntó a su hermano con tono neutro.

Mikhail no apartó la mirada de la mesa.

—Sí.

Una palabra, nada más.

Elira tomó otra botella y volvió a servirse.

—Tranquilos —dijo sin girarse—. No voy a interrumpir vuestra conspiración internacional.

Besnik suspiró.

—Nadie está conspirando —se quejó extendiendo los brazos a los lados.

Ella levantó el vaso.

—Eso dicen siempre los que conspiran.

Alekséi soltó una carcajada y Mikhail bajó la mirada hacia su copa y, por primera vez desde que había entrado, una sombra leve, casi imperceptible, cruzó su expresión.

No fue una sonrisa, pero fue algo cercano a una.



2

El bar volvió a llenarse de ruido bajo después de aquel pequeño intercambio.

Nada había cambiado realmente. Las conversaciones seguían, las luces seguían alumbrando el local con tonos rojizos, las camareras continuaban moviéndose entre las mesas como sombras entrenadas y, sin embargo, para Mikhail algo había cambiado, no en el ambiente, sino en el foco.

Besnik hablaba sobre rutas de distribución, mapas mentales que se desplegaban con precisión en su mente mientras escuchaba, evaluando tiempos, riesgos y beneficios sin esfuerzo aparente.

Alekséi añadía detalles, nombres, fechas, contactos…

Mikhail respondía cuando era necesario, pero su atención regresaba, una y otra vez, hacia la barra. No de forma evidente, solo sutiles desplazamientos de mirada.

Elira estaba apoyada contra el mármol oscuro con el vaso en la mano y el móvil olvidado ahora junto a la botella. No hablaba con nadie ni buscaba compañía y, sobre todo, no reaccionaba ante él.

Eso era… extraño. En la mayoría de lugares, su presencia alteraba el equilibrio. Aquí no. Ella parecía existir en una línea paralela del tiempo, indiferente y cansada, como si el mundo que dominaba aquella sala no tuviera nada que ver con ella.

—¿Te parece bueno el modelo con supresor integrado? —preguntó Besnik.

Mikhail tardó medio segundo más de lo habitual en responder.

—Depende del entorno operativo.

Su voz sonó igual que siempre, calmada, controlada..., pero su mente regresó a un detalle: la forma en que había pasado detrás de él, sin miedo, sin nervios, sin intentar llamar la atención.

Era raro encontrar a alguien que no reaccionara al peligro de forma instintiva, más raro aún encontrar a alguien que pareciera simplemente cansado de lidiar con él.

Mikhail tomó un sorbo de su bebida alcohólica, observando y analizando.

Elira seguía en la misma posición. El whisky estaba más fuerte de lo que esperaba o quizá era ella la que estaba demasiado cansada para fingir que no le afectaba.

Apoyó el codo sobre la barra y dejó que el frío del mármol atravesara la tela de la manga. Cerró los ojos un segundo, solo uno, intentando silenciar el ruido constante que llevaba dentro desde que había salido del hospital.

El monitor apagándose, el silencio después, la mirada del cirujano, la sensación absurda de haber hecho todo bien… y, aun así, no haber podido salvar aquella vida.

Bebió otro sorbo y respiró.

Hacía meses que no iba por allí, pero el lugar seguía siendo exactamente como lo recordaba. Mujeres casi desnudas que sonreían sin mirar realmente a nadie, risas vacías, alcohol caro, ese olor pesado que siempre le revolvía el estómago.

Resopló suavemente.

—Bebida gratis —murmuró para sí misma.

Era lo único que justificaba el estar allí. Eso y el hecho inevitable de que, por mucho que lo negara, aquel era el territorio de su padre.

Dejó el vaso sobre la barra y miró hacia el reflejo oscuro del fondo. Entonces, lo notó.

No fue inmediato, no fue una sensación clara, solo algo… como una presión leve, como cuando alguien observa demasiado tiempo.

No giró la cabeza enseguida. Nunca lo hacía. Esperó unos segundos más, fingiendo interés en el móvil mientras levantaba el

vaso de nuevo, y luego miró de reojo.

Ahí estaba, el hombre de ojos claros, serio y demasiado quieto. No hablaba mucho, solo escuchaba y observaba y, cada cierto tiempo, la miraba.

Elira frunció el ceño, no con incomodidad, sino con irritación. No le gustaba ser evaluada, y menos aún por desconocidos que parecían creerse con derecho a hacerlo.

Volvió la mirada hacia delante, ignorándolo deliberadamente.

Contó mentalmente hasta cinco, luego hasta diez y, aun así, podía sentirlo. No como una amenaza, sino como curiosidad. Eso era peor.

Suspiró, tomó el vaso y giró ligeramente el taburete, lo justo para verlo directamente por primera vez, ya sin disimulo.

Sus miradas se cruzaron, sin sonrisas, sin saludos… solo silencio.

Elira alzó una ceja, sosteniendo su mirada, como si aquello fuese algo que no estaba dispuesta a perder… aunque tampoco supiera exactamente qué estaba ganando.

Los ojos claros de él no se movieron, no parecían exigir, ni juzgar... solo observaban.

El ruido del bar se volvió lejano durante unos segundos. El tintinear de vasos, la música grave, las risas suaves de fondo… todo parecía quedar fuera del espacio invisible que se había creado entre ambos.

Una batalla silenciosa, sin palabras y sin reglas.

Elira mantuvo la mirada un segundo más hasta que sintió algo incómodo. No era miedo ni nervios, era algo más cercano al cansancio. Ese día no quería ganar nada, no quería medir fuerzas, no quería otra batalla.

Apartó la mirada primero, tomó el vaso y dio un trago largo al whisky, dejando que el calor bajara lentamente por su garganta mientras exhalaba despacio.

Calma, eso era lo único que quería. Calma.

Apoyó el vaso sobre la barra con suavidad y dejó que su mirada se perdiera en el reflejo oscuro del cristal situado frente a ella, como si aquel nimio intercambio no hubiese significado nada, como si él fuese solo otro hombre más dentro del lugar.

Mikhail no dijo nada, pero tampoco apartó la mirada de inmediato.

Elira soltó con cuidado el vaso sobre la barra y apoyó las manos a ambos lados, respirando despacio.

La música seguía, las conversaciones continuaban.

Todo parecía normal, excepto la sensación persistente de que él seguía allí, observando.

Mikhail apartó finalmente la mirada de ella, no fue brusco, solo una decisión silenciosa.

En ese mismo instante, una de las mujeres del local con ropa interior negra y sonrisa ensayada, se acercó con pasos delicados y una copa en la mano. Se inclinó ligeramente hacia él, buscando sentarse sobre su regazo como si fuese algo habitual, pero Mikhail negó con la cabeza antes siquiera de que la camarera terminara el movimiento. Un gesto mínimo y definitivo.

Besnik chasqueó los dedos hacia la joven sin levantar la voz.

—No.

La chica se detuvo al instante.

—Lo siento —murmuró apartándose rápido.

El silencio volvió a asentarse en la mesa y Alekséi tomó el vaso y se inclinó hacia Besnik.

—Entonces, ¿cuántas unidades quieres exactamente para el próximo envío?

—Cincuenta AK-12 de base —respondió Besnik—. Y veinte con modificaciones tácticas.

—¿Supresores incluidos?

—Solo en diez de ellos. No quiero llamar demasiado la atención.

—¿Munición adicional?

—Siempre.

Alekséi asintió.

—Te enviaré el desglose mañana.

—Hazlo directo —añadió Besnik—. No quiero intermediarios esta vez.

—Hecho.

Mikhail no intervino. Escuchaba y memorizaba. No obstante, su atención volvía cada cierto tiempo hacia la barra.

Elira soltó un suspiro exagerado y puso los ojos en blanco al escuchar la conversación.

Terminó el whisky de un trago y el vaso golpeó la superficie con un sonido seco.

Se levantó y tomó el abrigo.

Comenzó a ponérselo con movimientos rápidos, casi mecánicos.

Miró hacia su padre por primera vez desde hacía rato y le dedicó una sonrisa irónica.

—Gracias por la bebida gratis, papá. Siempre es un placer venir a… esto.

Besnik suspiró.

—Elira…

Pero ella ya había dado el primer paso hacia la salida y fue entonces cuando algo cambió.

Mikhail lo sintió antes de entenderlo.

La puerta principal se abrió de golpe, demasiado rápido, demasiado bruscamente. No era normal. Había vigilancia siempre.

Su mirada se desplazó hacia la entrada al escuchar unos pasos rápidos y pesados, diferentes al ritmo relajado de los clientes habituales.

Un segundo más tarde, algo metálico chocó contra el marco de la puerta y el murmullo del bar cayó apenas medio tono.

Mikhail dejó el vaso sobre la mesa sin hacer ruido.

Su postura apenas cambió, pero sus ojos ya no observaban, evaluaban.

El sonido llegó antes que la comprensión. Un golpe seco, metal contra madera, una voz alzada demasiado rápido para ser normal.

Mikhail ya estaba de pie. No hubo duda, no hubo preguntas… solo acción.

Sus ojos recorrieron la escena en una fracción de segundo: la puerta abierta más de lo permitido, un hombre entrando con el cuerpo adelantado, otro detrás con la postura equivocada para alguien que venía a beber.

Amenaza.

Elira había dado apenas dos pasos hacia la salida y se encontraba demasiado expuesta.

Mikhail cruzó la distancia sin parecer apresurado y tomó su brazo con mano firme, no de una manera brusca, pero sí innegociable.

La giró hacia él y la desplazó hacia un lado, colocándola detrás de su propia línea corporal mientras su mirada seguía fija en la entrada.

—Ehhh —empezó ella, sorprendida.

No terminó la frase.

El primer disparo retumbó como un trueno contenido dentro del espacio cerrado.

Una botella de cristal explotó detrás de la barra.

Al momento hubo gritos, movimientos acelerados y sillas cayendo al suelo.

Besnik se levantó de golpe. Sus hombres ya estaban sacando armas con precisión entrenada.

Alekséi se movió hacia el lateral de la mesa, cubriendo ángulo sin perder de vista la puerta.

Mikhail agachó la cabeza, empujando a Elira hacia el suelo.

—Agáchate —ordenó.

No fue exactamente una orden, sino una instrucción directa y precisa.

Elira reaccionó más rápido de lo que cualquiera hubiera esperado. Se agachó instintivamente, buscando cobertura mientras el caos estallaba a su alrededor.

Otro disparo, un grito y el olor a pólvora comenzó a mezclarse con el olor a alcohol.

Mikhail miró hacia ella un segundo. En su rostro no había miedo ni pánico… solo concentración.

Volvió la mirada al frente, evaluando salidas, posiciones y ángulos.

El ruido se volvió denso, disparos cortos, cristales rompiéndose y el suelo vibrando bajo pasos rápidos.

Mikhail observó. No miraba el caos, sino los patrones.

Uno de los atacantes avanzó ignorando completamente a dos hombres armados que se interpusieron en su camino.

No disparó hacia ellos, los rodeó y otro atacante hizo lo mismo.

Ambos miraban hacia la barra, hacia la posición donde había estado Elira segundos antes.

Demasiado específico y demasiado dirigido.

Mikhail sintió cómo todo encajaba en silencio. No era un ataque general, era una extracción.

Su mirada bajó hacia ella, agachada detrás de él, concentrada y respirando lentamente.

No gritaba ni estaba paralizada, simplemente su instinto de supervivencia se había activado.

Volvió a mirar al frente.

—No buscan nada del bar —dijo Mikhail en voz baja hacia su hermano.

Alekséi lo escuchó desde su posición lateral.

—¿Entonces qué?

Otro disparo cortó la frase.

El atacante más cercano levantó la cabeza y miró directamente hacia ellos, hacia ella.

Mikhail se movió antes de que el hombre pudiera apuntar.

Dio un paso a un lado con la mano firme sobre el hombro de Elira y la arrastró hacia una columna cercana, escondiéndose detrás y colocándola en mejor cobertura.

—¿Qué está pasando? —preguntó ella sin elevar demasiado la voz.

—Tú —respondió él.

Una palabra directa que provocó que ella frunciese el ceño.

—¿Yo qué? —exclamó molesta.

Mikhail no respondió porque ella ya lo sabía y él ya había atado cabos: los movimientos, las miradas, el enfoque de los atacantes…

No estaban limpiando el lugar, estaban intentando llegar hasta ella.

Su mandíbula se tensó y, por primera vez desde que había comenzado el tiroteo, su expresión se volvió más fría y más peligrosa.

El siguiente disparo impactó contra la pared detrás de ellos, levantando polvo y fragmentos que cayeron sobre el suelo con un sonido amortiguado por el ruido imperante.

Mikhail evaluó la distancia hasta la salida trasera en una fracción de segundo.

Dos atacantes avanzaban desde la entrada principal y otro intentaba rodear la barra para acercarse a ellos. No se trataba de un ataque caótico, estaba totalmente dirigido hacia ella.

Se inclinó hacia Elira y la agarró por el antebrazo, firme, tirando de ella hacia atrás para obligarla a moverse.

—Vamos.

Ella se resistió un segundo, sorprendida.

—¿Qué haces?

Él no redujo el paso. La arrastró lo necesario para sacarla de la línea directa de fuego mientras esquivaban una mesa volcada.

—¿Tú qué crees? —respondió con calma, sin elevar la voz—. No quiero problemas.

Elira soltó una exhalación corta, entre la incredulidad y la frustración.

—Pues los estás encontrando bastante rápido —le reprochó.

Mikhail no respondió. La colocó detrás de él mientras avanzaban hacia una zona más protegida, con su cuerpo interponiéndose automáticamente entre ella y la amenaza.

Otro disparo y un vaso estalló cerca.

Elira bajó la cabeza instintivamente.

—Agáchate —murmuró él.

Ella obedeció, no porque confiara, sino porque sabía reconocer a alguien que sabía lo que hacía.

Mikhail miró hacia atrás un instante. Alekséi ya cubría el otro ángulo junto a los hombres de Besnik. Habían volcado varias mesas, cobijándose detrás de estas. La salida lateral estaba a pocos metros, pero los atacantes estaban acortando distancias.

Elira avanzó agachada detrás de Mikhail. El sonido de los disparos reverberaba contra las paredes del local como un eco constante.

Mikhail se fijó en ella, era como si tuviese un instinto profesional. Aquella muchacha ya había visto el caos antes, había visto sangre. Sabía cómo mantenerse funcional cuando el mundo parecía

desmoronarse. Otro disparo impactó cerca, no al azar. Demasiado cerca y demasiado preciso.

Levantó la cabeza lo suficiente para observar.

Un hombre armado cruzó el local ignorando a dos clientes que huían hacia la salida.

No les apuntó, no disparó, simplemente pasó de largo, buscando algo… buscando.

Sus ojos siguieron la trayectoria y la comprensión llegó como un golpe silencioso.

No estaban disparando al azar, no estaban limpiando el lugar. Se movían en formación hacia ella, hacia la hija de Besnik.

Su cuerpo se tensó, sobre todo cuando ella intentó seguir corriendo de nuevo.

—Espera… —murmuró él.

—Sigue moviéndote —ordenó ella.

Un disparo cortó el aire muy cerca de sus posiciones.

Mikhail no respondió.

En ese momento, ella pareció ser consciente de lo que ocurría, pero verla entenderlo por sí misma confirmó algo más.

Elira tragó saliva, su mente repasó la sensación en la calle, la presencia tras ella…

—Vienen a por mí.

Hubo un silencio breve donde Mikhail no negó ni confirmó. Solo se inclinó ligeramente hacia ella, manteniendo la mirada fija en sus ojos mientras hablaba con una calma extraña en medio del caos.

—Respira. —Otro disparo impactó contra la pared cercana. Él ajustó su posición, colocándose un poco más delante de ella—. Quédate detrás de mí. Te sacaré de aquí.

No fue una promesa emocional, fue un hecho.

Elira lo miró un segundo, entre irritada y sorprendida. No tenía ni idea de quién era aquel hombre, pero no le gustaba el tono de superioridad que empleaba.

—Sé cuidarme sola.

Mikhail giró la cabeza. Sus ojos claros se clavaron en los suyos medio segundo.

—No lo dudo, pero ahora mismo no estás sola.

Volvió a mirar hacia el frente, evaluando la siguiente jugada.

Otro disparo resonó demasiado cerca.

Elira bajó la cabeza instintivamente mientras fragmentos de yeso caían sobre el suelo a su lado. Su respiración se aceleró un segundo, solo uno, después volvió a controlarla.

El quirófano le había enseñado algo útil: incluso cuando todo parecía descontrolarse, alguien tenía que mantenerse funcional. De momento, ese alguien era ella… y también él.

Mikhail se movía sin dudar ni hacer gestos innecesarios, sin mirar atrás, evaluando y anticipando mientras la guiaba hacia zonas donde el fuego cruzado era menor.

No gritaba, no parecía nervioso, solo irradiaba seguridad.

Elira apretó los dientes. No le gustaba sentirse protegida, no le gustaba que su cuerpo empezara a seguir sus movimientos sin cuestionarlos y, lo peor, no le gustaba que funcionara.

Otro disparo.

Él levantó el brazo sin pensarlo, pasándolo por su espalda para acelerar su paso y la empujó suavemente hacia otra cobertura, a una columna situada a pocos metros.

—Aquí.

La palabra fue corta y precisa.

Ella obedeció antes de pensar y eso la irritó más que el peligro, pues él la observaba como si aprobase su comportamiento obediente.

—No te acostumbres —murmuró entre dientes.

Mikhail inclinó la cabeza.

—No planeo hacerlo.

La respuesta llegó sin sarcasmo y sin presión.

Elira lo miró de reojo y, por primera vez desde que todo había empezado, una chispa pequeña e incómoda apareció en su pecho.

No era de confianza, no todavía, pero era algo peligrosamente cercano.

El sonido de pasos rápidos llegó desde la derecha, demasiado cerca.

Mikhail lo detectó antes de verlo.

Giró la cabeza para observar que un hombre armado avanzaba bordeando las mesas volcadas con el arma elevándose mientras buscaba ángulo, directo hacia ellos.

El tiempo pareció comprimirse.

Mikhail se movió primero. Un paso lateral y un giro seco.

Su mano atrapó la muñeca del atacante antes de que el arma terminara de alinearse. Un movimiento rápido, económico, sin desperdiciar energía, al que añadió un golpe corto y preciso en la mano. El arma cayó al suelo con un sonido metálico.

El segundo golpe fue aún más rápido.

El atacante se desplomó con el aire escapando de sus pulmones.

Todo ocurrió en menos de dos segundos.

Elira parpadeó. No había sido espectacular ni dramático, solo… eficiente, frío y calculado. Eso la descolocó más que la violencia en sí, no porque no hubiese rabia en él ni emoción, sino porque solo había decisión.

Mikhail empujó el arma caída lejos con el pie, sin prestarle demasiada atención, luego se volvió hacia ella como si aquello hubiese sido simplemente un paso más del proceso.

—¿Bien?

La pregunta fue breve.

Ella lo observó más detenidamente en ese momento.

—Recuérdame no enfadarte —murmuró.

Mikhail no sonrió abiertamente, solo las comisuras de sus labios se elevaron levemente, no dijo nada, tan solo se volvió de nuevo para evaluar el entorno.

Un grito al fondo del local rompió el breve silencio. Mikhail levantó la mirada inmediatamente, otro atacante se movía hacia el lateral, intentando cerrar el espacio entre ellos y la salida trasera.

El tiempo para dudar se había terminado.

Su mano volvió hacia Elira con un gesto casi automático y la tomó por la cintura para moverla fuera de la línea de visión antes de que el atacante pudiera apuntar.

El movimiento fue rápido y natural, entrenado, pero para Elira el contacto llegó como una descarga breve, firme y segura.

El calor de su mano atravesó la tela del abrigo mientras la giraba hacia otra cobertura.

Sus cuerpos quedaron demasiado cerca durante un segundo. Se miraron un instante antes de continuar, luego Mikhail desvió la mirada al frente otra vez. Ella no, ella lo miró fijamente, consciente del espacio que ocupaba, de cómo su cuerpo se había movido sin resistencia cuando él la guio y de cómo se encontraba a pocos centímetros, frente a ella.

—Podrías avisar —murmuró.

—No había tiempo —respondió de forma inmediata.

No hubo una disculpa ni arrogancia en su forma de responder, solo otro disparo que rompió el momento.

Mikhail se apartó lo justo, colocándose delante de ella otra vez.

Elira exhaló lentamente, intentando recuperar el control. Ahora no solo era el peligro lo que sentía, sino la extraña certeza de que él sabía exactamente dónde poner las manos… y cuándo.

El sonido de pasos volvió a acercarse. Eran pasos rápidos e irregulares.

Mikhail giró la cabeza buscando el origen antes de que el siguiente atacante apareciera entre las mesas volcadas.

El hombre avanzaba encorvado con un arma levantada y la respiración agitada, demasiado centrado y dirigido, esquivando las balas que venían por parte de los hombres de Besnik.

Mikhail se preparó para moverse, pero entonces el atacante habló. No gritó ni amenazó, solo murmuró algo entre dientes mientras escaneaba el lugar.

—La hija… encontrad a la hija…

El tiempo pareció ralentizarse.

Elira lo escuchó y su mundo se hizo más pequeño. Su estómago se tensó de repente. Lo había intuido, sí, pero otra cosa era escucharlo directamente de los labios de aquellos hombres.

Uno de los hombres de Besnik disparó desde el lateral y obligó al atacante a cubrirse y retroceder.

Mikhail volvió la mirada hacia Elira. Ella lo miraba también.

—¿Has oído eso? —susurró Elira para confirmarlo.

—Sí. —Una respuesta simple y directa.

Otro disparo estalló cerca.

Mikhail la agarró otra vez por el brazo, más firme esta vez.

—Tenemos que movernos —pronunció Mikhail mirando a su alrededor.

Ella no protestó, solo asintió.

No era una víctima accidental, era el objetivo y, por primera vez desde que había comenzado el tiroteo, el miedo real apareció detrás de su mirada.

Elira se movió cuando él tiró de su brazo, sin discutir ni preguntar.

Se dio cuenta demasiado tarde de que su cuerpo ya estaba siguiendo su ritmo.

Nunca seguía las órdenes de nadie, sin embargo, en ese momento aquel hombre no solo la estaba protegiendo, sino que parecía desenvolverse bien en aquel ambiente y estar adaptado a ello.

Avanzaron agachados entre mesas volcadas con el suelo cubierto de cristales rotos que crujían bajo sus pasos.

Otro disparo más seguido de un grito breve. Reconoció aquella voz.

Elira giró la cabeza instintivamente, buscando. Necesitaba verlo. Necesitaba saber que estaba bien.

Lo encontró al otro lado de la sala. Su padre, Besnik, se encontraba de pie con el arma en la mano, tras una de las mesas tiradas al suelo. No era el padre que discutía con ella hacía minutos, no era el hombre que le insistía con la vigilancia constante, sino el líder de una banda. Sus movimientos eran seguros, con disparos cortos y precisión fría.

Uno de los atacantes cayó cerca de la entrada.

Besnik se movió un paso al lado, cubriendo ángulo con su mirada recorriendo el espacio y, entonces, la encontró. Sus miradas chocaron un solo segundo, como una comprobación rápida y una respuesta a las preguntas: ¿está viva?, ¿está cubierta?

Sus ojos pasaron por encima del hombre que la protegía sin detenerse demasiado y Besnik respiró hondo, con una aprobación silenciosa, para luego volver al combate.

Elira tragó saliva.

Una mezcla incómoda de orgullo y frustración le cruzó el pecho, porque incluso en medio del caos, su padre seguía vigilándola.

—Está bien —murmuró sin darse cuenta.

Mikhail siguió su mirada apenas un instante y asintió.

—Sí.

No añadió nada más, no era necesario.

Un disparo impactó cerca y él volvió a moverse, guiándola hacia otra cobertura con una mano firme en su espalda.

Elira lo siguió otra vez sin discutir.

Otro disparo rompió el aire cerca, obligándolos a agacharse detrás de una mesa volcada.

Mikhail apoyó una mano firme contra la superficie, evaluando ángulos, distancias y salidas.

Su voz llegó baja y controlada.

—Escúchame. —Elira levantó la vista hacia él, respirando rápido —. Cuando diga muévete, te mueves. Mantente detrás de mí. No mires atrás.

Ella resopló con un gesto casi automático.

—Deja de darme órdenes —rugió más por los nervios del momento que por la ayuda que le daba.

Un disparo impactó contra la pared a pocos centímetros de ellos.

Él ni siquiera reaccionó al ruido, solo la miró directamente, frío y sereno.

—¿Quieres vivir?

Hubo un silencio.

Elira sostuvo su mirada, sus ojos verde oliva se endurecieron. No era miedo, sino desafío.

—Que sé cuidarme sola —repitió con los dientes apretados.

Mikhail inclinó la cabeza, aceptando la respuesta, pero… no cedió.

—No lo dudo. —Sus ojos claros se volvieron más rudos y peligrosos—. Pero si sabes lo que te conviene, sigue mis órdenes.

No fue una amenaza, no fue un grito. Fue un hecho que no admitía discusión.

Elira lo miró un segundo más. Algo en su forma de hablar, la calma absoluta en medio del caos, la ausencia total de duda, hizo que la respuesta muriera antes de salir.

Elira apenas asintió cuando Mikhail ya se estaba moviendo. Se asomó por el borde de la mesa. Había dos atacantes: uno cubriendo la entrada y otro desplazándose hacia el lateral para cerrarles la salida.

La ruta trasera estaba abierta, pero implicaba cruzar un espacio expuesto, demasiado expuesto.

Sus ojos recorrieron el ángulo haciendo un cálculo rápido y sabiendo el riesgo que asumía.

Se volvió hacia Elira.

—Cuando te empuje, corres hacia esa puerta —indicó con un leve movimiento de cabeza—. No te detengas.

Ella frunció el ceño.

—¿Y tú? —preguntó sorprendida.

—Yo voy después.

No explicó nada más, no había necesidad.

Elira abrió la boca para protestar, pero otro disparo estalló en la sala.

Mikhail se movió y salió de la cobertura primero, deliberadamente, atrayendo la atención.

Un atacante giró el arma hacia él, un grave error, ya que Mikhail se desplazó lateralmente con rapidez controlada. Un disparo llegó desde el otro lado de la sala neutralizando la amenaza antes de que él pudiera apuntar correctamente.

—Ahora.

Elira dudó un instante porque entendió que él se estaba exponiendo más de lo necesario, no por estrategia general, sino por ella.

Salió corriendo hacia la puerta.

Mikhail retrocedió cubriendo su avance con el cuerpo colocado en ángulo para interceptar cualquier línea directa hacia ella.

Otro disparo pasó demasiado cerca.

No se agachó ni retrocedió, solo ajustó la posición aumentando el riesgo y la exposición.

Ella era el objetivo real y a quien debían proteger, y eso cambiaba las reglas.



3

Elira corrió, no pensó ni dudó, solo avanzó.

El sonido de sus pasos se mezclaba con el estruendo de los disparos y con el eco rebotando contra las paredes del local mientras el aire se llenaba de pólvora y cristales rotos.

El corazón golpeaba demasiado fuerte y demasiado rápido en su pecho, pero sus movimientos seguían siendo precisos y controlados.

Un segundo impulso le hizo girar la cabeza buscando a su padre. Si bien su relación no era perfecta, al fin y al cabo era su padre.

Besnik estaba al otro lado de la sala, de pie entre mesas volcadas con el arma firme entre las manos. Le impactó verlo así.

Los movimientos de Besnik se volvieron más agresivos en cuanto la vio correr, más rápidos, cubriendo ángulos que antes ignoraba.

Uno de los atacantes intentó avanzar hacia su trayectoria y cayó antes de dar dos pasos.

Besnik no dejó de disparar, pero entre cada movimiento su mirada volvía hacia ella, protegiéndola.

Elira sintió una presión extraña en el pecho. No era alivio, sino algo más complejo. Sabía que no solo él la cubría: detrás de ella, demasiado cerca para ignorarlo, Mikhail se movía como una sombra sólida, sin gritar ni apresurarse. Siempre entre ella y el peligro.

Otro disparo pasó demasiado cerca y ella se inclinó instintivamente.

Por primera vez desde que todo había empezado, se dio cuenta de que tanto su padre como aquel hombre la estaban protegiendo desde dos lados distintos.

Elira alcanzó la puerta lateral con la respiración entrecortada. La manija apareció frente a ella como una promesa. Salió de la línea directa de fuego y estiró la mano sujetando la manija. Empujó y nada.

El golpe seco del metal contra el marco resonó demasiado fuerte. Estaba bloqueada.

Frunció el ceño tirando otra vez.

—¿En serio…? —gritó desesperada tirando de ella con fuerza.

Mikhail llegó en ese mismo instante, colocándose a un lado sin invadir su espacio más de lo necesario.

Probó a abrir la puerta, pero no se abrió. Su mirada bajó hacia la cerradura, luego hacia el marco. Había algo que no cuadraba.

—La han cerrado desde fuera.

Elira resopló frustrada.

—Perfecto —ironizó.

Otro disparo resonó desde el interior del local muy cerca de ellos.

Mikhail giró el cuerpo automáticamente, colocándose entre ella y el origen del sonido.

—Atrás —le indicó con la mano.

Ella retrocedió un paso.

El ruido de pasos rápidos se acercó desde el interior de la sala.

Uno de los atacantes avanzaba hacia ellos, intentando bloquear la única salida visible.

Mikhail evaluó el espacio. Tenía dos opciones y ninguna era limpia.

Su mano encontró la cintura de Elira otra vez, guiándola hacia una pared lateral donde la sombra era más profunda.

El contacto volvió a ser breve, pero esta vez ella no protestó, solo levantó la vista hacia él.

—Dime que tienes otro plan —susurró ella asombrada.

Mikhail inclinó la cabeza y sus ojos claros recorrieron la zona, calculando opciones.

—Siempre lo tengo.

Otro disparo estalló cerca y el aire vibró.

Mikhail no volvió a intentar abrir la puerta; ya sabía que no era una salida viable.

Su mirada recorrió el lateral de la sala con rapidez, evaluando sombras, ángulos y rutas que no eran evidentes para nadie más.

Otro disparo resonó desde el interior y luego pasos rápidos.

Mikhail alzó el arma cuando uno de los hombres de Besnik apareció al final del pasillo lateral, también con el arma en la mano y la respiración agitada.

Se detuvo al verlos y sus ojos se movieron hacia Mikhail. No preguntó ni dudó, simplemente esperó.

Elira lo notó inmediatamente, el hombre no estaba mirando a su padre, lo estaba mirando a él como si esperara instrucciones.

Mikhail habló sin elevar la voz.

—Dos por la entrada principal. Uno intentando cerrar el lateral. Necesito que cubras ese ángulo.

El hombre asintió al instante.

—Sí.

No hubo discusión, solo obediencia inmediata.

Elira parpadeó. Algo ahí no encajaba. No era solo que él supiera qué hacer, era cómo reaccionaban los demás ante sus órdenes, incluso los hombres que eran de su padre.

Otro hombre apareció detrás, con el arma lista, y también dirigió la mirada hacia Mikhail antes de posicionarse, como si ya supiera quién mandaba allí.

Mikhail giró ligeramente hacia Elira.

—Vamos a movernos cuando abra espacio. Mantente cerca.

Ella lo observó más detenidamente.

Había visto hombres peligrosos antes, había crecido entre ellos, pero este era diferente.

Aquel hombre no levantaba la voz, no imponía con gestos exagerados y, aun así, todo el mundo se alineaba alrededor de él.

Elira tragó saliva y una sensación incómoda le cruzó el pecho.

—¿Quién eres tú exactamente? —murmuró sin darse cuenta.

Mikhail no respondió, ignoró su pregunta e inclinó la cabeza hacia el interior del local, esperando el momento adecuado.

Cuando habló otra vez, su tono no dejó espacio para dudas.

—Ahora —ordenó.

Se movió y todos los demás se movieron con él.

Mikhail avanzó sin mirar atrás, con movimientos seguros, como si ya supiera exactamente dónde colocar cada paso.

Elira lo siguió sin pensarlo ni discutir.

Se movió cuando él se movió, giró cuando él giró, manteniéndose dentro del espacio que él marcaba como seguro.

El sonido de disparos volvió a retumbar detrás de ellos mientras cruzaban el pasillo lateral junto a uno de los hombres cubriendo su avance desde atrás.

Elira respiraba rápido, concentrada en no tropezar y en mantener el equilibrio sobre el suelo resbaladizo.

—Aquí —señaló Mikhail el lugar para que se colocase.

Ella obedeció y luego resopló frunciendo el ceño.

—Eres un poco mandón, ¿no? —murmuró.

Mikhail giró la cabeza lo suficiente para mirarla.

—La gente que quiere sobrevivir se queda a mi lado.

Ella sostuvo su mirada con su respiración aún agitada y enarcó la ceja.

—No sigo órdenes fácilmente.

Él asintió una sola vez.

—Me he dado cuenta.

Mikhail volvió a mirar al frente, como si aquello ya estuviera resuelto, como si nunca hubiera dudado de que ella seguiría moviéndose con él. Elira exhaló lentamente y siguió avanzando otra vez junto a él.

La puerta del lateral cedió con un golpe seco y el aire frío de la noche entró como una bofetada. Al menos, no habían bloqueado aquella salida.

Elira salió primero, guiada por la presión firme de la mano de Mikhail en su espalda baja. Sus pasos resonaron contra la piedra

húmeda del callejón estrecho mientras las sombras se alargaban bajo la luz amarillenta de una farola que parpadeaba.

El silencio exterior resultaba casi irreal después del estruendo del interior.

Elira inspiró aire profundamente, intentando recuperar el control de su respiración, pero ni siquiera tuvo tiempo. Mikhail salió detrás de ella y la empujó suavemente hacia la pared, colocándose delante de ella sin esfuerzo aparente.

Sus ojos recorrieron el callejón a la izquierda, a la derecha y arriba.

Elira se fijó en cómo miraba atento a todos lados.

—Algo no encaja —susurró más para él que para ella. Un vehículo oscuro al final de la calle estaba mal estacionado, con el motor encendido, las luces apagadas y una puerta entreabierta—. No me gusta —murmuró.

Elira siguió su mirada.

—¿Qué?

Antes de que él respondiera, una figura se movió desde la sombra junto al vehículo.

El sonido metálico de un arma al levantarse rompió el silencio.

Mikhail reaccionó al instante y la empujó hacia atrás, contra la pared, cubriéndola con su cuerpo.

—Quédate detrás de mí.

Elira resopló.

—Empiezo a odiar esa frase.

Un disparo resonó en el callejón con un eco que fue brutal. El peligro volvió a cerrar el espacio alrededor de ellos.

Otro disparo resonó otra vez, demasiado cerca, y fragmentos de piedra saltaron contra la pared detrás de ellos.

Mikhail no dudó, se movió rápido y preciso. Su mano encontró la de Elira apenas un segundo antes de tirar de ella hacia la sombra más profunda del callejón, colocándola detrás de un contenedor metálico volcado.

—Abajo.

Ella se agachó y giró la cabeza hacia él. Mikhail estaba medio inclinado hacia delante, con el cuerpo creando un ángulo

protector mientras observaba la posición de los atacantes al fondo del callejón.

No parecía tenso ni nervioso, solo enfocado, como si aquel escenario fuese un territorio familiar.

Elira tragó saliva sin apartar la mirada de él.

El siguiente disparo impactó contra el contenedor, haciendo vibrar el metal.

Mikhail se inclinó evaluando la distancia hasta el vehículo oscuro al final del callejón.

Había dos hombres mal posicionados y demasiado confiados.

Se levantó antes de que Elira pudiera anticiparlo y salió de la cobertura con un movimiento fluido, rápido y sin vacilación.

Corrió, no como alguien que huye, sino como alguien que avanza hacia el objetivo.

El arma se levantó en línea perfecta con su mirada. La elevó y disparó. El sonido fue seco y preciso. Uno de los hombres cayó hacia atrás sin tiempo siquiera para reaccionar.

Giró levemente su cuerpo y disparó por segunda vez. El otro hombre intentó girar el arma, demasiado lento, y no tardó más de un segundo en caer al suelo.

El eco de los disparos se perdió entre las paredes estrechas del callejón.

Elira parpadeó asombrada, no solo por la velocidad y la precisión, sino por la forma en que se había movido, tan ágil y exacto, como si cada paso hubiese sido calculado mucho antes de darlo.

Elira lo miró de la cabeza a los pies. Cuando Mikhail bajó el arma no había un solo músculo de su rostro que mostrase culpa o duda, ni tan siquiera alivio, solo calma. Se puso en pie despacio, con el corazón golpeando fuerte contra sus costillas.

Él la miró sin decir nada, con el arma aún en la mano. El silencio del callejón se volvió pesado.

Dentro del bar ya no se escuchaba nada: ni disparos ni gritos. Solo quietud.

Mikhail giró la cabeza lentamente, revisando los alrededores, y se centró en ella de nuevo. Elira se removió al sentir su mirada fija

en ella.

Mikhail necesitaba entrar al bar y ver si su hermano y Besnik estaban bien. ¿La dejaba allí? ¿La llevaba con él mientras comprobaba el interior?

La decisión llegó rápida y directa.

Su mano encontró la de ella sin aviso y la tomó firme mientras caminaba hacia la puerta principal.

—¡Eh! —protestó Elira cuando tiró de ella.

No respondió ni redujo el paso, solo siguió avanzando, sujetándola con seguridad, como si soltarla no fuese una opción.

El pasillo estaba en penumbra, iluminado solo por luces de emergencia que parpadeaban. Elira intentó soltarse. Giró la muñeca con rapidez, buscando el ángulo correcto para zafarse, pero Mikhail no aflojó, ni siquiera miró hacia atrás, solo la sujetó más fuerte.

Ella resopló.

—¿Puedes soltarme ya?

No respondió, así que Elira lo intentó otra vez, esta vez con más fuerza. Sus dedos casi lograron escapar, pero el agarre de él se cerró de nuevo, inquebrantable.

Elira frunció el ceño.

—En serio…

Tiró con un movimiento brusco y ese fue su error.

Mikhail se detuvo en seco y se giró hacia ella. Su mirada cambió a una fría y peligrosa. El aire pareció comprimirse entre ambos.

—Si sueltas mi mano ahora —dijo sin elevar el tono—, te dejo atrás. —No hubo amenaza explícita, no hizo falta—. No voy a repetirlo.

Elira sintió que algo se tensaba en su pecho. Aquello era una clara advertencia.

Se quedó quieta y él sostuvo su mirada un instante más antes de girarse otra vez.

Reanudó el paso siguiéndolo, apretando los labios, y resopló.

—Menudo carácter tienes —murmuró con un deje irónico.

La puerta principal apareció delante de ellos.

El interior del bar era un escenario distinto: mesas volcadas, cristales rotos, sillas tiradas y el olor metálico de la sangre mezclado

con el del alcohol derramado.

Alekséi estaba de pie cerca de la barra, con el arma aún en la mano y revisando el espacio. Besnik apartaba cuerpos junto a dos hombres más.

Estaban vivos los dos.

Elira soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo.

Mikhail soltó su mano finalmente y señaló hacia delante.

Uno de los atacantes yacía en el suelo. Tenía el cuerpo perforado por varios disparos y la sangre se extendía bajo él, pero aún respiraba.

—Ese —dijo con calma.

Besnik levantó la cabeza al ver a su hija y corrió hacia ella.

—Elira…

Ella levantó la mano señalándolo directamente.

—Ni se te ocurra acercarte.

Su voz fue fría y enfadada, dolida por lo que acababa de presenciar.

Besnik se detuvo en seco.

Mikhail observó la escena un segundo, pero no dijo nada al respecto.

Durante unos segundos, registró y evaluó todo, luego se giró hacia el hombre herido y finalmente soltó la mano de Elira.

—Levántalo —ordenó a los demás dando unos pasos hacia delante.

Dos hombres se acercaron inmediatamente, sin discutir.

Mikhail avanzó hacia el atacante con la mirada dura y calculadora. Elira lo observó.

En ese momento entendió que aquel hombre no solo sabía luchar, sabía mandar. Y estaba claro que todos tenían conocimiento de ello.

Dos hombres agarraron al atacante herido por los brazos y lo levantaron con brusquedad.

El grito que salió de su garganta fue desgarrador.

La sangre manchaba sus manos mientras intentaba resistirse y las piernas le fallaban al tocar el suelo. Uno de los hombres lo

empujó hacia una silla volcada, obligándolo a sentarse con un golpe seco que hizo crujir la madera.

Elira observó y apartó la mirada horrorizada por lo que hacían.

El bar que conocía, aunque nunca le hubiera gustado, había desaparecido. Mesas rotas, cristales convertidos en polvo brillante bajo las luces…

Uno de los cuerpos sin vida era arrastrado por dos hombres que reconocía como parte de la seguridad de su padre. Sintió repulsión, no por la muerte, había visto morir gente antes, pero aquello… era distinto.

Era personal, en su mundo, el mundo que siempre había intentado ignorar.

Sus ojos buscaron al hombre que la había sacado del callejón.

Mikhail avanzaba hacia el herido con la misma calma que había mostrado durante el tiroteo, sin prisa ni emoción visibles en sus gestos.

Sacó la pistola de nuevo y el metal brilló bajo la luz roja del local.

Besnik se acercó junto a Alekséi con gesto serio, listo para interrogar, pero Mikhail habló antes sin levantar la voz e inclinó ligeramente la cabeza hacia Elira.

—Creo que deberías llevarte a tu hija de aquí —dijo con calma—. No le conviene ver esto.

La espalda de Elira se tensó de inmediato, ofendida, como si le hubieran dado una orden directa.

Besnik no dudó.

—Sacadla de aquí —ordenó a dos de sus hombres.

Los hombres avanzaron hacia ella e intentaron tomarla por los brazos.

Elira los apartó con un movimiento brusco.

—¡No me toquéis! —Su voz resonó más fuerte de lo que esperaba—. Sé irme sola.

Se giró para marcharse con el enfado ardiendo bajo la piel, pero Mikhail negó lentamente con la cabeza hacia Besnik.

—No. —Sus ojos se clavaron en el jefe albanés—. Tu hija era el objetivo. —El silencio cayó como un peso y miró a los dos hombres

que intentaban controlar a Elira—. No la dejéis sola.

Elira soltó un bufido frustrado, casi un rugido contenido.

—¡No necesito una escolta!

Mikhail se giró hacia ella y una chispa en sus ojos claros dejaron entrever que aquello era innegociable.

—No estamos negociando —dijo en voz baja, sin elevar el tono. Precisamente por eso sonó más duro. Dio un paso hacia ella, lento y medido, lo suficiente para que sintiera el peso de su presencia sin que pareciera un movimiento agresivo—. Han venido a matarte —añadió—. Y hasta que yo no diga lo contrario, no te mueves sola.

No era protección, era control de la situación.

Elira sostuvo su mirada con la respiración agitada, con una mezcla de rabia y orgullo perdido. Finalmente, resopló y entornó los ojos.

—Genial —murmuró—. Justo lo que necesitaba hoy. —Se giró hacia los hombres con un gesto brusco—. Vamos, antes de que alguien más decida qué hacer con mi vida.

Mikhail la observó alejarse un segundo más y no se movió hasta que desapareció del local. Se quedó mirando la puerta mientras se ponía bien la chaqueta y luego volvió la mirada hacia el hombre herido.

En ese momento, el aire en la sala cambió.

Mikhail se detuvo frente al hombre herido.

La compostura que había mantenido hasta ese momento no desapareció… pero se tensó, como una cuerda invisible que acababa de estirarse un poco más de lo habitual.

Sus ojos claros descendieron lentamente hacia el atacante abatido.

Aquel hombre y los otros que habían entrado con él no habían disparado al azar. No era una limpieza, no era un mensaje general. Habían venido a por alguien. A por la hija de Besnik.

Mikhail dio un paso hacia delante, luego otro…

Mientras avanzaba, estiró la chaqueta con un gesto breve, casi automático, como si su cuerpo recordara siempre la importancia de la apariencia, incluso en medio del caos. El movimiento fue elegante, medido, ajeno al desorden que los rodeaba.

Se detuvo frente a la silla.

El hombre malherido respiraba con dificultad con el pecho subiendo y bajando en sacudidas irregulares. Un agujero oscuro marcaba su hombro, empapando la tela de sangre. Otro, más bajo, cerca del estómago, dejaba escapar un hilillo constante de sangre roja y espesa que caía sobre el suelo.

No le quedaba mucho tiempo.

Mikhail lo sabía, lo vio en la palidez de la piel, en la mirada que ya empezaba a perder foco.

Giró la cabeza levemente hacia Besnik y se lo ofreció.

—Todo tuyo.



4

El hombre sangraba sobre la silla con la cabeza caída hacia delante y el pecho subiendo y bajando con una irregularidad que anunciaba un final cercano. Dos de los hombres de Besnik lo mantenían sujeto por los hombros mientras otro apartaba con el pie los restos de cristal que crujían bajo las botas. El bar ya no era un bar, era un escenario detenido entre el caos y la calma posterior, con mesas volcadas, manchas oscuras extendiéndose sobre el suelo y el olor espeso de la pólvora mezclado con alcohol derramado. Elira había desaparecido del espacio, escoltada a regañadientes fuera de la sala, pero su presencia parecía seguir allí, suspendida en el aire como el motivo invisible que había desencadenado todo.

Besnik dio un paso adelante.

Su rostro había perdido cualquier rastro de cordialidad, ahora solo quedaba el líder que defendía un territorio propio. Se inclinó hacia el hombre herido, observándolo sin prisa, dejando que el silencio hiciera parte del trabajo.

—¿Quién te envió? —preguntó finalmente, con una voz tan baja que obligaba a afinar el oído. El atacante escupió sangre hacia un lado y negó con la cabeza, murmurando algo incomprensible. Alekséi permanecía cerca, apoyado contra una mesa rota, mirando sin intervenir, mientras Mikhail observaba desde atrás, quieto, con las manos relajadas a los lados y la mirada fija en cada gesto, en cada respiración, en cada microsegundo donde alguien podía

mentir—. No tenemos tiempo para juegos —continuó Besnik inclinándose un poco más, con su sombra cayendo sobre el rostro del hombre—. ¿Quién te envió?

El silencio se estiró. El hombre intentó reír, pero el sonido murió en un gorgoteo húmedo. —No… sabéis… nada… —susurró.

Mikhail no se movió al principio, solo observó, pero algo en su postura cambió. La tensión invisible se volvió más firme, más presente, y varios hombres lo miraron de reojo sin saber por qué. Dio un paso adelante lentamente, ajustándose la chaqueta con un gesto automático, y cuando habló su voz fue tranquila, demasiado calmada para la situación.

—No te está preguntando quién te envió —dijo—. Estamos esperando a que dejes de mentir sobre quién crees que te protege. —El efecto fue inmediato. El hombre levantó la mirada, confundido y respirando más rápido. Besnik guardó silencio, dejando el espacio abierto sin discutir la intervención. Mikhail inclinó la cabeza estudiando la reacción, como si estuviera confirmando una hipótesis más que buscando información—. La gente como tú siempre mira la puerta cuando cree que alguien vendrá… —añadió con una calma escalofriante—, y tú llevas varios minutos sin hacerlo.

Un murmullo se alzó entre los presentes. La observación era tan simple como devastadora. El atacante tragó saliva y, por primera vez, el nerviosismo se hizo visible en su rostro**.**

Besnik cruzó los brazos, dejando que el interrogatorio cambiara de ritmo sin perder autoridad.

—Habla —ordenó.

El hombre negó con la cabeza, jadeando.

—No… podéis… salvarla… —murmuró entre dientes.

Mikhail dio un paso más, acercándose lo suficiente para que su sombra cubriera al herido. Sacó la pistola sin prisa, no como amenaza inmediata, sino como una extensión natural de su presencia, y apoyó el cañón contra el respaldo de la silla, sin apuntar aún.

—No estás sangrando por nosotros —dijo suavemente—. Estás sangrando por alguien que no va a venir a salvarte.

El silencio cayó pesado. Nadie se movió. Incluso Besnik permanecía quieto, observando cómo el control de la escena se desplazaba sin necesidad de órdenes explícitas. El atacante respiró más rápido, con la resistencia quebrándose poco a poco, no tanto por miedo al dolor, sino por la certeza de que aquel hombre ya sabía demasiado.

Mikhail inclinó la cabeza, como si estuviera escuchando algo invisible, y sus ojos claros se endurecieron un grado más.

—Ahora —añadió—, puedes seguir mintiendo… o puedes empezar a ser útil.

El hombre respiraba cada vez peor. El pecho subía y bajaba en sacudidas irregulares mientras la sangre seguía filtrándose entre la ropa desgarrada. Besnik lo observó de cerca, con el rostro endurecido por una mezcla peligrosa de furia y cálculo, esperando algo más que balbuceos inútiles.

—¿Quién te envió? —repitió, más bajo esta vez, inclinándose, como si la cercanía fuera suficiente para arrancarle la verdad.

El herido negó con la cabeza con una sonrisa rota asomando entre los labios manchados de sangre.

Alekséi observaba en silencio, cruzado de brazos, mientras Mikhail permanecía ligeramente atrás, con la mirada fija y sin perderse ni un solo detalle. Su presencia no llenaba el espacio con ruido, sino con peso, y todos lo sentían, aunque nadie lo nombrara.

Besnik fue el primero en perder la paciencia. Su mano se movió rápido, agarrando la herida del hombro y apretando sin piedad. El grito del hombre atravesó la sala como el aullido de un animal herido.

—No tengo tiempo —dijo Besnik en voz baja—. Habla.

El atacante jadeó, intentando apartarse sin éxito y con el dolor haciéndole perder el ritmo de la respiración.

—Venganza… —escupió finalmente—. Solo… venganza…

Besnik chasqueó la lengua, irritado.

—Eso ya lo imagino —replicó—, pero ¿de quién?

El hombre soltó una risa húmeda, casi histérica, que terminó en un acceso de tos. La sangre le resbaló por la barbilla mientras

levantaba la mirada, clavándola directamente en Mikhail antes de volverla hacia Besnik.

—Tú… —susurró—. Tú mataste a su hermana… y ahora… ellos matarán a tu familia… uno por uno… empezando por tu hija… la favorita… la que más duele…

El silencio cayó pesado. Algunos de los hombres tensaron el cuerpo, esperando una reacción violenta, pero Besnik no se movió inmediatamente. Sus ojos se endurecieron aún más, luciendo fríos como el hielo.

Mikhail chasqueó la lengua suavemente con un sonido desaprobador.

—De momento no os ha salido muy bien —dijo con calma.

El herido rio otra vez con una carcajada débil, descontrolada, como alguien que ya había cruzado el límite entre el dolor y la locura.

—Esto… solo… ha hecho que empezar…

La risa se convirtió en un jadeo irregular. Sus ojos empezaron a perder foco. La consciencia se deslizaba lentamente.

Mikhail dio un paso adelante entonces, acercándose lo suficiente para que el hombre lo viera claramente. No dijo nada más, simplemente lo observó durante un segundo largo, como si evaluara si quedaba algo útil en él. El silencio se volvió absoluto, incluso Besnik se quedó quieto, permitiéndole ese espacio. Luego Mikhail levantó el arma. No hubo amenaza, no hubo advertencia… solo una decisión tomada.

El disparo sonó seco, limpio y definitivo.

La cabeza del hombre cayó hacia atrás y el cuerpo se desplomó contra la silla.

El silencio se instaló en el bar medio destruido.

Mikhail bajó el arma con la misma calma con que la había levantado, sin emoción visible, sin tensión residual, como si hubiera cerrado un asunto administrativo más que quitado una vida.

—Ya no era útil —dijo finalmente guardando su arma con toda la calma del mundo en su cinturón. Luego se ajustó de nuevo correctamente la americana.

El eco del disparo se desvaneció lentamente entre las paredes del bar, dejando un silencio denso que nadie se atrevió a romper. Nadie cuestionó a Mikhail. Nadie miró siquiera hacia él buscando una explicación. Simplemente ocurrió… y fue aceptado como una decisión inevitable, como si todos supieran que aquel momento había terminado exactamente cuando él había decidido que debía hacerlo. Mikhail se giró hacia Besnik con su expresión intacta, sin rastro de tensión o duda.

—¿Sabes a quién se refería? —preguntó con voz baja.

Besnik permaneció unos segundos en silencio con la mirada fija en el cuerpo sin vida mientras sus pensamientos parecían reorganizarse. Luego alzó la cabeza y señaló con un gesto breve hacia varios de sus hombres.

—Cerrad accesos. Nadie entra ni sale sin que yo lo sepa. Revisad el perímetro y mantened vigilancia constante.

Los hombres asintieron y se dispersaron inmediatamente, moviéndose con rapidez disciplinada entre el caos del local.

Besnik volvió a mirar hacia Mikhail, frunciendo ligeramente el ceño.

—No he comenzado ninguna guerra con ninguna mafia —dijo finalmente, más para sí mismo que para los demás.

Alekséi dejó escapar un breve suspiro y negó con la cabeza antes de hablar.

—Eso no es del todo cierto.

Besnik se giró hacia él, confundido.

—¿Cómo?

Alekséi apoyó una mano sobre la mesa rota más cercana, mirando primero a su hermano, luego a Besnik y, finalmente, hacia el espacio donde Elira había estado hacía unos minutos, como si midiera cuidadosamente las palabras.

—Fuiste tú quien disparó el misil contra el ático del Dragón Rojo en Paseo de Gracia. La mataste… y ese tipo de acciones nunca quedan sin respuesta. —Besnik frunció más el ceño, recordando. Alekséi continuó, con un tono calmado, casi analítico—. Puede que no fuera una guerra abierta para ti, pero para alguien más… sí lo fue. Si ella tenía familia… un hermano, un padre, otra hermana… por

ejemplo… alguien con suficiente poder para reorganizar lo que quedó… entonces esto encaja. Venganza directa. Ataque al punto más vulnerable. —Mikhail escuchaba sin intervenir, con los ojos claros pasando de uno a otro mientras procesaba cada palabra—. La mafia china nunca desaparece del todo —añadió Alekséi finalmente —. Nunca se da por vencida. Solo espera… se reorganiza… y golpea cuando cree que es el momento adecuado. Es solo una opción… pero tiene sentido.

Besnik permaneció callado unos segundos más, asimilando la idea y, finalmente, asintió lentamente.

—Sí… tiene lógica.

El silencio volvió a caer entre ellos, más pesado ahora, porque la amenaza ya tenía forma y objetivo claros.

Mikhail permaneció en silencio unos segundos más, con la mirada perdida en algún punto indefinido mientras reconstruía mentalmente las piezas que Alekséi le había contado semanas atrás. El Dragón Rojo no había sido un enemigo menor, había intentado quedarse con el territorio del Puerto Marítimo de Barcelona, un punto estratégico que nunca habían estado dispuestos a ceder, y los albaneses habían intervenido cuando la situación ya se había vuelto insostenible. Recordó las imágenes de la televisión, la explicación fría de su hermano sobre el misil atravesando la noche hasta reventar el ático donde se ocultaban los líderes de la tríada después de secuestrar a Isabel para extorsionar a Alekséi. Habían ganado aquella batalla gracias a ellos. Y ahora… las consecuencias seguían vivas.

Su mandíbula se tensó. Aquella situación no era completamente ajena a su organización, en parte, lo que estaba ocurriendo ahora era una sombra tardía de decisiones que ellos mismos habían tomado.

Alzó la mirada hacia Besnik.

—Os ayudaremos en todo —dijo finalmente, con la calma habitual, sin dramatismo—. La bratva os ofrece su protección. Y yo prometo que vuestra gente estará cubierta… especialmente tu hija. Es el objetivo y será tratada como tal.

La frase cayó con aplomo. No era una oferta vacía, sino una declaración que implicaba recursos, hombres y guerra si era necesario.

Besnik no respondió inmediatamente. Se quedó pensativo, observando primero a Alekséi y luego a Mikhail. Su mirada brillaba con una mezcla de orgullo y preocupación que no intentaba ocultar. Caminó unos pasos lentamente, como si necesitara moverse para ordenar todo lo que rondaba por su cabeza.

—Elira… —murmuró Besnik al fin—, es distinta. Nunca ha querido esto. Siempre ha intentado mantenerse al margen. —Hizo una pausa breve antes de continuar—. Trabaja en el Hospital Clínico de Barcelona. Es enfermera en el servicio de cirugía. Vive entre bisturís y quirófanos, no entre armas y ajustes de cuentas. No se merece estar aquí… no se merece pagar por decisiones que nunca ha tomado y que han sido cosa mía. —El silencio los envolvió nuevamente mientras Besnik bajaba la mirada, como si el peso de la paternidad superara al de cualquier alianza criminal—. Sé que nos ayudaréis —añadió después—. No lo pongo en duda, pero no creo que sea suficiente.

Alekséi frunció el ceño ligeramente.

—Lo será.

Besnik negó con la cabeza.

—No. —Su voz se volvió más firme—. La mafia china no va a por vosotros porque sabe que vuestro poder es demasiado grande. No sois un objetivo fácil. Nosotros… nosotros no dejamos de ser una organización más pequeña, hacemos saqueos, robos con fuerza, controlamos territorio, pero no tenemos la sólida estructura que tenéis vosotros. Si vienen… vendrán con todo. No será un aviso. Será una limpieza.

Alekséi dio un paso hacia él, intentando calmar a su amigo.

—Tendrás nuestra protección —repitió.

Besnik volvió a negar, más lento esta vez.

—No será suficiente.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, pesadas, inevitables, como si prepararan un escenario que todavía nadie había pronunciado.

Besnik se quedó mirando a Mikhail durante unos largos segundos, como si evaluara no solo al hombre frente a él, sino todo lo que representaba. Mikhail sostuvo la mirada sin apartarse, inmóvil, con esa calma que no denotaba indiferencia, sino control absoluto. El silencio entre ambos no fue incómodo, fue una negociación silenciosa antes de que las palabras llegaran. Finalmente, Besnik habló con un tono de voz más bajo y a la vez más personal.

—Has salvado a mi hija —dijo despacio—. Contigo está segura. —Mikhail no respondió. Solo alzó ligeramente el mentón, un gesto mínimo que indicaba que escuchaba atentamente—. Antes me dijiste que estabas en deuda conmigo por lo que hice por tu hermano —continuó Besnik dando un paso más cerca—. Dijiste que entendías lo que es una deuda… y ahora quiero cobrármela.

El aire pareció tensarse un poco más. Alekséi observó en silencio, cruzado de brazos, sin intervenir aún.

Mikhail permaneció quieto, sin mostrar sorpresa ni rechazo inmediato, esperando a que Besnik terminara.

Besnik inspiró profundamente antes de continuar, como si las siguientes palabras le costaran más que cualquier orden que hubiera dado esa noche.

—Sé que no tengo derecho a pedirlo. Lo sé. Pero no hablo como jefe… hablo como padre… y como alguien desesperado. —Hizo una pausa breve—. Si solo es una protegida de la bratva seguirá siendo un objetivo. Pero si es la esposa del jefe de la bratva… nadie se atreverá a tocarla. Ni siquiera la tríada. Lo pensarán dos veces antes de declarar una guerra abierta contra ti.

El silencio se volvió más pesado.

Mikhail lo miró sin inmutarse, sin cambiar la expresión, y después lanzó una breve mirada hacia Alekséi, midiendo algo invisible antes de volver a centrarse en Besnik.

—Me estás pidiendo demasiado —dijo finalmente, con una frialdad tranquila que no sonaba ofensiva, sino definitiva.

Besnik asintió lentamente.

—Lo sé. Pero para un padre nunca es demasiado la vida de su hija. Esto está pasando porque os ayudamos… porque nos metimos en una guerra que no era nuestra.

Mikhail negó suavemente con la cabeza.

—Te garantizo su protección. Eso ya lo tienes. Pero no puedes pedirme que me case con tu hija.

Besnik dio un paso más hacia él con la mirada firme.

—No te estoy pidiendo un matrimonio por honor o por política… te estoy pidiendo que la salves. La única forma real de ponerla fuera de alcance es esa. Si es tu esposa… se lo pensarán mucho antes de atacarla. Sería una declaración de guerra directa contra la bratva.

Mikhail guardó silencio un segundo y volvió a mirar a su hermano. Alekséi chasqueó la lengua y se cruzó de brazos, observando la escena con una mezcla de curiosidad y resignación.

Besnik insistió, midiendo bien sus palabras.

—He visto cómo la mirabas… es buena chica.

Mikhail enarcó una ceja.

—No parece una mujer que se deje domar fácilmente.

Una sombra de orgullo cruzó el rostro de Besnik.

—¿Acaso la mujer del líder de la bratva debe ser domable?

Besnik dio un paso más hacia Mikhail, sin perder un ápice de dignidad, pero implorando protección para su hija.

Mikhail exhaló lentamente.

—Dudo que ella acepte algo así… por lo poco que la conozco.

—Dame tres días —respondió Besnik inmediatamente—. La convenceré.

Mikhail lo miró fijamente unos segundos.

—Todavía no he aceptado.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, como una línea que todavía nadie había cruzado.

Besnik dio otro paso más hacia él, reduciendo la distancia lo suficiente para que la conversación dejara de ser estratégica y pasara a ser más personal.

Su mirada se deslizó un segundo hacia Alekséi antes de volver a fijarse en Mikhail.

—Hazlo —insistió Besnik, la voz era más suave ahora, sin autoridad de jefe, solo la urgencia de un padre que veía acercarse algo que no podía detener—. Si no… vendrán con todo. Nos matarán a todos. Y mi hija… —su voz se quebró, aunque intentó disimularlo —, mi hija no se merece eso.

Mikhail lo observó en silencio con expresión impenetrable, evaluando cada palabra sin dejar entrever nada. Finalmente habló, con tono firme, casi distante.

—Si de verdad crees que es lo correcto… entonces también deberías considerar que tu hija no merece un hombre como yo.

La frase cayó entre ellos como una advertencia, no como falsa modestia, sino como una realidad que él aceptaba sin conflicto.

Besnik no apartó la mirada de él ni dudó lo más mínimo.

—Lo que no se merece mi hija —respondió despacio, con cada palabra cuidadosamente colocada—, es morir por las decisiones de su padre… por haber ayudado a la bratva cuando lo necesitaban. —Se hizo otro silencio plomizo—. Quieras o no —añadió esta vez con la voz firme—, esto también es responsabilidad vuestra, y sabéis que estoy en lo correcto.

Aquello llegó más profundo de lo que nadie esperaba.

Por primera vez desde que había entrado en el bar, algo cambió en el rostro de Mikhail. No fue visible para cualquiera, solo un leve endurecimiento de la mandíbula, una pausa más larga de lo habitual… y luego un suspiro contenido, como si aceptara una idea que no le gustaba en absoluto, si bien tampoco podía ignorarla.

El aire pareció detenerse, porque aquel suspiro dijo más que cualquier palabra.

Mikhail dio un paso hacia Besnik, lento y medido, como si cada movimiento sellara algo que ya no podía deshacerse. Su mirada clara permaneció fija en la del albanés, fría pero honesta, y cuando habló su voz volvió a ese tono bajo que obligaba a escuchar sin necesidad de elevarla.

—Si quieres convertir a tu hija en mi esposa… —dijo despacio—, entonces hay cosas que deben quedar claras. —Besnik asintió lentamente, sin apartar la mirada. Mikhail inclinó la cabeza, organizando las palabras como si enumerara cláusulas de un

acuerdo antiguo, algo que ya había existido muchas veces antes entre hombres como ellos—. Tu hija dejará de estar bajo tu custodia. Desde ese momento, será mi responsabilidad… en todos los sentidos. Será mi esposa a todos los efectos, no una alianza simbólica ni una protección temporal. Yo decidiré dónde vive, quién se acerca a ella, cómo se mueve y bajo qué condiciones. Su seguridad, su nombre y su posición pasarán a estar bajo mi control. —El silencio alrededor se volvió más denso, algunos hombres evitaron mirar directamente mientras escuchaban algo que sonaba más a juramento que a conversación. —Responderá ante mí —continuó—, y cualquier asunto relacionado con ella se tratará conmigo. Nadie intervendrá. Nadie dará órdenes contradictorias. No habrá dos autoridades. —Hubo una pausa breve y sus ojos se endurecieron—. Será solo mía… y tú no podrás entrometerte en mis decisiones con respecto a ella.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire, pesadas y definitivas.

Besnik lo miró fijamente, asimilando el verdadero peso de lo que aquello significaba. No era solo protección: era perder control, confiar su mayor debilidad a otro hombre.

Mikhail sostuvo la mirada.

—¿Estarías de acuerdo con eso?

El silencio se alargó unos segundos más, suficientes para que cualquiera entendiera que aquella respuesta definiría todo lo que vendría después. Besnik bajó la mirada un instante, pensativo, y cuando volvió a levantarla ya había tomado la decisión.

Asintió lentamente.

—Sé que la tratarás bien —dijo con voz grave—. Eres un hombre de honor… y tu palabra tiene peso.

Mikhail no reaccionó demasiado, solo aceptó la frase con un leve movimiento de cabeza.

—Hay algo más —añadió entonces. Besnik frunció ligeramente el ceño—. Vivo en Rusia —dijo Mikhail—. Cuando esto termine… se vendrá conmigo.

Aquello sí que tomó desprevenido al albanés.

—¿A Moscú? —preguntó sorprendido.

Mikhail asintió una sola vez.

—Si voy a casarme con tu hija… será un matrimonio con todas sus consecuencias.

Aquella decisión ya no sonaba hipotética, sonaba inevitable.

Mikhail no se movió cuando Besnik terminó de asentir, pero sus ojos claros no abandonaron los suyos ni un segundo, como si todavía quedaran cláusulas que debían pronunciarse en voz alta para que no existieran malentendidos. Inclinó la cabeza y añadió, con la misma calma implacable que le caracterizaba.

—Podrás visitarla, pero solo cuando yo lo considere oportuno. No habrá decisiones compartidas. Si me entregas a tu hija, lo haces con todas sus consecuencias. —La frase no sonó cruel, sino irrevocable —. Te prometo que nadie la tocará —continuó—. Nadie le hará daño. Estará bajo mi nombre y bajo mi protección… y eso significa que cualquier amenaza contra ella será una guerra directa contra mí. —Hubo una pausa breve—. Pero a cambio… lo quiero todo de ella.

El silencio volvió a expandirse entre ellos, pesado, casi solemne. Besnik no respondió al momento. Sus ojos se desviaron hacia el suelo, hacia el espacio donde minutos antes había estado su hija y, por un instante, dejó de parecer un líder acostumbrado a negociar con vidas humanas para convertirse simplemente en un padre midiendo una pérdida inevitable. Sabía que si Elira se quedaba allí él no podría protegerla como lo haría Mikhail, no podía poner tantos hombres, podía reforzar la vigilancia, convertir su mundo en una fortaleza… pero la tríada no atacaba fortalezas, atacaba puntos débiles, esperaba el momento exacto y golpeaba donde más dolía. Y su hija… siempre sería su punto más vulnerable.

Conocía a Mikhail lo suficiente como para entender algo esencial: era un hombre duro, sí; peligroso, también. Pero su palabra tenía un peso real, una clase de honor distinta, silenciosa, construida con decisiones difíciles y no con promesas vacías.

Si alguien podía convertir a Elira en intocable, ese era él.

Besnik alzó finalmente la mirada con gesto serio, casi resignado, como quien acepta un precio que nunca habría querido pagar.

—Lo harás —dijo despacio—. Sé que lo harás. —Mikhail no respondió, no hacía falta. Besnik inspiró profundamente antes de

asentir—. Acepto todas tus condiciones.

Y aquella palabra cayó entre ellos como un pacto sellado mucho antes de pronunciarse.

El silencio que siguió al "acepto" de Besnik no fue incómodo, sino categórico, como cuando una puerta se cierra detrás de alguien y ya no hay vuelta atrás.

Mikhail no respondió de inmediato, solo lo observó unos segundos más, evaluando no las palabras, sino la determinación detrás de ellas, y cuando finalmente inclinó la cabeza fue un gesto mínimo, casi imperceptible, pero suficiente para sellar lo que ambos sabían que acababa de ocurrir.



5

El silencio de la casa de su padre no era tranquilo, era pesado y vigilado.

Elira apoyó la espalda contra la pared fría de la bodega mientras giraba lentamente el vaso entre sus dedos, observando cómo el whisky ámbar se movía dentro como si fuera la única cosa estable entre todo aquel caos. Hacía apenas unas horas estaba en quirófano, bajo luces blancas, con el sonido constante de monitores marcando un ritmo familiar y seguro, concentrada en suturas y respiraciones medidas, en vidas que podían salvarse con precisión y calma. Y ahora… ahora estaba allí, rodeada de hombres armados, con la sensación de que alguien la había arrancado de su mundo y la había lanzado contra el de su padre sin pedir permiso.

Recordó el bar, los disparos, la mano firme de aquel hombre guiándola entre el caos, el sonido del cristal rompiéndose, la sangre… siempre la sangre.

Resopló y bebió otro trago largo mientras se dirigía al comedor de nuevo.

Ella no quería aquello, nunca lo había querido, por eso se había alejado, por eso había elegido el hospital, con turnos interminables, noches sin dormir y una vida que oliera a desinfectante en lugar de pólvora.

Sabía perfectamente que allá donde iba su padre… llegaba el caos detrás, como una sombra inevitable, y ella había pasado años

intentando escapar de esa realidad.

Y ahora parecía que el caos había venido directamente a buscarla.

Levantó el vaso otra vez y bebió.

La botella sobre la mesa era la más cara que había encontrado en la bodega, algo que normalmente ni se atrevería a tocar. Sonrió ligeramente, casi divertida consigo misma. Nunca bebía, nunca perdía el control, pero aquella noche… aquella noche no contaba.

Dos de los hombres de su padre vigilaban en la planta superior con pasos pesados que rompían el silencio cada cierto tiempo, recordándole que incluso allí estaba encerrada en un mundo que no era el suyo.

Escuchó la puerta abrirse, esta vez con los pasos conocidos y firmes de su padre.

No tardó en aparecer en la entrada del comedor, deteniéndose al verla con el vaso en la mano y la botella medio vacía.

Su expresión cambió inmediatamente.

—¿En serio? —murmuró cruzándose de brazos—. ¿Eso es lo mejor que se te ocurre ahora?

Elira levantó el vaso hacia él. Una sonrisa burlona asomó en su boca por efecto del alcohol.

—Nunca bebo, así que hoy hago una excepción. Técnicamente es culpa tuya.

Besnik frunció el ceño, claramente molesto, aunque el alivio de verla viva todavía se reflejaba en la tensión de sus hombros.

—No estás para bromas.

—Tampoco estoy para que intenten matarme —respondió ella con una risa breve, más amarga que divertida—. Así que supongo que estamos empatados.

El silencio cayó entre ambos durante unos segundos.

Besnik exhaló lentamente, como si organizara las palabras antes de pronunciarlas.

—Tenemos que hablar —dijo finalmente—. Es importante.

Elira entornó los ojos, levantando el vaso otra vez.

—¿Más importante que el hecho de que alguien decidió disparar en un bar lleno de gente para matarme?

—Sí.

La respuesta fue directa y contundente.

Algo en su tono hizo que la sonrisa ligera desapareciera poco a poco del rostro de Elira.

Elira dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco y se pasó la mano por el cabello, intentando concentrarse en el rostro serio de su padre. Algo en su tono había cambiado, ya no era solo preocupación, era decisión. Y eso nunca traía nada bueno.

—Vaaale —murmuró alargando la palabra—. Cuando empiezas así siempre significa que voy a odiar lo que venga después.

Besnik abrió la boca para responder, pero se detuvo porque alguien más acababa de entrar.

Elira lo notó antes de girarse: una presencia distinta, más pesada, silenciosa, como si el aire hubiera cambiado de temperatura.

Mikhail se detuvo unos pasos por detrás de su padre. Sus ojos claros observaron la escena sin prisa. No parecía incómodo ni fuera de lugar, era como si aquella casa o cualquier lugar se adaptaran automáticamente a su presencia. Su mirada descendió hacia la botella abierta sobre la mesa y luego hacia el vaso que Elira sujetaba entre sus dedos. Algo en su expresión se endureció lo suficiente para que resultara evidente que no le hacía ninguna gracia.

Elira entornó los ojos.

—Ah… genial —murmuró levantando el vaso hacia él como si brindara—. El guardaespaldas silencioso también viene incluido en el *pack*.

Mikhail no respondió, solo se limitó a observarla.

Ella inclinó la cabeza, evaluándolo con un descaro poco habitual, con la sonrisa ladeada que el alcohol hacía más fácil mostrar.

—¿Siempre entras así… en modo amenaza silenciosa? —bromeó.

Besnik suspiró, claramente irritado.

—Elira…

—¿Qué? —respondió ella alzando una ceja—. Estoy intentando ser educada. —Volvió a mirar a Mikhail, señalándolo vagamente con el vaso—. Además… ni siquiera sé cómo te llamas, lo cual es raro teniendo en cuenta que me arrastraste como si fuera equipaje de mano por culpa del tiroteo.

Mikhail avanzó hacia la mesa con la mirada pasando otra vez por la botella.

—Ya has bebido suficiente.

La frase fue pronunciada con calma, pero sonó como una orden.

Elira soltó una risa breve.

—Uy… qué autoridad. ¿También controlas el minibar o solo a la gente?

Sus ojos verde oliva brillaban más de lo habitual y el alcohol había suavizado el filo de su sarcasmo, pero sin restarle precisión.

Mikhail no respondió al comentario, simplemente cogió la botella y la apartó unos centímetros, alejándola de su alcance.

Elira abrió la boca, indignada.

—¡Eh! Eso era caro.

—Lo sigue siendo —replicó él sin emoción.

Ella lo observó unos segundos más, estudiándolo con descaro.

—Vale… ahora tengo curiosidad. ¿Siempre eres así de intenso? —Elira hizo un gesto vago con la mano—, ¿o solo cuando alguien está borracho?

Mikhail sostuvo su mirada sin inmutarse y eso, curiosamente, la hizo reír más.

Besnik dio un paso adelante, perdiendo claramente la paciencia.

—Ya está bien. Tenemos que hablar de algo serio.

Elira volvió a mirar a su padre, aunque sus ojos regresaron rápidamente hacia Mikhail con cierta reticencia evidente.

Se inclinó hacia atrás contra la mesa, cruzándose de brazos con dificultad fingida.

—Vale. Sorpréndeme. ¿Qué más puede salir mal hoy?

El silencio que siguió fue breve… porque ambos hombres sabían que lo que venía después lo cambiaría todo.

Besnik dio unos pasos hasta quedar frente a ella con la mirada seria, demasiado seria como para que Elira siguiera tomándose aquello completamente a broma. Durante unos segundos no dijo nada, como si buscara la forma correcta de empezar, y eso solo consiguió que la inquietud empezara a filtrarse entre el alcohol y su sarcasmo.

—Los hombres que entraron en el bar no estaban allí por casualidad —dijo finalmente.

Elira levantó una ceja, apoyando el peso sobre una cadera mientras giraba el vaso de nuevo entre los dedos.

—Ajá… sí, eso lo deduje cuando empezaron a disparar.

Besnik ignoró el comentario.

—Venían a por ti.

El humor desapareció apenas un poco de su rostro, aunque intentó mantener la ligereza.

—Claro… porque soy famosísima en el mundo criminal. Tiene sentido —ironizó.

—No bromees con esto.

El tono firme hizo que ella apretara los labios.

—No estoy bromeando —replicó, aunque el tono arrastraba todavía cierta ironía—. Solo intento entender por qué alguien decide convertir mi vida en una mala película de acción.

Mikhail permanecía en silencio detrás, observándola con atención tranquila. Su mirada volvió brevemente hacia el vaso en su mano y luego hacia la botella apartada, desaprobando claramente el estado en el que estaba, aunque sin comentarlo en voz alta.

Besnik continuó.

—La tríada china podría estar detrás. Es posible que busquen venganza por lo que pasó hace meses.

Elira frunció el ceño.

—¿Qué pasó hace meses?

El silencio que siguió fue breve.

—Hubo una guerra —respondió Besnik finalmente—. Ayudamos a los rusos.

Ella dejó escapar una risa corta e incrédula.

—Genial. ¿Así que ahora soy un daño colateral de tus aventuras mafiosas? Qué sorpresa.

Mikhail se movió, apoyándose ligeramente contra una pared, sin perderla de vista.

—Necesitamos protegerte —añadió Besnik.

—¿Más que traerme aquí con dos gorilas vigilando la puerta? Porque, honestamente, siento que estoy en arresto domiciliario.

—Esto va más allá de eso.

Elira entornó los ojos, levantando el vaso otra vez, aunque ya estaba casi vacío.

—Pues dilo rápido, porque estoy teniendo un día horrible y me gustaría saber cuál es el siguiente desastre.

Besnik dudó un segundo y entonces decidió avanzar un paso más.

—Él te protegerá —dijo finalmente, señalando ligeramente hacia atrás.

Elira giró la cabeza hacia Mikhail con reticencia evidente, evaluándolo de arriba abajo con descaro.

—¿Él? —repitió ladeando la cabeza—. ¿El señor silencioso?

Besnik asintió.

—Se llama Mikhail Petrov. —La sonrisa ligera desapareció del rostro de Elira y hubo un silencio—. Es el líder de la bratva rusa.

El tiempo pareció detenerse y Elira parpadeó lentamente.

Miró a su padre, luego a Mikhail y luego otra vez a su padre.

—¿Me estás diciendo que el tipo que me ha quitado el whisky es… el jefe de la mafia rusa?

Mikhail no reaccionó, solo sostuvo su mirada. Elira se quedó mirándolo unos segundos más, como si esperara que alguien dijera "es broma" y todo volviera a tener sentido. Sus labios se curvaron lentamente hacia arriba… y entonces soltó una risa corta e incrédula que se le escapó antes de que pudiera detenerla.

—Vale… —murmuró negando con la cabeza—. Vale, esto ya es demasiado incluso para hoy. —Miró a su padre—. Dime que estás bromeando.

Besnik no respondió, no sonrió, no apartó la mirada… y la risa murió sola.

Elira volvió a mirar a Mikhail, más despacio esta vez, evaluando cada detalle, tratando de reconciliar la imagen del hombre que la había sacado del tiroteo con la palabra "líder". Sus ojos verde oliva se entornaron levemente.

—¿Tú…? —señaló hacia él con el vaso vacío—. ¿En serio? —Mikhail sostuvo su mirada sin inmutarse. El silencio empezó a

incomodarla más que cualquier respuesta—. Genial —murmuró finalmente—. ¿Sabes qué? Me gustabas más cuando solo eras el tipo serio que odiaba que bebiera whisky caro. —Dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco y se pasó la mano por la cara, intentando centrarse—. Vale. Bien. Jefe de la mafia rusa. Muy bien. ¿Y ahora qué? ¿Me escolta a casa? ¿Me compra un chaleco antibalas? ¿Me encierra en una torre?

Mikhail habló por primera vez desde que habían entrado.

—Te mantengo viva.

La frase fue tranquila y directa, sin emociones.

Algo en su tono atravesó la bruma que le envolvía la mente.

—Ah… —murmuró—, qué romántico.

Besnik intervino antes de que aquello se desviara más de la cuenta.

—Elira, escúchame. Esto es serio.

—Lo sé. Lo sé.... —respondió ella muy efusiva, sin duda por los efectos del alcohol. Se cruzó de brazos, tambaleándose antes de recuperar el equilibrio, apoyándose en la mesa—. Vale. ¿Cuál es el plan entonces?

Besnik dudó apenas un segundo. Ese segundo fue suficiente para que Mikhail diera un paso adelante. El movimiento fue lento, controlado, suficiente para cambiar la energía del espacio sin parecer agresivo.

Elira levantó la barbilla instintivamente, desafiante.

Besnik inspiró lentamente.

—He llegado a un acuerdo con él.

Elira ladeó la cabeza.

—¿Un acuerdo… tipo negocio raro o tipo "vamos a fingir que todo está bien"?

—Un acuerdo serio —continuó Besnik ignorando el sarcasmo de su hija—. La protección que necesitas vendrá a través de una alianza.

Elira alzó una ceja.

—¿Una alianza? ¿Qué somos ahora?, ¿una serie medieval?

Besnik dio un paso y se acercó un poco más a Elira.

—Un matrimonio.

El silencio duró exactamente medio segundo y entonces Elira soltó una carcajada.

No fue una risa breve, sino una risa auténtica, incrédula y casi liberadora.

—Vale… eso sí que no me lo esperaba —murmuró llevándose una mano al pecho mientras intentaba recuperar el aire—. Espera… ¿me estás diciendo que la solución a que alguien quiera matarme es… casarme con el jefe de la mafia rusa? —Repitió el gesto de mirar a Mikhail, luego a su padre y por último volvió a mirar a Mikhail—. Esto es un chiste, ¿verdad?

Nadie respondió.

La risa se alargó unos segundos más, hasta que empezó a sonar un poco forzada.

—Vale… necesito otro trago para procesar esto.

Se inclinó hacia la mesa para coger la botella, aunque la mano de Mikhail se movió antes y la apartó sin brusquedad, pero sin dejar opción.

Elira lo miró indignada.

—¿Perdona?

—Has bebido suficiente —indicó Mikhail.

Ella entornó los ojos.

—Eres un mandón, ¿lo sabías?

No hubo reacción, solo esa calma impenetrable que empezaba a irritarla más que cualquier discusión.

Elira volvió a girarse hacia su padre, aún con una sonrisa incrédula que intentaba sostener.

—Vale… vale… esto ha sido divertido, pero en serio… no. —El tono cambió ligeramente, menos broma y más negación—. No me voy a casar con nadie. Y mucho menos con alguien al que acabo de conocer y que… —miró a Mikhail de arriba abajo— …me quita el alcohol.

Besnik dio un paso adelante, serio.

—Elira…

—No —repitió ella, ahora más firme—. No pienso hacerlo.

—No es una elección —intervino Mikhail y el aire pareció tensarse—. Es una solución.

Elira se quedó estupefacta, pues la idea dejó de sonar a broma.

El silencio se estiró después de sus palabras como una cuerda demasiado tensa.

Elira parpadeó lentamente, como si esperara que alguien corrigiera aquello, que dijera que era una exageración, un malentendido, cualquier cosa menos una decisión ya tomada.

Nadie habló.

Su mandíbula se tensó.

—No —repitió esta vez sin rastro de humor—. No, no, no… esto no está pasando. —Se apartó de la mesa, caminando un par de pasos por el comedor. Necesitaba espacio para respirar. Se pasó las manos por el pelo, soltando un resoplido nervioso que ya no tenía nada de gracioso—. He tenido el peor día de mi vida, casi me matan, me traéis aquí como si fuera un paquete frágil… ¿y ahora me dices que la solución es casarme con él? —Se giró bruscamente hacia su padre—. ¿En qué momento decidiste que mi vida ya no me pertenece? —Besnik abrió la boca para responder, pero ella levantó la mano—. No. No hables todavía. —Sus ojos se movieron hacia Mikhail y su expresión cambió a una más desafiante—. ¿Y tú? —preguntó avanzando un paso hacia él —. ¿Te parece esto normal? ¿Decidir que alguien se case contigo como si fuera una transacción?

Mikhail no se movió ni retrocedió, simplemente sostuvo su mirada con aquellos ojos claros, evaluando sin emoción visible.

—Es necesario.

La respuesta fue breve y fría. Y eso la enfureció más.

—¿Necesario? —repitió incrédula—. ¿Sabes qué es necesario? Que me dejéis vivir mi propia vida. Que me dejéis volver al hospital, a algo normal, a algo que no huela a sangre y a amenazas. —Su voz se quebró con la última palabra, más por rabia que por tristeza—. No soy parte de vuestro mundo.

Mikhail inclinó ligeramente la cabeza.

—Ahora lo eres.

La frase cayó como una piedra. Elira dio un paso más hacia él, invadiendo así su espacio personal.

—No puedes obligarme.

Mikhail la observó unos segundos largos, como si midiera exactamente cuánto decir.

—No te estoy pidiendo que me quieras. Solo que sobrevivas… y conmigo lo harás.

El aire pareció desaparecer de la habitación.

Elira se quedó quieta y el desafío en sus ojos apenas vaciló.

El silencio que siguió a sus palabras se volvió insoportable.

Elira tragó saliva, sin apartar la mirada de él, como si intentara decidir si aquello había sido una amenaza o una promesa. El alcohol le calentaba las mejillas, hacía que todo se sintiera más intenso, más cercano y demasiado real.

Negó lentamente con la cabeza.

—No… —murmuró retrocediendo un paso—. No voy a quedarme aquí escuchando estupideces.

Se giró con decisión hacia el pasillo, como si salir del comedor pudiera devolverle algo de control sobre su vida. Dio dos pasos rápidos, demasiado rápidos, intentando escapar antes de que alguien volviera a hablar.

—Elira.

La voz de Mikhail no fue elevada, pero la detuvo.

Se quedó quieta en mitad del movimiento, con los hombros tensos. No se había acercado, pero la forma en que dijo su nombre fue suficiente.

Ella giró lentamente la cabeza por encima del hombro, molesta consigo misma por haberse detenido.

—¿Qué? —preguntó secamente.

Mikhail seguía en el mismo lugar con la postura relajada y los ojos claros fijos en ella.

—Salir ahora no cambia la realidad.

Elira soltó una risa corta y amarga.

—Quedarme tampoco.

—Te equivocas.

Aquello la irritó y se giró del todo hacia él.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué cambia exactamente? ¿Que me acostumbre más rápido a que decidáis por mí?

Mikhail dio un paso hacia delante, lento y controlado, sin agresividad, pero con una determinación que llenó el espacio entre ellos.

—Cambia que sigues viva.

Ella apretó los labios.

—Sé cuidarme sola.

—Hoy no.

Elira abrió la boca para responder, pero no encontró palabras inmediatas. Sus ojos brillaron un segundo, con una mezcla de rabia y algo más difícil de nombrar.

—No quiero esto —dijo finalmente más bajo.

Mikhail sostuvo su mirada.

—Yo tampoco quería esto.

Aquello la desconcertó.

Elira se quedó quieta unos segundos más, mirándolo como si intentara encontrar grietas en su calma, algo que le permitiera enfadarse con más facilidad, pero Mikhail no reaccionaba como ella esperaba, no intentaba convencerla con palabras bonitas, no levantaba la voz, no intentaba imponer físicamente con su presencia. Simplemente estaba allí, firme, seguro, como una pared imposible de mover. Y eso, curiosamente, la descolocaba más que cualquier amenaza.

Bajó la mirada un instante sin querer, siguiendo la línea de sus hombros, la postura relajada pero alerta, el modo en que parecía controlar el espacio sin esfuerzo. No había arrogancia evidente, solo una seguridad silenciosa que resultaba… irritantemente sólida.

Se dio cuenta de que Mikhail la estaba observando también, como si la estudiase, y volvió a alzar la barbilla de inmediato.

—Deja de mirarme así.

—¿Así cómo? —preguntó él sin cambiar la expresión.

Ella dudó.

—Como si ya hubieras decidido todo —murmuró finalmente.

—Ya está decidido.

La respuesta llegó sin dureza, pero sin espacio para la discusión.

Elira resopló, girándose hacia un lado para romper el contacto visual, intentando recuperar el control de la conversación. Caminó

hacia la mesa otra vez, aunque esta vez no trató de coger la botella, consciente de que él la detendría otra vez. No tenía ganas de darle esa satisfacción.

—Esto es absurdo —murmuró apoyándose contra el borde—. Ni siquiera me conoces.

—Sé lo suficiente.

Ella soltó una risa incrédula.

—Ah, claro. Seguro que ya tienes un dossier completo sobre mí. Enfermera aburrida, hija rebelde y problema fácil de solucionar con una boda.

Mikhail dio otro paso hacia ella, reduciendo la distancia, sin invadirla del todo.

—No eres fácil —dijo Mikhail observándola con calma—, pero me he enfrentado a cosas peores.

La frase cayó sin arrogancia, sin desafío directo, simplemente como una verdad dicha en voz alta. Y, extrañamente, eso hizo que el comentario no sonara a insulto, sino a reconocimiento.

Elira entornó los ojos cruzándose de brazos.

—Qué reconfortante saber que soy otro problema más en tu lista.

Mikhail no respondió.

Besnik dio entonces un paso adelante, incapaz de seguir observando la escena en silencio.

—No eres un problema —dijo mirando a su hija con una mezcla de firmeza y cansancio—. Eres mi responsabilidad.

Ella se giró hacia él inmediatamente.

—Ah, ahora soy tu responsabilidad —replicó con amargura—. Interesante, porque durante años mi responsabilidad fue mantenerme lejos de todo esto.

Besnik apretó la mandíbula.

—Esto no es una discusión, Elira.

—Claro que lo es —respondió ella, alzando la voz por primera vez—. ¡Estás decidiendo mi vida sin preguntarme!

El silencio se volvió más tenso.

—Lo hago porque es necesario —dijo él.

—Lo haces porque es fácil —replicó ella rápidamente—. Porque así tú no tienes que cambiar nada.

La frase golpeó más fuerte de lo que esperaba.

Besnik frunció el ceño, molesto.

—No entiendes la situación.

—Explícamela mejor, entonces —respondió ella, abriendo los brazos—. Porque, desde mi perspectiva, parece que has decidido entregarme como si fuera parte de un trato.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire y Besnik dudó apenas un segundo.

—Es la única forma de garantizar tu seguridad. —Elira se quedó quieta—. Así que sí —añadió él, más bajo—. He tomado esa decisión.

Algo en su tono, en la falta total de duda, atravesó cualquier resistencia que le pudiese quedar.

La traición llegó silenciosa.

Su padre ya había decidido y ella dejó escapar una risa corta y vacía.

—Claro —murmuró—. Porque siempre sabes lo que es mejor para mí.

Se apartó ligeramente, evitando mirarlo. Sin querer, sus ojos se desviaron hacia Mikhail.

Fue extraño, porque él no intentaba justificarlo, no intentaba suavizarlo ni convencerla, solo estaba allí.

Elira apartó la mirada de su padre, respirando hondo, intentando controlar la presión que le subía por el pecho. No quería llorar, no delante de ellos ni delante de nadie. Así que hizo lo único que sabía hacer cuando todo empezaba a doler demasiado: levantar muros.

Se apoyó contra la mesa, cruzándose de brazos y con la barbilla alta, como si aquella conversación no le afectara tanto como en realidad lo hacía.

—Genial —murmuró—. Pues ya está todo decidido, ¿no? ¿Para qué estoy aquí entonces?

Nadie respondió inmediatamente y el silencio se alargó.

Por primera vez desde que había llegado, el influjo del alcohol empezó a caerle encima de verdad. Sentía el cuerpo más pesado, los pensamientos más lentos y la rabia mezclándose con una extraña sensación de cansancio que no tenía nada que ver con el whisky.

Mikhail la observó unos segundos más.

—Estás cansada.

Elira alzó la mirada de golpe, molesta.

—Gracias, doctor.

Pero él no reaccionó a su ironía, solo avanzó un paso más hacia la mesa, apartando el vaso vacío con gesto tranquilo.

—Has tenido un día largo —añadió. Ella frunció el ceño. No era una pregunta y tampoco sonaba a consuelo, simplemente era una constatación—. Largo y duro —añadió.

—Estoy bien —respondió automáticamente.

Mikhail inclinó ligeramente la cabeza.

—No.

La respuesta fue sosegada.

Elira abrió la boca para replicar, pero se detuvo porque algo en el modo en que lo dijo no la hizo sentirse juzgada ni débil. Solo… vista.

Eso la irritó más.

—No necesito que me analices.

—No lo hago.

Besnik observaba la escena sin intervenir, como si empezara a entender que algo estaba cambiando sin que ninguno de los dos lo expresara en voz alta.

Mikhail se quitó la chaqueta lentamente y la dejó sobre el respaldo de una silla cercana.

—Si vas a discutir… hazlo sentada.

Elira parpadeó.

—¿Perdona?

—Te estás balanceando —añadió él con calma.

Ella abrió la boca indignada.

—¡No me estoy balanceando!

Intentó dar un paso para demostrarlo y casi perdió el equilibrio. Se quedó inmóvil inmediatamente, fingiendo que no había pasado

nada. Mikhail no sonrió. Elira soltó un suspiro frustrado y se dejó caer en la silla con un gesto brusco.

—No significa que tengas razón —murmuró.

—Claro, por supuesto.

Elira apoyó los codos sobre las rodillas, frotándose la sien con los dedos mientras intentaba ordenar sus pensamientos. El alcohol hacía que todo pareciera más lejano y al mismo tiempo demasiado intenso, como si cada palabra resonara más fuerte de lo que debería.

El silencio duró unos segundos.

—No te quedarás aquí —pronunció Mikhail.

Elira alzó la cabeza lentamente.

—¿Perdón?

Besnik frunció el ceño, aunque no pareció sorprendido.

Mikhail continuó sin cambiar el tono.

—Esta casa es un objetivo predecible. Si alguien quiere llegar hasta ti, lo primero que hará será vigilar a tu padre. No voy a permitirlo.

Elira soltó una risa breve e incrédula.

—Ah, claro. Porque ahora también decides dónde vivo.

—Sí.

La respuesta llegó sin pausa.

Elira parpadeó, sorprendida por la falta absoluta de rodeos.

—No —replicó inmediatamente—. No me voy a ningún sitio contigo.

Mikhail la observó unos segundos.

—Te vienes conmigo esta misma noche.

No pareció una amenaza ni una orden, sí sonó a inevitabilidad… y eso la enfureció.

—¿Sabes qué? No. De verdad que no. —Se levantó de la silla con un movimiento brusco—. No me voy con un desconocido que cree que puede reorganizar mi vida como si fuera un mueble.

—No eres un mueble.

Ella resopló.

—Pues deja de moverme como si lo fuera.

Mikhail dio un paso hacia ella.

—Han venido a matarte —dijo con calma—. No voy a dejarte en un lugar donde puedan intentarlo otra vez.

¿Por qué hablaba tan tranquilo? Eso la irritaba aún más.

—Sé cuidarme sola.

—Ya te lo he dicho, hoy no.

Ella apretó los dientes.

—No tienes derecho a decidir eso.

Mikhail inclinó ligeramente la cabeza.

—No es una cuestión de derecho. —Sus ojos claros se clavaron en los de ella—. Es una cuestión de supervivencia.

Besnik observaba en silencio, sin intervenir, como si supiera que aquella conversación ya no le pertenecía.

Elira tragó saliva sintiendo cómo la frustración chocaba contra una pared imposible de mover y agachó la cabeza, resoplando.

—Eres insoportable —murmuró.

—Lo sé. —Lo dijo sin la más mínima intención de defenderse.

Elira lo miró fijamente unos segundos más, como si intentara encontrar una grieta en su seguridad, algo que le permitiera ganar aquella discusión. Pero Mikhail no parecía tener prisa ni necesidad de imponerse más de lo que ya había hecho con sus palabras.

Eso la desesperaba.

Soltó un suspiro largo, teatral, y levantó las manos en señal de rendición.

—Vale —dijo finalmente—. Perfecto. Me voy contigo. —Besnik alzó ligeramente las cejas, sorprendido por la rapidez del cambio. Elira giró hacia él inmediatamente—. Pero que quede claro —añadió señalando hacia Mikhail con el dedo—, no lo hago porque él mande. Lo hago porque necesito dormir y discutir contigo es agotador.

Mikhail la observó unos segundos y entonces, apenas perceptible, una sombra de ironía cruzó su expresión.

—Te acostumbrarás.

Ella abrió mucho los ojos.

—Ni de broma.

—Eso es lo que dices ahora.

—¿Siempre eres así de seguro de ti mismo o es solo conmigo?

—Solo cuando tengo razón.

Elira se quedó mirándolo un segundo, sorprendida por la respuesta, porque había sido… casi divertida.

Resopló negando con la cabeza.

—Eres desesperante.

Mikhail se encogió de hombros.

—Y, aun así, te vienes conmigo.

Ella frunció el ceño, molesta por la verdad implícita. Se giró hacia su padre, cruzándose de brazos.

—Esto no significa que acepte lo del matrimonio.

Besnik asintió lentamente, aunque su expresión indicaba que la conversación no había terminado ni de lejos.

—Sí, sí… me ha quedado claro.

Elira volvió a mirar a Mikhail.

—Y tampoco significa que confíe en ti.

Él sostuvo su mirada sin alterarse.

—No te lo he pedido —respondió encogiéndose de hombros.

Y fue esa respuesta, tan simple, la que la dejó sin réplica inmediata.

Elira se levantó de la silla toda decidida, aunque el leve mareo que la recorrió al ponerse de pie la obligó a detenerse un segundo antes de avanzar hacia las escaleras. Inspiró hondo, intentando recomponerse, y recogió su abrigo de una silla cercana con un gesto brusco.

—Fantástico —murmuró mientras se lo ponía—. Pasé de quirófano a secuestro emocional en menos de doce horas. Mi récord personal.

Besnik negó con la cabeza, pero no respondió.

Mikhail ya se había movido hacia la salida, esperándola sin urgencia, como si supiera que al final caminaría en su dirección, aunque protestara a cada paso.

Ella lo miró desde la distancia, evaluándolo con una mezcla de irritación y curiosidad que no quería reconocer.

—Espero que tengas habitaciones separadas —añadió con tono ligero mientras avanzaba hacia él—. Porque si esto es parte del trato… necesito cláusulas.

Mikhail abrió la puerta sin mirarla.

—Las tendrás.

Elira parpadeó, sorprendida por la facilidad de la respuesta.

—Vaya… —murmuró—. Pensé que dirías algo intimidante.

Él se giró hacia ella.

—Todavía no hemos llegado a esa parte.

Aquellas palabras fueron bastante enigmáticas.

Elira sostuvo su mirada un segundo más, notando de repente que algo incómodo se movía en su estómago, una mezcla extraña entre enfado y una chispa de algo que no quería analizar en ese momento.

Resopló apartando la vista.

—Sigues siendo insoportable.

Esta vez Mikhail no respondió.

Salieron al exterior y el aire frío de la noche golpeó su rostro, despejando un poco la neblina del alcohol y, por primera vez desde el tiroteo, sintió que estaba cruzando un límite invisible. Dejar aquella casa no era solo cambiar de lugar. Era abandonar definitivamente la ilusión de que su vida podía seguir siendo normal.

Mikhail abrió la puerta del vehículo y esperó.

Ella dudó apenas un segundo antes de entrar porque, quisiera o no, ya estaba dentro de su mundo.



6

El vehículo se detuvo frente a un edificio alto, discreto, demasiado limpio para llamar la atención y demasiado vigilado para pasar desapercibido ante alguien que supiera qué mirar. Elira observó por la ventanilla unos segundos antes de bajar del vehículo, notando cómo el frío de la noche terminaba de despejar su mente.

No dijo nada, pero tampoco preguntó, porque ya sabía que no estaba allí por elección.

El ascensor privado subió en silencio, sin botones visibles más allá de un panel que Mikhail activó con un gesto mínimo. Ninguno de los dos habló durante el ascenso, solo quedó el reflejo tenue de las luces sobre el acero y la sensación incómoda de estar cruzando otra frontera invisible.

Cuando las puertas se abrieron, el espacio que apareció frente a ellos no parecía un hogar, parecía una base.

El ático era amplio, de líneas limpias y tonos neutros, casi austeros. Grandes ventanales mostraban la ciudad extendiéndose allí abajo como un tablero de luces frías. No había decoración innecesaria ni fotos personales, tampoco señales evidentes de vida cotidiana. Todo estaba dispuesto con precisión calculada, como si cada objeto tuviera una función específica.

Todo era silencio y control.

Dos hombres estaban presentes, moviéndose con discreción profesional. No parecían guardias visibles, pero la forma en que

observaban cada movimiento dejaba claro que nada escapaba a su atención. Asintieron al ver entrar a Mikhail y se apartaron sin intervenir.

Elira cruzó los brazos instintivamente.

—Esto… no parece una casa —murmuró.

Mikhail se quitó la chaqueta sin responder y la dejó sobre el respaldo de una silla.

—No lo es.

La respuesta fue llana y simple.

Ella resopló caminando unos pasos hacia el interior mientras evaluaba el lugar. Todo estaba demasiado ordenado, demasiado limpio, demasiado… él.

—Mis hombres traerán todo lo que necesites de tu apartamento —dijo entonces Mikhail, sin mirarla todavía—. Ropa, documentos, cualquier cosa que consideres importante.

Elira se giró hacia él.

—¿Sin preguntarme?

—Pueden preguntarte ahora.

La frase llegó tranquila y sin ironía.

Ella lo miró frustrada por la lógica implacable.

Siguió avanzando, dejando que sus dedos rozaran la superficie de una mesa baja… y fue entonces cuando la vio.

El arma desmontada, perfectamente limpia. Las piezas alineadas con precisión casi quirúrgica.

Se detuvo y la observó unos segundos.

Luego, sin pensar demasiado, alargó la mano.

—No la cargues. —La voz de Mikhail llegó por detrás de ella, baja y calmada.

Elira giró la cabeza.

—Tranquilo —murmuró esbozando una sonrisa—. Salvo vidas. No las quito.

Mikhail se apoyó ligeramente contra la mesa cercana con su postura relajada, pero imposible de ignorar. No parecía molesto, solo atento.

—Aun así, ten cuidado —añadió.

Elira dejó escapar un resoplido y volvió a mirar el arma, desconcertada por lo cuidadas que estaban las piezas.

—Esto da miedo, ¿lo sabes?

—Es una herramienta.

Ella giró hacia él.

—Claro. Como un bisturí… pero con resultados muy diferentes.

Por primera vez desde que habían salido de casa de su padre, sintió que estaba realmente dentro del mundo de Mikhail.

Elira caminó unos pasos más por el ático, observando en silencio. Sus zapatos resonaban suavemente sobre el suelo pulido mientras sus ojos recorrían el espacio, buscando algo que le resultara familiar… algo que rompiera aquella sensación de estar en un lugar demasiado controlado.

Nada, ni fotografías ni recuerdos ni desorden. Se giró hacia la cocina abierta, moderna, perfectamente limpia y, sin pensarlo demasiado, abrió uno de los armarios superiores. Estaba vacío, otro ordenado… demasiado ordenado.

—¿Vives aquí o solo… sobrevives? —murmuró sin mirar atrás.

No obtuvo respuesta inmediata. Así pues, siguió moviéndose, intentando recuperar algo de control, dar con algo normal. Caminó hacia un pasillo lateral, intuyendo que allí estarían las habitaciones, y empujó la primera puerta que encontró.

—No.

La palabra llegó antes de que pudiera entrar.

Elira se detuvo en seco, girándose lentamente.

Mikhail no se había movido demasiado, pero ahora estaba más cerca. No bloqueaba físicamente el paso ni alzaba la voz, pero la forma en que la observaba dejaba claro que aquello no era negociable.

—¿Perdona? —preguntó ella alzando una ceja.

—Esa habitación no.

Elira cruzó los brazos, inclinando la cabeza con desafío.

—¿Zona prohibida? Qué misterioso.

—Es privado.

La respuesta fue inapelable.

Ella lo miró unos segundos, evaluándolo, como si decidiera cuánto empujar.

—Me encanta cómo dices las cosas, como si fueran leyes universales.

Mikhail sostuvo su mirada sin reaccionar.

—Te mostraré la tuya.

Elira soltó una risa incrédula.

—¿Mi qué?

—Tu habitación.

Aquello le provocó un rechazo inmediato.

—No necesito que me asignen una jaula.

—No es una jaula.

—Ya… —murmuró ella girándose hacia el salón otra vez—. Solo tiene guardias, armas desmontadas y un jefe de la mafia que decide qué puertas puedo o no abrir.

Mikhail dio un paso más hacia ella.

—Tiene seguridad.

Elira lo miró fijamente.

—Tiene control.

—No es lo mismo, esta noche no.

Resopló y apartó la mirada, caminando hacia el gran ventanal para observar la ciudad desde arriba.

—No voy a acostumbrarme a esto.

—No es necesario.

Ella se giró otra vez, frunciendo el ceño.

—¿Entonces qué?

Mikhail la observó un segundo más.

—Solo debes sobrevivir.

La palabras quedaron suspendidas entre ellos.

Elira permaneció frente al ventanal unos segundos más, observando las luces de la ciudad como si buscara algo familiar entre ellas. Desde aquella altura todo parecía distante, silencioso e irreal. Barcelona se extendía bajo sus pies como un recuerdo que ya no le pertenecía.

Se cruzó de brazos sin darse cuenta y Mikhail la observó.

Notó el leve cambio en su postura, la tensión en los hombros, la manera en que su respiración había cambiado desde que habían llegado. No dijo nada inmediatamente, se tomó unos segundos, como si eligiera las palabras con cuidado, algo poco habitual en él.

—No necesitas acostumbrarte —dijo finalmente—. Solo necesitas entender dónde estás.

Elira no se giró.

—¿En una prisión con vistas a Barcelona?

Mikhail avanzó un par de pasos, deteniéndose a una distancia prudente, la suficiente para que su presencia se sintiera sin invadir su espacio personal.

—Estás en un lugar donde nadie puede tocarte.

El silencio se alargó y ella tragó saliva.

—Eso dices tú.

—Lo sé —respondió él—. No es una promesa vacía. —Su voz seguía siendo grave, firme, sin suavizarse, pero había algo más detrás: explicación, no orden—. Los hombres que viste abajo no están aquí para vigilarte a ti —continuó—. Están para vigilar todo lo demás. El edificio está controlado, las entradas limitadas, los accesos monitorizados. Nadie llega hasta este piso sin que yo lo sepa antes.

Elira giró finalmente la cabeza hacia él.

—Suena tranquilizador y perturbador al mismo tiempo.

—Es ambas cosas.

La respuesta fue inmediata y ella dejó escapar una pequeña risa nerviosa.

—Genial.

Mikhail inclinó ligeramente la cabeza, observándola con una atención más abierta que antes.

—Estás asustada.

Elira frunció el ceño de inmediato.

—No.

—Sí.

Ella apretó los labios, evitando su mirada un segundo.

—Estoy cansada —admitió.

—También.

Se produjo un silencio breve.

Mikhail apoyó una mano sobre el respaldo de una silla cercana con su postura relajada pero sólida, territorial sin ser dominante.

—No te traje aquí para controlarte —añadió después—. Te traje porque esta es la opción con menos variables que puedan fallar.

Elira parpadeó.

—¿Variables?

—Riesgos. —La palabra sonó más simple y más directa—. Allí fuera eres predecible —continuó—. Rutinas, horarios, lugares conocidos. Aquí… no lo eres.

Ella lo miró fijamente.

—¿Y qué pasa cuando deje de ser útil para tu estrategia?

La pregunta quedó suspendida en el aire, pero Mikhail no apartó la mirada.

—No eres una estrategia. —Elira abrió la boca para responder, sorprendida por la rapidez de la respuesta—. Eres una responsabilidad —añadió él.

Aquello, extrañamente, sonó más real que cualquier intento de consuelo.

Elira bajó la mirada y respiró hondo. Por primera vez desde que había llegado, no parecía preparada para discutir.

Elira dejó escapar un suspiro largo y se separó finalmente del ventanal, caminando despacio por el salón, como si necesitara moverse para evitar quedar atrapada en sus propios pensamientos. Sus dedos rozaron el respaldo de un sofá, la superficie fría de una mesa, el borde de una lámpara minimalista que parecía más una escultura que un objeto útil.

Todo estaba demasiado… calculado, demasiado perfecto.

Y entonces la vio, una puerta abierta al final del pasillo que daba a una habitación.

Se acercó con cautela, esperando encontrar otra estancia impersonal, otra extensión de aquel lugar sin huellas humanas.

Pero se detuvo en el marco.

La cama estaba hecha, sencilla pero cómoda, sábanas limpias, una lámpara cálida encendida suavemente y, sobre la mesita, una botella de agua, analgésicos y una camiseta doblada cuidadosamente.

Elira parpadeó y se giró hacia él.

—¿Esto…?

Mikhail estaba apoyado contra la pared, observándola.

—Es tu habitación. La que te he comentado antes.

Ella frunció el ceño.

—¿Ya estaba preparada?

—Sí.

—¿Antes de que yo dijera que sí?

—No dijiste que sí.

La respuesta fue tan seca que le hizo soltar una pequeña risa.

—*Touché*.

Se acercó a la mesita y cogió la camiseta, alzando una ceja.

—¿Esto es tuyo?

—Sí.

Ella la sostuvo con dos dedos, evaluándola.

—¿Pretendes que duerma con ropa del jefe de la mafia rusa?

—Pretendo que duermas.

Elira giró hacia él con una sonrisa de soslayo.

—Vaya, qué romántico.

Mikhail la observó un segundo.

—No soy romántico.

—¿No me digas? —ironizó—. Ya me había dado cuenta. —Se dejó caer sobre la cama para probarla… y rebotó un poco más de lo esperado—. Oh. Vale. Es cómoda.

Intentó levantarse rápido para disimular, pero el leve mareo volvió y terminó sentándose de nuevo emitiendo un bufido.

Mikhail dio un paso adelante.

—Si te caes y te rompes algo, sería un grave inconveniente… quédate sentada.

Ella lo miró indignada.

—¿Eso es lo más cercano a la preocupación que tienes?

Él lo pensó un segundo.

—Sí.

Elira se quedó mirándolo…

—Eres increíble —se quejó molesta por su respuesta.

Él la miró un segundo y se encogió de hombros.

—Lo sé yo… y mucha gente.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Acabas de decir eso en serio?

—Sí.

La naturalidad con que lo dijo la dejó sin palabras un segundo.

Negó con la cabeza, todavía sonriendo sin querer.

—No sé si quiero reírme o lanzarte algo.

—Puedes decidirlo mañana.

Elira ladeó la cabeza.

—¿Por qué mañana?

Mikhail sostuvo su mirada.

—Porque ahora vas a dormir.

La certeza en su voz no sonó autoritaria.

Por primera vez desde que habían llegado, Elira no discutió inmediatamente.

Se quedó sentada sobre la cama unos segundos más después de que él saliera de la habitación. Escuchó sus pasos alejarse por el pasillo, firmes, constantes, y luego el silencio volvió a llenar el espacio como una capa pesada.

Respiró hondo.

El día entero pareció echársele encima de golpe.

Se dejó caer hacia atrás sobre el colchón, mirando el techo unos segundos, intentando procesar cómo había pasado de suturar a un paciente en quirófano a estar encerrada en un ático con el líder de la mafia rusa que, aparentemente, pretendía casarse con ella.

Soltó una risa que no contenía alegría en realidad.

—Genial, Elira. Tu vida va estupendamente.

Se incorporó de nuevo y se quitó los zapatos con un movimiento lento, dejando que el silencio la envolviera poco a poco. El efecto del alcohol empezaba a desaparecer, dejando atrás un cansancio profundo que le pesaba en los huesos.

Miró la camiseta doblada otra vez. Dudó y la cogió. Olfateó ligeramente sin darse cuenta… y frunció el ceño. No olía a perfume caro ni a nada artificial, solo a jabón limpio.

—Esto es ridículo.

Se cambió rápidamente, dejó la ropa sobre una silla y se metió bajo las sábanas, convencida de que no dormiría en absoluto.

Pasaron diez minutos, tal vez más.

El silencio del ático era extraño, diferente al de cualquier lugar en el que hubiera vivido antes. No era un lugar vacío, era un lugar vigilado.

Y entonces escuchó algo, un sonido leve en el pasillo. Se incorporó un poco, alerta por instinto.

Se levantó y fue hacia allí. La puerta no estaba cerrada del todo, así que la empujó apenas un poco con el pie, abriéndola unos centímetros.

La luz tenue del salón iluminaba parcialmente el espacio. Mikhail estaba allí, sentado en el sofá, despierto y sin moverse demasiado.

Tenía un portátil abierto frente a él y documentos extendidos sobre la mesa baja, con el arma desmontada aún cerca.

No parecía relajado, parecía estar vigilando.

Elira observó en silencio unos segundos más, no estaba mirando el reloj, no estaba distraído. Estaba atento, como si estuviera esperando algo o asegurándose de que nada malo ocurriera.

Tragó saliva porque, sin decirlo, parecía claro: no se había ido a dormir, se había quedado despierto por ella.

Retrocedió un poco, cerrando la puerta suavemente antes de que él notara que lo estaba mirando.

Volvió a la cama tumbándose otra vez.

Y, por vez primera desde que había llegado, la idea de estar allí no le resultó completamente insoportable.



7

Una luz tenue entraba por los ventanales cuando Elira abrió los ojos. Tardó unos segundos en recordar dónde estaba. El silencio era distinto al de su apartamento, más profundo, casi contenido, como si el lugar respirara despacio.

Se quedó tumbada un momento más, mirando el techo, intentando reconstruir la noche anterior. El tiroteo, la discusión, el acuerdo, el traslado… Mikhail.

Suspiró y se sentó en la cama, pasándose una mano por la cara. El mareo había desaparecido, sustituido por un ligero dolor de cabeza que confirmó que el whisky caro no perdona.

—Genial —murmuró.

Se levantó y abrió la puerta con cautela, como si esperara encontrar algo distinto al salir.

El ático estaba en silencio, pero no vacío. El aroma a café recién hecho flotaba en el aire.

Frunció el ceño siguiendo el olor hasta la cocina abierta.

Mikhail estaba allí, de espaldas, apoyado ligeramente contra la encimera mientras revisaba algo en el móvil. Vestía de negro, sencillo, sin aparente esfuerzo, y su postura transmitía la misma calma peligrosa de la noche anterior.

No parecía alguien que hubiera dormido poco, sino alguien que no necesitaba hacerlo.

Elira se detuvo a unos pasos, observándolo un segundo antes de hablar.

—Por favor, dime que ese café es para mí.

Mikhail levantó la mirada hacia ella y la observó apenas un instante, evaluando algo invisible.

—Es para quien lo necesite.

Ella arqueó una ceja.

—Eso es muy generoso viniendo de ti —bromeó ella.

Se acercó cogiendo la taza sin esperar permiso. Dio un pequeño sorbo y cerró los ojos brevemente.

—Vale… retiro cualquier cosa mala que haya pensado sobre este lugar.

Mikhail dejó el móvil sobre la encimera.

—No pensaste nada bueno —le recordó.

—Eso también.

Se apoyó contra la encimera frente a él, cruzándose de brazos mientras lo observaba con descaro.

—¿Siempre vigilas a la gente mientras duerme?

—No te vigilaba.

—Ah, ¿no?

—Vigilaba el entorno.

Ella enarcó una ceja.

—Claro. Mucho mejor.

Ella miró un segundo hacia sus manos… y entonces recordó algo.

—¿Y mis cosas?

—Ya están en camino —respondió él.

Elira asintió lentamente, sin saber muy bien qué decir.

Se movió para dejar la taza en la encimera al mismo tiempo que él daba un paso hacia el otro lado y sus hombros chocaron. No fuerte, solo lo suficiente para notar esa cercanía repentina.

Elira se quedó inmóvil un segundo, consciente de lo alto que era, de la firmeza tranquila de su presencia, del leve calor que contrastaba con el ambiente frío del ático.

Se apartó ella primero.

—Invades el espacio personal, ¿lo sabías?

—Este es mi espacio —respondió él sin mirarla.

Ella entornó los ojos.

—Qué sorpresa.

Mikhail se giró y sostuvo su mirada un segundo más.

—Te acostumbrarás.

Elira resopló.

—Sigues siendo optimista sin motivo.

—No soy optimista.

La respuesta llegó seca y ella sonrió sin querer.

—Eso sí me lo creo.

Elira se terminó el café en silencio, luego apoyó la taza sobre la encimera con un golpe seco. Durante unos segundos no dijo nada, como si estuviera ordenando las ideas en su cabeza. Luego se separó ligeramente, estirando los hombros.

—Vale —murmuró—. Necesito una ducha… ropa limpia… y volver al hospital.

La última frase cayó como algo obvio, natural, como si fuera la única forma lógica de recuperar algo de normalidad.

Mikhail no respondió inmediatamente, solo la observó.

Eso fue suficiente para que ella frunciera el ceño.

—¿Qué?

—No vas al hospital hoy.

Elira soltó una risa incrédula.

—Ah, claro. Porque ahora también decides mis turnos.

—Decido riesgos.

—No soy un riesgo.

—Eres el objetivo —confirmó él.

Elira apretó los labios.

—No puedo desaparecer sin avisar. Tengo pacientes, compañeros, responsabilidades que no tienen nada que ver con tus guerras.

Mikhail asintió.

—Sí, ya lo sé.

Ella se detuvo.

—Entonces…

—Entonces necesitas unos días fuera del radar —dijo él.

Elira negó con la cabeza inmediatamente.

—No. Eso no va a pasar. —Se giró hacia el salón, buscando su abrigo por pura inercia—. Voy a salir solo a llamar. Tengo que hablar con mi supervisora, arreglar esto como una persona normal.

—No.

La palabra llegó antes de que pudiera dar otro paso.

Elira se giró lentamente.

—No puedes encerrarme aquí.

Mikhail no se movió.

—No te encierro.

—Ah, ¿no? Porque suena mucho a eso.

—Te mantengo viva.

La respuesta fue igual de firme que la noche anterior.

Ella resopló, caminando hacia la puerta principal como si quisiera demostrar que podía hacerlo.

Su mano se detuvo a centímetros del pomo.

—No hay nadie ahí abajo que vaya a impedirme salir, ¿verdad? —Silencio, eso fue suficiente. Se giró lentamente hacia él, entornando los ojos—. Eres… aaarrrggg… increíble.

Mikhail dio un paso hacia ella, sin prisa.

—Puedes salir si quieres —le ofreció finalmente.

Elira parpadeó. No esperaba esa respuesta.

—¿En serio?

—Sí. —Hubo una pausa breve—. Pero no saldrás sola.

La realidad volvió a caer pesada.

—Eso no es libertad.

—Ya te lo he dicho… es supervivencia.

Elira apretó la mandíbula.

—Te odio bastante ahora mismo —murmuró.

—Lo acepto sin problemas —se encogió de hombros como si no le importase lo más mínimo.

La respuesta fue tan seca que ella negó con la cabeza.

—Desesperante… esa es la palabra que buscaba y la que te define. Desesperante —confirmó tirando el abrigo al sofá, agobiada con la situación, aunque Mikhail, de nuevo, no parecía prestarle atención.

El silencio se alargó unos segundos más hasta que el sonido del timbre rompió la tensión del ambiente.

Elira giró la cabeza hacia la puerta.

—¿Eso es…?

—Tus cosas —respondió Mikhail, mirando brevemente hacia el pasillo.

Uno de los hombres apareció discretamente desde la entrada y asintió antes de desaparecer otra vez. Segundos después comenzaron a entrar varias cajas, bolsas cuidadosamente cerradas y una maleta que Elira reconoció de inmediato.

Su estómago dio un vuelco. Era extraño ver su vida empaquetada y transportada como si fuera parte de un traslado militar.

—Wow —murmuró—. Rápido no… lo siguiente.

Mikhail observaba sin intervenir, asegurándose de que todo se colocara en orden.

Elira caminó hacia una de las cajas abiertas y empezó a sacar cosas sin pensar demasiado. Ropa doblada, libros, una carpeta médica… y entonces algo cayó al suelo con un pequeño golpe.

Un peluche, pequeño y gastado.

Elira se quedó congelada medio segundo, luego se agachó rápidamente para recogerlo.

—No digas nada.

Mikhail alzó una ceja.

—No he dicho nada.

—Pero ibas a hacerlo —lo señaló con el dedo.

—No.

Ella lo miró con desconfianza.

—¿Seguro?

—Sí.

Elira lo sostuvo unos segundos más, esperando alguna burla que no llegó.

Eso la descolocó más que cualquier comentario.

—Es de una paciente pediátrica —dijo rápidamente a la defensiva—. Me lo regaló hace años.

Mikhail inclinó ligeramente la cabeza, evaluando el objeto sin juzgar.

—Tiene sentido.

Ella frunció el ceño.

—¿Eso significa que parece ridículo?

—Significa que alguien confió en ti.

Carraspeó y dejó el peluche a un lado. Intentando cambiar de tema, abrió otra bolsa… y se quedó quieta.

Sacó una camiseta vieja, enorme, con un estampado absurdo de dibujos animados médicos.

La miró y luego miró a Mikhail.

—Ni una palabra.

Él observó la camiseta unos segundos en silencio y se apoyó contra el marco de la puerta cruzándose de brazos.

—Tiene… carácter táctico —dijo totalmente serio.

Elira parpadeó.

—¿Qué?

—Nadie sospecharía de alguien que viste eso.

Ella abrió la boca y la cerró.

—¿Acabas de hacer una broma?

Mikhail la observó, inexpresivo.

—No era una broma.

Eso la hizo sonreír.

—Dios… no sé si me asusta más que seas gracioso o que no te hayas dado cuenta de que lo eras.

Mikhail se encogió de hombros.

—La eficiencia adopta muchas formas.

Elira lo miró unos segundos más, todavía sonriendo sin querer, reorganizando algunas cosas dentro de la maleta, intentando recuperar una sensación de normalidad entre camisetas dobladas y objetos que todavía olían a su antigua vida. El peluche permanecía a un lado, como un diminuto recordatorio incómodo de algo que no encajaba en aquel ático frío.

—No puedo creer que hayas traído absolutamente todo —murmuró mientras revisaba una carpeta y lo miraba asombrada.

—Pediste todo lo necesario.

—No pedí mi caos organizado.

Mikhail no respondió de inmediato. Observaba apoyado contra la pared, dejando que ella se moviera libremente mientras evaluaba el espacio sin parecer invasivo.

Elira intentó cerrar la maleta, pero la cremallera se atascó.

—Perfecto —bufó—. Justo lo que necesitaba.

Tiró un poco más fuerte. Nada. Volvió a intentarlo. Era imposible.

—¿La estás rompiendo o intentas intimidarla? —preguntó la voz de Mikhail desde atrás.

—Ambas cosas.

Se inclinó más hacia delante para tirar con más fuerza y, en ese momento, él dio un paso hacia ella sin anunciarlo y sin hacer ruido, simplemente se acercó.

Elira sintió su presencia antes de verlo, el cambio en el aire, el calor cercano. Se quedó quieta un segundo, consciente de lo cerca que estaba.

Mikhail se agachó a su lado.

—Déjame.

Sus manos se movieron con precisión tranquila, sujetando la tela y ajustando la cremallera con un gesto firme, controlado.

En un momento estaba cerrada.

Elira parpadeó.

—Mmm…vale.

Se quedaron un segundo demasiado cerca.

Su hombro rozaba apenas el de él, lo suficiente para que ella notara la diferencia de tamaño, la firmeza tranquila de su postura y el modo en que parecía ocupar el espacio sin esfuerzo.

Tragó saliva y se apartó primero.

—No hacía falta invadir mi espacio personal.

Mikhail alzó la mirada hacia ella, ladeando la cabeza.

—Estabas perdiendo contra una cremallera.

Ella abrió la boca indignada.

—¡No estaba perdiendo!

—Pues estabas negociando sin éxito.

Elira lo miró fijamente mientras se alejaba de nuevo.

Terminó de colocar algunas cosas más sobre la cama, intentando ignorar la sensación extraña que le había dejado la cercanía de hacía unos segundos. Se levantó despacio, pasando junto a él para dejar una carpeta sobre la mesa, y fue entonces cuando lo observó sin querer. No directamente, solo de reojo.

La forma en que sus mangas estaban ligeramente arremangadas, dejando ver antebrazos fuertes y marcados, el modo en que su postura permanecía relajada incluso cuando parecía atento a todo, el contraste entre su expresión seria y la calma con la que se movía…

Se dio cuenta de que lo estaba mirando. Estaba demasiado cerca… aquel lugar, sentir que estaba allí atrapada…

Un cúmulo de sensaciones desagradables comenzaron a aposentarse en ella.

Apartó la vista inmediatamente, molesta consigo misma.

—Necesito salir —dijo de repente, más brusca de lo que pretendía.

Mikhail levantó la mirada hacia ella.

—Hoy no —respondió cruzándose de brazos.

Elira resopló.

—Porque tú lo dices —comentó más enfadada.

—Exacto, porque lo digo yo.

Ella giró hacia él cruzándose de brazos.

—Tengo una vida fuera de aquí.

—La tendrás.

—No quiero un "la tendrás". La quiero ahora.

Mikhail dio un paso hacia delante con la mirada más dura que antes, como si mantener de nuevo aquella discusión le molestase. Aun así, intentó mantener la compostura.

—Ahora no es seguro.

—¡Siempre tienes una razón!

El silencio se tensó.

—Porque siempre hay un riesgo.

—No, es porque siempre necesitas controlarlo todo —replicó ella rápidamente.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire y algo cambió.

Mikhail enderezó ligeramente la postura; sus hombros se tensaron apenas y su mirada adquirió un matiz más frío.

—Eres mi responsabilidad, hazte a la idea, hoy no vas a salir.

Elira negó con la cabeza.

—No te pedí que fueras responsable de mí.

—Tu padre sí.

—Pues error suyo.

Hubo un silencio incómodo.

—Eres increíblemente obstinada.

—Y tú increíblemente mandón —se quejó elevando el tono de su voz.

Mikhail dio otro paso hacia ella, no amenazante pero sí firme.

—Vas a dejar de salir sola. Vas a seguir ciertas reglas mientras estés aquí.

Elira soltó una risa seca.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué más?

Sus ojos claros se fijaron en los suyos con una intensidad distinta, más dura.

—Mi futura esposa obedecerá cuando le diga que algo la mantiene viva.

Elira se quedó inmóvil medio segundo mientras lo veía alejarse hacia la puerta y salir al pasillo, como si aquellas últimas palabras suyas hubiesen dado por finalizada la conversación.

—Ni de broma. —Dio unos paso hacia la puerta y se asomó—. No soy tuya. No voy a ser tu esposa. Y desde luego no voy a obedecer como si fuera parte de tu equipo.

Directamente cerró la puerta con fuerza. El golpe resonó en el pasillo. Hubo un silencio repentino. Un segundo, dos, tres… la puerta se abrió de golpe.

Mikhail apareció en el marco, claramente más enfadado que en cualquier momento anterior. No gritaba, no levantaba la voz, pero su presencia llenó el espacio de una forma que hizo que Elira se quedara quieta sin querer.

—En mi casa no se pegan portazos.

La frase fue breve, pero contundente.

Elira levantó la barbilla.

—Pues acostúmbrate —bromeó ella.

—No.

Dio un paso dentro.

—No me hables como si fueras mi dueño.

—No necesito serlo para exigir respeto —contestó él directamente.

—El respeto se gana —replicó ella.

—Y yo lo he ganado manteniéndote viva desde anoche.

La tensión entre ambos era casi tangible.

Elira apretó los puños.

—No voy a obedecer órdenes como un soldado.

Mikhail la observó unos segundos largos con la respiración un poco más profunda, como si estuviera conteniendo algo.

—No quiero un soldado. —Hizo una pausa—. Quiero que entiendas cuándo dejar de luchar contra lo que te protege.

Elira soltó una risa incrédula, cruzándose de brazos.

—¿Y cómo se supone que voy a distinguir eso? Porque desde fuera parece más bien alguien decidiendo por mí y llamándolo protección.

Mikhail inclinó ligeramente la cabeza.

—Porque sigo aquí discutiendo contigo en lugar de obligarte a aceptar sin hablar.

Ella arqueó una ceja.

—Vaya, qué considerado eres.

—Lo soy, más de lo que tú crees.

Elira abrió la boca, sorprendida por la naturalidad con la que lo dijo. Caminó unos pasos por la habitación, intentando descargar la energía que le hervía por dentro, la ansiedad de verse ahí recluida sin ser dueña de su vida.

—Esto no es normal.

—Nunca prometí normalidad.

—Ya, bueno, pues podrías intentarlo.

Mikhail dio un paso más hacia dentro, cerrando la puerta tras él, sin apartar la mirada.

—No estoy aquí para intentarlo. Estoy aquí para asegurarme de que sigues respirando mañana.

Elira se detuvo, algo en su tono había cambiado otra vez, más oscuro y más real.

—Siempre vuelves a lo mismo.

—Porque es lo único que importa ahora.

Ella negó con la cabeza.

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Con lo que yo quiero?

—Querer algo no siempre lo hace posible.

—Eso suena muy trágico para alguien que decide casarse con una desconocida.

Mikhail la observó con intensidad tranquila.

—No eres una desconocida.

—Ah, claro —respondió ella con sarcasmo—. Ya sabes que soy terca, que bebo whisky caro cuando estoy enfadada y que tengo una camiseta horrible.

Una sombra mínima de humor cruzó su mirada.

—También sé que entraste en un tiroteo sin esconderte detrás de nadie.

Elira parpadeó.

—No tenía dónde esconderme.

—Aun así, no corriste.

Ella bajó la mirada un segundo, incómoda por el reconocimiento, pero volvió a levantar la barbilla.

—No voy a obedecer órdenes solo porque tú digas que es por mi bien.

Mikhail dio otro paso, deteniéndose a una distancia que hacía imposible ignorarlo.

—No necesito que obedezcas porque lo diga yo, sino porque llegará un momento en el que entenderás que nadie más puede protegerte como yo.

Ella lo miró fijamente unos segundos.

—¿Sabes qué es lo peor?

—¿Qué? —preguntó él ladeando la cabeza.

—Que lo dices tan serio que casi suena convincente.

Mikhail inclinó la cabeza.

Elira lo observó unos segundos más, como si intentara descifrarlo. Había algo profundamente irritante en la forma en la que hablaba, como si cada frase fuera una decisión ya tomada, como si no existiera espacio para la duda.

Y, aun así, no parecía querer aplastarla.

Eso la desconcertaba más que cualquier amenaza.

Resopló y se dejó caer sobre la cama, cruzándose de brazos.

—¿Sabes qué? Voy a decir algo que probablemente no te guste.

Mikhail apoyó el hombro contra el marco de la puerta con una postura relajada, pero firme.

—Dudo que sea la primera vez.

Ella alzó una ceja.

—No voy a cambiar por ti.

Él la observó unos segundos.

—No lo espero.

La respuesta llegó tan tranquila que la dejó descolocada.

—¿Entonces cuál es el plan? ¿Esperar a que me vuelva dócil como por arte de magia?

—No. Esperar a que entiendas.

Elira sonrió con incredulidad.

—Qué paciencia la tuya.

—La paciencia mantiene viva a la gente impulsiva.

Ella negó con la cabeza.

—Sigues hablando como si fueras invencible —comentó con rabia.

Mikhail se incorporó un poco, alejándose del marco.

—No lo soy. Pero sí lo suficiente para protegerte hoy —añadió después—. Y ahora mismo… eso es lo único que necesitas.

El silencio se apoderó de la habitación cuando él salió.

Elira inclinó la cabeza hacia un lado con una mezcla extraña de desafío y curiosidad.

—¿Siempre tienes la última palabra? —preguntó alzando un poco más la voz para que la escuchase.

—Solo cuando importa —respondió él.

La tensión quedó suspendida en el aire. Elira abrió la boca para responder… pero no encontró una réplica inmediata. ¿Por qué la

dejaba callada tantas veces? Ella no era así. Resopló y, esta vez, decidió dejar la puerta abierta.



8

El sonido del teléfono rompió el silencio del ático con una vibración constante sobre la mesa.

Alekséi llevaba parte de la tarde en el piso con su hermano. Durante las primeras horas Elira había permanecido en su habitación, pero aquello era realmente aburrido, así que finalmente había salido al comedor, se había sentado en el sofá y había encendido la televisión ante la mirada atenta de los dos hermanos.

—Ignoradme, como si no estuviese aquí —pronunció ella.

Dicho y hecho, ambos habían comenzado a hablar, aunque luego se había dado cuenta de que al hablar ruso tampoco podía comprender nada de lo que decían, así que se había concentrado en un programa de la televisión.

Alekséi miró la pantalla de su móvil antes de responder, reconociendo el número. Mikhail levantó la vista de los documentos que estaba revisando, sin mostrar interés aparente, aunque su atención cambió de inmediato.

—Besnik —dijo Alekséi al contestar.

Elira, que estaba sentada en el sofá fingiendo ver la televisión, alzó la cabeza automáticamente al escuchar el nombre de su padre.

Hubo un silencio mientras Alekséi escuchaba.

Su expresión apenas cambió, una leve tensión en la mandíbula que solo alguien muy atento habría notado.

—¿Ya? —preguntó finalmente.

Elira frunció el ceño.

—¿Qué significa eso? —murmuró para sí misma.

Alekséi se levantó despacio, caminando unos pasos hacia la ventana mientras seguía escuchando.

—Entiendo… —añadió en castellano—. Sí, se lo diremos.

Acto seguido, Alekséi colgó la llamada.

El silencio se volvió pesado antes incluso de que nadie hablara.

Mikhail levantó la mirada hacia su hermano con una pregunta muda.

Alekséi exhaló lentamente antes de hablar.

—El sacerdote está preparado —dijo finalmente—. El viernes. —Una pausa—. Tres días.

El mundo pareció detenerse un segundo.

Elira parpadeó y luego soltó una risa incrédula.

—No. —Nadie respondió inmediatamente—. No —repitió más fuerte esta vez—. No, no, no… y no. —Se levantó de golpe del sofá, apagó la televisión y tiró el mando sobre un cojín, visiblemente molesta—. ¿Un sacerdote? ¿En tres días? ¿Qué somos?, ¿personajes secundarios en una mala película?

Alekséi cruzó los brazos, observándola con calma.

Mikhail permanecía en silencio. Eso la enfureció más.

—¿Vais a decir algo? —exigió.

Mikhail habló finalmente.

—Era previsible —dijo mirando a su hermano.

Elira se giró hacia él con incredulidad absoluta.

—¿Previsible? ¿Previsible? ¡Están organizando mi boda como si fuera un envío urgente!

—Lo es.

La respuesta llegó en voz baja, seria, y peligrosamente tranquila.

Elira abrió la boca sin saber si reír o gritar. Eligió gritar.

—¡No voy a casarme con un mafioso!

Hubo un silencio donde Mikhail no reaccionó, pero Alekséi decidió directamente tomar el pasillo y alejarse de allí. No iba a inmiscuirse en los asuntos de su hermano.

Mikhail no se movió, simplemente giró su cuello y la miró. Ella estaba realmente alterada.

—¿Lo has oído? —preguntó ella—. ¡Que no voy a casarme con un mafioso! —repitió aún más alto.

—Sí. Lo he oído.

—¿Y?

—La boda sigue siendo el viernes.

La frase cayó como una losa y Elira dio un paso hacia él.

—No soy un trato entre hombres.

—No, no lo eres.

—Entonces deja de actuar como si lo fuera.

Mikhail la observaba sin cambiar la expresión, con los ojos claros posados sobre ella.

—Es una decisión estratégica.

Ella soltó una risa amarga.

—Claro. Estratégica. Qué romántico… a veces creo que no te merezco —se burló. Hubo silencio. Él no discutía ni se defendía; simplemente estaba allí… y eso terminó por desesperarla del todo—. ¡Di algo más! —explotó. Nada, solo su mirada fija e inamovible. Ese silencio hizo que algo dentro de ella se tensara aún más—. ¿Por qué no te enfadas? —preguntó finalmente, frustrada—. ¿Por qué no reaccionas como una persona normal?

El silencio se hizo más evidente.

Mikhail dejó los documentos sobre la mesa con un gesto lento y deliberado. Durante un segundo no dijo nada, pero algo cambió en el ambiente, como si el aire se hubiera vuelto más denso.

Se puso en pie despacio y sin prisa.

Elira lo observó, la rabia todavía ardía en su pecho… hasta que dio el primer paso hacia ella. Este no fue brusco ni rápido, pero había algo en la forma en que avanzaba que la hizo ponerse en alerta sin querer.

La distancia entre ambos se redujo lo suficiente para que ella sintiera su presencia como una presión física.

Su postura seguía siendo controlada, aunque ya no era neutral.

Elira tragó saliva.

—¿Qué haces? —preguntó intentando mantener la firmeza en la voz.

Mikhail se detuvo frente a ella.

Sus ojos bajaron ligeramente, fijándose en los de ella con una intensidad fría.

—¿Quieres saber por qué no me enfado?

Su voz era casi un susurro, peligrosamente calmada.

Elira sostuvo su mirada, pero el impulso de retroceder apareció antes incluso de que ella fuese consciente de esa necesidad.

Él dio un último paso, suficiente para invadir su espacio y para que ella sintiera el cambio.

—Porque cuando me enfado de verdad —dijo finalmente—, alguien sale herido… y hoy no quiero que seas tú.

Elira dio un paso atrás sin pensar, luego otro…

El silencio se volvió absoluto. El miedo llegó antes de que pudiera aplacarlo.

Mikhail lo vio y en el mismo instante en que ella retrocedió, algo cambió en su expresión.

No fue suavidad, pero sí conciencia.

Mikhail habló otra vez.

—No tienes por qué tenerme miedo —dijo con su mirada fija en ella.

Elira lo miró con la respiración acelerada por los nervios y todo el cuerpo en tensión.

—Ahora mismo sí lo tengo —admitió.

Hubo un silencio breve.

Mikhail inclinó la cabeza.

—Teme lo que le haré a quien sea que intente hacerte daño —dijo—. Pero tú no, tú no tienes por qué temerme.

La frase llegó distinta, más firme que dura y más real que intimidante. Contra su voluntad, sintió que la tensión en su pecho se aliviaba.

Elira permaneció inmóvil, consciente de la distancia que había puesto entre ellos, consciente también de algo que no había esperado sentir: miedo real. No el miedo nervioso o exagerado que había usado como defensa desde que todo empezó, sino algo más

profundo, más instintivo, un reconocimiento primario que le recorrió la espalda como un escalofrío, porque en ese momento había visto algo distinto en él. No era solo un hombre serio o autoritario, era alguien que abrazaba la violencia con una facilidad aterradora, alguien que no necesitaba levantar la voz para dominar el espacio, alguien que parecía medir cada palabra para no cruzar una línea invisible que él mismo controlaba. Y eso fue lo que más la impactó: la sensación de que aquel hombre era capaz de cosas que ella apenas podía imaginar… si bien estaba eligiendo no hacerlas.

Se dio cuenta de que, en realidad, no sabía nada sobre él. No sobre lo que había hecho ni sobre el peso de las decisiones que llevaba encima. Tampoco sobre las consecuencias que probablemente dejaba a su paso. Aun así, cuando habló de no querer que ella saliera herida, no sonó a amenaza, sino a advertencia sincera. Eso la desconcertó todavía más.

Respiró hondo, intentando recomponerse, odiando la sensación de vulnerabilidad que le apretaba el pecho.

—Esto es… —murmuró sin encontrar la palabra correcta—, demasiado.

Mikhail no se movió, manteniendo la distancia que ella había marcado, como si hubiera entendido el límite sin necesidad de que se lo dijera.

Elira levantó la barbilla, recuperando parte de su carácter.

—Vale —dijo finalmente, con un tono más controlado, aunque todavía tenso—. Supongamos que todo esto pasa. Supongamos que me obligan a casarme contigo. ¿Cuánto durará?

La pregunta fue rápida, casi como si necesitara respuestas prácticas para no pensar en lo demás.

Mikhail la observó un segundo, evaluando sus palabras con calma.

—¿Cuánto durará qué?

—El matrimonio —respondió ella, cruzándose de brazos—. ¿Un año? ¿Hasta que el peligro pase? ¿Hasta que tu estrategia cambie?

Hubo un silencio.

—Yo no me caso por un tiempo.

Elira frunció el ceño.

—¿Entonces?

—Me caso para siempre.

Elira parpadeó como si no hubiera entendido bien.

—Esto no puede ir en serio.

—Va en serio.

Ella soltó una risa nerviosa y dio otro paso atrás, no por miedo, sino por pura incredulidad. Luego comenzó a acariciarse el brazo.

—No… no, espera. Esto es un acuerdo de protección, una estrategia, una locura temporal. No puedes estar hablando en serio con lo de… "para siempre".

Mikhail sostuvo su mirada.

—No hago promesas que no pretenda cumplir.

—¿Y después qué? —preguntó ella, casi desafiándolo—. ¿Seguimos fingiendo como si nada?

—Cuando esto termine —añadió él—, te vienes conmigo a Moscú.

Elira se quedó completamente quieta.

La palabra golpeó más fuerte que cualquier otra cosa que hubiera dicho hasta ahora.

—¿Perdona?

—Vivirás conmigo.

—¡Ni de broma! —respondió inmediatamente, dando un paso hacia él—. No voy a dejar mi vida, mi trabajo, todo lo que soy… para irme a otro país contigo como si fuera… como si fuera una maleta más.

Mikhail no se movió, no discutió… solo la observó. De nuevo se había convertido en ese muro infranqueable y eso la enfadó de nuevo.

La observó en silencio, asimilando la intensidad de su reacción sin devolverla en la misma medida. Ese control, esa calma casi impenetrable, era precisamente lo que empezaba a desesperarla.

—No es una negociación —dijo finalmente.

Elira soltó una risa seca.

—Claro que lo es. Es mi vida.

—Es tu vida —repitió él—, y ahora mismo está en peligro.

—¡Siempre vuelves a lo mismo! —explotó ella—. Peligro, estrategia, supervivencia… ¿y qué pasa con lo que yo quiero? —acabó gritando.

Mikhail dio un paso hacia delante de nuevo. No fue brusco, solo lo suficiente para que el espacio entre ellos volviera a cargarse de tensión.

—Lo que quieres ahora puede matarte mañana.

Elira apretó los dientes.

—No puedes decidir eso por mí.

—Ya lo he hecho.

Las palabras quedaron suspendidas entre ambos.

Elira sintió que el pulso le subía.

—No soy de tu propiedad —rugió ella.

Mikhail inclinó la cabeza. Sus ojos claros revelaron una mirada más severa.

—Cuando seas mi esposa, serás mi responsabilidad. Y mi responsabilidad no muere.

Elira retrocedió un paso casi sin darse cuenta, luego otro y otro…

La intensidad de su mirada, la seguridad absoluta en sus palabras, la ausencia total de duda… todo aquello volvió a golpearla de lleno. Sintió otra vez esa sensación incómoda, ese reconocimiento instintivo de que aquel hombre no hablaba por hablar; decía cosas que ya estaban decididas en su fuero interno.

Mikhail lo notó y vio el cambio en su postura, la distancia y la forma en que sus hombros se tensaban al sentirse intimidada.

Sus ojos se suavizaron un poco, no en expresión, sino en intención.

—No me temas —dijo de nuevo.

Elira negó con la cabeza inmediatamente.

—Es difícil no hacerlo cuando hablas así.

Él respiró hondo, como si eligiera cuidadosamente las siguientes palabras.

—No puedes temer a la razón por la que no te harán daño.

Su tono de voz fue esta vez más protector que dominante.

Elira lo observó unos segundos, notando cómo la tensión dentro de ella cambiaba ligeramente de forma, aunque la rabia

seguía ahí.

—Sigues sonando aterrador —murmuró.

—Al menos me sirve para que dejes de gritar, tomaré nota. Es útil.

Y la simpleza con la que lo dijo la desarmó un poco más, aunque se negó a admitirlo. Apretó los labios, cruzándose de brazos con gesto orgulloso.

—No pienso dejar de gritar si alguien intenta decidir mi vida por mí.

Mikhail la observó unos segundos en silencio, como si evaluara cada palabra antes de responder. Cuando habló, su voz sonó más grave.

—No quería casarme —admitió.

La frase la hizo parpadear, puesto que no esperaba esa respuesta tan sincera.

—¿Qué?

—No estaba en mis planes —continuó él—. No necesito una esposa para dirigir nada. No necesito vínculos que compliquen mis decisiones.

Elira frunció el ceño, desconcertada por la franqueza.

—Entonces no lo hagas.

—No es tan simple. —Él dio un paso lento hacia ella de nuevo, sin invadir su espacio del todo—. Esto nos desagrada a los dos —añadió—. No voy a fingir lo contrario. Pero tampoco voy a permitir que por mi culpa alguien te haga daño. No es por ti —continuó con toda la calma del mundo—, es por lo que representa esta decisión. Por las consecuencias.

Elira negó con la cabeza.

—Sigues hablando como si ya estuviera decidido.

—Lo está. —Su mandíbula se tensó—. Así que tendremos que aprender a vivir con algo que ninguno de los dos ha elegido.

La sinceridad cruda en sus palabras la dejó momentáneamente sin réplica. No sonaba a romanticismo ni a manipulación, sonaba a una realidad fría, mafiosa e inevitable.

El silencio los envolvió una vez más.

—Y hay otra cosa. —Elira levantó la mirada—. No me gusta que me griten. —La frase fue seca y contundente—. Lo detesto —continuó—. Y no voy a permitir que vuelva a pasar.

Ella alzó la barbilla inmediatamente.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó desafiante y orgullosa.

Mikhail sostuvo su mirada, sin apartarse.

—Tengo diferentes formas —respondió con calma peligrosa—. Algunas te gustarán más que otras.

Elira entornó los ojos.

—¿Eso es una amenaza?

—Es un aviso. —Luego, añadió con la misma serenidad inquietante—. Puedo ponerte una mordaza…

Elira retrocedió instintivamente con los ojos muy abiertos.

—¡Me dijiste que no me harías daño!

Mikhail alzó una ceja.

—También se me ocurren otras formas. —Hubo un silencio—. Y lo que usaría para cerrarte la boca no te haría daño.

La naturalidad con la que lo dijo la dejó completamente desconcertada.

Elira lo miró entre enfadada y nerviosa, intentando decidir si estaba bromeando o si hablaba totalmente en serio.

—Ni se te ocurra tocarme… —lo amenazó ella con el dedo.

Mikhail la observó unos segundos más, como si evaluara algo que solo él entendía.

—Por ahora —dijo finalmente con voz baja—, no voy a tocarte.

Elira parpadeó.

—¿Por ahora? —repitió desconfiada.

Él no apartó la mirada.

—Cuando seas mi esposa… lo haré.

La frase cayó sin rodeos ni remilgos.

Elira dio varios pasos hacia atrás casi sin darse cuenta. Su espalda se tensó mientras lo observaba con incredulidad.

—¿Y si no quiero?

Mikhail inclinó la cabeza, estudiándola con calma.

—Hazte a la idea —respondió con serenidad implacable—. Serás mi esposa con todas sus consecuencias.

El aire pareció volverse más frío y ella apretó los puños.

—Eso suena mucho a imposición.

—Suena a realidad. Aunque no lo creas, también te he dicho que no te haré daño y mantengo mi palabra. —Sus ojos claros no se apartaron de los suyos—. La violencia queda para mis enemigos… no para mi amada esposa. —La última parte la dijo con una ironía seca que la dejó confundida y aún más nerviosa.

Elira negó con la cabeza inmediatamente.

—No voy a dejar que me pongas una mano encima. Si intentas algo, me defenderé.

Mikhail observó su postura tensa y la forma en que levantaba la barbilla, como si eso pudiera crear una barrera entre ellos.

Esta vez no se acercó.

—Sé que te defenderás. Es una de las razones por las que sigues viva.

Elira se quedó callada un segundo, pero volvió a insistir.

—No voy a ceder —dijo con el cuerpo totalmente tirante.

Mikhail ladeó la cabeza y una sombra mínima de algo parecido a una sonrisa cruzó su expresión.

—No hará falta. —Entonces, añadió con una seguridad pasmosa —. Llegará un momento en que serás tú quien lo desee.

Elira abrió la boca, indignada.

—Eso no va a pasar.

—Ya veremos —respondió él con confianza.

La calma con la que lo dijo fue más desestabilizadora que cualquier desafío directo.

Elira lo miró fijamente con el pecho subiendo y bajando con rapidez mientras intentaba encontrar una respuesta que lo descolocara igual que él la estaba descolocando a ella.

—Eso no va a pasar —repitió esta vez más firme—. Puedes repetirlo mil veces si quieres, pero no voy a convertirme en una de esas mujeres que se enamoran del mafioso peligroso y olvidan quiénes eran antes.

El silencio se alargó. Mikhail no reaccionó, no sonrió ni discutió. Simplemente sostuvo su mirada con esa calma impenetrable que empezaba a sacarla de quicio.

—¿Ves? —añadió ella dando un paso hacia delante, como si necesitara recuperar terreno—. Ni siquiera intentas negarlo. Solo esperas a que pase.

—No espero —respondió él—. Observo.

Antes de que la tensión siguiera escalando, Alekséi apareció por la puerta y carraspeó suavemente, recordándoles por primera vez que no estaban solos.

—Vale —dijo levantando una mano con calma—. Creo que estamos llegando al punto en que alguien va a decir algo de lo que luego no podrá retractarse.

Elira giró la cabeza hacia él.

—Esto no te concierne.

Alekséi alzó una ceja.

—Créeme, todo lo que implique a mi hermano y a una futura guerra entre mafiosos me concierne bastante. —Alekséi usó un tono más neutral.

Mikhail no apartó la mirada de Elira.

—Vale, pues di lo que tengas que decir —comentó ella.

Alekséi miró a Elira directamente.

—Solo voy a decirte algo para que tengas contexto. Si Mikhail quisiera imponerse… esta conversación ya habría terminado hace rato.

Elira frunció el ceño.

—¿Eso se supone que ha de tranquilizarme?

—No —respondió Alekséi—. Se supone que te ha de hacer entender que está intentando llevar bien las cosas.

Elira volvió a mirar a Mikhail.

—¿Intentando llevar bien las cosas? —repitió incrédula—. ¿Eso incluye decirme que algún día voy a desear algo que ahora mismo me repugna?

Mikhail habló antes de que su hermano respondiera.

—Incluye decir la verdad, aunque no te guste.

Ella abrió la boca para replicar, pero no pudo decir nada al principio, así que resopló de los nervios.

—Dios, sois agotadores los dos.

Elira volvió a cruzarse de brazos, respirando hondo.

—Pues acostúmbrate —murmuró Mikhail—. Porque esto solo acaba de empezar.

—Nunca lo haré.

El aire volvió a cargarse de esa tensión peligrosa y viva que parecía crecer cada vez que estaban en la misma habitación.

Elira respiró hondo una vez más, como si intentara vaciar el aire cargado que la rodeaba. Miró primero a Alekséi, luego a Mikhail y negó lentamente con la cabeza. Comenzaba a notar que le faltaba el aire de nuevo. Miró alrededor.

—Necesito salir de aquí —susurró.

No fue una petición, fue una declaración. Se giró sin esperar respuesta, caminando hacia el pasillo con pasos rápidos, rígidos, como si alejarse físicamente fuera la única forma de recuperar el aliento y algo de control sobre la situación.

Nadie habló.

Elira llegó hasta su habitación, empujó la puerta y comenzó a recoger cosas sin demasiado sentido, más como una descarga de energía que como una decisión real.

Escuchó pasos por detrás, aunque no fueron rápidos.

Mikhail estaba apoyado contra el marco de la puerta, observándola en silencio.

—No voy a discutir más —dijo ella antes de que él hablara—. Necesito espacio... necesito respirar.

—Tómalo —respondió él finalmente.

Elira parpadeó. No esperaba esa respuesta.

—¿Perdona?

—Tómalo —repitió—. Pero no te vas del ático.

La realidad volvió a caer sobre ella. Cerró los ojos con fuerza.

—No puedes…

—Sí puedo.

Ella apretó los dientes.

—Esto es ridículo.

—Esto es temporal.

—Eso dijiste ayer.

—Y sigue siendo cierto.

Elira soltó un suspiro frustrado, girándose para coger su bolso con un movimiento brusco y llevándose la otra mano al pecho.

—Necesito aire.

Mikhail se separó del marco lentamente y entonces hizo algo inesperado. Se apartó literalmente y dejó libre el paso hacia el pasillo.

Elira se quedó quieta un segundo, confundida.

—¿Qué…?

—El balcón —dijo él—. Hay uno al final.

Ella frunció el ceño.

—Pensé que no me dejarías salir.

—No te dejo salir sola del edificio —aclaró—. No he dicho nada sobre que no puedas respirar.

Elira lo miró unos segundos más, desconcertada por la lógica.

Pasó por su lado, fue directa al comedor y abrió la puerta del balcón. El aire frío le golpeó el rostro de inmediato, despejando parte del caos que llevaba dentro. Apoyó las manos sobre la barandilla, mirando la ciudad que se extendía bajo ella, intentando respirar hondo y ordenar pensamientos que parecían multiplicarse.

Escuchó la puerta cerrarse tras ella.

No se giró, pensó que la había dejado sola, pero unos segundos después notó su presencia.

No estaba demasiado cerca, solo lo suficiente para recordarle que no estaba sola.

El aire frío le despejó la cabeza más rápido de lo que esperaba. Elira cerró los ojos un instante, dejando que el silencio la envolviera, intentando olvidar la conversación, las palabras, la sensación incómoda que todavía vibraba bajo su piel.

Sabía que él estaba detrás, no necesitaba girarse para comprobarlo. Su presencia era… imposible de ignorar.

—¿Siempre sigues a la gente cuando intenta respirar? —preguntó sin mirarlo.

—Solo cuando alguien quiere matarla.

Ella resopló.

—Qué sorpresa. —Elira apoyó los codos sobre la barandilla mirando hacia abajo—. Esto no parece real —murmuró finalmente—. Hace dos días estaba discutiendo con un residente porque había dejado mal colocado el instrumental… y ahora… —negó con la cabeza—, estoy aquí.

No esperaba respuesta, pero él habló.

—Tu vida anterior no desaparece.

Elira frunció el ceño ligeramente.

—Eso no suena a consuelo.

—No digo que lo sea. —Hubo un breve silencio—. Tus compañeros han sido informados de que estás de permiso médico.

Elira se giró de golpe.

—¿Qué?

Mikhail sostuvo su mirada con calma.

—Necesitabas tiempo.

Ella abrió la boca, indignada.

—¡No puedes decidir eso por mí!

—No lo decidí —respondió—. Lo facilité.

—Es lo mismo.

—No. —La contradicción llegó sin elevar la voz—. Si decides volver, lo harás —añadió—. Pero ahora mismo nadie espera que aparezcas. Nadie preguntará dónde estás.

Elira se quedó callada y miró al frente, hacia la ciudad.

—Eres un gran problema —dijo ella finalmente, sin mirarlo.

—Realmente no lo soy —acabó diciendo—. Soy tu protector y tu futuro marido, puede que ahora lo veas todo oscuro, pero poco a poco todo se irá aposentando.

La calma con la que lo dijo le hizo sonreír de incredulidad, aunque no se giró.

El silencio volvió a caer entre ellos, pero ya no era el mismo que antes. No era solo tensión, era algo más complejo, más difícil de definir tras las palabras de Mikhail, como si ambos estuvieran reajustando la forma en que se percibían sin admitirlo.

Elira apoyó la barbilla sobre el dorso de su mano, mirando la ciudad.

—¿Sabes qué es lo peor? —murmuró ella.

—Dímelo —contestó Mikhail a su espalda.

—Que empiezo a entender por qué la gente te sigue y te hace caso. —No había sarcasmo, eso lo hizo más extraño. Mikhail no respondió. Ella esbozó una leve sonrisa—. No significa que me guste.

—No es necesario.

Elira entornó los ojos.

—Contigo todo es "no es necesario", "es suficiente" o "es inevitable". ¿Alguna vez dudas? —preguntó.

Mikhail se situó a su lado y giró ligeramente la cabeza hacia ella.

—Dudar te hace lento.

—Dudar te hace humano —replicó ella inmediatamente y observó su rostro—. Debe de ser agotador vivir como si fueras una máquina.

Fue una frase casual, impulsiva, pero algo cambió.

La mandíbula de Mikhail se tensó, los dedos se cerraron ligeramente contra la barandilla y la mirada se endureció con algo más profundo que simple irritación.

No fue ira descontrolada, fue algo más peligroso: una reacción emocional real.

Elira lo vio y eso la sorprendió más que cualquier amenaza anterior.

—No eres una máquina —añadió ella rápidamente, casi sin saber por qué lo hacía.

Mikhail respiró hondo una vez.

Cuando habló, su voz volvió a ser calmada.

—No digas cosas que no entiendes.

Elira frunció el ceño.

—Entonces explícame.

Elira no apartó la mirada de él. Había visto algo, solo un instante, pero suficiente para saber que debajo de aquella calma casi inhumana había algo más. Algo que no mostraba. Algo que

había aprendido a esconder tan bien que probablemente nadie intentaba buscarlo.

Y, sin darse cuenta, quiso verlo otra vez.

—No era un insulto —dijo finalmente en voz baja—. Lo de la máquina.

Mikhail no respondió.

Se había apartado ligeramente, observando la ciudad como si aquello hubiera terminado.

Eso la frustró.

—Solo digo que… —dudó buscando las palabras—, debe de ser agotador cargar con todo eso tú solo.

Ella pensó que no contestaría, pero al final habló.

—No estoy solo.

Elira ladeó la cabeza.

—Ah, ¿no?

Mikhail la miró entonces, directamente, y algo en su expresión volvió a endurecerse, como si hubiera decidido cerrar cualquier puerta que se hubiera abierto segundos antes.

—No confundas silencio con soledad. —Ella abrió la boca, preparada para replicar, para provocar otra reacción, para intentar tocar esa grieta otra vez, pero él habló antes—. Mañana vendrán a probarte vestidos de novia.

El mundo volvió a su eje brutalmente.

Elira parpadeó.

—¿Cómo? —dijo resituándose.

—Aunque sea una boda consensuada… sigue siendo nuestra boda.

La certeza en su voz no dejaba espacio para el debate. Ella respiró hondo, lista para protestar, para discutir, para gritar otra vez, pero se detuvo.

Algo dentro de ella decidió elegir otra batalla.

Mikhail se alejó un poco y se detuvo un momento, esperándola para entrar de nuevo.

—Cinco minutos más, por favor —dijo ella finalmente, volviendo a mirar la ciudad—. Solo cinco.

Mikhail la observó unos segundos y asintió. Se giró y caminó hacia el interior sin añadir nada más. La puerta del balcón se cerró suavemente tras él. Dentro, sus pasos resonaron brevemente antes de detenerse.

—Vigilad el perímetro —dijo a sus hombres en voz baja—. Que nadie la moleste.

Hubo un murmullo de asentimiento.

Elira permaneció fuera, sola con el frío y con sus pensamientos, sin saber si odiaba más la situación o el hecho de que, por primera vez, no se sentía completamente sola.



9

La ciudad brillaba bajo la noche como una herida abierta, con luces extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. Desde lo alto del ático, el hombre observaba Barcelona en silencio con una copa de vino tinto entre los dedos. El oscuro reflejo del líquido se balanceaba suavemente mientras una música tenue llenaba el espacio con una calma engañosa. No parecía un refugio mafioso; parecía una obra de arte minimalista, elegante, con líneas limpias y muebles escogidos con precisión casi obsesiva.

Kai Chen giró lentamente la cabeza cuando escuchó pasos tras él. La puerta del comedor se abrió y varios hombres armados entraron con cautela. La tensión era visible en sus hombros. Él dejó la copa sobre la mesa con un gesto suave y calculado, sin apartar la mirada de ellos.

—¿La habéis encontrado?

Nadie respondió de inmediato. Uno de los hombres tragó saliva.

—No… señor. Hubo… complicaciones.

Kai Chen los escrutó con la mirada.

—Hablad.

El hombre dio un paso adelante, evitando mirar directamente a los ojos de su líder.

—Nuestros hombres entraron en el bar como usted ordenó, pero… hubo resistencia. Los rusos estaban allí junto con los

albaneses. Perdimos a todos los que enviamos.

Kai Chen ladeó la cabeza, como si evaluara una obra imperfecta.

—¿Y la chica?

—No sabemos dónde está ahora —respondió el segundo hombre con voz temblorosa—. Pero… denos otra oportunidad. La encontraremos. Lo prometemos.

Kai Chen sonrió.

No fue una sonrisa amable, fue calculada y diabólica.

—Se os ha escapado, ¿eh? —preguntó con voz suave—. ¿Una chica de veintisiete años se os ha escapado?

Los hombres asintieron rápidamente.

—La encontraremos —repitieron—. Lo juramos.

El arma apareció en su mano sin previo aviso, deslizándose desde el cinturón con una naturalidad aterradora. El disparo resonó seco, directo. La bala atravesó la cabeza de uno de los hombres que cayó hacia atrás manchándolo todo de sangre antes de que su cuerpo tocara el suelo. El otro hombre se quedó paralizado, respirando con dificultad mientras Kai Chen giraba lentamente hacia él y apuntaba sin vacilar.

—Vas a encontrarla, ¿verdad?

El hombre asintió con desesperación.

—Sí… sí, por supuesto.

Kai Chen bajó ligeramente el arma, pero no la guardó. Caminó unos pasos por el comedor, con el sonido de sus zapatos resonando contra el suelo pulido mientras el olor metálico de la sangre comenzaba a llenar el aire. El ático estaba situado en el corazón de Barcelona, una ubicación estratégica elegida tras años construyendo una red de contactos silenciosos. Desde allí, podía observar la ciudad sin mezclarse con ella, controlar sin ser visto. Tras la muerte de su hermana, aquella ciudad había dejado de ser un simple refugio para convertirse en un santuario de guerra.

Su hermana. Un destello cruzó su mirada.

Siempre había sido débil, demasiado emocional para el mundo en el que habían nacido, demasiado confiada, demasiado humana. No estaba hecha para sobrevivir entre depredadores. Aun así, no se merecía morir de aquella forma. No merecía que su nombre

desapareciera bajo los escombros de un ático destruido por un misil. No merecía ser recordada como una víctima, como un daño colateral en una guerra que otros habían decidido iniciar.

Besnik Bajraktaraj y los rusos.

Gracias a sus contactos, sabía quién había participado en el ataque, sabía que la mafia albanesa había liderado el asalto junto a la rusa, aunque los rusos no parecían haber disparado directamente. Y, aun así, no buscaba una guerra abierta con ellos, la bratva era demasiado poderosa, demasiado organizada, un imperio construido sobre décadas de sangre y alianzas. No era un suicida.

Pero los albaneses… ellos sí pagarían.

No quería poder, no quería territorio… solo anhelaba venganza.

Se giró hacia el hombre que seguía temblando.

—Encuéntrala —ordenó casi en un susurro que resultaba más aterrador que cualquier grito—. Recluta a todos los hombres que necesites. No escatimes en esfuerzos.

El hombre asintió rápidamente.

Kai Chen levantó el arma otra vez, apuntándole al pecho.

—Porque si no la encuentras… empezaré a mataros uno por uno. Y tú serás el primero.

El hombre tragó saliva y salió casi corriendo, ansioso por desaparecer de allí.

El silencio volvió a llenar el ático.

Kai Chen volvió a levantar la copa, observando cómo el vino giraba lentamente en el interior de esta mientras las luces de la ciudad se reflejaban en el cristal. El silencio del ático era absoluto otra vez, como si nada hubiera ocurrido, como si la sangre sobre el suelo fuera simplemente otro detalle dentro de un equilibrio mayor.

Debía encontrar a Elira, no porque la odiara, ni siquiera porque le importara quién fuese realmente. Para él, Elira Bajraktaraj no era una persona, era un símbolo. Un mensaje. Una pieza relevante dentro de un tablero que había perdido el equilibrio desde la muerte de su hermana. Ella nunca había sido fuerte, nunca había sido cruel. Fue demasiado blanda para sobrevivir en el mundo que compartían, y, aun así, no se merecía desaparecer bajo las llamas y los escombros como si su vida no fuese valiosa. No se merecía morir por

decisiones que otros habían tomado. Y, sin embargo, lo que sentía no era tristeza; era necesidad. Necesidad de equilibrio.

Ojo por ojo.

Diente por diente.

Besnik había atacado primero. Los albaneses habían cruzado la línea junto a los rusos y habían destruido algo que pertenecía a la tríada. No importaba quién hubiese disparado exactamente, el resultado era el mismo. Y, aunque no buscaba una guerra abierta con la bratva, pues eran demasiado grandes, demasiado antiguos y demasiado poderosos, sí podía enviar un mensaje claro a quienes creían que la tríada china había desaparecido.

No habían desaparecido, nunca lo hacían.

Elira era la clave para demostrarlo.

No buscaba poder territorial, ni nuevas alianzas, ni expansión. Solo venganza. Solo demostrar que nadie podía atacar a los suyos sin pagar un alto precio. La sangre exigía sangre. Incluso los imperios debían recordar que existían límites.

Levantó la copa y bebió lentamente.

La ciudad seguía brillando allá abajo como si nada estuviera a punto de romperse.

Pero lo estaba… Y cuando encontrara a Elira, la balanza volvería a su lugar.

El timbre sonó exactamente a la hora indicada, ni un minuto antes ni un minuto después.

Elira levantó la mirada desde el sofá con expresión cansada, todavía envuelta en esa mezcla incómoda entre resignación y enfado que llevaba desde la noche anterior. Había intentado convencerse de que aquello no iba en serio, que alguien entraría por la puerta para decir que todo era una exageración, pero el sonido seco del timbre le recordó que el mundo de Mikhail no funcionaba con suposiciones.

Él ya estaba de pie. No se apresuró en ir a abrir, simplemente caminó hacia la puerta con esa calma suya que parecía medir cada movimiento.

Dos hombres armados se adelantaron primero, comprobando el pasillo antes de dejar pasar a las visitas. Una mujer elegante entró con paso contenido, seguida de una joven que arrastraba un perchero cubierto con fundas blancas impecables. Ambas se detuvieron al cruzar el umbral, observando el interior del ático con respeto profesional… y una leve tensión que no consiguieron disimular del todo cuando sus ojos se posaron en Mikhail.

—Señor Petrov —saludó la modista con voz suave.

Él asintió una sola vez.

—Llegáis puntuales.

—Siempre.

La mujer sonrió con discreción antes de girarse hacia Elira.

—Buenos días.

Elira respondió con un gesto breve de cabeza. No estaba segura de qué esperaba sentir en ese momento. Tal vez vergüenza, tal vez rabia, pero lo que apareció fue una sensación extraña, como si estuviera viendo su propia vida desde fuera.

Las fundas blancas se alinearon en el salón con precisión casi ceremonial.

El aire cambió y Elira cruzó los brazos.

—No puedo creer que esto esté pasando de verdad.

Mikhail no respondió.

Se sentó en uno de los sillones como si aquello fuera una reunión más, observando en silencio mientras la modista preparaba el espacio con movimientos seguros.

No parecía nervioso ni incómodo, solo atento, y esa atención constante empezó a ponerle los nervios de punta.

—¿Vas a quedarte ahí mirando todo el rato? —preguntó finalmente.

—Sí.

La respuesta fue inmediata, como si no existiera otra opción.

Elira resopló.

—Perfecto. Justo lo que necesitaba.

La modista fingió no escuchar, abriendo la primera funda con cuidado, dejando entrever una tela blanca que captó la luz del ático con un brillo suave. Levantó el primer vestido con cuidado, como si

se tratara de algo frágil y valioso. La tela cayó en líneas limpias, elegantes, sin excesos. No era un vestido de cuento de hadas, sino algo más sobrio, casi imponente, como si hubiera sido elegido para alguien que debía caminar con seguridad y no simplemente ser admirado.

Elira lo miró unos segundos y no dijo nada.

—Si me acompaña —indicó la mujer con suavidad, señalando el biombo que habían colocado junto a las cortinas de la ventana.

Elira dudó antes de caminar hacia allí. Sentía la mirada de Mikhail sin necesidad de comprobarlo, como un peso constante entre los omóplatos. Intentó ignorarlo mientras se quitaba la chaqueta y dejaba escapar un largo suspiro.

—Esto sigue siendo surrealista —murmuró más para sí misma.

Nadie respondió.

El silencio del salón se volvió extraño mientras la modista trabajaba con movimientos rápidos y profesionales, ajustando el vestido sobre su cuerpo sin demasiadas palabras.

—Perfecto… levanta un poco el brazo… gracias.

Elira dejó que la tela cayera sobre ella y ahí ocurrió. No fue emoción ni ilusión, lo que sintió fue desconcierto.

Cuando la modista se apartó y le indicó que saliera, Elira dio un paso lento fuera del biombo. La tela rozó el suelo con un sonido suave y el reflejo del cristal le devolvió una imagen que tardó unos segundos en procesar.

No era ella o, al menos, no la versión de sí misma que reconocía. Parecía alguien perteneciente al mundo de Mikhail. Alguien que aceptaba ese destino. La idea le provocó un rechazo inmediato y apartó la mirada del cristal.

Se tocó la cintura instintivamente, como comprobando que aquello no era permanente, que todavía podía quitárselo.

Evitó mirarse demasiado tiempo.

—Genial… —murmuró finalmente—, ahora parezco alguien que aceptaría casarse contigo.

La frase, dicha a la defensiva y cargada de ironía, no obtuvo respuesta.

La modista fingió revisar un dobladillo y Elira levantó la mirada sin querer hacia él. Mikhail no la estaba mirando todavía. Seguía sentado, revisando algo en el móvil con expresión imperturbable. Ese medio segundo extra la desconcertó más de lo que esperaba.

Luego él levantó la mirada, pero no recorrió su cuerpo, no mostró sorpresa, solo la observó directamente a los ojos, evaluando cada detalle.

—Podrás moverte —dijo finalmente.

Nada más.

Elira parpadeó.

—¿Eso es todo?

—No te ralentiza. Eso es lo importante.

La respuesta fue tranquila y práctica, pero algo en la forma en que lo dijo le erizó la piel.

La modista intervino con rapidez.

—Quizá podamos ajustar un poco la caída de la espalda…

Mikhail se levantó y se acercó invadiendo ligeramente su espacio, sin pedir permiso, observando el tejido con atención. Su mano se levantó, pero no llegó a tocarla. Se quedó a milímetros de ella mientras indicaba a la modista dónde y qué ajustar.

—Aquí —dijo—. Si tiene que correr, esto se enganchará.

Elira resopló al escuchar sus palabras y luego tragó saliva. No sabía por qué aquella cercanía la descolocaba tanto.

Sintió que el aire se volvía más pesado cuando él se acercó. No era la proximidad física en sí, sino la forma en que ocupaba el espacio, la seguridad absoluta con la que se movía, como si todo a su alrededor le perteneciera por derecho natural. Intentó concentrarse en otra cosa, en el tejido, en la suave voz de la modista, en cualquier detalle que no fuera él… pero su atención volvía inevitablemente a esa presencia situada a unos pocos centímetros de ella.

La modista asintió rápidamente, tomando nota.

Elira frunció el ceño.

—¿Siempre piensas en escenarios de huida? ¿Incluso en una prueba de vestidos?

—Siempre pienso en escenarios —respondió él sin mirarla.

Ella resopló.

—Qué sorpresa.

Pero su voz sonó menos firme de lo que pretendía.

Lo notaba en la forma en que su cuerpo se tensaba sin razón lógica, en cómo su respiración se volvía más consciente, en ese sutil calor incómodo que le subía por el cuello. Eso la enfadó más que cualquier comentario suyo.

Se giró ligeramente, intentando guardar las distancias.

—No voy a salir corriendo en mitad de una boda.

—Eso es exactamente lo que alguien como tú haría —replicó él con calma.

Ella lo miró con indignación.

—No me conoces.

Mikhail ladeó la cabeza.

—Poco, pero lo suficiente.

La modista ajustó la tela con rapidez, intentando desaparecer dentro de su propia discreción.

Elira volvió a mirarse en el reflejo del cristal. El vestido encajaba demasiado bien. Eso la irritó. Se veía elegante y peligrosamente compatible con el mundo de él.

Apretó los labios.

—Esto es absurdo —murmuró—. Parece que estuviera… —se detuvo antes de terminar la frase.

—Preparada —apuntó él.

Ella giró la cabeza hacia él inmediatamente.

—No.

—Sí.

La seguridad en su voz la descolocó por enésima vez.

—No estoy preparada para nada de esto.

Mikhail la observó unos segundos en silencio.

—No necesitas estarlo.

La frase no fue dulce ni romántica.

Elira apartó la mirada rápidamente al darse cuenta de que esperaba una reacción por parte de él, pero eso no iba a suceder. Aquello no era más que un acuerdo para garantizar su seguridad, tal y como había dicho su padre.

Elira apartó la mirada del reflejo, como si aquello fuera suficiente para recuperar el control. Respiró hondo una vez, enderezando los hombros, intentando reconstruir la distancia emocional que él parecía destruir con cada frase tranquila.

No iba a quedarse callada, no delante de él.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? —dijo finalmente, cruzándose de brazos con cuidado de no arrugar demasiado el vestido. Mikhail la observó—. Que actúas como si todo esto fuera completamente normal —continuó ella—. Como si probar vestidos de novia con una desconocida a la que obligas a casarse contigo fuera algo… cotidiano.

La modista carraspeó un poco mientras situaba correctamente el bajo.

Él inclinó la cabeza.

—No es cotidiano.

Ella arqueó una ceja.

—Ah, ¿no?

—Normalmente no tengo que discutir tanto.

La respuesta llegó tan seca que la modista tuvo que disimular una sonrisa mientras fingía ajustar un alfiler.

Elira abrió la boca y la cerró.

—¿Eso era una broma?

—Era una observación.

Ella resopló, intentando no reaccionar, pero la comisura de sus labios tembló traicioneramente.

—Eres imposible.

—Eficiente —corrigió él.

—No, insoportable.

—Funcional.

La rapidez de sus respuestas empezó a desarmarla sin que quisiera admitirlo.

—¿Siempre tienes que tener la última palabra?

—No.

Mikhail la observó con semblante serio, pero algo en su mirada había cambiado: un destello breve, casi invisible.

—No te acostumbres —murmuró ella volviendo a mirar el espejo —. No voy a empezar a llevarme bien contigo solo porque tengas respuestas rápidas.

—Ya te lo dije, no es necesario.

Ella lo miró de reojo.

—Empiezo a pensar que esa es tu frase favorita.

—Evita discusiones inútiles.

—Esta no es inútil —comentó con los dientes apretados.

—No. Es evitable.

Elira sintió que su pulso se aceleraba sin motivo aparente y se enfadó consigo misma por ello, así que atacó.

—¿Y qué pasa si pasado mañana decido aparecer con un vestido horrible solo para arruinarte el plan?

Mikhail la observó unos segundos, luego respondió con total serenidad.

—Entonces elegiré otro.

Elira lo miró con incredulidad.

—Eres… desesperante.

—Preparado —reaccionó de nuevo.

Y la forma en que lo dijo, sin arrogancia, pero con absoluta seguridad, volvió a dejarla noqueada.

El silencio los envolvió de nuevo, pero ya no era el mismo. Había algo más denso ahora, algo que vibraba bajo la superficie, como si cada palabra hubiera ido tensando un hilo invisible entre ambos.

La modista se inclinó ligeramente.

—Quizá podríamos probar el ajuste del frente… —murmuró señalando la caída del tejido sobre la cintura de Elira.

Elira asintió sin demasiado entusiasmo, pero no estaba preparada para lo que vino después.

Mikhail dio un paso hacia ella y el ambiente cambió.

Se quedó inmóvil cuando él se detuvo frente a ella, lo suficientemente cerca como para que su presencia desplazara todo lo demás.

—Esto —dijo él señalando una pequeña arruga en la tela cerca de su cintura.

La modista se inclinó para ajustar, pero Mikhail levantó la mano ligeramente.

—Un momento.

Elira frunció el ceño.

—¿Qué haces?

Él no respondió de inmediato. Sus dedos se acercaron al tejido, muy cerca, pero no tocaron piel, solo la tela.

La deslizó hacia un lado con una precisión sorprendente, arreglando la caída del vestido con un gesto rápido y técnico.

Elira dejó de respirar por un segundo, no por el contacto, ya que no lo hubo, sino por la proximidad, por la concentración silenciosa en su mirada, por esa absurda sensación de que todo el mundo se había reducido a ese pequeño espacio entre ambos.

—Así no se enganchará —dijo finalmente.

Mikhail se apartó como si nada hubiera pasado.

Elira sintió un calor incómodo subir por su cuello. Odiaba no saber por qué su cuerpo respondía de aquel modo. Se obligó a moverse, a romper la quietud.

—Podrías dejar que la modista hiciera su trabajo.

—Lo está haciendo… es que soy muy meticuloso.

Elira resopló y se giró hacia el espejo rápidamente, fingiendo evaluar el vestido para ocultar su reacción.

—Esto sigue siendo raro —murmuró.

—Lo será durante un tiempo, luego dejará de serlo.

Elira volvió a mirarse en el reflejo con más atención esta vez. Hasta ese momento había evitado observarse demasiado tiempo, como si hacerlo pudiera convertir aquello en algo real, pero ahora ya no podía ignorarlo. La caída del vestido era limpia, elegante, poderosa sin resultar delicada. No parecía una novia frágil, sino alguien que caminaba hacia algo inevitable con la cabeza bien alta. Eso fue lo que la descolocó. No la tela, tampoco el diseño, sino la sensación extraña de que encajaba demasiado bien.

Se giró hacia un lado, viendo cómo el tejido seguía cada movimiento suyo con naturalidad. Parecía diseñado para alguien acostumbrado a ocupar espacio sin pedir permiso. Parecía… correcto. Eso la irritó profundamente, porque rompía la imagen que

había intentado mantener desde el principio, la de una mujer ajena a todo aquello, ajena al mundo de la mafia con sus decisiones frías y alianzas peligrosas. Sin embargo, el espejo no reflejaba a una intrusa, reflejaba a alguien que pertenecía a aquel mundo.

Sintió un rechazo inmediato, casi físico. Se tocó la cintura otra vez, no para ajustar nada, sino para comprobar que seguía siendo ella debajo de aquella tela, que aquello no la había transformado sin que se diera cuenta. Evitó mirar demasiado tiempo a los ojos de su reflejo porque había algo incómodo ahí, algo que parecía aceptar lo que ella todavía negaba.

El silencio del salón pesaba, y aunque la modista seguía trabajando con movimientos suaves y profesionales, Elira era demasiado consciente de la mirada de Mikhail. No era una mirada invasiva ni descaradamente evaluadora, era peor que eso. Era paciente y observadora, como si estuviera esperando que ella misma entendiera algo antes de decirlo.

—No me gusta que encaje —murmuró al final, casi para sí misma.

La modista levantó la cabeza sin saber si debía responder. Mikhail habló primero.

—Encajar no significa rendirse.

Elira soltó una breve risa seca, sin apartar los ojos del espejo.

—Eso suena exactamente a algo que diría alguien que está ganando.

Las palabras se quedaron suspendidas en el aire. Elira tragó saliva sin querer y volvió a girarse ligeramente, viendo cómo la tela se movía con ella con una naturalidad que la traicionaba. No parecía disfrazada, no parecía obligada. Eso era lo que más la incomodaba.

Buscó algo que criticar, algo que rompiera el momento.

—Fantástico —murmuró al final, alzando una ceja mientras se observaba en el espejo—. Ahora parezco la villana elegante de una película rusa.

El silencio que siguió fue distinto, como si la frase hubiera tocado algo invisible entre ambos. Cuando finalmente levantó la mirada hacia él, Mikhail ya estaba observándola, serio,

imperturbable, y durante un segundo tuvo la sensación absurda de que no estaba mirando el vestido, sino intentando leer algo detrás de sus palabras.

—Podrás moverte —sentenció al final.

Nada más.

—Bueno, ¿y? —preguntó girándose hacia él—. ¿Aprobada? ¿O tengo que seguir desfilando como en un catálogo?

Mikhail inclinó la cabeza.

—Funciona.

Ella parpadeó.

—¿Eso es todo? —preguntó boquiabierta.

—No necesitamos que sea espectacular —añadió con calma—. Necesitamos que sea eficaz.

Elira abrió la boca para replicar, pero se detuvo, ¿para qué iba a hablar? Lo único en lo que pensaba aquel hombre era en que fuese un vestido que le permitiese correr si en la boda ocurría lo mismo que había sucedido en el bar clandestino de su padre, aunque, bien mirado, tampoco estaba mal pensado.

La ayudante, que hasta ese momento se había mantenido en silencio, sujetando telas y observando con discreción profesional, levantó finalmente la mirada. Había estado mirando de uno a otro varias veces durante la prueba, esbozando una sonrisa que intentaba contener sin demasiado éxito.

—Perdonen… —dijo al final, con una timidez casi divertida—. Pero hacen una pareja muy bonita.

El silencio cayó de golpe. Elira parpadeó y Mikhail no reaccionó al instante.

Ambos se miraron de reojo al mismo tiempo, como si hubieran sido arrastrados a la misma incomodidad sin quererlo. Elira abrió la boca para protestar, para decir algo sarcástico que rompiera la tensión, pero él habló antes.

—Eso es porque aún no nos ha visto discutir de verdad.

La frase, tan inesperada, hizo que la modista soltase una risa nerviosa mientras la ayudante se ruborizaba.

Elira lo miró con incredulidad y negó con la cabeza, incapaz de evitar una sonrisa mientras volvía a mirarse en el espejo, aunque

esta vez sin analizarse demasiado. Había algo extraño en cómo se sentía dentro del vestido, algo que no terminaba de entender y que prefería no explorar demasiado.

Mikhail dio un paso atrás, como si la breve interrupción hubiera marcado un límite invisible que volvía a colocarlos en sus posiciones habituales.

—Ese está bien —dijo finalmente dirigiéndose a la modista—. ¿Podrán tener los arreglos en dos días?

—Por supuesto, señor Petrov —respondió ella inmediatamente —. Estará listo.

Él asintió una sola vez.

Entonces, por primera vez desde que Elira había salido con el vestido, su mirada recorrió su figura de arriba abajo con calma, sin prisa, sin una emoción visible que permitiera descifrar lo que pensaba. Fue una observación completa, directa, que duró apenas unos segundos, pero que la hizo tensarse sin saber por qué, buscando en su rostro alguna pista que no llegó.

No encontró nada, solo esa serenidad infranqueable.

Mikhail se giró después, como si la decisión ya estuviera tomada, y caminó hacia la salida del salón sin añadir más comentarios.



10

La puerta del ático se abrió con el sonido seco del mecanismo de seguridad desbloqueándose y Mikhail entró sin prisa, quitándose los guantes mientras repasaba mentalmente cada detalle de la reunión que acababa de terminar. Uno de los subordinados del capo italiano había resultado ser exactamente lo que esperaba: calculador, orgulloso y peligrosamente eficiente. La mafia italiana llevaba décadas perfeccionando el arte del narcotráfico, introduciendo mercancía en Europa con una logística casi militar y distribuyéndola con precisión quirúrgica. Necesitaban armas, muchas, y habían aprovechado su presencia en Barcelona para negociar directamente con él. Alekséi había estado a su lado durante toda la conversación, interviniendo solo cuando era necesario, dejando que Mikhail marcara el ritmo y las condiciones. El acuerdo estaba prácticamente cerrado. Ahora venía la parte complicada: organizar el traslado sin llamar la atención, mover cargamentos sin levantar sospechas y garantizar que cada pieza llegara exactamente donde debía.

Sus hombres entraron al ático siguiendo a Mikhail, revisando el interior como siempre hacían antes de dispersarse discretamente por el ático. Mikhail apenas les prestó atención, conocía el protocolo, lo había diseñado él mismo. Caminó unos pasos, observando el espacio con la mirada entrenada que detectaba cambios incluso cuando nadie más los notaría. Algo era distinto.

No supo decir qué al principio, pero lo sintió. El aire, la disposición, la energía del lugar.

Se detuvo.

Una silla no estaba donde debía, una lámpara había cambiado de ángulo y, entonces, escuchó el ruido.

Un sonido arrastrado, pesado, acompañado de un resoplido frustrado.

Avanzó hasta el comedor y se quedó bajo el marco de la puerta, observando.

Elira estaba en medio del salón, arrastrando un sofá con una determinación agresiva, el cabello recogido de cualquier manera y la mandíbula apretada mientras intentaba mover una pieza que claramente pesaba demasiado para una sola persona.

Mikhail se quedó quieto, observándola, y no dijo nada. Solo la miró unos segundos, procesando la escena como si acabara de entrar en un territorio desconocido.

—Has movido algo —dijo finalmente.

No fue una pregunta.

Elira levantó la cabeza, apartándose un mechón de pelo de la cara, sin soltar el sofá.

—Sí —respondió sin detenerse—. La vida.

Hubo un silencio.

Uno de sus hombres disimuló una sonrisa antes de desaparecer por el pasillo.

—Lleva todo el día así… —le susurró antes de alejarse.

Mikhail dio un paso más dentro del salón, mirando alrededor e identificando cada cambio, uno por uno, como si estuviera reconstruyendo mentalmente el plano original del ático.

—También has cambiado la mesa auxiliar.

—Era deprimente.

—Y la planta.

—¡Se estaba muriendo! —exclamó ella—. Necesita luz.

—No estaba muriendo.

—Estaba pidiendo ayuda a gritos.

Él ladeó la cabeza.

—Es minimalismo.

Elira soltó una risa corta.

—Tenías tres colores: negro, gris y depresión.

Mikhail la observó unos segundos más y, por primera vez desde que había entrado, algo parecido a un destello de humor cruzó su mirada. Asintió lentamente.

—Ahora parece habitado —dijo finalmente.

Elira lo miró unos segundos más de lo necesario, todavía con la mano apoyada en el respaldo del sofá, como si intentara decidir si acababa de oír lo que creía haber oído.

—¿Acabas de admitir que he mejorado tu casa?

Mikhail no respondió. Caminó despacio por el salón, observando cada cambio con esa atención silenciosa que parecía registrar hasta el último milímetro. Pasó junto a la mesa auxiliar nueva, rozó con los dedos el borde de la estantería que ella había reorganizado y se detuvo frente a una planta que claramente no estaba allí antes.

—Has movido todo siguiendo un patrón —dijo finalmente.

—He movido todo siguiendo el instinto de no vivir en un mausoleo.

—Es funcional.

—Era deprimente.

Él no discutió; siguió caminando en silencio, y aquello la puso nerviosa, porque no sabía si la estaba evaluando o criticando.

—¿Te molesta? —preguntó ella al final cruzándose de brazos.

—Estoy intentando entenderlo —dijo mirando la estantería.

—¿Qué hay que entender? Me aburro. Tú sales. Tienes reuniones. Haces cosas reales. Yo estoy aquí contando plantas y hablando con tus hombres que apenas me responden. —Mikhail se detuvo y se giró hacia ella lentamente—. Tú puedes salir y yo no. —Él no respondió y eso la irritó más—. ¿Sabes qué es lo peor? —continuó—. Que ni siquiera discutes —exclamó con los brazos abiertos—. Solo decides y ya está.

Mikhail caminó hacia el sofá que ella había movido y se sentó, probando la nueva posición como si evaluara un cambio táctico.

—Desde aquí se ve mejor la entrada —murmuró.

Elira parpadeó.

—¿En serio vas a ignorar lo que acabo de decir?

—No lo ignoro.

—Entonces responde —rugió ella.

Él apoyó un brazo sobre el respaldo, mirándola con calma.

—Si sales sola ahora mismo, alguien intentará matarte.

Ella resopló.

—Otra vez… es como el día de la marmota.

—Porque sigue siendo lo mismo.

Elira se giró para caminar hacia la cocina y volver enseguida, como si necesitara moverse para no explotar.

—No puedes encerrarme aquí para siempre.

—No lo estoy haciendo.

—Pues… lo parece. Estoy agobiada.

Mikhail observó cómo se movía por el espacio que ahora había cambiado, la forma en que caminaba entre muebles, la energía distinta del lugar. Apoyó la mano sobre el brazo del sofá, pensativo.

—Has abierto el espacio —comentó.

—He quitado obstáculos.

—Incluidos algunos míos.

Ella alzó una ceja.

—¿Te molesta perder el control?

—No —respondió él—. Solo necesito saber dónde están las cosas —acabó con la voz más grave.

La respuesta fue tan seria que ella soltó una risita.

—Es lo que pasa cuando dejas sola a una mujer en una casa sin nada que hacer —acabó cruzándose de brazos—. Sin poder salir, sin poder hablar con nadie… Espera a ver el aseo y el resto de habitaciones —dijo como amenaza—. Te va a dar un ataque.

Él se levantó poco a poco.

—Vale —dijo él finalmente—. Entonces vamos a hablar de reglas.

Mikhail levantó ligeramente la mirada.

—Yo también tengo unas reglas que decirte —respondió ella.

—Perfecto —dijo tendiéndole la mano—. Empieza —le dio la opción.

Elira apoyó las manos sobre el respaldo del sofá, mirándolo con decisión.

—Vale. Normas —empezó, alzando un dedo—. Primera, necesito poder moverme por el piso sin sentir que estoy en una prisión.

Mikhail inclinó ligeramente la cabeza.

—Puedes moverte por todo el piso.

—Pero no puedo salir —rugió.

—De momento no, y luego, cuando puedas salir, no lo harás sola —explicó él.

Ella resopló.

—Eso cuenta como prisión.

—Cuenta como supervivencia —sentenció él—. No pienso discutir más contigo sobre eso —dijo mirándola fijamente.

Elira puso los ojos en blanco.

—Segunda regla: necesito una zona que sea solo mía. Nada de cámaras, nada de hombres entrando sin avisar, nada de… —hizo un gesto amplio con la mano—, energía mafiosa constante.

Mikhail se sentó y se recostó un poco más en el sofá, observándola con atención.

—Tu habitación ya cumple esos requisitos.

Ella frunció el ceño.

—¿Mi habitación?

—Es tuya.

—No sabía que era oficial.

—Lo es ahora.

Elira parpadeó.

—Eso ha sido demasiado fácil —susurró ella para sí misma, pensativa.

—No siempre discuto por todo.

Ella parpadeó varias veces seguidas.

—Podrías haber avisado.

—Pensé que lo habías entendido.

Ella negó con la cabeza.

—Vale. Tercera regla: necesito saber quién entra y sale del ático. A veces se presentan aquí hombres que parecen salidos de una película y nadie me explica nada.

—Son los encargados de la seguridad.

—Ya, eso lo sé, pero me gustaría no sentir que vivo en un aeropuerto militar.

Mikhail soltó una exhalación breve, casi una risa, y finalmente asintió.

—Hablaré con ellos.

Ella lo miró sorprendida.

—¿En serio?

—Sí.

Hubo un silencio.

—No esperaba que fueras tan… flexible.

—No lo soy —respondió él—. Solo adapto aquello que no compromete tu seguridad.

La forma en que lo dijo la dejó callada un segundo. Luego volvió al ataque.

—Vale, tu turno. ¿Qué normas tienes tú?

Mikhail cruzó una pierna sobre la otra, pensativo.

—No abrir la puerta a nadie sin avisar.

—Obvio —respondió encogiéndose de hombros.

—No usar el ascensor sola.

—¿Por qué?

—Porque es el punto más vulnerable del edificio. Si alguien quiere atacarte, el ataque empezará ahí. —Elira se quedó callada, asimilando la explicación. Él continuó—. No mover objetos relacionados con la seguridad del ático.

—¿Qué objetos? —preguntó con curiosidad.

—Los que no sabes identificar.

Ella arqueó una ceja.

—Eso suena muy ambiguo.

—No muevas objetos pequeños —acabó diciendo—. Y otra norma, no empujar muebles sola.

Elira lo miró.

—¿Perdón?

—Ese sofá pesa más de lo que crees.

—Lo estaba manejando perfectamente.

—Te vi luchar contra él durante cinco minutos.

Ella abrió la boca indignada.

—¡No estaba luchando!

—Parecía un combate desigual.

¿Combatir contra un mueble?

La respuesta fue tan seria que tardó un segundo en procesarla y una sonrisa se le escapó.

—No puedo creer que acabes de bromear.

—No era una broma.

—Claro que lo era.

Mikail parpadeó varias veces.

—Tal vez un poco.

Elira lo miró fijamente.

—Cada vez hablas más —observó ella.

—Cada vez haces más preguntas. Eres como… una cotorra —acabó como si aquello le molestase—. Si trabajaras para mí, ya habrías conseguido tres confesiones.

Y algo en esa respuesta, en la naturalidad con la que lo dijo, le hizo sentir que la distancia entre ellos había cambiado sutilmente sin que ninguno lo admitiera.

Elira cruzó los brazos otra vez, mirándolo con esa expresión que él ya empezaba a reconocer como "voy a decir algo que no te va a gustar".

—Vale —dijo finalmente—. Ya que estamos hablando de normas… hablemos de dormir.

Mikhail levantó una ceja.

—Dormir es recomendable.

Ella entornó los ojos.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. —Elira caminó unos pasos por el salón reorganizado sus pensamientos, como si necesitara movimiento para ordenar las ideas—. Hasta ahora, cada uno duerme en su habitación. Perfecto. Fácil. Sin drama. Pero… —se detuvo, girándose hacia él—, mañana se supone que estaremos casados.

Mikhail la observó sin cambiar la expresión.

—Sí.

—Y entonces, ¿qué?

La pregunta quedó flotando en el aire. Él se tomó un segundo antes de responder.

—Mañana dormirás conmigo —respondió como si fuese lo más obvio.

El silencio se alargó unos segundos después de su última frase. Elira dejó escapar una exhalación, bajando la mirada como si estuviera organizando pensamientos que no terminaban de encajar.

—Va a ser… raro —murmuró finalmente.

Mikhail no respondió de inmediato. La observó con atención, y algo en la forma en que ella evitaba mirarlo directamente le llamó la atención.

—Estás nerviosa —dijo al final.

No fue una pregunta.

Ella alzó la mirada rápidamente.

—¿Y quién no lo estaría?

—Es lo normal en los matrimonios —añadió él con calma.

Elira soltó una breve risa que denotaba incredulidad.

—Esto no es un matrimonio normal —susurró, acercándose apenas un poco, como si necesitara bajar la voz para que las palabras no pesaran tanto—. No lo veo… apropiado. Apenas te conozco.

La sinceridad en su tono rompió algo en el aire.

Mikhail le sostuvo la mirada.

—Me conoces lo suficiente —respondió—, para saber que voy a cuidarte y protegerte de todo.

Ella negó suavemente y, por primera vez desde que había empezado la conversación, su voz perdió ese filo sarcástico habitual.

—Eso no basta… —murmuró—. Esto es una alianza, un acuerdo… y yo… —hizo una pausa, buscando las palabras—, necesito más tiempo. Es demasiada intimidad de golpe. No sé cómo… —tragó saliva—, cómo se supone que tengo que adaptarme a todo esto.

El silencio que siguió fue largo.

Mikhail no apartó la mirada, no se acercó y no intentó suavizar la situación con gestos innecesarios. Solo la observó.

—Tienes miedo —sentenció. Ella no respondió y ese silencio fue suficiente. Mikhail se levantó y dio un paso hacia ella, lento, sin invadir demasiado su espacio personal, pero lo bastante cerca para que sintiera el peso de su presencia—. Escúchame bien —dijo en voz baja, aunque su tono no era suave, sino firme y peligrosamente tranquilo—. No voy a forzarte a nada. —Elira levantó la mirada hacia él inmediatamente—. Pero —continuó él antes de que pudiera relajarse del todo—, debes ser consciente de algo. —Ella se tensó—. Si eres mi esposa… lo serás en todos los sentidos. No voy a fingir que esto es otra cosa. El matrimonio implica cercanía, implica intimidad… y sí, el sexo es lo más normal dentro de una relación de pareja. —Elira dio un respingo, asimilando sus palabras—. Pero —añadió él enseguida, manteniendo el tono firme—, te daré tiempo. El tiempo que necesites para dejar de verlo como una amenaza.

Elira suspiró.

Por primera vez desde que habían empezado a hablar, sus hombros se relajaron ligeramente.

—Gracias… —murmuró.

Mikhail inclinó la cabeza.

—No lo hago por gentileza —añadió—. Lo hago porque funcionará mejor así.

Dicho esto, la tensión dejó de sentirse como una lucha… y empezó a parecer algo que ambos estaban aprendiendo a sostener juntos.

El silencio los envolvió de nuevo, pero ya no tenía el mismo peso. Elira apoyó las manos sobre el respaldo del sofá, intentando ordenar todo lo que acababa de escuchar. Sentía todavía la tensión en el pecho, pero ya no era ese nudo asfixiante, era algo más suave y manejable.

Mikhail dio un paso atrás, rompiendo ligeramente la cercanía, y su mirada recorrió el salón reorganizado otra vez, como si estuviera recalculando el espacio bajo nuevas condiciones.

—¿Has terminado con los cambios? —preguntó finalmente, sacándola de sus pensamientos.

—Por ahora —respondió ella—. Pero no prometo nada.

—Ya me lo imaginaba —pronunció y chasqueó la lengua.

Ella sonrió.

Él caminó hacia la cocina sin añadir nada más, abrió un armario y sacó un vaso. Luego otro.

Elira lo observó desde el salón, sin entender muy bien qué hacía.

Mikhail llenó los dos vasos con agua y regresó. Le tendió uno a Elira sin mediar palabra, sin dar explicaciones.

Ella parpadeó.

—¿Eso es para mí?

—Has estado moviendo muebles todo el día —respondió él—. Debes de estar deshidratada.

La naturalidad con que lo dijo la dejó desconcertada y aceptó el vaso lentamente.

—No sabía que eras tan… considerado.

—No lo soy —dijo él mientras bebía también de su vaso—. Deberías descansar —dijo simplemente.

Ella negó.

—Qué va, tengo la adrenalina por las nubes —le sonrió mostrándole los dientes.

—Está bien… pues sigue moviendo muebles, todos menos los de mi habitación, esa no se toca —indicó.

Ella asintió efusivamente, como si necesitase movimiento, y depositó el vaso sobre la mesa. Luego cruzó los brazos, observándolo con esa mezcla de desafío y curiosidad que empezaba a volverse habitual entre ellos.

—Sabes que voy a romper algunas de tus normas, ¿verdad?

Mikhail inclinó la cabeza.

—Ya me lo imaginaba.

—¿Y eso no te molesta?

—Depende de cuáles sean. —Ella alzó una ceja—. No te he reprendido por tu carácter, aunque seguramente me evitaría muchos problemas de haberlo hecho —añadió—. Créeme… todo sería más fácil.

Elira abrió los ojos con gesto de sorpresa y duda a partes iguales.

—¿Eso es un cumplido o una amenaza?

—Ambas cosas. —La respuesta fue tan directa que la dejó noqueada un momento—. Ya que nos tenemos que casar, no quiero un soldado —continuó él—. Quiero una esposa.

El silencio que siguió fue intenso, Elira tragó saliva. Mikhail estaba ahí, serio, más duro que antes.

—¿Una esposa obediente?

—Una esposa que sea consciente de quién soy, que pueda confiar en mí… pero no, tampoco me gustaría una sumisa. —La miró fijamente—. Sería muy aburrido —acabó alzando sus cejas hacia ella.

—Entonces… ¿puedo dar portazos? —ironizó ella.

—En mi casa no se dan portazos —pronunció seriamente.

Elira levantó la barbilla inmediatamente.

—Ajá, ajá… —comentó ella distanciándose.

—Eliraaa… nada de portazos —comentó más serio.

Elira se giró hacia él con una mirada retadora.

—Sí, sí…

Él dio un paso adelante.

—Elira, ven aquí —señaló un punto del suelo—, no hemos acabado la conversación. Mi futura esposa no huye de las conversaciones.

Parecía que lo de los portazos lo había alterado. Perfecto, estaba bien saber cuál era su punto débil. Ella sonrió en plan jocoso.

—Tu futura esposa no obedece órdenes siempre —respondió desviándose hacia el pasillo sin hacerle caso.

—Eso ya lo veremos —pronunció él alzando el tono.



11

La puerta de la iglesia se abrió lentamente y el aire frío de la mañana entró junto a ella, mezclándose con el olor antiguo a piedra húmeda y cera fundida. Elira dio un paso adelante, sin estar completamente segura de que sus piernas fueran realmente suyas, sintiendo el peso del vestido en cada movimiento y el murmullo lejano de las voces que se apagaban poco a poco al verla aparecer.

Su padre esperaba justo allí, serio, impecable, con esa presencia que siempre había llenado cualquier habitación, incluso antes de hablar. Besnik Bajraktaraj no parecía nervioso, pero ella conocía lo suficiente sus silencios como para saber que algo se agitaba bajo aquella calma.

Besnik le ofreció el brazo.

Elira dudó apenas un segundo antes de aceptarlo.

Mientras comenzaban a caminar por el pasillo central, el sonido suave del vestido rozando el suelo resonó demasiado fuerte en sus propios oídos. Intentó concentrarse en algo concreto, en cualquier cosa que evitara pensar en lo que estaba a punto de ocurrir.

Había pasado de estar en un quirófano, rodeada de luces blancas y decisiones médicas, a caminar hacia un matrimonio acordado con el líder de la bratva rusa.

La ironía le resultaba absurda.

Miró a su alrededor.

La iglesia era antigua, pequeña, escondida entre calles estrechas del barrio gótico, con columnas de piedra que parecían haber visto demasiadas historias como para contar una más. No había demasiada gente, pero todos los presentes transmitían una energía distinta, una mezcla de respeto y peligro silencioso. Reconoció a sus hermanos, situados a un lado, observándola con una seriedad que no ayudaba a calmar sus nervios. Más allá, vio rostros desconocidos que no necesitaban presentación: hombres con trajes impecables, miradas frías y posturas demasiado controladas como para ser invitados normales. Mafiosos, por supuesto.

Entonces vio a Alekséi. Estaba de pie junto a una mujer que no conocía personalmente, pero que reconoció al instante por lo que había escuchado: Isabel, la fiscal de Barcelona, la mujer por la que, en cierto modo, todo aquello había comenzado. Sus miradas se cruzaron apenas un segundo y la mujer le ofreció una sonrisa breve, tranquila, que extrañamente le dio un poco de aire.

La seguridad era invisible, pero palpable. No había hombres armados de forma evidente, pero Elira sentía cada movimiento, cada mirada que analizaba el entorno. Nada en aquel lugar estaba fuera de control, ni siquiera ella.

Y entonces lo vio. Mikhail. Esperándola frente al altar, inmóvil y serio, vestido con un traje oscuro, postura recta, ojos claros fijos en ella desde el primer instante en que había entrado.

El mundo pareció reducirse.

Elira tragó saliva. Ahí terminaba su vida normal y empezaba algo completamente distinto.

Casarse con el líder de la bratva era algo que siempre había odiado, incluso como idea abstracta, algo que había rechazado durante años, manteniéndose lejos del mundo de su padre… y, ahora, caminaba hacia ello, aceptando con cada paso la inevitabilidad de su futuro. Sería la esposa de un mafioso, con todas sus consecuencias.

Sintió que su corazón empezaba a acelerarse en su pecho.

Cuando llegaron al altar, Besnik se detuvo y se giró hacia Mikhail. Su voz, firme y cargada de algo que ella nunca había escuchado de su padre, dejaba entrever gratitud.

—Gracias por esto —dijo—. Protégela. Cuídala. Es lo más valioso que tengo.

Elira contuvo la respiración.

Mikhail sostuvo la mirada de Besnik sin vacilar.

—Ahora es mía —respondió sosegado—. Nadie la tocará. Nadie la romperá. Mientras respire, estará bajo mi protección.

Elira lo miró fijamente.

Algo en el tono de su voz la dejó absorta, atrapada entre el miedo y una extraña sensación de seguridad que no sabía cómo procesar.

Su padre soltó su brazo y en ese instante sintió el cambio.

Ya no pertenecía a ese lado, ahora estaba sola frente a Mikhail.

El aire se volvió más denso y empezó a notar una presión en el pecho. Respiraba rápido, demasiado rápido. Era enfermera; lo reconoció al instante: si no se calmaba, iba a sufrir un ataque de ansiedad.

Intentó mantener la compostura, pero el ruido del corazón golpeando contra su pecho empezó a eclipsarlo todo.

Mikhail dio un paso apenas perceptible hacia ella.

—Mírame.

Elira levantó la mirada casi por reflejo. Su expresión era distinta y más suave, más… humana.

—La ceremonia será rápida —dijo en voz baja, solo para ella—. Respira conmigo.

Por primera vez desde que había entrado en la iglesia, sintió que alguien estaba intentando sostenerla, no controlarla.

El murmullo de la iglesia desapareció poco a poco cuando el sacerdote comenzó a hablar. Su voz grave resonaba contra las paredes antiguas, como si aquella ceremonia no fuera diferente a cualquier otra, aunque todos allí supieran que lo era.

Elira intentó concentrarse en las palabras, pero solo captaba fragmentos. Compromiso. Unión. Promesa. Protección.

Su respiración empezó a acompasarse lentamente al ritmo que él había marcado sin que ella se diera cuenta. Inspirar. Soltar. Inspirar…

Mikhail no apartaba la mirada de ella. La contemplaba, pero no de forma invasiva, sino como un ancla silenciosa.

Eso la desconcertaba más que cualquier gesto autoritario.

El sacerdote habló de la unión entre familias, de la responsabilidad compartida, de la fortaleza necesaria para caminar juntos. Elira pensó fugazmente que nadie en aquella iglesia sabía realmente lo que significaban esas palabras para ellos.

O quizá sí, quizá todos se hacían una idea aproximada.

Cuando llegó el momento de los votos, el silencio se volvió absoluto.

El sacerdote primero miró a Mikhail.

—¿Acepta usted a Elira Bajraktaraj como esposa?

La respuesta llegó sin vacilar.

—Sí.

Afirmó de una forma simple, pero con una certeza que recorrió la iglesia como una corriente eléctrica.

Elira tragó saliva cuando el sacerdote se giró hacia ella.

Las palabras parecieron tardar más en llegar.

Sintió el peso de todas las miradas, de todas las expectativas, del camino que había recorrido hasta ese instante sin realmente elegirlo y, aun así, algo en la presencia de Mikhail a su lado hacía que no se sintiera completamente sola.

—¿Acepta usted a Mikhail Petrov como esposo?

El silencio se alargó apenas un segundo más de lo esperado.

Elira respiró hondo y lo miró de reojo. Sus ojos claros no la presionaban, solo esperaban.

—Sí —dijo finalmente.

La palabra fue dicha con más suavidad de lo que había imaginado, pero fue suficiente.

El sacerdote continuó hablando, pero el mundo alrededor empezó a difuminarse para ella. Sentía la cercanía de él de forma distinta ahora, más consciente y más real.

Cuando llegó el momento de darse las alianzas, uno de los hombres de Mikhail se acercó discretamente para entregarlas. Él tomó la de Elira primero.

Sus dedos eran firmes y seguros cuando rozaron los de ella. Elira sintió una descarga inesperada que le hizo contener la respiración.

Mikhail deslizó el anillo en su dedo sin apartar la mirada y sin mediar palabra.

Cuando fue su turno, Elira notó que sus manos temblaban. Mikhail no se movió, pero inclinó ligeramente la mano hacia ella para facilitarle el movimiento hasta que el anillo quedó en su lugar.

El sacerdote habló de unión definitiva, de caminos compartidos y, en ese momento, Elira tuvo la sensación clara de que algo invisible se había cerrado detrás de ella. Ya no había marcha atrás.

Mikhail se inclinó hacia Elira lo suficiente para que solo ella escuchara.

—Lo estás haciendo bien.

La frase fue inesperadamente suave y, a la vez, tranquilizadora.

El sacerdote cerró el libro lentamente. Sus palabras finales flotaron en el aire como una sentencia irrevocable.

—Por el poder que me ha sido concedido… yo os declaro marido y mujer.

Elira sintió cómo el mundo parecía inclinarse bajo sus pies.

"Marido y mujer", la frase resonó demasiado fuerte dentro de su cabeza.

—Puede besar a la novia.

El silencio que siguió fue absoluto.

No hubo murmullos ni aplausos.

Elira sintió que su pulso se aceleraba otra vez.

No había pensado en ese momento.

Levantó la mirada hacia él lentamente. Mikhail ya la estaba mirando.

No parecía nervioso ni impaciente, solo decidido. Dio un paso hacia ella, sin invadir su espacio de golpe. Se acercó despacio, lo suficiente para que ella pudiera apartarse si quería, pero no lo hizo.

Sus dedos se movieron primero, apoyándose con suavidad inesperada sobre su cintura, firmes, pero sin presión excesiva. El contacto fue cálido, sólido y real.

Elira contuvo el aire, no sabía qué esperar de aquel momento.

Quizá esperaba algo frío, algo distante, pero cuando él se inclinó hacia ella, el gesto fue contenido, preciso y casi respetuoso, como si

aquel beso fuera más una promesa silenciosa que una demostración de amor.

Sus labios rozaron los de Elira. Fue un beso corto, controlado, sin urgencia ni dominio, pero cargado de algo intenso que hizo que su estómago diera un vuelco sin previo aviso.

Duró solo un segundo más de lo necesario, lo suficiente para que se sintiera real, lo justo para que no pudiera fingir que no había ocurrido.

Cuando se apartó, su mano permaneció en su cintura un instante más.

—Ya está —murmuró él.

Elira respiró profundamente.

El murmullo de la iglesia volvió poco a poco, pero algo dentro de ella había cambiado, porque ese beso no había sido agresivo ni frío. Había sido… cuidadoso. Eso la desconcertó más que cualquier otra cosa.

El sacerdote dio por zanjada la ceremonia con unas últimas palabras que Elira apenas escuchó. El sonido volvió lentamente a su alrededor, primero como un murmullo lejano y luego como un peso real sobre sus hombros.

La mano de Mikhail se mantuvo firme en su cintura cuando se giraron hacia el pasillo central.

Marido y mujer. La frase seguía resonando dentro de ella.

La iglesia parecía distinta ahora, más pequeña y más silenciosa, como si todos los presentes hubieran contenido la respiración esperando ese instante exacto.

Dieron el primer paso juntos.

El vestido se deslizó sobre la piedra antigua y el eco suave de sus pasos llenó el espacio.

Entonces lo notó. Las miradas: no eran miradas curiosas, ni siquiera de celebración. Eran miradas de respeto y de reconocimiento.

Algunos hombres inclinaron ligeramente la cabeza cuando pasaron, un gesto sutil que no parecía ensayado, sino natural e instintivo. Otros simplemente los observaban con una quietud

absoluta, como si su presencia fuera suficiente para imponer silencio.

Elira sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

No estaban mirando a una pareja recién casada, estaban mirando a su líder y, ahora, a ella.

Sus ojos se desviaron hacia Alekséi, el cual sonrió con una mezcla de orgullo y diversión. Isabel estaba a su lado, observándola con una calma distinta, como si entendiera perfectamente lo que debía estar sintiendo.

Los hermanos de Elira permanecieron serios, pero ninguno cuestionó lo que estaba ocurriendo.

El peso del momento se volvió real de golpe.

Elira apretó la mandíbula y su mano se tensó instintivamente.

Mikhail lo notó sin mirarla y ajustó ligeramente la presión de su mano en su cintura, un gesto mínimo que la estabilizó sin que nadie más pareciera darse cuenta.

Salieron finalmente al exterior.

La luz del día fue más brillante de lo esperado.

El aire frío golpeó su rostro y, por primera vez desde que había entrado en la iglesia, sintió que podía respirar de verdad.

Se detuvo un segundo y miró hacia él. Ahí comprendió algo que hasta ese momento solo había intuido. No solo se había casado con un hombre, se había convertido en parte de su mundo, completa e irrevocablemente.

La puerta de la iglesia se cerró detrás de ellos con un sonido suave que aisló momentáneamente el murmullo de los invitados que empezaban a salir. Durante unos segundos, quedaron apartados del resto, junto a una de las columnas de piedra del exterior, protegidos por la sombra y por la discreción calculada de los hombres que mantenían la distancia suficiente para no invadir aquel instante.

Elira exhaló, notando que estaba algo temblorosa.

—Bueno… —murmuró sin saber realmente cómo continuar la frase. Miró sus manos. El anillo brillaba demasiado. Era real. Tragó saliva y levantó la mirada hacia él. Mikhail estaba observándola con calma, como si analizara algo más profundo que sus palabras—. Ya está —dijo ella finalmente—. Supongo.

—Sí.

Elira, visiblemente nerviosa, apartó un mechón de cabello que colocó detrás de la oreja.

—No sé si debería decir… felicidades o algo así.

Una sombra de humor cruzó los ojos claros de él.

—No es necesario.

—Bien —respondió ella rápidamente—, porque sería raro.

Elira suspiró.

—¿Siempre es así? —preguntó finalmente.

—¿Así cómo?

—Irreal.

Mikhail pensó un segundo antes de responder.

—Solo al principio.

Elira bajó la mirada hacia el suelo de piedra.

—Sigo sintiendo que alguien va a decir que todo ha sido una broma y que puedo volver a casa.

Él dio un paso corto, acercándose más a ella.

—Esto es tu casa ahora —dijo en voz baja.

La frase fue firme, pero tranquilizadora.

—Todavía me cuesta asimilar todo esto.

—¿Aunque ayer movieses todos los muebles de mi ático? —ironizó.

Ella le dedicó una sonrisa delicada y el viento agitó su velo a su espalda.

Mikhail levantó la mano instintivamente para evitar que se enganchara en el borde de la columna, acomodándolo con un gesto rápido y práctico, demasiado natural para alguien que supuestamente mantenía siempre las distancias.

Elira lo observó.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella finalmente.

Mikhail inclinó ligeramente la cabeza hacia la calle donde los vehículos esperaban.

—Ahora volvemos al ático.

—Suena muy poco romántico para una boda.

—No hemos venido por romanticismo —le recordó.

Ella asintió.

—Eso sí que es verdad.

Fueron hacia uno de los vehículos y entraron en la parte trasera. Sergei estaba al volante y no tardó ni un segundo en arrancar y comenzar a circular por las calles de Barcelona. Elira se giró para observar a su padre y sus hermanos que ya se marchaban en otro vehículo. Ni siquiera había podido despedirse de ellos. Tragó saliva y se giró hacia él.

—¿Podré ver a mis padres y a mis hermanos?

—Sí —respondió él mirando por la ventanilla.

Ella enarcó una ceja.

—¿Siempre hablas tan poco? ¿O lo haces solo conmigo?

Mikhail se giró hacia ella y la miró directamente esta vez.

—Contigo hablo más.

Elira mostró sorpresa en su mirada.

—Eso sí que no me lo esperaba.

—Haces muchas preguntas.

—¿Es una queja?

—Es una observación.

Ella negó con la cabeza, sonriendo sin querer.

—Empiezo a sospechar que te divierte.

—A veces. —El vehículo se detuvo brevemente en un semáforo y la luz roja iluminó el interior durante unos segundos—. Ahora que estamos casados, todos saben que eres intocable. Podrás recuperar la normalidad poco a poco.

Ella lo miró sorprendida.

—¿De verdad? —preguntó con una voz cargada de alegría.

Él asintió.

Poco después, el vehículo se detuvo frente al edificio y uno de los hombres abrió la puerta inmediatamente. Elira dudó un segundo antes de salir, sintiendo cómo el peso del vestido y del momento volvía a caer sobre sus hombros al pisar el suelo.

El aire era más frío allí arriba, más limpio, y por primera vez desde que había salido de la iglesia, sintió una mezcla extraña de alivio y vértigo.

Mikhail salió detrás de ella y caminó a su lado mientras entraban al edificio. Los hombres que custodiaban la entrada inclinaron

ligeramente la cabeza al verlo pasar, un gesto rápido cargado de respeto.

Elira lo notó con más claridad.

Antes había sido testigo, ahora formaba parte.

El ascensor privado se abrió y subieron en silencio durante unos segundos. El reflejo en el espejo del interior le devolvió la imagen de ambos juntos, todavía vestidos de boda, demasiado formales para aquel espacio cotidiano.

—Sigo sintiendo que alguien va a decir que esto ha sido una broma —murmuró.

Mikhail se giró ligeramente hacia ella.

—Es normal que el cerebro tarde en ponerse al día cuando la vida cambia de golpe. No espero que hoy te sientas cómoda con todo esto, solo que entiendas que no estás sola en este proceso.

La frase denotó tranquilidad y sonó muy distinta a como había hablado días atrás.

Elira levantó la mirada hacia él, sorprendida.

Las puertas del ascensor se abrieron al llegar al ático.

Dos hombres estaban esperando dentro. Ambos se pusieron en posición inmediatamente al verlos.

Mikhail avanzó primero y habló con naturalidad, sin elevar la voz.

—Todo tranquilo —dijo—. Ya podéis relajaros. Y escuchad bien: a partir de ahora, cualquier cosa que necesite mi esposa tiene prioridad.

Elira se quedó quieta al escuchar la palabra “esposa” dicha con tanta naturalidad.

Los hombres asintieron sin cuestionar.

—Sí, señor.

Elira sintió algo removerse dentro de ella. No era orgullo exactamente. Tampoco miedo.

Era… un nuevo estatus.

Mikhail se giró hacia ella en ese momento.

—Vamos dentro —añadió con un tono más suave—. Necesitas quitarte esos zapatos antes de que empieces a odiar el matrimonio por culpa del calzado.

El comentario fue tan inesperadamente humano que ella soltó una carcajada.

—Eso sí que ha sido práctico.

—La supervivencia empieza por los pies —respondió él con tono irónico.

Entraron al salón.

El ático seguía reorganizado como ella lo había dejado.

Justo entonces, Elira sintió que aquel lugar había dejado de ser solo de él. Era algo compartido, aunque ninguno supiera todavía cómo manejarlo.

El silencio del ático los envolvió cuando la puerta se cerró tras ellos. El sonido amortiguado de la ciudad apenas llegaba hasta allí arriba. Los embargó la sensación de quietud de aquel ático.

Elira se quedó unos segundos inmóvil en medio del salón, todavía con el vestido puesto, como si no supiera exactamente qué hacer en ese momento en que no había miradas posadas sobre ellos.

Mikhail dejó las llaves sobre la mesa y se quitó la chaqueta con un gesto relajado, colocándola sobre el respaldo de una silla. El contraste entre la formalidad de la boda y la calma cotidiana del ático le resultó extrañamente desconcertante.

—Puedes respirar —dijo finalmente, observándola—. Ya no hay ceremonia ni gente esperando nada.

Elira suspiró.

—Creo que he estado conteniendo el aire desde que salí del vehículo.

—Lo noté.

Ella alzó una ceja.

—Empiezo a preocuparme por todo lo que notas.

Mikhail esbozó una sombra de sonrisa.

—Forma parte de sobrevivir mucho tiempo.

Elira caminó unos pasos, mirando el espacio como si fuera nuevo, aunque ya lo conociera. El vestido rozaba el suelo con cada movimiento y el peso del corsé empezaba a hacerse evidente.

—Voy a necesitar ayuda para quitarme esto… —murmuró, más para sí misma que para él.

El silencio que siguió fue breve, pero cargado de matices.

Mikhail la observó unos segundos, evaluando algo que solo él parecía comprender.

—Hoy no.

Elira parpadeó.

—¿Perdón?

—Pedirme que te ayude a desvestirte siendo mi esposa y habiéndote prometido que te daría espacio… es cruel.

Mikhail la miró un segundo mientras se sentaba y se quitaba los zapatos.

Aquellas palabras la conmocionaron levemente.

—Mmm… vale… —dijo lentamente—, pero necesito quitarme esto —extendió los brazos hacia los lados.

Mikhail la observó unos segundos más, apoyado contra el respaldo del sofá, como si estuviera valorando cada palabra antes de pronunciarla. Sus ojos claros recorrieron el vestido, deteniéndose en el corsé ajustado, en las capas de tela que parecían impedirle incluso respirar con normalidad.

—Si tengo que ayudarte a quitarte eso… —dijo finalmente, con una calma peligrosa—, lo haré arrastrándote a mi habitación. Y creo que ambos sabemos lo que eso implicaría después. —La frase no fue grosera, pero dejó suficiente espacio para que la tensión se instalara entre ellos. Elira se quedó quieta un segundo, luego lo miró, desafiándolo. Él inclinó la cabeza—. ¿Quieres?

La pregunta llegó con un tono serio, sin presión, pero cargada de significado.

Ella parpadeó.

—Lo que quiero es quitarme esto —respondió finalmente, extendiendo los brazos hacia los lados con evidente desesperación —. Apenas puedo respirar.

Luego se sentó en el borde del sofá para quitarse los zapatos, moviendo los dedos con alivio inmediato cuando quedaron libres.

Mikhail la observó en silencio unos segundos más, como si estuviera luchando contra algo interno que no pensaba compartir. Finalmente, se levantó y dio unos pasos hacia ella.

Elira contuvo el aire sin querer.

Él se detuvo detrás, lo suficientemente cerca para que ella sintiera el calor de su presencia sin necesidad de contacto directo.

—Voy a desatártelo —dijo en voz baja—. Solo eso.

Ella asintió.

Sintió sus dedos moverse con precisión en la parte trasera del vestido, buscando los cierres con una seguridad sorprendente. No había torpeza, no había prisa… solo concentración.

Cada pequeño roce de la tela al soltarse parecía amplificado.

Elira se obligó a mirar al frente.

El corsé cedió un poco, permitiéndole respirar mejor. Mikhail se detuvo, no continuó.

Sus manos permanecieron quietas sobre la tela, como si estuviera recordándose a sí mismo el límite que había prometido.

—Ya puedes moverte y respirar mejor —dijo finalmente.

Pero no se apartó inmediatamente y esa pausa, esa fracción de segundo en la que ninguno habló, fue mucho más intensa que cualquier otro gesto.

Elira tragó saliva.

—Gracias…

Él dio un paso atrás entonces.

—De nada.

Elira soltó lentamente el aire cuando el corsé cedió lo suficiente para permitirle respirar con normalidad. Sus hombros descendieron y cerró los ojos un segundo, disfrutando del alivio físico después de horas de tensión.

—Dios… esto debería considerarse un arma de tortura —murmuró moviendo ligeramente los hombros para comprobar que realmente podía respirar mejor.

Mikhail la observó en silencio. Se fijó en su corsé entreabierto mostrando parte de su espalda y en su cuello relajándose de un lado a otro.

Suspiró y directamente se giró y se marchó de allí.

Elira se giró justo para verlo desaparecer por el pasillo, alejándose de allí.

—¿Mikhail? —preguntó ella en un susurro.

Se asomó al pasillo y lo vio meterse en la habitación sin decir nada más, con los músculos tensionados. Ella resopló y fue hacia su habitación para intentar quitarse del todo el vestido y ponerse algo más cómodo.



12

La noche había caído por completo sobre la ciudad y el ático estaba iluminado por una mezcla suave de luces cálidas y velas encendidas que alguien había dispuesto con una precisión casi ceremonial sobre la mesa del comedor. El reflejo de las llamas bailaba sobre el cristal de las copas y proyectaba sombras largas que se movían lentamente con cada corriente de aire.

Elira apareció desde el pasillo, todavía descalza. El sonido leve de sus pasos se perdía sobre el suelo pulido. Se detuvo un segundo al ver la mesa preparada y las bandejas abiertas mostrando marisco, pescado y pequeños platos cuidadosamente colocados.

—Esto parece… romántico —murmuró.

Mikhail ya estaba sentado, sin chaqueta, con las mangas de la camisa ligeramente arremangadas.

—Es solo la cena.

—Claro —respondió ella sentándose frente a él—. Las velas deben de ser para mejorar la visibilidad táctica.

Un atisbo de sonrisa cruzó su rostro antes de que sirviera vino en su copa.

Comieron unos minutos en un silencio cómodo, con el sonido de los cubiertos y el murmullo lejano de la ciudad llenando el espacio.

—Mañana tengo una reunión —dijo él finalmente.

Elira levantó la mirada.

—Ah, ¿sí? ¿De qué tipo?

Él dudó un poco. De hecho, no parecía inseguro, solo evaluaba la respuesta que iba a dar.

—¿Quieres saberlo?

Ella inclinó la cabeza, pensativa.

—No lo sé.

—Italianos. Están interesados en hacer negocios. Me reuní con ellos el otro día, pero el capo quiere aprovechar que estoy aquí para conocerme.

Ella lo observó con más atención, como si algo acabara de encajar dentro de su cabeza.

—Creo que… en el fondo no tengo ni idea de a qué se dedica la bratva.

Mikhail dejó los cubiertos con calma y la miró.

—Puede que sea mejor así.

Elira suspiró y pinchó una gamba con el tenedor, llevándosela a la boca mientras negaba con la cabeza.

—En algún momento tendré que saber qué hace mi marido exactamente —acabó con ironía.

Mikhail apoyó los codos sobre la mesa, entrelazando las manos unos segundos antes de hablar.

—Vendemos armas. Controlamos rutas. Protegemos territorios. Y, a veces, eliminamos problemas antes de que crezcan demasiado.

Elira tragó lentamente.

—Eso es… muy directo.

—Prefiero que entiendas dónde estás sin edulcorarlo.

Ella asintió mirando su plato.

—Tú eres el que provee de armas a mi padre —susurró encajando las piezas del rompecabezas. Luego lo miró fijamente.

Mikhail también la miró sin decir nada ni apartar la mirada.

—Tu padre nos ayudó con unos asuntos hace poco. Querían atacarnos. Él nos ayudó a defendernos de la mafia china. Lo conseguimos, pero esta no desaparece. Se repliega. Observa y golpea cuando cree que nadie espera el ataque. Eso fue lo que ocurrió en el bar.

Elira levantó la mirada.

—Por eso te casaste conmigo.

—Sí.

No hubo rodeos y, extrañamente, eso le resultó más fácil de aceptar que cualquier mentira bonita.

Mikhail la observó unos segundos mientras ella comía.

—¿Has estado con alguien antes? —preguntó finalmente.

Elira casi se atragantó cuando escuchó la pregunta.

—Vaya transición suave —dijo soltando el tenedor sobre la mesa.

—Es algo que me importa.

Ella suspiró y se pasó la servilleta de tela por la boca.

—Tuve un novio en la universidad. La relación duró bastante, un par de años, pero terminó. Desde entonces, nada serio.

Él asintió lentamente.

—¿Nada?

—Nada.

Elira alzó una ceja.

—¿Ahora vas a interrogarme sobre mi vida sexual?

—Solo intento entender a la mujer con la que me he casado.

Ella sostuvo su mirada.

—Pues ahora sabes que llevo años sin… nada.

Un destello oscuro cruzó los ojos de él.

—¿Y no tienes ganas?

Elira apretó los labios.

—Esa es una pregunta muy personal.

—Estamos casados —le recordó.

Ella soltó aire por la nariz, intentando ignorar cómo la temperatura del ambiente parecía subir varios grados de golpe.

Para romper la tensión, cogió otra gamba y se la llevó a la boca, mordiéndola con decisión.

Mikhail la observó, demasiado atento y silencioso.

—Deberías dejar de hacer eso si quieres que mantenga una conversación civilizada.

Elira parpadeó.

—¿Hacer qué?

Él inclinó la cabeza.

—Eso.

Ella tardó un segundo en entender y, cuando lo hizo, lo miró con incredulidad.

—Es solo una… gamba —acabó soltándola en el plato

—No he sido yo quien la ha comido así —pronunció echando su espalda hacia atrás, apoyándola en el respaldo.

Elira apoyó el codo sobre la mesa y lo observó unos segundos con una expresión que mezclaba desafío y diversión.

—Vale… —dijo lentamente—. Ahora tengo curiosidad.

Mikhail alzó ligeramente una ceja.

—Eso suele ser peligroso.

—Ya —respondió ella—, pero acabas de insinuar algo con una gamba y ahora necesito saber hasta dónde llega tu imaginación.

Él dejó su copa sobre la mesa con calma, mirándola sin apartar los ojos.

—Mi imaginación no es el problema —dijo finalmente—. El problema es lo fácil que es distraerme cuando decides provocarme.

Elira sintió un vuelco en el estómago.

—No te estoy provocando.

—Estás sentada frente a mí, comiendo despacio, mirándome así… —hizo una pausa breve—. No ayuda.

Ella soltó una risa de incredulidad.

—¿En serio estás culpándome por cenar?

—Estoy describiendo una situación.

Elira negó con la cabeza, divertida, y tomó otra gamba con deliberada lentitud, exagerando el gesto.

—¿Así mejor?

Mikhail apoyó la espalda en la silla, observándola con una calma peligrosa.

—Si sigues por ese camino, la cena va a dejar de ser inocente.

Ella le hizo un gesto gracioso y se detuvo.

—Pensaba que ibas a ser más… rígido —añadió ella finalmente.

—Lo soy.

—Pues no lo parece.

Él inclinó ligeramente la cabeza.

—Porque contigo no funciona igual.

Ella desvió la mirada hacia el plato, intentando recuperar el control de la conversación.

—Nunca imaginé que mi primera cena como mujer casada incluiría amenazas sexuales metafóricas con marisco.

—No son amenazas.

—Ah, ¿no?

—Son advertencias, deja de comer así…

—¿Así cómo? —rio al final, lo que provocó que él riese también un poco, aunque se contuvo.

Un breve silencio dio paso a una curiosidad mutua que empezaba a sentirse peligrosa.

Mikhail la observó un momento más largo.

—¿Sabes qué es lo más interesante?

—¿Qué?

—Que dices que necesitas tiempo… pero no paras de insinuarte.

Elira se quedó quieta.

—No me estoy insinuando.

Elira dejó el tenedor sobre el plato y lo observó unos segundos en silencio, como si estuviera ordenando sus pensamientos antes de hablar.

—Tengo que preguntarte algo —dijo finalmente. Mikhail alzó la mirada hacia ella, atento—. ¿Cuándo podré volver al trabajo? Necesito avisar a la jefa de enfermería. No puedo desaparecer sin dar explicaciones.

Él asintió despacio, como si hubiera esperado esa pregunta.

—Mañana podrás ir.

Elira relajó un poco los hombros.

—¿De verdad?

—Sí —continuó él—, pero no irás sola.

Ella resopló inmediatamente.

—Mikhail…

—Casi no los notarás —añadió antes de que terminara de protestar—. Mantendrán las distancias. Solo estarán allí por si algo va mal.

—No quiero vivir rodeada de guardaespaldas.

—No es cuestión de quererlo o no —respondió con calma—. Es tu vida la que está en juego.

Elira apretó los labios.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto?

Él tardó un momento en responder.

—Mientras seas mi esposa, siempre tendrás protección. Intentaremos que no interfiera con tu vida. Con el tiempo dejarás de notarlo.

Ella lo miró fijamente, con intensidad.

—¿Recuerdas quién soy? —Él no respondió—. Soy la hija del capo de la mafia albanesa —continuó—. Sé cuándo alguien me sigue. Sé cuándo me vigilan.

El silencio se tensó entre ellos.

Mikhail inclinó ligeramente la cabeza.

—Eso no me intimida en absoluto —dijo con tranquilidad—. Tu padre me confió lo más valioso que tenía… y siempre me han gustado las mujeres que saben mantenerse firmes.

Ambos se sostuvieron la mirada durante un instante demasiado largo.

Elira fue la primera en apartar los ojos.

Miró el reloj.

—Es tarde —murmuró—. Y si mañana tengo que ir al hospital… debería acostarme ya.

Se levantó, pero él fue más rápido.

Mikhail rodeó la mesa y se acercó hasta detenerse frente a ella.

Elira se quedó completamente quieta y entonces se fijó de verdad en lo alto que era, en la amplitud de sus hombros y en sus ojos claros observándola con una intensidad tranquila, pero imposible de ignorar. El cabello castaño oscuro caía ligeramente sobre su frente, suavizando con sutileza unos rasgos marcados, masculinos y peligrosamente atractivos.

Por primera vez no vio solo al mafioso, sino al hombre que había detrás, y eso la desarmó más de lo que esperaba.

Él habló en voz baja.

—Te prometí que te respetaría. —Su mano se apoyó suavemente sobre su cintura. El contacto fue firme, seguro y caliente—. Pero

espero que no me niegues un beso. —Elira tragó saliva. La mirada de Mikhail descendió sin querer hacia sus labios—. Eres mi esposa —añadió, casi como un recordatorio. Ella se quedó quieta. Mikhail se inclinó lentamente hacia ella hasta rozar y capturar sus labios con los suyos.

El beso comenzó lento, cauteloso, como si ambos estuvieran midiendo el terreno, pero en un determinado momento algo cambió. La intensidad creció poco a poco, el contacto se volvió más profundo, más real, hasta que la respiración de ambos se desordenó ligeramente.

Fue él quien se apartó primero. Resopló, como si luchara consigo mismo.

—Es difícil tenerte delante y no intentar llevarte a la cama —confesó con una honestidad inesperada. Acto seguido, la miró a los ojos—. Desde la primera vez que te vi, pensé que eras hermosa. No me costó aceptar la alianza que tu padre me ofreció —confesó.

Elira lo miró en silencio y dio un paso atrás, sorprendida por sus palabras. Luego, inesperadamente, sonrió con timidez.

—Gracias… por decírmelo. —Tomó su mano, la llevó hacia sus labios y la besó suavemente—. Y gracias por protegerme.

Mikhail no se movió, solo la observó.

Ella soltó su mano lentamente y le sonrió con ternura.

—Buenas noches.

Se giró y caminó hacia el pasillo sin mirar atrás, dejando tras de sí el eco suave de sus pasos y una tensión suspendida en el aire que parecía indicar que aquello apenas estaba comenzando.

La puerta del pasillo se cerró suavemente tras ella.

El silencio volvió al ático como una presencia viva. Mikhail no se movió durante varios segundos.

Su mirada permaneció fija en el lugar donde había desaparecido, como si esperara verla volver en cualquier momento. El calor del beso todavía estaba presente, no solo en sus labios, sino en todo su cuerpo, una tensión contenida que exigía movimiento, acción, algo, lo que fuese.

Resopló despacio y se pasó una mano por la cara.

Había sido un error acercarse tanto y, al mismo tiempo, había sido inevitable.

Caminó lentamente hasta la mesa, tomó la copa de vino y la vació de un trago antes de dejarla con un ruido seco.

El recuerdo de ella mordiéndose el labio, de su respiración acelerándose cuando sus manos habían tocado su cintura, regresó con demasiada claridad.

Cerró los ojos un segundo.

Autocontrol, siempre había sido bueno en eso, pero nunca había tenido que aplicarlo con tanta disciplina como en ese momento.

Se apoyó en el respaldo de la silla, mirando hacia el pasillo.

No era solo deseo, era algo más peligroso.

La forma en que lo desafiaba sin miedo, la forma en que lo miraba como si pudiera atravesar todas las capas que él había construido durante años y la forma en que intentaba mantenerse fuerte incluso cuando estaba asustada lo traían de cabeza.

Había visto mujeres hermosas antes, muchas, pero ninguna que lo hiciera sentir… curioso. Eso era lo que lo descolocaba, la curiosidad. Quería saber cómo reaccionaría cuando dejara de luchar contra él. Quería descubrir cómo sonaría su voz cuando dejara de discutir y empezara a pedir, y eso lo hacía todo más peligroso, porque empezaba a importarle más de lo que había planeado.

Se giró hacia el ventanal, observando la ciudad iluminada.

Su esposa, la palabra todavía resultaba extraña incluso para él, no por rechazo, sino por el peso que implicaba.

Había prometido protegerla y lo haría, pero lo que no esperaba era tener que protegerse también de sí mismo, porque cada vez que ella lo miraba así, con desafío, con curiosidad, con esa mezcla de valentía y nerviosismo, algo dentro de él se tensaba peligrosamente y amenazaba con romper su autocontrol.

Dejó escapar lentamente el aire de sus pulmones, dio un último sorbo a su copa y fue directo a su habitación sin echar la vista a la de ella. Sabía que, incluso para él, era peligroso echar un simple vistazo.



13

La luz blanca del quirófano se apagó finalmente cuando las puertas automáticas se cerraron detrás del último camillero. Elira se quitó los guantes con un gesto rápido, dejando escapar un suspiro largo mientras se desataba la mascarilla y la dejaba caer dentro del contenedor.

—Bueno… —dijo Clara, una de las enfermeras instrumentistas, acomodándose el gorro quirúrgico hacia atrás—. Si todas las operaciones fueran así, firmaba ahora mismo.

—No la gafes —respondió Dani, el residente, levantando las manos—. Sabes que después siempre viene una guardia infernal.

Elira sonrió, apoyándose contra la pared unos segundos.

—Pero ha ido bien —añadió—. Eso es lo importante.

—Ha ido muy bien —confirmó Clara, mirándola—. ¿Ya estás recuperada? Pensábamos que habías desaparecido del mapa.

Elira inclinó la cabeza, manteniendo el tono ligero.

—Gastroenteritis. Nada glamuroso.

—Uf —respondió Dani—. Eso explica el silencio en el grupo de WhatsApp.

Caminaron juntos hacia los vestuarios con el sonido de sus pasos mezclándose con el murmullo constante del hospital. Elira sintió esa sensación familiar de la rutina, de normalidad, como si durante unas horas hubiera podido olvidarse de todo lo demás.

Se cambió rápidamente y salió con ellos hacia la entrada principal. El aire de la tarde era fresco y la calle estaba llena de gente saliendo del trabajo, vehículos pasando y conversaciones cruzándose.

Fue entonces cuando lo notó: la vigilancia, bastante discreta, tal y como él había prometido.

Se percató de un hombre apoyado en una moto al otro lado de la calle que no miraba directamente, pero que estaba atento, de otro caminando despacio con el móvil en la mano… Ninguno demasiado evidente, pero ahí estaban.

Elira suspiró, ya se estaba acostumbrando.

Pero entonces lo vio, ahí estaba. De pie junto al vehículo negro, vestido con traje oscuro impecable, manos relajadas a los lados, completamente fuera de lugar en medio del caos cotidiano del hospital… y al mismo tiempo dominándolo todo con su mera presencia: Mikhail.

Elira se quedó quieta y Clara siguió su mirada.

—Vale… ¿quién es ese? —susurró—. Porque guaaau.

Dani rio ante el comentario de Clara.

—Ese hombre no pasa desapercibido.

Elira lo observó unos segundos más. La forma en que la esperaba, tranquilo, seguro… y sí, peligrosamente atractivo, más de lo que quería admitir.

—Es… —empezó dubitativa—, mi marido.

Hubo un silencio y Clara abrió los ojos de golpe.

—Perdona, ¿qué?

—¿Desde cuándo estás casada? —añadió Dani, incrédulo.

Elira encogió ligeramente los hombros.

—Desde hace tiempo. —No dio más explicaciones—. Bueno… hasta mañana —añadió rápidamente, alejándose antes de que empezaran las preguntas difíciles, dejando a sus dos compañeros de trabajo con la mandíbula desencajada.

Caminó hacia él.

Mikhail la observó acercarse, y algo en su expresión se suavizó cuando sus miradas se encontraron.

Le abrió la puerta del vehículo sin decir nada y ella entró.

Él rodeó el vehículo y ocupó su asiento.

—¿Cómo ha ido tu día? —preguntó, arrancando con suavidad.

Elira se acomodó.

—Bien… sorprendentemente bien. Se siente… normal volver.

Él asintió.

—Me alegro.

Ella lo miró de reojo.

—Aunque no hacía falta que vinieras a buscarme.

Mikhail giró ligeramente hacia ella mientras conducía.

—Claro que hacía falta. —Una breve sonrisa apareció en su rostro—. Eres mi mujer… y no dejo asuntos o personas importantes sin supervisión directa.

Elira lo miró y pestañeó varias veces, sorprendida por su respuesta. Se giró y miró hacia delante, aunque cada pocos segundos lo miraba de reojo. Mikhail era realmente atractivo. ¿Por qué no había sido consciente de ello hasta que sus compañeros de trabajo lo habían mencionado? Era consciente, sí, pero no de la forma en que lo era ahora.

El tráfico avanzaba lento mientras el vehículo se incorporaba a la avenida principal. Elira apoyó la cabeza contra el respaldo, observando las luces de la ciudad pasar frente a la ventanilla.

—De verdad… no hacía falta que vinieras —repitió, aunque esta vez sin tono de reproche.

Mikhail mantuvo una mano relajada sobre el volante.

—Para mí sí hacía falta. Llevas tres días intentando volver a una rutina normal y sabía que hoy iba a ser el primero en el que empezarías a sentir que todo vuelve a encajar. —Elira giró la cabeza hacia él y descubrió una extraña sonrisa en su rostro—. No es complicado —continuó él con calma—. Cuando algo es importante, invierto mi tiempo. Y ahora mismo tú estás en esa categoría.

Ella tragó saliva, desviando la mirada hacia delante.

—Empiezo a sospechar que tienes respuestas preparadas para todo.

—No —dijo él con una sonrisa de soslayo—. Solo intento no decir cosas que después tenga que corregir.

Elira sonrió también.

—Pues hoy mis compañeras van a tener chicha para cotillear durante semanas.

—Lo imaginé cuando vi cómo me miraban.

—Claro que te miraban —respondió ella—. Has aparecido con traje, cara de mafioso atractivo y actitud de… bueno, de todo eso.

Él arqueó ligeramente una ceja.

—¿Mafioso atractivo?

Elira se encogió de hombros fingiendo indiferencia.

—No pongas esa cara, solo repito lo que han dicho.

—Interesante —murmuró él—. Pensaba que preferías ignorar ese detalle.

Ella giró hacia él rápidamente.

—No lo ignoro. —Apretó los labios unos segundos—. Solo intento no pensarlo demasiado.

Mikhail la observó un segundo más de lo necesario antes de volver a posar toda su atención a la carretera.

—Eso explica algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—Que cada vez que me miras parece que estás evaluando si soy un problema o una solución.

Elira se quedó callada porque tenía razón.

—¿Y a qué conclusión has llegado tú? —preguntó finalmente.

Él exhaló despacio.

—Bueno, eres más valiente de lo que aparentas cuando estás tranquila… y más nerviosa de lo que admites cuando no lo estás y, sobre todo, cuando estoy yo cerca.

Ella lo miró con verdadera sorpresa.

—¿Siempre analizas así a la gente?

—Solo cuando me importa entenderla.

Elira sintió que su pulso se aceleraba un poco e intentó cambiar de tema.

—Hoy he notado a tu gente… pero estaban bien escondidos.

—Ese era el objetivo: que pudieras trabajar sin sentirte encerrada.

—Funciona —admitió—. Aunque sigo sabiendo que están ahí.

—Eso no va a cambiar —añadió él con un tono más suave—. No porque dude de tu capacidad, sino porque el mundo que nos rodea no perdona distracciones.

Elira asintió lentamente.

El vehículo se detuvo en un semáforo y él giró la cabeza hacia ella.

La sonrisa que apareció fue breve, pero real, y el efecto en ella fue inmediato. El corazón le dio un pequeño vuelco.

—¿Qué? —preguntó ella, incómoda.

—Nada —respondió él—. Solo estaba pensando que verte salir del hospital con esa expresión tranquila… ha sido una bonita estampa.

El vehículo se detuvo frente al edificio y el portón se abrió automáticamente antes de que llegaran del todo. Elira observó el movimiento con curiosidad, todavía intentando acostumbrarse a esa sensación de anticipación constante que rodeaba a Mikhail.

Cuando entraron en el garaje privado, el silencio volvió a envolverlos.

Mikhail apagó el motor y se giró ligeramente hacia ella.

—¿Te apetece cenar algo más o has comido suficiente en el hospital?

La pregunta fue casual.

—Creo que ya había cena preparada en casa, ¿no?

—Sí —respondió él—, pero después de un día largo prefiero preguntarte antes de asumir nada.

Elira tardó un segundo en reaccionar antes de abrir la puerta.

Subieron juntos en el ascensor privado con aquel silencio cómodo instalándose entre ellos. Ya no era incómodo como al principio.

Cuando las puertas se abrieron en el ático, uno de los hombres que vigilaba dentro asintió discretamente antes de desaparecer hacia la cocina.

Elira dejó el bolso sobre la mesa y se quitó los zapatos con un suspiro de alivio.

—No sabes cuánto agradezco este momento.

Mikhail dejó las llaves y se acercó al mueble bar.

—Ya me hago una idea —respondió—. Los hospitales agotan incluso a quienes están acostumbrados.

Ella levantó la mirada.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque he visto a demasiada gente salir de quirófanos con esa misma expresión —explicó—. No todos llevan heridas visibles.

Elira se quedó quieta un segundo. No esperaba ese tipo de comprensión por su parte. Luego se sentó en el sofá y estiró las piernas, relajándose.

Mikhail apareció con dos vasos de agua y le ofreció uno.

—Hidrátate primero —añadió—. Luego podrás decirme que estoy exagerando.

Ella sonrió mientras aceptaba el vaso de agua.

Elira bebió un trago.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Mikhail la observó un instante.

—Ahora empieza la parte que más me interesa.

—¿Cuál?

—La que ocurre cuando dejamos de actuar para el resto del mundo y solo estamos nosotros.

La frase quedó suspendida en el aire. No fue romántica, pero sí íntima.

Elira sintió cómo algo dentro de ella se removía y lo miró con ternura.

—Eso suena cómodo —asintió y luego suspiró.

—No tengo problemas con la comodidad —respondió él—. Especialmente cuando la comparto contigo.

Elira dejó el vaso sobre la mesa y, sin pensarlo demasiado, alzó los brazos y soltó el recogido que había llevado durante todo el día. El cabello cayó sobre sus hombros con un movimiento suave y cerró los ojos un segundo mientras masajeaba el cuero cabelludo con los dedos.

—Dios… —murmuró—. Esto debería ser ilegal después de tantas horas.

Mikhail la observó. Primero con curiosidad, luego con algo más oscuro.

Su mirada descendió lentamente, siguiendo el movimiento de sus manos entre el cabello, analizando el gesto relajado de su cuello al inclinar la cabeza hacia atrás.

—Yebat'[1]… —murmuró en ruso, muy bajo.

Elira abrió un ojo.

—¿Qué has dicho?

Él exhaló aire lentamente.

—Que dejes de hacer eso.

Ella frunció el ceño.

—Me duele el cuero cabelludo de llevar el pelo recogido todo el día.

Continuó masajeándolo, ignorándolo deliberadamente.

El silencio cambió y se volvió más denso.

Mikhail resopló y apartó la pequeña mesa frente al sofá con la pierna con un movimiento seco y decidido.

Antes de que ella pudiera reaccionar, se arrodilló frente a ella.

Elira apenas tuvo tiempo de inspirar cuando él la besó directamente, sin previo aviso y sin pedir permiso.

El impacto la dejó inmóvil un segundo.

Se separó levemente al principio, sorprendida, pero algo dentro de ella cedió casi de inmediato y su mano subió instintivamente hacia la nuca de él, atrayéndolo de nuevo.

El beso se hizo más profundo y más intenso. Mikhail tenía los labios calientes y su lengua paseaba suavemente sobre sus labios.

El aire entre ellos se volvió caliente y cargado.

Mikhail deslizó una mano hacia su cabello, apartándolo lentamente del cuello, y comenzó a besarle la piel con una precisión que hizo que un suspiro escapara de los labios de Elira que no pudo evitarlo.

El mundo pareció reducirse a ese instante hasta que el sonido del móvil rompió el silencio. Mikhail se quedó quieto y resopló con frustración contenida. Se apartó lentamente, acariciando con su mano el rostro de ella mientras buscaba el teléfono.

Miró la pantalla y chasqueó la lengua. Directamente se puso en pie.

—Tengo que cogerlo —murmuró, aunque parecía más una maldición que una explicación.

Se alejó hacia la ventana y respondió.

—Hudson. —Una sonrisa apareció en su rostro mientras escuchaba—. Sí, sigo vivo —acabó irónico. Elira lo observó desde el sofá, intentando recuperar la respiración—. ¿Ya te has enterado? —continuó él, divertido—. Sí… fue improvisado. No hubo invitaciones. No te ofendas.

La risa baja que soltó le resultó extraña, más relajada, más cercana.

Elira sintió que algo se removía dentro de ella al verlo así.

Luego se levantó lentamente. Sabía que, si se quedaba ahí, iba a acabar mal.

Se giró hacia el pasillo, pero Mikhail la vio de reojo y negó con la cabeza, señalando el sofá con un gesto silencioso.

—Quédate —le susurró con los labios.

Ella negó suavemente y le hizo un gesto gracioso con su rostro mientras iba hacia la puerta.

—Voy a ponerme cómoda —le susurró ella.

Él resopló, mitad frustración mitad resignación, mientras seguía hablando con Hudson.

—Sí… sí… todo está bajo control —continuó, aunque su mirada la siguió hasta que desapareció por el pasillo.

Mikhail seguía apoyado junto a la ventana, con el teléfono pegado al oído mientras escuchaba a Hudson al otro lado de la línea. La ciudad brillaba detrás del cristal y su voz era tranquila, relajada.

—Sí, lo sé… te habrías quejado, aunque hubieses estado invitado —murmuró con una sonrisa—. Fue rápido. No había tiempo para organizar nada. —Hubo una pausa—. No, no estoy arrepentido.

Su mirada se desvió hacia el pasillo justo cuando Elira reapareció. Al verla, se quedó quieto.

Elira llevaba solo su camiseta. La tela le caía amplia sobre el cuerpo, dejando ver las piernas desnudas. Su cabello suelto descendía hasta el pecho en ondas suaves.

El tiempo pareció ralentizarse mientras Hudson seguía hablando.

Mikhail no respondió, simplemente colgó sin despedirse.

El teléfono bajó lentamente de su oído mientras sus ojos seguían fijos en ella.

Elira levantó una ceja.

—¿Qué?

Él desvió la mirada hacia la puerta del ático, hacia donde sabía que la seguridad permanecía discreta pero presente.

Luego volvió a ella.

—No puedes pasearte así por el ático.

Ella frunció el ceño.

—¿Perdona?

—Hay más gente aquí —continuó él con su tono de voz más grave—. No necesitan ver las piernas de mi esposa cada vez que decidas ponerte cómoda.

Elira rio con sorna.

—¿En serio estás celoso de tus propios hombres?

—No son celos —respondió avanzando un paso hacia ella—. Es sentido común. Y respeto.

—Oh, claro —dijo ella con sarcasmo—. Porque mis rodillas son claramente un arma de destrucción masiva.

La mandíbula de Mikhail se tensó, aunque una chispa divertida cruzó sus ojos.

—No bromees con eso. Apareces así y pretendes que nadie reaccione… incluido yo.

Elira se quedó quieta un segundo. La forma en que lo dijo no sonó como una queja, sino como una advertencia honesta.

Ella carraspeó y desvió la mirada.

—Tengo hambre —intentó cambiar de tema.

Mikhail resopló suavemente.

—Yo también, pero no estamos hablando del mismo tipo de hambre.

Elira enarcó una ceja lentamente.

—Vaya, eso ha sido muy sutil.

—He intentado serlo desde que llegaste así vestida —añadió él.

—Vale… recibido, voy a ponerme unos pantalones.

Se giró para marcharse.

—Hazlo —dijo él con voz grave—. Porque lo siguiente que haría sería arrastrarte hasta mi habitación y dejar de comportarme como un caballero… y no creo que eso terminase con ninguno de los dos cenando.

Elira se detuvo apenas un segundo. Luego siguió caminando, aunque una sonrisa involuntaria apareció en sus labios.

Mikhail la observó desaparecer por el pasillo y se obligó a controlar su respiración, como si estuviera intentando recuperar el control.

Elira tardó unos minutos en volver. Cuando apareció en el salón llevaba unos pantalones anchos color ocre que contrastaban con la camisa negra de él, todavía demasiado grande para su cuerpo. El cabello caía suelto hasta el pecho y el movimiento ligero al caminar parecía más relajado, más suyo.

Mikhail levantó la mirada y la recorrió lentamente de arriba abajo.

No dijo nada al principio, pero la tensión de sus hombros disminuyó.

—Mejor —murmuró finalmente.

Elira arqueó una ceja.

—¿Aprobada por el comité de decencia mafiosa?

—Aprobada por alguien que intenta no perder el control antes de cenar —respondió él con calma.

Ella chasqueó la lengua ignorando aquel último comentario y miró hacia la mesa.

La cena ya estaba servida.

—Mmm, huele increíble.

Se sentaron frente a frente y el sonido de los cubiertos comenzó a llenar el espacio.

Durante unos segundos comieron en silencio.

—¿Con quién hablabas antes? —preguntó ella finalmente.

Mikhail levantó la vista.

—Con un amigo de Chicago.

Elira enarcó una ceja lentamente.

—¿Un amigo?

—Sí.

Ella lo observó con exagerada incredulidad.

—¿Tienes amigos?

La burla era evidente.

Mikhail sostuvo su mirada sin molestarse.

—Hudson controla Chicago. Nos conocemos desde hace años. Llamarlo solo socio sería quedarse corto.

Elira asintió lentamente.

—Ah… vale. Otro mafiosillo de tu círculo exclusivo.

—Prefiero llamarlo gente con la que es útil mantener buenas relaciones —comentó antes de llevarse a su boca un trozo de carne —. Tengo negocios con él y una magnífica relación —respondió él mientras cortaba un trozo de carne. —Ella lo observó un segundo y asintió—. Mañana tengo una reunión —explicó—. Es posible que se alargue y que no llegue para cenar.

Elira asintió.

—Entonces volveré sola del hospital.

Él negó con la cabeza inmediatamente.

—No.

—Puedo coger el transporte público.

—Te recogerán en vehículo.

El tono no fue duro, pero tampoco dejó espacio para negociar.

Elira suspiró.

—Sabes que algún día voy a discutir eso.

—Me lo imagino —respondió él con tranquilidad—. Y ese día tendremos una conversación larga, pero mañana no.

Ella pinchó la comida con cierta resignación.

—¿De qué es la reunión?

—De negocios.

—Eso ya lo sé —replicó—. Pero ¿para qué tipo de negocios?

Mikhail tardó unos segundos en responder.

—Italianos. Te lo comenté, el capo italiano quiere conocerme, es por un tema comercial.

Elira alzó las cejas.

—Tienes contactos en todas partes.

Él apoyó el tenedor en el plato.

—En nuestro mundo no sobrevives sin conocer a las personas adecuadas. Las alianzas no se construyen por mera simpatía… se construyen porque alguien sabe que contigo gana más que perdiéndote.

Ella dejó el tenedor sobre la mesa y lo miró fijamente.

—¿Una alianza como la que tienes con mi padre sobre mí?

Elira pinchó un trozo de comida y lo observó mientras hablaba, esperando su respuesta.

Mikhail apoyó los cubiertos un instante antes de responder, como si eligiera las palabras meticulosamente.

—Sí —dijo finalmente—. Justamente ese tipo de alianzas. No implica que sean negativas. Al contrario… cuando funcionan, son más fuertes que cualquier otra cosa. —Su mirada se volvió más seria —. De momento, la alianza con tu padre me parece correcta.

La forma en que lo dijo sonó claramente mafiosa. Evaluación fría y balance de beneficios.

Elira resopló y ladeó la cabeza.

—¿Correcta? ¿Eso soy ahora? ¿Un acuerdo comercial satisfactorio?

Mikhail sostuvo su mirada sin apartarla.

—Cuando empecemos a comportarnos como un matrimonio real… con todo lo que ello conlleva —añadió con calma—, entonces la consideraré la mejor alianza que he tenido nunca. —Hizo una pausa breve—. Dormir juntos sería un buen comienzo.

Elira dejó el tenedor sobre el plato con un pequeño golpe.

—¿Solo piensas en eso?

Él arqueó ligeramente una ceja.

—Cuando mi esposa —remarcó la palabra con intención—, decide pasearse por el ático con mi camiseta, el pelo suelto y esa expresión que parece diseñada para poner a prueba mi paciencia… sí, lo pienso. —Elira abrió la boca y la cerró. Mikhail continuó, con un brillo divertido en los ojos—. Perdona por ser un hombre con necesidades básicas. Intento mantener cierta dignidad, pero no siempre me lo pones fácil.

Ella negó con la cabeza.

—Eres imposible.

—Soy honesto.

—Eso no siempre es una virtud.

—En nuestro mundo, casi siempre lo es —respondió él—. Evita malentendidos.

Elira lo observó unos segundos más, intentando decidir si enfadarse o reírse.

—Bueno, pues aclaremos algo —dijo finalmente—. Llevar tu camiseta no era una provocación.

Mikhail inclinó la cabeza ligeramente.

—Puede que no fuera tu intención. —Se inclinó hacia delante—. Pero el efecto ha sido exactamente ese.

Elira bajó la mirada hacia su plato para romper la tensión.

—Voy a necesitar más comida si vas a seguir hablando así.

Mikhail sonrió.

—Eso sí puedo solucionarlo —dijo mientras cogía un trozo más de carne y se la servía en el plato.

Elira terminó de comer en silencio, consciente de cómo la conversación había cambiado el aire entre ellos. Cada gesto parecía más cargado, cada mirada más larga de lo necesario.

Dejó los cubiertos sobre el plato y exhaló despacio.

—Creo que me voy a dormir… mañana madrugo. —Le sonrió—. Buenas noches, gracias por la cena.

Se levantó antes de que su decisión pudiera tambalearse y caminó hacia el pasillo. Sentía su mirada en la espalda, pesada, cálida e imposible de ignorar.

Estaba a punto de cruzar el umbral cuando su voz la detuvo.

—¿Y mi beso?

Elira se quedó paralizada.

No se giró inmediatamente. El recuerdo del beso anterior volvió de golpe: el calor, la intensidad… algo hizo "clic" dentro de ella, algo que no esperaba sentir tan pronto.

Se volvió lentamente.

Mikhail ya se estaba levantando.

Lo hizo sin prisa, con esa calma peligrosa que parecía llenar el espacio antes de que llegara hasta ella.

—Mikhail… —susurró ella con voz suave y menos segura de lo que pretendía.

Mikhail no respondió. Se detuvo frente a ella y, sin dudar, deslizó una mano hacia su cintura, atrayéndola hacia él con firmeza.

El beso llegó directo, intenso y sin rodeos. No fue lento como el anterior. Fue hambre contenida liberándose.

Sus labios se movieron sobre los de ella con una seguridad que hizo que el aire se volviera denso. Elira sintió el calor de su cuerpo, la presión firme de su mano sujetándola, el contraste entre control y necesidad.

Un sonido escapó de su garganta sin que pudiera evitarlo.

Mikhail dio un paso hacia delante con ella, guiándola hasta que su espalda tocó la pared.

El beso se volvió más profundo, más pasional.

Su mano se deslizó sobre su costado con una caricia firme que hizo que ella se estremeciera. Elira se aferró a él sin pensar, sintiendo cómo algo dentro de ella se rendía lentamente.

Era intenso, abrumador y sorprendentemente increíble.

Cuando sus labios bajaron hacia su cuello, el mundo desapareció durante un segundo.

Elira cerró los ojos, respirando más rápido.

—Dime que no lo quieres —susurró él contra su piel—. Dime que no quieres esto.

Ella tragó saliva sin poder pensar con claridad.

—Sí lo quiero…

La confesión surgió antes de que pudiera detenerla y el efecto fue inmediato.

Mikhail volvió a besarla con más intensidad, acercándola aún más contra su cuerpo, como si hubiera estado esperando exactamente esas palabras.

—Pero… no puedo… necesito tiempo… más tiempo.

La frase rompió el ritmo y Mikhail se detuvo.

Resopló suavemente, apoyando la frente contra la de ella unos segundos mientras recuperaba el control.

Se apartó despacio, aunque claramente le costaba hacerlo.

La miró a los ojos y tragó saliva con un esfuerzo visible.

—Entonces vete ahora mismo —dijo finalmente—, o no voy a poder controlarme más.

Elira asintió lentamente, todavía con la respiración acelerada.

Se giró y caminó hacia su habitación, sintiendo el corazón golpearle contra el pecho con fuerza.

Cuando cerró la puerta tras de sí, se apoyó contra ella unos segundos.

Sabía una cosa con absoluta claridad: no iba a poder resistirse mucho más sin caer en la tentación.



14

La ciudad brillaba bajo la noche con destellos y luces extendiéndose hasta perderse en el horizonte. Kai Chen permanecía de pie frente al ventanal contemplando aquellas vistas.

El silencio en la estancia era tenso.

La puerta se abrió finalmente y dos hombres entraron con pasos cuidadosos, evitando hacer ruido innecesario. Uno de ellos tragó saliva antes de hablar.

—Tenemos información nueva.

Kai Chen no se giró.

—Habla —ordenó.

—La mujer… Elira Bajraktaraj —tartamudeó—. Se ha casado.

El silencio se volvió más pesado.

Kai Chen giró lentamente la cabeza.

—¿Casado?

—Sí. Confirmado por varias fuentes —afirmó el otro hombre que dudó un segundo antes de continuar—. Con Mikhail Petrov.

Por primera vez, algo parecido a una emoción cruzó el rostro de Kai Chen. Sorpresa y luego incredulidad. Finalmente, esbozó una sonrisa peligrosa.

—El líder de la bratva rusa… —murmuró. Dio unos pasos hacia ellos—. Eso es… interesante. —Caminó despacio hacia el centro de la habitación, con las manos detrás de la espalda—. Entonces la hija

del albanés ha decidido elevar su posición en el mundo. —Nadie respondió—. ¿Cuánto tiempo hace?

—Unos pocos días.

Kai Chen sonrió con tono burlón.

—Improvisado… típico de ellos.

Se detuvo frente a sus hombres, pensativo. Se giró y miró la ciudad de nuevo, inspirando hondo.

—Matarla ya no es una opción. —Ambos asintieron rápidamente —. No queremos una guerra abierta con los rusos —continuó—. Conozco mis límites. —Sus ojos se entornaron ligeramente—. Pero una visita de cortesía… eso es otra cosa. —La ironía en su voz era evidente—. Quiero que la traigáis.

Los hombres intercambiaron una mirada rápida.

—¿Secuestrarla?

Kai Chen negó despacio.

—Invitarla —corrigió con suavidad—. Amablemente. —Una sonrisa oscura apareció en su rostro—. Aunque si la invitación necesita insistencia, podéis utilizar métodos persuasivos. Sin hacerle ningún daño, claro. —Se inclinó hacia delante—. La bratva no debe enterarse. —Su voz se volvió más fría—. La seguís. Observáis su rutina y esperáis el momento adecuado. —Se enderezó.

—Trabaja en el hospital —indicó uno de los hombres.

—Hacedlo cuanto antes. No quiero retrasar esto. Cuando la tengáis, avisaremos a su padre. —Un brillo cruel apareció en sus ojos—. Besnik vendrá. Y cuando venga, terminaremos lo que él empezó.

Uno de los dos hombres asintió con rapidez.

—¿Y si los rusos descubren algo?

Kai Chen sonrió.

—Entonces diremos que solo queríamos conocer a la esposa del hombre más peligroso de Moscú. Una reunión educada nunca hace daño a nadie. —La ironía casi podía palparse—. Traédmela —añadió finalmente—. Incluso si viene contra su voluntad… pero intacta. —Se giró de nuevo hacia el ventanal—. No queremos problemas innecesarios… No todavía.

Dicho esto, Kai Chen sonrió como si hubiera perdido la cordura.



15

Barcelona respiraba diferente en los barrios donde el dinero no hacía ruido porque no lo necesitaba. Pedralbes permanecía en silencio bajo el atardecer, con sus avenidas amplias, jardines perfectamente cuidados y casas que no buscaban atención porque sabían que ya la tenían. Allí se encontraba la residencia de Alessandro Bonanno, una villa moderna oculta tras muros claros y cámaras discretas que observaban cada movimiento sin resultar invasivas, como si la seguridad fuese parte natural del paisaje.

El vehículo se detuvo frente a la entrada principal y los hombres de Mikhail descendieron primero, revisando el entorno con rapidez profesional antes de que él saliera. El aire olía a jazmín. Alessandro había elegido bien el lugar, lejos del ruido de los turistas, lejos de miradas curiosas, lo suficientemente exclusivo como para que nadie preguntara qué ocurría dentro.

La puerta se abrió antes de que tocaran al timbre. Alessandro Bonanno apareció con una amplia sonrisa, traje oscuro impecable, cabello negro perfectamente peinado hacia atrás y esa mezcla de elegancia italiana y peligro intrínseco que solo algunos hombres sabían llevar.

—Mikhail Petrov —dijo extendiendo la mano—. Un placer conocerte por fin en persona después de tantos años haciendo negocios.

Mikhail le estrechó la mano con fuerza y cordialidad comedidas.

—El placer es mutuo.

Entraron directamente al despacho. Era amplio, con paredes revestidas en madera oscura, una biblioteca llena de libros que probablemente nadie leía y una mesa baja con bandejas de cristal donde descansaban varias líneas perfectamente alineadas de cocaína.

Alessandro señaló con naturalidad.

—¿Te apetece?

Mikhail negó suavemente con la cabeza.

—No.

El italiano sonrió abiertamente.

—Tenía que intentarlo. —Se acercó al carrito de las bebidas—. ¿Whisky?

—Sí.

Sirvió dos copas y se acomodaron frente a frente, como dos depredadores evaluándose sin prisa.

La mafia italiana llevaba muchos años instalada en Barcelona. Eran los mayores proveedores de droga de la ciudad y también movían ingentes cantidades a distintas partes del país. Alessandro miraba a Mikhail con sus ojos marrón verdoso, sin disimular el honor que sentía al tenerlo allí delante, sentado en su butaca de cuero del despacho.

Dio un sorbo a su whisky y, solo entonces, Mikhail también lo hizo.

—Barcelona está cambiando —comentó Alessandro tras un primer sorbo—. La demanda sigue creciendo, especialmente entre turistas y jóvenes empresarios, pero introducir mercancía cada vez es más complicado. La policía está más organizada, más coordinada.

Mikhail escuchaba sin interrumpir y asintió comprendiendo la situación. Él también sentía últimamente esa presión.

—¿Cómo lo hacéis ahora?

El italiano se recostó ligeramente.

—Diversificamos. Contenedores legales, algunas rutas marítimas, mensajeros que ni siquiera saben lo que transportan… y luego están los grupos aficionados —sonrió con cierta burla—. Nos fastidian un poco los chicos que ven series y creen que pueden convertirse en

narcotraficantes en dos meses. Duran poco. —No necesitó explicar más—. Se eliminan rápido —añadió con tono casual.

Mikhail asintió.

—Alekséi me comentó que vuestro último cargamento de armas fue hace un año —dijo antes de dar otro sorbo a la copa.

—Exacto —respondió Alessandro inclinándose hacia delante—. Y queremos algo nuevo. No quería dejar pasar la oportunidad de conocer en persona al líder de la bratva y, de paso, hacer negocios contigo personalmente. ¿Qué puedes ofrecerme?

La conversación cambió de ritmo de repente.

Mikhail comenzó a explicar con precisión qué podía ofrecer: armamento más moderno, sistemas compactos y discretos que se movían mejor en entornos urbanos o material que no llamara demasiado la atención, pero que resultara devastador cuando fuera necesario. Alessandro escuchó con interés genuino y asentía mientras hacía preguntas concretas, demostrando que entendía perfectamente lo que compraba.

—Mitad ahora y mitad a la entrega —añadió Mikhail finalmente —. El envío llegará dividido en tres rutas distintas.

El italiano sonrió.

—Como siempre, impecable.

Mikhail enarcó una ceja mientras se recostaba en la butaca.

—¿Hay trato?

Alessandro asintió, cogió su ordenador y directamente pagó la mitad de la transacción económica que le había pedido, luego apagó su portátil y lo cerró. Mikhail tomó su móvil, entró a la cuenta bancaria y observó cómo esta crecía con el ingreso del italiano.

—¿Cuánto tardará el cargamento?

—Como siempre, hay que esperar para cuadrar las rutas. No más de quince días —remarcó el ruso.

Alessandro levantó la copa como si brindase por ello y luego se quedó mirándolo. Mikhail imponía, no se habían equivocado los hombres que lo describían como un hombre elegante, con buena presencia e incluso un aire aterrador. Tenía una mirada fija que intimidaba.

—Felicidades, por cierto —comentó Alessandro—. He oído que te has casado. —Mikhail sostuvo su mirada y asintió—. Las noticias vuelan —continuó Alessandro—. La hija del capo albanés… interesante alianza.

Mikhail dejó la copa sobre la mesa.

—¿Has escuchado algo sobre la mafia china?

Alessandro soltó una carcajada.

—Pensaba que tú, tu hermano y Besnik ya os habíais encargado de ellos… el ático, el Dragón Rojo…

Mikhail no sonrió.

—Hace dos semanas intentaron matarnos en el bar de Besnik. Iban a por mi esposa.

La expresión del italiano cambió de inmediato, mostrando seriedad auténtica.

—Eso… no lo sabía. Desde luego, sea quien sea tiene que estar loco para atacar a tu esposa. —Se inclinó hacia delante—. Tienes mi ayuda para lo que necesites. —Hizo una pausa breve, pensativo—. Lo único que hemos notado es más movimiento chino esta última semana. No son rumores… es presencia real. Mis hombres los han visto más en el Raval, en algunos restaurantes cerca de *Arc de Triomf*, clubs privados en *Poblenou*… incluso en ciertos locales que usan como tapadera, prostíbulos discretos donde suelen reunirse.

Mikhail permaneció en silencio unos segundos.

—Entonces hay una nueva cabeza.

Alessandro asintió lentamente.

—Eso parece.

—Y ese alguien ha decidido ir contra mi esposa —acabó con un tono tirante.

El silencio se tensó.

—Hablaré con mis hombres —dijo Alessandro finalmente—. Se mueven por restaurantes, discotecas… y por donde más hablan cuando creen que nadie escucha. Seguro que encontramos algo. —Alessandro permaneció unos segundos pensativo, girando lentamente la copa entre sus dedos mientras analizaba la información—. ¿Tienes alguna idea de quién podría estar detrás? —

preguntó finalmente—. La tríada no suele moverse sin una cabeza clara.

Mikhail negó.

—Mi hermano desarticuló dos de sus prostíbulos hace meses —respondió con calma—. Lugares donde lavaban dinero y reclutaban a gente. Quiero saber si queda alguno operativo.

Alessandro arqueó ligeramente una ceja.

—Yo personalmente no suelo frecuentar esos sitios —admitió con una sonrisa—. Como mucho, alguna copa en un bar de *striptease* cuando necesito desconectar, pero nada más. —Se encogió de hombros—. Aunque puedo preguntar. Mis hombres sí se mueven por ahí.

Mikhail sostuvo su mirada.

—Hazlo.

Alessandro sonrió.

—Por supuesto.

—Todo lo que averigües, me lo dirás directamente —continuó Mikhail con la voz tranquila, pero firme—. A cambio tendrás condiciones preferentes en futuros cargamentos, descuentos, prioridades de envío… incluso algún regalo si la información resulta útil.

El italiano dejó escapar una risa.

—Negocios al estilo ruso… me gusta.

—Mis hombres están investigando —añadió Mikhail—. Los de Besnik también. Pero encontrar algo es difícil si no estás profundamente dentro de esos círculos.

Alessandro asintió.

—Ahí podemos ayudar. Gracias a la distribución de droga, mis chicos escuchan muchas cosas que otros no oyen. Cocinas de restaurantes, reservados de discotecas, mesas privadas… la gente habla demasiado cuando cree que está segura.

—Eso necesito.

El italiano apoyó los codos sobre las rodillas.

—Si hay una nueva cabeza china, tarde o temprano dejará huella. Nadie reorganiza una estructura así sin hacer ruido.

Mikhail asintió lentamente.

—Y cuando sepamos quién es… dejará de respirar —comentó con voz fría.

Alessandro levantó la copa en señal de aprobación.

—Me gusta tu forma de pensar.

Finalmente, Mikhail se puso en pie dando la visita por acabada.

—El whisky es muy bueno —comentó con un leve asentimiento —. Pero tengo otras obligaciones.

Miró el reloj. Las siete y media. Con suerte, llegaría al hospital a tiempo para recogerla él mismo.

Alessandro se levantó también.

—Encantado de conocerte por fin en persona.

—Igualmente.

Se estrecharon la mano, un apretón breve, firme y sin teatralidad.

Mikhail abandonó la casa acompañado por sus hombres y se subió al vehículo sin mirar atrás. La puerta se cerró con un sonido seco. El vehículo arrancó y se incorporó al denso tráfico de la ciudad.

Durante unos segundos permaneció en silencio, observando las luces pasar al otro lado del cristal. Esa sensación volvió, sutil e instintiva. Algo no encajaba.

Giró ligeramente la cabeza hacia Sergei.

—¿Llegaremos a tiempo al hospital?

Sergei miró el tráfico delante de ellos.

—Difícil saberlo. Hay bastante movimiento, pero tomaré un desvío. De todos modos, la escolta ya está allí esperándola.

Mikhail asintió, aunque la incomodidad persistía.

El vehículo se deslizó entre las calles de Barcelona. Las luces se reflejaban sobre el asfalto húmedo mientras la ciudad comenzaba a transformarse con la llegada de la noche. La reunión había ido bien, los acuerdos estaban cerrados y los negocios seguían su curso como siempre.

Ahora, su esposa lo esperaba con asuntos pendientes que no se resolvían con balas ni contratos… y eso lo inquietaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Elira salió del hospital con el cuerpo cansado, pero la mente extrañamente ligera. El turno había sido largo e intenso. Volver al quirófano después de días alejada le había devuelto algo que había creído perder: la normalidad.

A su lado caminaban Clara y Dani, todavía comentando detalles de la operación mientras cruzaban la salida principal hacia la calle.

—Te lo digo en serio —decía Clara mientras se ajustaba la mochila—, esa sutura ha quedado perfecta. El cirujano estaba encantado contigo.

Elira sonrió.

—No exageres.

—No exagera —intervino Dani—. Aunque debo admitir que desapareces unos días diciendo que tienes gastroenteritis y vuelves casada… eso sí que es sospechoso.

Elira entornó los ojos.

—No empecéis otra vez.

—Es que todavía no lo superamos —rio Clara—. ¿Desde cuándo estás casada y no dices nada?

—Hace… un tiempo —respondió ella, evitando detalles mientras avanzaban hacia la acera.

El tráfico pasaba lento frente a ellos. Luces encendiéndose, gente saliendo del metro, el ruido habitual de la ciudad sumiéndose en la noche.

Entonces, un vehículo negro se detuvo frente a ellos con demasiada precisión.

La ventanilla trasera bajó lentamente y un hombre inclinó la cabeza con respeto contenido.

—Señora Petrova. —Elira frunció el ceño—. Venimos a recogerla de parte del señor Mikhail.

Clara dio un chillido, sorprendida.

—Vale… espera… —miró a Elira—, ¿tu marido es millonario o algo así? ¿Ahora te manda chófer privado? —Dani soltó una carcajada—. Eso explica muchas cosas. Yo también quiero un marido así.

Elira dudó un segundo.

El vehículo era discreto. El tono del hombre correcto. Nada fuera de lugar, salvo una extraña sensación difícil de explicar.

—Qué nivel —añadió Clara—. Nosotros en metro y tú con limusina.

Elira suspiró, medio divertida y medio incómoda.

—No es una limusina… —Señaló el vehículo.

—Pues casi —bromeó Dani—. Cuando quieras nos presentas al marido misterioso.

El hombre abrió la puerta trasera con gesto profesional.

—El señor Petrov nos ha pedido que la recojamos directamente.

Elira miró el interior del vehículo oscuro y silencioso.

Hubo una fracción de segundo en la que algo dentro de ella dudó. Aquel vehículo no lo había visto antes, pero sus compañeros seguían riendo, la escena parecía normal, incluso absurda.

—Bueno… hasta mañana —dijo finalmente.

—Hasta mañana, señora rica —añadió Clara riendo.

Elira negó con la cabeza mientras se acercaba al vehículo. Se subió y se acomodó en el asiento trasero. La puerta se cerró y el vehículo arrancó casi de inmediato, integrándose en el tráfico con naturalidad, como si aquella escena fuera parte de una rutina perfectamente ensayada.

Durante los primeros segundos no dijo nada, simplemente observó.

El interior olía ligeramente a cuero nuevo y a algo más… un perfume masculino demasiado neutro, casi clínico. No reconocía a ninguno de los hombres. Eso, por sí solo, no significaba nada. Mikhail tenía más gente de la que ella podía recordar.

Pero hubo algo sutil, un detalle que no encajaba.

Miró al conductor y luego al acompañante. No llevaban auricular visible.

Su escolta siempre llevaba comunicación. Siempre.

La sensación se instaló en su pecho sin convertirse aún en alarma.

Decidió probar.

—No sabía que vendríais hoy —comentó con naturalidad, cruzando las piernas con aparente calma.

El hombre del asiento delantero respondió sin girarse.

—El señor Petrov cambió los planes.

Respuesta correcta, demasiado correcta.

Elira apoyó la espalda contra el asiento mientras observaba la ciudad pasar a través de la ventanilla. El vehículo tomó un desvío que no esperaba. Eso sí era diferente.

No reaccionó, no todavía.

Su mente comenzó a trabajar automáticamente, igual que en quirófano cuando algo no iba según lo previsto.

Tres hombres. Uno conduciendo, el otro de copiloto y otro a su lado, ligeramente inclinado hacia ella. Ninguno con arma visible, pero la tensión corporal delataba entrenamiento.

Respiración irregular del acompañante, el más nervioso, el más débil. Guardó el dato.

—¿Cuánto falta? —preguntó con tono neutro.

—Poco.

Mentira, el vehículo acababa de alejarse del camino habitual hacia el ático.

La confirmación llegó silenciosa.

Aquel vehículo no era de Mikhail y, aun así, Elira no gritó, no se movió, solo sonrió levemente, como si acabara de comprender algo divertido.

—Si queréis que coopere —dijo con calma—, al menos podríais decirme quién paga la invitación.

El hombre a su lado giró la cabeza lentamente hacia ella.

El aire dentro del vehículo cambió, pero ella ya había tomado una decisión.

Ganar tiempo, observar y esperar el momento adecuado.

Elira mantuvo la espalda apoyada contra el asiento mientras el vehículo avanzaba hacia la entrada del túnel. La luz artificial comenzó a filtrarse a través de las ventanillas, creando sombras intermitentes sobre los rostros de los hombres.

—Bien —dijo finalmente con voz tranquila—. ¿Quiénes sois?

Nadie respondió, aunque el hombre sentado a su lado evitó mirarla directamente.

—No vamos a hacerle daño —dijo el del asiento delantero, demasiado rápido—. Solo es una visita de cortesía.

Elira dejó escapar una risa sin un atisbo de humor.

—Una visita de cortesía no empieza con mentiras y puertas bloqueadas —corrigió suavemente—. Esto es un secuestro.

El hombre más nervioso tragó saliva.

—Insisto —continuó ella cruzando las piernas con calma deliberada—. ¿Quién está detrás de esto?

Hubo unas miradas rápidas entre ellos. Aquellos hombres eran unos aficionados.

Finalmente, el conductor habló.

—Kai Chen quiere hablar con usted.

El nombre quedó suspendido en el aire y Elira frunció ligeramente el ceño.

—¿Quién es Kai Chen? —Nadie respondió. El silencio confirmó más que cualquier palabra. Ella inclinó la cabeza—. ¿Tiene que ver con la tríada china?

El hombre a su lado se removió incómodo, demasiado. Ahí estaba la respuesta.

—Señora Petrova… —murmuró él finalmente—, nosotros solo hemos venido a buscarla.

Su voz temblaba. Grave error.

Elira lo observó unos segundos, evaluándolo como si fuera un paciente en quirófano.

—Entonces ya podéis empezar a temblar —dijo con voz fría—. Porque no tenéis ni idea de lo que habéis hecho. —El vehículo siguió avanzando con el eco del túnel envolviéndolos—. Lo mejor que podéis hacer ahora mismo —añadió con calma—, es dar media vuelta y dejarme exactamente donde me habéis encontrado.

—No podemos —respondió el conductor con preocupación evidente—. Si no cumplimos… Kai Chen nos matará.

Elira sonrió.

—¿De verdad creéis que mi marido no lo hará?

El silencio que siguió fue pesado, muy pesado.

El hombre a su lado dejó escapar un suspiro tembloroso.

Elira volvió la mirada a la ventanilla justo cuando las luces de un vehículo aparecieron detrás de ellos demasiado cerca y demasiado rápido.

Por primera vez desde que subió al vehículo, una sonrisa traviesa asomó en sus labios.



16

El vehículo de Mikhail se detuvo a unos metros de la salida del hospital, integrado entre otros vehículos como uno más dentro del tráfico del atardecer. Las luces del edificio se reflejaban sobre el capó oscuro mientras él observaba la puerta principal sin mover un músculo.

No parecía impaciente, solo atento.

Sergei conducía en silencio, con manos firmes sobre el volante.

—Está a punto de salir —comentó uno de los hombres por el auricular.

Mikhail asintió.

No apartó la mirada cuando la vio aparecer.

Cabello suelto, paso cansado. Dos compañeros caminaban con ella mientras reían por algo que él no podía escuchar.

Algo dentro de su pecho se relajó.

Entonces, un vehículo negro se detuvo frente a ella.

Mikhail frunció el ceño y se puso erguido. No era el suyo.

La escolta oficial estaba estacionada más atrás.

El tiempo pareció ralentizarse. Observó cómo el conductor bajaba la ventanilla, cómo uno de los hombres abría la puerta y cómo ella dudaba solo un segundo.

Sus compañeros bromeaban y ella finalmente entraba.

El aire dentro del vehículo de Mikhail cambió.

—Ese no es nuestro vehículo —dijo Sergei antes incluso de que él hablara—. ¿Puede ser de un amigo?

Mikhail no respondió.

Sus ojos claros permanecieron fijos en el vehículo mientras este arrancaba.

—Seguidlo —ordenó sin elevar la voz. El vehículo arrancó inmediatamente—. Equipo dos, mantened distancia visual —añadió por el comunicador—. Sin alertarlos.

El tráfico absorbió al vehículo secuestrador durante unos segundos, pero Sergei tomó un desvío con agresividad, adelantando por un carril lateral con precisión milimétrica.

No hubo sirenas, no hubo gritos, solo velocidad controlada.

—¿Confirmamos extracción? —preguntó uno de los hombres.

—Aún no —respondió Mikhail.

Observaba y analizaba esperando el momento oportuno.

El motor rugía bajo el control firme de Sergei mientras el vehículo avanzaba entre el tráfico, reduciendo distancia poco a poco sin llamar la atención. Mikhail permanecía inmóvil en el asiento trasero, con la mirada fija en el vehículo que se alejaba delante de ellos.

No sentía prisa, la prisa era un error, la prisa hacía fallar disparos, hacía cometer errores, aunque algo dentro de su pecho se había tensado como un cable demasiado estirado. Habían tocado lo único que no debían tocar.

Repasó cada detalle sin apartar la mirada del vehículo.

El modelo, la velocidad, la forma de conducir… no eran variables improvisadas, sabían lo que hacían y eso significaba planificación e intención, significaba que alguien había decidido cruzar una línea que llevaba años intacta.

Su mente descartó opciones con rapidez quirúrgica.

No era un robo, no era un error, no era un mensaje menor. Era personal. Y lo personal… se pagaba caro.

Recordó la forma en que ella había dudado un segundo antes de subir al vehículo. Ese instante le atravesó como un puñal. Había confiado, había bajado la guardia porque él la había acostumbrado a

sentirse segura. Una parte fría de su mente registró el fallo, no el suyo, sino el del mundo por atreverse a secuestrarla.

Sus dedos se cerraron lentamente sobre la rodilla por la tensión contenida que apenas se percibía desde fuera.

—Distancia reducida —murmuró Sergei.

Mikhail no respondió, simplemente observaba y esperaba mientras calculaba ángulos, salidas y posibles emboscadas.

Si eran los chinos, no buscarían un enfrentamiento abierto. Querrían tiempo y eso era un grave error. No iba a llegar a ese punto.

Una imagen cruzó su mente sin permiso: ella riendo en el ático, discutiendo con él, sus ojos verde oliva desafiantes cuando se negaba a obedecer.

La apartó inmediatamente, las emociones lo distraían.

No estaba enfadado, no todavía. Lo que sentía era peor, algo silencioso y letal: una certeza fría de que nadie que estuviera dentro de ese vehículo iba a salir ileso.

—Entrarán en el túnel —anunció Sergei.

Perfecto, espacio cerrado sin civiles cerca. Un lugar controlable.

Mikhail inclinó la cabeza.

—Cuando crucen… cerramos.

Su voz no cambió, no subió ni tembló, pero dentro de él algo ya había decidido cómo terminaría aquello.

Habían tocado a su esposa y eso significaba que alguien acababa de firmar su sentencia de muerte sin saberlo.

Las luces del túnel comenzaron a desfilar sobre el parabrisas como pulsos blancos y amarillos, creando un ritmo hipnótico dentro del vehículo. El sonido del motor se amplificó en el espacio cerrado, cada aceleración resonaba contra el hormigón como un latido demasiado fuerte.

Elira observaba en silencio. No parecía nerviosa, pero cada músculo estaba alerta. Sus ojos se movían sin pausa: retrovisor, manos del conductor, la respiración del hombre a su lado y la velocidad.

Entonces fue consciente, una luz demasiado cerca y demasiado firme.

El vehículo detrás de ellos apareció en el espejo retrovisor durante un segundo y supo que era él: no por el vehículo, no por la distancia, sino por la forma en que se acercaba, directo, sin dudas y sin miedo.

Los secuestradores tardaron más en darse cuenta.

—Nos siguen —dijo finalmente el acompañante delantero, girando ligeramente la cabeza.

—Ignóralo —respondió el conductor con tensión.

Elira apoyó la cabeza contra el asiento, fingiendo relajación mientras una pequeña sonrisa tiraba de la comisura de sus labios.

No dijo nada, no avisó, solo esperó.

El vehículo ruso aceleró y se movió hacia un lateral, luego desapareció del espejo.

Un segundo, dos… el silencio dentro del vehículo se volvió pesado y entonces ocurrió.

El vehículo apareció delante de ellos como una sombra negra atravesando el carril.

Frenó bruscamente.

El conductor maldijo y pisó el freno con fuerza, los cinturones se tensaron contra sus cuerpos mientras el vehículo se detenía a pocos metros y Elira sintió que todo el aire de sus pulmones se escapaba.

Todo ocurrió rápido después, demasiado rápido.

La puerta del vehículo que los había interceptado se abrió.

Mikhail salió. No corrió, solo caminó, lento y seguro, como si el mundo entero se hubiera detenido para esperarle.

Elira sintió cómo algo en su pecho se relajaba al verlo.

Los secuestradores reaccionaron tarde. Uno intentó girarse hacia ella, otro buscó algo bajo la chaqueta.

El primer disparo resonó dentro del túnel como un trueno, preciso y seco. El conductor cayó hacia delante. El segundo hombre apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que otro disparo lo abatiera. Un tercer disparo dejó malherido al tercer hombre.

El eco llenó el espacio.

Elira no gritó ni se encogió mientras Mikhail rodeaba el vehículo con toda la calma del mundo, dominando totalmente el espacio. Miró directamente hacia la puerta, la abrió y ella apareció allí sentada.

Sus ojos claros evaluaron cada centímetro de su cuerpo en una fracción de segundo, confirmando que estaba viva. La tensión en sus hombros disminuyó y extendió la mano.

—Sal —ordenó.

Elira no dudó. Tomó su mano sin teatralidad, usando su apoyo solo el tiempo necesario para salir del vehículo. El aire del túnel golpeó su rostro con olor a gasolina y pólvora mientras el eco de los disparos aún vibraba en las paredes.

Sus pies tocaron el asfalto.

Se movió inmediatamente hacia su lado, instintivamente, posicionándose detrás de él, pero no escondiéndose, sino observando y evaluando.

Uno de los hombres dentro del vehículo aún respiraba, malherido.

Intentó moverse y Elira lo vio antes que nadie.

—Ese sigue vivo —dijo con calma, señalándolo.

La voz firme y sin temblor llamó la atención de Mikhail que giró apenas la cabeza hacia ella un segundo, solo uno, suficiente para ver que no había pánico en sus ojos ni lágrimas, solo alerta y comprensión. Aquello le sorprendió.

Uno de sus hombres avanzó para rematar al hombre malherido, pero Mikhail levantó ligeramente la mano.

—No. —La orden fue tajante—. Lo quiero vivo.

El hombre fue reducido rápidamente mientras gemía entre dientes.

Elira observó en silencio y luego se giró hacia él.

—No parecían muy convencidos de su plan. —Mikhail volvió a mirarla, esta vez más despacio y más atento, como si la estuviera viendo por primera vez—. Has tardado —añadió ella finalmente, alzando una ceja.

La frase fue ligera, pero debajo había algo más, una firme confianza.

Algo dentro de él se tensó y se acercó un paso más, quedando demasiado cerca de ella.

Su mano subió sin que pareciera ser consciente y rozó su mandíbula, un gesto breve, casi técnico, como comprobando que era real, que estaba ahí, entera.

Luego volvió a apartarse como si nada hubiera pasado.

—Revisad el vehículo —ordenó sin apartar la mirada de ella.

Sus hombres se movieron inmediatamente.

El túnel volvió a llenarse de actividad controlada, pero Mikhail permaneció delante de ella, siempre entre ella y cualquier posible peligro.

—Han cruzado una línea que no sabían que existía —murmuró finalmente.

No parecía enfadado, y eso era lo realmente peligroso.

El ruido a su alrededor comenzó a disiparse poco a poco mientras los hombres de Mikhail aseguraban la zona con eficiencia silenciosa: voces bajas por los comunicadores, pasos firmes sobre el asfalto, el eco de la actividad llenando el espacio sin romper realmente el silencio que había quedado entre ellos dos.

Elira seguía frente a él, demasiado cerca.

Lo observó, no como lo hacían los demás, no como se observa a alguien peligroso, sino como alguien que intentaba entender algo que no encajaba.

Mikhail parecía exactamente igual que siempre. Rostro impasible, mandíbula firme, mirada fría, pero entonces lo vio, un detalle mínimo. Su mano, la que acababa de tocar su rostro, no estaba completamente quieta. No era un temblor evidente, no era debilidad… era tensión contenida, como si hubiera sostenido algo demasiado fuerte y aún no lo hubiera soltado del todo.

Elira tragó saliva sin darse cuenta. Aquello no era miedo, era otra cosa, porque comprendió algo que nadie más habría visto: él había llegado demasiado rápido, había disparado sin avisar y ahora estaba demasiado cerca, no por estrategia, sino por necesidad.

Mikhail dio una orden más sin mirarla.

—Sergei, el vivo, lo quiero aquí.

Su voz volvió a ser la de siempre, con un control absoluto, pero su cuerpo no se apartaba de ella. Una barrera invisible existía entre ella y el mundo.

Elira sintió que su respiración se aceleraba ligeramente. No era por la adrenalina, sino por él, porque por primera vez desde que todo había empezado, algo dentro de ella cedió un poco y entendió que aquello ya no era solo protección, era algo personal, muy personal.

Los hombres se movían alrededor del vehículo con eficiencia mecánica, revisándolo todo, asegurando armas y controlando accesos.

El hombre capturado gimió cuando lo arrastraron fuera del vehículo.

Mikhail no lo miró, todavía no, su atención seguía puesta en ella. Luego su expresión cambió, convirtiéndose en acero.

Se giró hacia el prisionero.

—Arrodilladlo.

Dos hombres lo obligaron a hincar las rodillas sobre el asfalto.

El secuestrador respiraba con dificultad y la sangre oscura manchaba su camisa.

Mikhail caminó sin prisa y se detuvo frente a él. Lo observó en silencio.

—¿Quién dio la orden?

El hombre dudó, lo cual fue una mala decisión.

Mikhail inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado.

—No repito preguntas.

—K… Kai Chen —escupió finalmente.

Mikhail asintió memorizando ese nombre. Estaba claro que pertenecía a la tríada china.

Sacó el arma sin apuntar todavía, solo sosteniéndola.

—Escucha con atención —dijo en voz baja—. Vas a volver con vida y vas a decirle exactamente lo siguiente. —Se inclinó un poco hacia delante, demasiado cerca y demasiado tranquilo—. Tocar a mi esposa ha sido el último error que cometerá. —El hombre tembló. Mikhail hizo una pausa breve—. Y que si vuelve a pronunciar su nombre… no quedará nadie para enterrarlo.

Guardó el arma y se giró, como si ya no importara.

Ese gesto fue más aterrador que cualquier disparo.

Volvió hacia Elira y su mano se apoyó en la parte baja de su espalda, guiándola hacia el vehículo.

—Vamos.

El interior del vehículo se cerró alrededor de ellos con un silencio pesado que contrastaba con el caos que acababan de dejar atrás. Sergei arrancó de inmediato. Elira permaneció quieta durante unos segundos, observando cómo el túnel desaparecía lentamente por la ventanilla mientras Sergei retomaba la conducción con precisión impecable. Nadie habló inmediatamente. El ruido del motor llenó el espacio, constante, casi hipnótico, y fue entonces cuando la adrenalina comenzó a disiparse lo suficiente como para dejar paso a otra cosa.

Miró a Mikhail, no al líder de la bratva, no al hombre que había conocido en el ático, sino

al que acababa de salir del vehículo sin prisa, disparando sin dudar, sin levantar la voz, sin necesidad de demostrar nada porque todo en él ya era suficiente prueba.

Había sido rápido, letal y preciso. Lo que más la había impactado era que había estado completamente segura de que llegaría a tiempo.

El recuerdo del momento en que abrió la puerta volvió a su mente con una claridad incómoda. No había preguntado si estaba bien. No había mostrado alivio de forma evidente. Solo la había mirado… y había sabido.

Eso era lo que la había desarmado.

Apoyó la cabeza contra el respaldo, soltando lentamente el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta. Su pulso seguía acelerado, pero no por el secuestro. Era la sensación de haber visto algo que hasta ahora solo había intuido: el verdadero alcance de lo que significaba estar con él, la violencia contenida bajo su calma, la forma en que el mundo parecía reorganizarse alrededor de su voluntad cuando decidía actuar.

Notó entonces que su mano seguía en su espalda, firme y cálida, como si todavía necesitara asegurarse de que estaba allí. No la

apartó. Tampoco él.

—Sabía que vendrías —dijo finalmente, rompiendo el silencio sin mirarlo directamente.

Mikhail giró la cabeza hacia ella. Sus ojos claros la recorrieron una vez más, evaluando detalles invisibles para otros: respiración estable, ausencia de heridas y mirada alerta.

—Llegar tarde no era una opción —respondió en voz baja.

La frase quedó suspendida entre ellos con un peso extraño. Elira tragó saliva, consciente de cómo algo dentro de su pecho se movía de forma distinta, más peligrosa que cualquier amenaza exterior. Había sentido miedo antes, pero nunca había sentido esa certeza absoluta de que alguien sería capaz de incendiar el mundo entero si era necesario.

Se giró hacia él lentamente, observando su perfil, la línea firme de su mandíbula, la calma aparente que escondía algo más oscuro.

—Estaban convencidos de que podían negociar contigo usando mi nombre —murmuró ella con una leve sonrisa—. No parecían entender con quién estaban jugando.

Una exhalación casi imperceptible escapó de él, algo cercano a una risa seca.

—No entienden muchas cosas.

El vehículo tomó una curva y la ciudad volvió a aparecer al salir del túnel con las luces reflejándose sobre el cristal. Durante unos segundos, ninguno habló. Elira sintió que el cansancio empezaba a pesarle en el cuerpo, pero también que la cercanía de él le resultaba extrañamente reconfortante y peligrosa a partes iguales.

Entonces, comprendió algo que le hizo apartar la mirada hacia la ventanilla: estuvo más tranquila cuando lo vio salir del vehículo que en cualquier otro momento desde que todo empezó. Eso la inquietó más que el propio secuestro.

El silencio dentro del vehículo se volvió más denso a medida que la ciudad reaparecía al otro lado del cristal. Las luces de Barcelona se deslizaban sobre sus rostros y parecían marcar el ritmo lento con el que la adrenalina comenzaba a abandonar sus cuerpos. Elira observó su mano apoyada sobre el asiento entre ambos durante

unos segundos, dudando un poco, hasta que finalmente la movió y buscó la de él.

El gesto fue casi inconsciente.

Sus dedos rozaron primero los de él, probando el terreno, como si aún no estuviera segura de que aquello fuese una buena idea. Para su sorpresa, Mikhail respondió inmediatamente, no con fuerza ni posesión, sino con delicadeza. Sus dedos se cerraron alrededor de los de ella con una firmeza tranquila, cálida y muy distinta a la tensión que había mostrado minutos antes en el túnel. El contraste la dejó momentáneamente sin palabras.

Elira bajó la mirada hacia sus manos un instante, intentando entender por qué aquel gesto la desarmaba más que todo lo que había ocurrido.

—Han estado siguiéndote —dijo él después. Su tono había cambiado ligeramente, siendo más explicativo de lo habitual—. No desde hoy. Llevo días sospechándolo. Cambié algunos patrones de seguridad, pero no lo suficiente.

Elira frunció ligeramente el ceño.

—No fue culpa tuya.

Él negó.

—Todo lo que te ocurra ahora es mi responsabilidad.

No sonó arrogante, sonó como un hecho.

Ella apretó ligeramente su mano sin darse cuenta.

—No soy un objeto que alguien pueda romper para enviarte un mensaje —replicó con suavidad, aunque había firmeza en su voz.

Mikhail giró la cabeza hacia ella.

—Precisamente por eso no permitiré que vuelvan a intentarlo. —Había algo distinto en su manera de hablar. Menos cortante. Más directa. Como si, después de lo ocurrido, no viera sentido en ocultar ciertas cosas—. Kai Chen ha cometido un error estratégico —añadió —. Pensó que podía tocarte sin cruzar una línea. Ahora tendrá que aprender dónde está realmente esa línea.

Elira lo observó en silencio unos segundos. Su pulso seguía acelerado, pero ya no era por el peligro. Era por la forma en la que él hablaba, por cómo su mano seguía sosteniendo la suya con esa mezcla de control y cuidado que no esperaba encontrar.

—¿Siempre reaccionas así cuando alguien te enfada? —preguntó finalmente con una pequeña sonrisa insinuándose en sus labios.

Mikhail exhaló por la nariz, algo así como un gesto divertido.

—No. Solo cuando alguien toca lo que es mío.

Elira sintió que algo se tensaba dentro de su pecho, una mezcla peligrosa entre calor y vértigo.

—Eso suena muy posesivo.

—Lo es —respondió sin disculparse.

El vehículo continuó avanzando mientras la noche se cerraba alrededor de ellos sin que él soltase su mano o intentase apartarla.

El todoterreno se detuvo frente al edificio y la puerta se abrió casi antes de que el motor se apagara por completo. Dos hombres ya esperaban en la entrada, alertados por el comunicador. Sus miradas se movieron rápidamente de Mikhail a Elira mientras evaluaban la situación, si bien no hicieron preguntas.

Elira soltó su mano solo cuando él abrió la puerta para que saliera, pero la sensación del contacto permaneció como un eco en su piel. Al poner los pies en el suelo, sintió cómo la tensión regresaba ligeramente, no por miedo, sino por la forma en que todos los presentes parecían mirarla con otros ojos ahora, como si su valor dentro de aquel mundo hubiera cambiado en cuestión de minutos.

Mikhail salió detrás de ella y su presencia alteró el ambiente de inmediato. No necesitó levantar la voz, bastó una mirada para que uno de sus hombres se adelantara.

—¿Herida?

—No —respondió él antes de que nadie más hablara—. Revisad el perímetro igualmente.

El tono era tranquilo, pero debajo había algo afilado que hizo que todos se movieran con rapidez redoblada.

Entraron en el edificio y el ascensor se cerró tras ellos con un sonido suave. Elira apoyó la espalda contra la pared metálica, dejando escapar el aire lentamente, notando cómo el cansancio comenzaba a caer sobre ella como una manta pesada. Mikhail permanecía frente a ella, observándola sin disimulo, como si aún estuviera comprobando que seguía allí.

—Puedes dejar de mirarme así —murmuró ella finalmente.

—No.

La respuesta llegó inmediata y ella alzó una ceja.

El ascensor continuó subiendo en silencio los pisos que faltaban hasta el ático, iluminándose uno tras otro hasta que, finalmente, se detuvo. Las puertas se abrieron directamente en el ático y, al salir, Elira percibió que incluso aquel espacio familiar se sentía diferente después de lo ocurrido. Ahora estaba más protegido y más vigilado.

Dos hombres más estaban dentro, revisando pantallas y comunicadores. Al verla entrar, ambos inclinaron la cabeza con respeto silencioso antes de volver a sus tareas. Nadie hacía preguntas. Nadie necesitaba explicaciones.

Mikhail caminó unos pasos dentro del salón antes de detenerse, como si finalmente permitiera que el peso del momento lo alcanzara. Se pasó la mano por la nuca brevemente, un gesto raro en él, casi humano.

—A partir de ahora cambian algunas cosas —dijo sin girarse todavía—. Tu seguridad se duplicará. Los trayectos serán distintos cada día y…

—Mikhail —lo interrumpió ella suavemente. Él se giró—. Estoy bien.

La frase era simple, pero cargada de algo más.

Él la observó unos segundos en silencio, evaluando si aquello era verdad o solo una forma de tranquilizarlo.

—Eso no cambia nada.

Se acercó un paso más, suficiente para invadir ligeramente su espacio personal sin parecer agresivo.

—Hoy han cruzado una línea. Y cuando alguien cruza una línea conmigo… el mundo se vuelve un lugar menos seguro para ellos.

Elira sostuvo su mirada. Había visto esa versión suya en el túnel, fría, letal… y, aun así, algo dentro de ella se sentía extrañamente tranquilo.

—Vas a asustar a todo el mundo —dijo con una leve sonrisa.

—Ese es el objetivo.

El silencio que siguió fue distinto, más íntimo, sin el ruido del túnel ni la tensión del vehículo, y la cercanía entre ellos se volvió más evidente. Elira notó cómo su pulso volvía a acelerarse, no por el peligro, sino por la forma en que él la miraba ahora: sin barreras, como si algo hubiera cambiado definitivamente entre ellos.

El silencio se extendió por el ático después de que los hombres terminaran de dar órdenes y se retiraran discretamente hacia otras zonas, dejando el espacio casi vacío. Las luces cálidas del salón contrastaban con la tensión que todavía flotaba en el aire y, por un momento, todo pareció demasiado tranquilo, demasiado normal después de lo que había ocurrido.

Elira dio unos pasos hacia el sofá, dejando caer el bolso sobre la mesa baja sin pensar demasiado en ello. Sentía el cuerpo extraño, como si la realidad se hubiera ralentizado unos segundos. Inspiró profundamente, intentando recuperar el control sobre su respiración.

Un leve temblor recorrió sus manos e intentó ignorarlo.

Apoyó las palmas sobre el respaldo del sofá para controlarlo, pero el temblor volvió, más evidente, subiendo desde sus dedos hasta sus brazos como una descarga tardía.

Mikhail lo vio inmediatamente.

No dijo nada al principio, pero se acercó despacio, observando sin invadirla todavía, como si midiera cada gesto para no empujarla más allá de lo que podía soportar.

Elira exhaló aire y esbozó una sonrisa impostada.

—Supongo que esto es lo que llega ahora —murmuró, intentando restarle importancia.

El temblor aumentó ligeramente.

Mikhail dio un paso más hasta quedar frente a ella.

—Mírame —dijo en voz baja.

Ella levantó la vista casi sin darse cuenta.

Sus ojos claros estaban fijos en los suyos, firmes, tranquilos, anclándola.

—Respira tranquila y conmigo.

No era una orden dura, era una guía.

Elira obedeció sin pensar, inhalando al ritmo que él marcaba, notando cómo su presencia llenaba el espacio alrededor como una

barrera invisible.

El temblor no desapareció inmediatamente, pero dejó de aumentar.

—No temblabas allí —observó él con suavidad inesperada.

—Porque allí tenía que pensar —respondió ella con honestidad—. Ahora… ya no.

Sus dedos se cerraron involuntariamente sobre la tela de la camisa de él, buscando estabilidad. Él no se apartó, al contrario, su mano subió lentamente hasta rodear su cintura, firme pero cuidadosa, acercándola apenas hacia él.

Elira apoyó la frente contra su pecho durante un segundo, sorprendida por lo natural que se sentía hacerlo. Escuchó el latido de su corazón, más rápido de lo que esperaba, y aquello la descolocó más que cualquier otra cosa.

Mikhail bajó la cabeza ligeramente, rozando su cabello con la mejilla sin decir nada.

El gesto era pequeño, íntimo y peligroso, porque rompía algo dentro de su propia armadura.

—Estás a salvo —murmuró finalmente.

Elira permaneció un segundo más apoyada contra él, sintiendo cómo su respiración comenzaba a estabilizarse poco a poco, cómo el temblor se convertía en un calor distinto, más profundo, más peligroso. Mikhail parecía completamente inmóvil, pero ella notó el cambio antes incluso de que él se apartara.

Fue un movimiento sutil, demasiado rápido, como si hubiera cruzado un límite invisible dentro de sí mismo.

Retrocedió apenas un paso, soltándola con cuidado, aunque la tensión en su mandíbula delataba el esfuerzo que le costaba hacerlo.

—Necesitas descansar —dijo con la voz más grave.

Elira frunció ligeramente el ceño. Lo observó y entendió. No se estaba alejando por ella.

Se estaba alejando por él mismo.

La comprensión le atravesó el pecho con una intensidad inesperada.

Dio un paso hacia delante.

—Mikhail. —Él levantó la mirada hacia ella, alertado de inmediato—. Acércate.

La petición fue suave, pero firme.

Él no se movió.

—¿Estás segura? —preguntó en voz baja, como si necesitara escuchar la respuesta claramente.

Elira sostuvo su mirada, sus ojos verde oliva brillaban con algo nuevo, algo más decidido.

—Sí —susurró—. Te necesito ahora.

No sonó débil, sonó sensual y directo.

La reacción fue inmediata.

Mikhail acortó la distancia sin dudar, su mano encontró su cintura mientras inclinaba la cabeza hacia ella y capturaba sus labios en un beso que ya no tenía nada de contenido. Fue profundo, intenso, cargado de todo lo que había quedado suspendido desde el túnel, desde el momento en que la vio dentro de aquel vehículo y algo dentro de él se rompió.

Elira respondió sin reservas. Sus manos subieron hasta su cuello, sintiendo el calor de su piel y la fuerza controlada con la que él la sostenía, como si luchara consigo mismo incluso mientras la besaba.

El mundo alrededor desapareció.

Solo quedó el roce de sus labios, la respiración entrecortada y la electricidad que recorría cada centímetro de su cuerpo cuando él la atrajo hacia sí, como si necesitara asegurarse de que seguía ahí.



17

Mikhail no le dio tiempo a pensar. La tomó por la cintura con firmeza y el beso se volvió más profundo y cargado de una urgencia que no había mostrado hasta entonces. La impulsó hacia atrás hasta que su espalda chocó suavemente contra la pared, atrapándola entre el calor de su cuerpo y la solidez fría de esta. El contraste la hizo estremecerse.

No era como los otros besos.

No era el beso tranquilo de la boda, ni el beso contenido que habían compartido días atrás cuando ambos aún medían cada movimiento. Con este beso era como si quisiera devorarla, como si hubiera estado conteniéndose demasiado tiempo y ahora ya no tuviese sentido hacerlo.

Los labios de Mikhail eran cálidos, firmes, insistentes, y el calor que desprendía su cuerpo la envolvió hasta borrar cualquier resto de duda. Elira respondió casi sin darse cuenta, sus manos subieron por su cuello, aferrándose a él mientras el mundo alrededor desaparecía. Sentía la presión de su pecho contra el suyo, la forma en que su respiración se volvía más profunda, más irregular, y aquello la desarmó por completo.

Él abandonó sus labios solo para descender lentamente por su mandíbula, rozando su piel con besos que se volvieron más lentos, más peligrosos. Cuando llegó a su clavícula, el contacto la hizo inspirar con fuerza. A continuación, un suspiro escapó antes de que

pudiera controlarlo. Su mano subió desde la cintura, lenta pero segura, hasta detenerse sobre su pecho con un gesto firme que le hizo perder el equilibrio interno por un instante.

Elira se aferró más fuerte a él.

Algo dentro de ella comenzaba a arder.

Era imposible no pensar en lo que había visto minutos antes en el túnel: la forma fría en que había acabado con dos hombres sin cambiar su expresión… y, aun así, con ella era distinto. Había una intensidad diferente, casi reverente, como si ese momento fuera sagrado, como si fuera consciente de cada movimiento porque sabía que era el primero real entre ellos.

Mikhail descendió más, lo suficiente para rodearla con fuerza. Sus manos bajaron hasta tomarla por el trasero con una seguridad que le hizo contener la respiración. La levantó sin esfuerzo y ella reaccionó instintivamente, rodeando su cadera con las piernas mientras él se separaba de la pared y comenzaba a caminar.

Sus pasos eran firmes y decididos. La dirección era clara: la habitación de él.

Elira apoyó la frente contra la suya un segundo, sintiendo cómo el pulso se le aceleraba, consciente de que ya no había espacio para fingir distancia entre ellos. Mikhail tomó sus labios de nuevo mientras caminaba, devorándolos una vez más como si tuviese un hambre brutal y, de hecho, así era. La contención de los anteriores días hacía que Mikhail se volviese prácticamente un animal.

Entraron en la habitación casi sin romper el beso, como si el espacio entre ellos dos ya no existiera. Mikhail avanzó directo hacia la cama y la depositó sobre el colchón con una suavidad que contrastaba con la intensidad que todavía ardía en sus ojos. No se tumbó con ella, permaneció de pie un instante, observándola como si quisiera memorizar cada detalle, cada respiración y cada reacción.

Sus manos regresaron a la cintura de Elira lentamente, sin prisa, deslizándose con una calma peligrosa que hizo que el corazón de ella se acelerara más todavía. Desabrochó sus pantalones con movimientos medidos, casi ceremoniales, y comenzó a bajarlos poco a poco por sus piernas, como si disfrutara del tiempo que se tomaba, de cada segundo compartido. Ella lo ayudó sin pensarlo,

levantando ligeramente las caderas y moviendo las piernas para facilitarle el gesto, atrapada entre la vergüenza y el deseo que crecía sin permiso, luego hizo lo mismo con su ropa interior, dejándola totalmente desnuda de cintura para abajo.

Elira alzó los brazos hacia él instintivamente, buscándolo, pero Mikhail retrocedió medio paso y se puso en pie al lado de la cama. Sus dedos fueron hacia los botones de su camisa y comenzó a desabrocharla lentamente, uno a uno, con una concentración solemne. No había prisa en sus movimientos, parecía un ritual silencioso, algo deliberado, como si quisiera prolongar el momento hasta hacerlo insoportable. La camisa de Mikhail cayó al suelo sin mucho cuidado.

Elira lo miró, hipnotizada. Mikhail estaba perfectamente esculpido, sus músculos se marcaban fruto de horas de gimnasio, su pelo aparecía sobre sus pectorales sin ser abusivo. Se quedó totalmente hipnotizada por aquella imagen, casi sin poder reaccionar.

No esperaba el siguiente movimiento.

Sin previo aviso, él volvió hacia ella y tomó sus piernas con firmeza, flexionándolas suavemente mientras descendía poco a poco. Elira tragó saliva.

—Mikhail —dijo con un susurro confuso cuando aún no comprendía del todo qué pretendía. Cuando lo entendió, el calor subió de golpe hasta sus mejillas e intentó cerrar las piernas por pura reacción, pero él las sostuvo con seguridad.

—Quieta —murmuró él con voz grave, aunque no pareció autoritario.

La cercanía, la forma en que su mirada parecía devorarla incluso antes de tocarla, hizo que la respiración de Elira se volviera irregular. Todo en aquel momento tenía la misma intensidad con la que la había besado minutos antes, la misma sensación de ser observada, adorada y reclamada al mismo tiempo.

Mikhail llevó sus labios hasta su sexo, devorándolo sin piedad, algo para lo que Elira no estaba preparada. Un grito de sorpresa y placer escapó de su garganta y sus manos se enroscaron en las

sábanas de la cama de manera involuntaria, apretando con fuerza la tela ante aquel extremo placer.

Su cuerpo reaccionó antes que su mente, tensándose y relajándose a la vez bajo la atención absoluta que él le dedicaba y, cuando finalmente el placer comenzó a crecer, inesperado y poderoso, un sonido escapó de sus labios sin que pudiera detenerlo.

Nunca había sentido algo así. No era solo algo físico, era la forma en que él se centraba únicamente en ella, como si el mundo entero se hubiera reducido a ese instante compartido.

Mikhail no parecía intimidado por la situación como ella, al contrario, parecía querer descubrirle todos los placeres que él podía darle y que se había estado perdiendo aquellos días, como si aquel intenso placer fuese un pequeño castigo por haberle hecho esperar.

Elira sintió cómo su lengua apretaba contra su sexo, como si quisiese abrirse paso, y volvió a gritar. Directamente llevó su mano hasta el cabello de Mikhail y lo sujetó entre sus dedos tirando de él como si necesitase apartarlo, pero él apartó su mano rápidamente y la sujetó durante unos segundos por la muñeca.

Elira dejó escapar el aire lentamente, con el mundo reducido a sensaciones que la atravesaban con una intensidad nueva e inesperada. No era solo el placer creciente lo que la desarmaba, sino la forma en que Mikhail se movía, concentrado, casi reverente, como si cada gesto tuviera peso, como si aquel instante fuera algo que no quería apresurar.

Mikhail se apartó un segundo para observarla y sus miradas se encontraron.

Nunca nadie la había mirado así. El deseo ardía en su mirada.

Y ahí ocurrió, un cambio sutil, casi invisible.

Ella dejó de pensar en defenderse, dejó de analizar, dejó de medir cuánto control tenía él o cuánto tenía ella, simplemente se permitió sentir, disfrutar.

Sus dedos descendieron hasta su cabello, primero con cautela, luego con más seguridad, enredándose entre los mechones oscuros mientras su respiración se rompía en pequeños suspiros que ya no intentaba contener. La vergüenza inicial desapareció lentamente, reemplazada por algo más profundo: confianza.

Mikhail percibió el cambio inmediatamente y su cuerpo reaccionó antes que su mente, sus movimientos se ralentizaron, como si reconociera que acababan de cruzar un límite distinto al físico. Cuando levantó la mirada hacia ella, sus ojos claros ya no denotaban solo deseo. Había algo más oscuro, más intenso… algo que parecía sorprenderle incluso a él.

Elira sostuvo esa mirada y en ese instante ambos comprendieron sin palabras que aquello ya no era solo tensión acumulada ni necesidad física, era algo que iba a cambiar la dinámica entre ellos para siempre.

Hubo un instante en el que todo se ralentizó. Un segundo apenas perceptible en el que Mikhail se detuvo. No fue una pausa evidente, fue más bien una suspensión del tiempo, como si algo dentro de él hubiera chocado contra un límite inesperado. Sus manos permanecieron firmes, su respiración profunda, pero su mente ya no estaba completamente enfocada en el control frío al que estaba acostumbrado.

Aquello no era estrategia, no era posesión, no era dominio… era ella y la forma en que lo estaba mirando.

Elira lo sintió incluso antes de entenderlo. Abrió los ojos lentamente y encontró su mirada elevada hacia la suya, intensa, oscura, cargada de algo que no había visto antes. No era solo deseo, había vulnerabilidad mezclada con una determinación silenciosa, como si estuviera decidiendo algo que jamás había planeado sentir.

Ese microsegundo lo cambió todo.

Mikhail inspiró hondo, como si necesitara recordar quién era, dónde estaba, qué significaba cruzar esa línea. Sus dedos se deslizaron lentamente por la piel de su pierna con un gesto mucho más suave que los anteriores y, al hacerlo, ella comprendió algo que la estremeció más que cualquier otra cosa: él estaba conteniéndose, no por falta de deseo, sino por respeto.

Elira tragó saliva, sintiendo cómo el calor ascendía por su cuerpo, cómo su pulso golpeaba con fuerza mientras una sensación nueva se abría paso en su pecho. Ya no se trataba solo de atracción ni de curiosidad, era la certeza peligrosa de que aquel hombre,

capaz de desplegar una violencia absoluta contra el mundo, estaba siendo cuidadoso con ella.

Esa diferencia la desarmó.

Su boca abandonó su sexo y comenzó a subir por su barriga y su estómago, saboreando cada parte de su cuerpo por donde pasaba. Levantó su camiseta y se la subió hasta arriba, sacándosela por sus brazos. Sus dedos se deslizaron hasta su rostro, tocándolo con una suavidad que contrastaba con todo lo que habían vivido hasta ese momento, porque ambos entendieron que habían cruzado un punto sin retorno.

Llegó hasta sus labios y la besó con una ternura que sorprendió a Elira; aquel no era el mismo hombre que había apretado el gatillo hacía menos de una hora.

Mikhail se situó a su lado y acarició su mejilla, bajó por su pecho y su estómago hasta que llegó a su sexo. Ella comenzó a gemir mientras la acariciaba hasta que introdujo uno de sus dedos en su interior con cuidado. Sabía que llevaba mucho tiempo, años, sin mantener relaciones, ella misma se lo había confirmado, además, no quería ir deprisa, quería que enloqueciera hasta tal punto que desease con todo su cuerpo y su mente que la hiciese suya.

Ella gimió junto a su oreja y se mordió el labio.

—¿Te gusta? —le susurró despacio.

—Sí —dijo ella situando su mano en su mejilla mientras seguía el ritmo de sus dedos con todo su cuerpo.

Él besó su mejilla y luego fue hacia su oreja, mordiéndola con sutileza.

Mikhail levantó la mirada hacia ella lentamente, sus ojos claros estaban oscuros por el deseo, pero también por algo más profundo, más contenido. Sus dedos seguían firmes sobre su piel, marcando un ritmo que parecía pensado únicamente para ella, para su respiración, para cada reacción que escapaba sin que pudiera controlarla.

—¿Quieres que te haga mía? —murmuró con voz grave y peligrosamente tranquila.

Elira lo miró con el pecho subiendo y bajando con rapidez y los dedos aferrándose a él mientras el calor recorría su cuerpo.

—Sí… —susurró finalmente, sin apartar la mirada—. Lo quiero… ahora.

Una sonrisa breve y casi imperceptible apareció en los labios de Mikhail. No era burla, era control.

—Aún no —respondió con calma—. No hasta que estés completamente preparada.

La intensidad en su voz hizo que algo dentro de ella se tensara y, cuando sus manos volvieron a moverse, más firmes y más seguras, el aire escapó de sus labios emitiendo un sonido involuntario muy parecido a un gemido. Se aferró a su brazo con fuerza, sorprendida por la intensidad de las sensaciones, por lo fácil que era perderse en ellas cuando él la guiaba con tanta precisión.

Mikhail exhaló lentamente y su respiración se volvió más pesada mientras se acercaba más a ella. Le tomó su mano con suavidad, llevándola hasta su miembro con una paciencia inesperada. Elira dudó apenas un segundo, con el corazón latiendo con fuerza.

—Cógela —susurró Mikhail con voz grave—. Ahora es tuya. Solo tuya.

Ella cerró los dedos alrededor de su miembro, dejando que él guiara sus movimientos con calma, marcando el ritmo con una seguridad que la hizo estremecer. Durante unos segundos el mundo se redujo a la sincronía entre ambos, al intercambio silencioso de sensaciones que los arrastraba a ambos cada vez más profundo.

Aun así, Mikhail notó la ligera tensión en su cuerpo, el nerviosismo que todavía se escondía bajo su entrega. Se inclinó hacia su oído con su aliento cálido rozando su piel.

—Es nuestra primera vez juntos… y hemos esperado demasiado tiempo —murmuró él en voz baja—. Ahora voy a ser cuidadoso contigo. —Sus labios rozaron su piel antes de añadir con una mezcla de ironía y promesa—. Pero la próxima vez te haré el amor como se merece la esposa del líder de la bratva.

Elira cerró los ojos, estremeciéndose ante la forma en que lo dijo, consciente de que aquello no era solo deseo, era algo mucho

más peligroso.

Los gemidos de Elira se intensificaron mientras él aceleraba el movimiento de sus dedos, incrementado en placer y provocando que ella arquease su espalda. Mikhail aprovechó para atrapar uno de sus pechos con su boca y pasar su lengua sobre su pezón, provocando que el cuerpo de Elira se tensase más y su pezón se endureciese.

—Hazlo ya… —suplicó ella entre gemidos.

—¿Lo quieres? —preguntó con voz ronca.

—Sí —gimió ella.

Mikhail apartó lentamente su mano y se incorporó entre sus piernas, guiándola con firmeza para que se abriera más bajo él. Sus movimientos eran seguros, controlados, como si cada gesto estuviera calculado para no romper el momento que habían construido juntos. La besó con intensidad, profunda y lentamente, mientras su cuerpo se alineaba con el de Elira, sosteniéndose un instante más, observándola, asegurándose de que lo seguía, de que estaba con él.

Elira contuvo la respiración cuando comenzó a entrar en ella, consciente de la magnitud de aquel instante. Hacía años que no compartía algo así con nadie y, pese a la preparación, pese al deseo que la recorría, sintió un pequeño tirón incómodo que la obligó a tensarse. Sus ojos se abrieron y lo buscó inmediatamente, encontrando los de Mikhail fijos en ella, atentos, conscientes de cada reacción.

Mikhail redujo el ritmo de inmediato.

No había prisa.

Su frente rozó la de ella mientras permanecía quieto unos segundos, permitiendo que su cuerpo se adaptara, que el momento se asentara. Elira levantó la mano y la pasó por su mejilla, sorprendida por la calma que encontraba en él, por la forma en que parecía sostenerla sin palabras. Cuando comenzó a moverse de nuevo, lo hizo despacio, evaluando su respiración, escuchando atento cualquier sonido que hiciese Elira, ajustando cada gesto para evitar cualquier incomodidad.

No era brusco, era preciso y controlado, como si quisiera que aquel recuerdo quedara grabado de una forma distinta a todo lo

anterior.

Elira se aferró a sus hombros mientras él mantenía el ritmo constante, firme pero cuidadoso, y la sensación creciente empezó a borrar cualquier resto de tensión. El calor entre ellos se volvió más intenso. Cada movimiento creaba oleadas que hacían que Elira perdiese la noción del tiempo y la percepción del espacio, confundiéndose dónde terminaba ella y dónde empezaba él.

Mikhail inclinó la cabeza hacia su oído con su voz baja, grave, cargada de una mezcla peligrosa entre posesión y compromiso.

—Ahora eres mía… para siempre —murmuró—. Y voy a asegurarme de que nunca olvides lo que significa eso.

No parecía una amenaza, sino una verdad inevitable.

Elira cerró los ojos, dejándose llevar finalmente, entregándose al ritmo que él marcaba mientras la habitación parecía desaparecer alrededor de ellos.

Cuando Mikhail sintió cómo el cuerpo de Elira comenzaba a relajarse bajo él, cómo dejaba de contenerse y se rendía finalmente al placer que compartían, algo en su mirada cambió. Su respiración se volvió más profunda y el ritmo comenzó a incrementarse poco a poco, sin perder el control, pero dejando que el placer creciera entre ambos. Los gemidos de Elira llenaron la habitación, discretos al principio, luego menos cohibidos, más honestos, y aquello lo empoderó todavía más.

Bajó una mano hasta sus piernas y las guio con firmeza hasta que rodearon sus caderas, acercándola más a él, permitiendo que se moviese con mayor profundidad. Elira reaccionó instintivamente, aferrándose a él con sus dedos hundiéndose en sus hombros mientras acompañaba cada movimiento, cada impulso que los arrastraba juntos hacia una nueva intensidad.

Sus respiraciones se sincronizaron, rápidas y calientes con cada exhalación chocando contra la piel del otro.

Mikhail levantó ligeramente la cabeza y la observó; ella mantenía los ojos cerrados, perdida en un nuevo mundo de sensaciones, completamente entregada al momento. La besó entonces con más pasión y mordió su labio inferior antes de apartarse lo suficiente para hablar cerca de su oreja.

—¿Quieres que pare? ¿O quieres más?

Elira abrió los ojos solo un segundo, con la mirada brillante y el aliento entrecortado.

—Más —susurró sin dudar.

La respuesta encendió algo oscuro en él que le satisfizo. Pasó un brazo por debajo de su cabeza, acercándola todavía más a su pecho, y ella sintió el calor que emanaba de su cuerpo y la fuerza contenida que parecía sostenerlo todo.

—Entonces entrégate —dijo en voz baja contra su oído—. Quiero escucharte… quiero saber que estás conmigo.

El ritmo aumentó, firme e intenso, sin perder el control que lo definía, y la cama comenzó a golpear suavemente contra la pared al compás de sus movimientos. Los gemidos que escapaban de Elira se volvieron imposibles de contener y él respondió acercándose más, capturando su boca con la suya para silenciarla en un beso profundo, una mezcla de posesión y cuidado. Sus dedos se deslizaron por su cabello mientras una sonrisa breve, casi imperceptible, aparecía en los labios de Mikhail al sentir cómo ella se abandonaba completamente al momento que compartían.

Elira deslizó las manos por el pecho de Mikhail, sintiendo cómo sus músculos se tensaban bajo sus dedos firmes, reaccionando a cada movimiento como si su cuerpo hablara sin palabras. La piel de él se erizó ligeramente allí donde ella lo acariciaba y aquello la hizo estremecer, siendo consciente de que incluso alguien como él podía perderse en un instante compartido. Mikhail se inclinó más sobre ella, apoyándose lo suficiente para envolverla con su calor mientras buscaba su cuello, besándolo con intensidad, rozando su piel con la lengua en un gesto lento que la obligó a cerrar los ojos un segundo.

Tomó una de sus manos y la llevó por encima de su cabeza, entrelazando los dedos con los suyos, sujetándola con una firmeza que no era imposición, sino conexión, como si quisiera que ambos se mantuvieran anclados siguiendo el mismo ritmo. Elira respondió pasando la otra mano por su cuello, sintiendo la tensión bajo su piel, y él reaccionó girando la cabeza para capturar uno de sus dedos

entre sus labios con un gesto juguetón que arrancó una sonrisa breve de ella mientras el placer continuaba creciendo sin tregua.

El mundo pareció inclinarse cuando el movimiento entre ellos se volvió más intenso, más profundo, y el cuerpo de Elira respondió sin poder contenerse, con cada sensación amplificándose hasta borrar cualquier pensamiento coherente. Se aferró a él, dejándose llevar por la fuerza controlada que lo definía mientras todo giraba alrededor de ese instante compartido.

Finalmente, Mikhail se dejó caer sobre ella con cuidado, sin cargar su peso, con un leve gemido escapando de su garganta mientras su respiración permanecía agitada. Durante unos segundos ninguno habló, solo el sonido de sus corazones marcando un ritmo común llenaba el silencio. Mikhail permaneció inmóvil, con los ojos abiertos, analizando lo que acababa de ocurrir con una claridad que lo sorprendió incluso a él.

En ese instante, comprendió algo que no había esperado sentir; no era solo el cumplimiento de una alianza, no era solo deseo. Después de estar a punto de perderla aquella tarde, después de ver cómo el mundo podía arrebatársela en un segundo, había entendido que ella ya no era solo su esposa por un acuerdo: se había convertido en su esposa de verdad, en algo propio, necesario e irreemplazable, no por posesión, sino por lo que despertaba en él, por la forma en que rompía su control y lo obligaba a sentir cosas que jamás se había permitido sentir.

Elira levantó la mano y acarició su mejilla con suavidad, sacándolo de sus pensamientos. Él la miró directamente a los ojos y algo en su expresión se suavizó.

—Ahora sí estás conmigo —murmuró en voz baja, con ese tono que escondía más de lo que decía.

Se inclinó y besó su frente con una ternura inesperada, casi protectora, mientras ella cerraba los ojos y dejaba escapar un suspiro tranquilo mientras permanecía allí, con su cuerpo aún pegado al de ella. Mikhail comprendió que estaba empezando a sentir algo que nunca había buscado, algo que había considerado una debilidad innecesaria. Elira era fuerte, indomable, peligrosa a su manera… y al mismo tiempo femenina, cálida, exactamente todo

aquello que jamás habría admitido desear para su esposa. Sin darse cuenta, estaba cambiando las reglas que había seguido toda su vida, y ella era la única capaz de conseguir que lo hiciese.



18

La mañana llegó despacio, filtrándose a través de las cortinas del ático con tonos dorados que dibujaban sombras suaves sobre las sábanas revueltas. Barcelona despertaba al otro lado del ventanal, pero dentro de la habitación todo permanecía suspendido en una calma extraña, como si el mundo hubiera decidido esperar un poco más antes de reclamarles.

Elira abrió los ojos lentamente, desorientada durante un segundo, hasta que la realidad regresó en forma de calor contra su espalda. El brazo de Mikhail rodeaba su cintura con firmeza inconsciente, pesado, protector, y su respiración profunda rozaba la piel de su cuello con un ritmo tranquilo que no coincidía con el hombre implacable que todos veían fuera de aquella habitación.

No recordaba haber despertado así con nadie.

Giró la cabeza lo suficiente para observarlo, pero sin despertarlo todavía. El cabello oscuro caía desordenado sobre su frente, suavizando la dureza habitual de sus rasgos y, por primera vez desde que lo conoció, parecía completamente relajado: sin tensión en la mandíbula, sin mostrar esa alerta constante. Era solo un hombre dormido.

Ese hecho la desconcertó.

Se permitió contemplarlo unos segundos más, consciente de cómo algo dentro de su pecho se movía de forma distinta, más cálida. La noche anterior volvió a su mente en fragmentos: el

rescate, la intensidad del mismo, la forma en que él había cambiado cuando se quedaron a solas y cómo, en algún punto, ella había dejado de sentir miedo.

Intentó moverse con cuidado, pero el brazo de Mikhail se tensó inmediatamente, atrayéndola más hacia él, incluso estando dormido.

—Controlador incluso inconsciente… —murmuró.

Los ojos claros de él se abrieron casi al instante, en alerta, enfocados y como si nunca hubiera estado completamente dormido. Durante un segundo no dijo nada, solo la observó, evaluando y asegurándose de que seguía allí.

Luego su mirada descendió, recorriéndola con una calma que hizo que el pulso de Elira se acelerara.

—Buenos días —dijo finalmente con cierta carraspera matutina.

No era una frase casual, sonaba diferente, más cercana y más íntima.

Elira sostuvo su mirada, consciente de que algo había cambiado entre ellos y de que ninguno podía fingir ya que aquello era solo una alianza.

—¿Siempre vigilas así cuando duermes? —preguntó con una sonrisa.

—Cuando alguien intenta llevarse a mi esposa, sí.

No sonó dramático, sonó como una regla no escrita.

El silencio que siguió fue cómodo, pero cargado de algo nuevo, de una tensión suave que ya no era lucha, sino reconocimiento.

Mikhail deslizó los dedos lentamente por su brazo, un gesto que parecía más para comprobar que ella era real que para provocar nada.

—Hoy no trabajas —añadió finalmente.

Ella alzó una ceja.

—Eso suena más a orden que a sugerencia.

—Son ambas cosas.

Y, por primera vez, hubo un atisbo de humor en su voz.

—No trabajo porque es sábado y no tengo turno —continuó ella la broma—, no porque tú lo ordenes —acabó riendo mientras pasaba su mano por su mejilla, sintiendo que su barba de dos días le rascaba las yemas de los dedos.

Elira intentó incorporarse pensando que podría deslizarse fuera de la cama, pero el brazo de Mikhail se tensó inmediatamente alrededor de su cintura, atrayéndola contra su pecho, como si su cuerpo reaccionara antes que su mente.

—Ni lo intentes —murmuró él con voz grave.

Ella rio.

—¿Qué pasa? ¿Ahora tengo toque de queda?

—No —respondió él sin abrir del todo los ojos.

Intentó zafarse otra vez, pero él abrió los ojos completamente y la observó con una mezcla peligrosa de tranquilidad y algo más oscuro que hizo que su pulso se acelerara.

—Tengo hambre —dijo ella, intentando recuperar terreno.

—Yo también.

El tono hizo que ella arqueara una ceja.

—Me refería a comida real.

—Yo no —respondió sin dudar.

Elira resopló, negando con la cabeza mientras intentaba incorporarse de nuevo.

—Voy a levantarme antes de que empieces a decir cosas más… mafiosas.

—Demasiado tarde —murmuró él.

Sin previo aviso, giró sobre sí mismo y, con un movimiento rápido pero cuidadoso, la atrapó debajo de su cuerpo contra el colchón. No había brusquedad, solo una seguridad que la dejó inmóvil por un segundo, sorprendida. Sus manos quedaron atrapadas a ambos lados mientras él descendía lentamente, acercando su rostro al de ella.

Elira lo miró, respirando más rápido.

—¿Qué estás haciendo?

Un atisbo de sonrisa apareció en sus labios.

—Recordando algo.

—¿El qué?

Mikhail inclinó la cabeza y rozó sus labios antes de responder con su voz grave e imponente.

—Ayer te prometí algo.

Ella frunció ligeramente el ceño, confusa.

—¿El qué?

Sus ojos claros se oscurecieron, llenos de intención.

—Que la próxima vez que te hiciera el amor… lo haría como se merece la esposa del líder de la bratva.

La frase cayó entre ellos con peso y calor al mismo tiempo y, antes de que pudiera responder, él volvió a besarla, lento al principio, profundo después, como si el día apenas estuviera empezando para ellos.

Mikhail se situó directamente entre sus piernas, sin darle opción a réplica, mientras acariciaba su pecho y Elira comenzaba a sumirse en aquel mundo de placer al que solo podía acceder gracias a él.

El beso se intensificó apenas un segundo más antes de que un sonido seco rompiera el aire.

Tres golpes firmes en la puerta del dormitorio.

Mikhail se detuvo, pero no apartó el cuerpo de ella inmediatamente, eso sí, su expresión cambió en una fracción de segundo. La suavidad desapareció y sus ojos se volvieron fríos y enfocados.

Otro golpe.

—Jefe. —La voz de Sergei se escuchó al otro lado.

Elira parpadeó, aún con la respiración acelerada.

—¿Siempre interrumpen así?

Mikhail no respondió a aquel comentario dicho en tono de broma. Se incorporó lentamente, pasando de marido a líder en un solo movimiento. Se levantó de la cama y recogió los pantalones del suelo con calma controlada, como si cinco segundos antes no hubiera estado devorándola.

—Entra —ordenó.

El tono era completamente distinto.

Sergei abrió la puerta solo lo justo para mantenerse en el umbral, con profesionalidad. No osó mirar dentro de la habitación.

—Han detectado un movimiento inusual en el puerto. Posible contacto de la tríada.

Hubo silencio.

Elira se sentó despacio, cubriéndose con la sábana, observando cómo el hombre que hacía apenas un minuto la tenía debajo de él

ahora parecía hecho de acero.

—¿Confirmado? —preguntó Mikhail mientras se abrochaba el cinturón.

—Aún no, pero coincide con la información que dio el italiano.

Mikhail asintió.

—Prepara el vehículo. Salgo en veinte minutos.

Sergei inclinó la cabeza y desapareció.

La puerta se cerró y Elira lo miró.

—¿Veinte minutos?

—Es suficiente.

Ella enarcó una ceja.

—Eres insoportable.

Él giró hacia ella lentamente, caminó hasta la cama y apoyó una rodilla en el colchón, inclinándose hacia su rostro.

—Soy eficiente.

—Estabas prometiendo cosas hace un momento —se quejó ella.

—Y las cumpliré —respondió con calma. Se acercó y rozó sus labios una vez más, breve pero intensa—. Hoy quédate aquí, no salgas con nadie.

Elira bufó.

—Puedo salir a que me dé el aire, ¿no?

Él enarcó una ceja.

—¿Tengo que recordarte lo que ocurrió ayer? —ironizó—. Hasta que no acabe con ese hijo de puta, tú no vas a ninguna parte —sentenció.

—Mafioso —pronunció ella como si fuese un insulto.

Él sostuvo su barbilla suavemente entre los dedos.

—Esposa de mafioso.

El intercambio de obviedades quedó suspendido un segundo más en el aire antes de que él se apartara definitivamente y caminase hacia la puerta, recogiendo la camisa por el camino.

Cuando salió, la habitación volvió a quedarse en silencio.

El silencio regresó al ático lentamente después de que la puerta se cerrara tras Mikhail. Durante unos segundos Elira permaneció inmóvil, sentada sobre la cama con las sábanas enredadas alrededor de su cuerpo, mirando el espacio vacío donde él había estado un

instante antes. El calor todavía permanecía en su piel, una sensación persistente que no sabía si provenía de la mañana, de la noche anterior o de algo mucho más profundo.

Exhaló despacio.

El mundo exterior parecía lejano. La ciudad seguía allí, los problemas seguían allí, la tríada china seguía existiendo… pero dentro de ella algo había cambiado de forma irreversiblemente.

Se dejó caer hacia atrás sobre el colchón, mirando el techo.

Nunca había planeado aquello. Nunca había querido formar parte del mundo de su padre, y mucho menos del de un hombre como Mikhail Petrov. Había aceptado el matrimonio como una obligación, una estrategia, un acuerdo entre mafias que debía sobrevivir… y, sin embargo, en algún momento, sin darse cuenta exactamente de cuándo fue, aquello había dejado de sentirse como una jaula.

Eso era lo que más la asustaba.

Giró sobre un lado y hundió el rostro en la almohada, aún impregnada del olor de él. Era un aroma limpio, fuerte, masculino, y el simple hecho de reconocerlo le hizo cerrar los ojos y sentir una mezcla entre tranquilidad y vértigo.

Recordó cómo la había mirado, cómo había sido cuidadoso, cómo había cambiado completamente cuando creyó que podían arrebatársela.

Su corazón dio un pequeño vuelco.

No había sido solo deseo, lo había sentido. Ese momento en el que él se había quedado quieto, observándola, como si ella fuera algo más que una alianza, como si fuera… importante.

Se incorporó lentamente, pasándose una mano por su cabello desordenado, intentando recuperar el control de sus pensamientos.

—Esto no estaba en el plan —murmuró para sí misma.

Se levantó finalmente y caminó hacia el ventanal con la sábana aún envuelta alrededor de su cuerpo. Desde allí, veía Barcelona despertando, el tráfico comenzando a moverse, las personas viviendo vidas normales, las cuales no incluían secuestros, armas ni hombres capaces de matar sin pestañear… y, aun así, lo que más

ocupaba su mente era la forma en que él la había sostenido después.

Apoyó la frente contra el cristal frío.

Había visto a Mikhail como líder, había visto al hombre peligroso, había visto al mafioso… pero esa mañana había visto algo más, y eso era infinitamente más complicado, porque empezaba a gustarle y no estaba segura de saber qué hacer con ese sentimiento.

Elira permaneció unos segundos más junto al ventanal antes de girarse finalmente hacia la habitación. El silencio ya no era el mismo, había algo distinto en el aire, una energía nueva que hacía que cada rincón pareciera más… íntimo. Sacudió ligeramente la cabeza intentando recuperar la sensación de normalidad y caminó hacia el baño arrastrando la sábana tras ella.

La ducha caliente ayudó a despejar su mente, aunque no consiguió borrar del todo el recuerdo de la noche anterior ni la intensidad de aquella mañana. Cuando salió vistiendo una camiseta ancha, la de él, unos pantalones y con el cabello húmedo cayendo sobre sus hombros, se dirigió hacia la cocina esperando encontrar el ático tan tranquilo como siempre.

No lo estaba.

Se detuvo en seco, pues había más hombres. Dos, que no había visto nunca antes, permanecían cerca de la entrada, hablando en voz baja mientras revisaban pantallas portátiles. Otro, con un auricular en su oreja, estaba junto a la ventana, observando el exterior. En la mesa del comedor había planos, dispositivos y armas desmontadas, como si aquello hubiera pasado de hogar a centro de operaciones durante la noche.

Uno de los hombres levantó la vista.

—Buenos días, señora Petrova.

Elira parpadeó.

—Esto… no estaba aquí ayer.

—Nuevas medidas —respondió él con respeto.

Ella cruzó los brazos, observando el despliegue con incredulidad.

—¿Qué soy ahora? ¿Un objetivo militar?

Nadie respondió, lo cual, en sí mismo, ya era una respuesta.

Resopló y avanzó hacia la cocina, abriendo la nevera como si necesitara recuperar terreno dentro de su propia casa. Encontró café preparado, probablemente por alguien del equipo, y se sirvió una taza mientras negaba con la cabeza.

—Genial. Me caso con un mafioso y de repente vivo en una base secreta.

Uno de los hombres ocultó una sonrisa.

Elira dio un sorbo a su café y luego se giró hacia ellos.

—Que conste que sigo teniendo derecho a caminar libremente por mi propia casa.

—Por supuesto —respondió uno—. Solo que… con vigilancia.

Ella alzó las cejas.

—Qué reconfortante —dijo con resignación.

Se dirigió hacia el sofá, dejándose caer con la taza en la mano, intentando aparentar calma, aunque por dentro sentía una mezcla extraña entre irritación y algo parecido a seguridad. Sabía que aquello era consecuencia directa de lo ocurrido la noche anterior; sabía que Mikhail no iba a relajarse después de un intento de secuestro.

Y, pese a todo…

—Esto lo vamos a discutir —murmuró para sí misma.

Como si lo hubiera invocado, la puerta de una de las habitaciones se abrió unos segundos después.

Mikhail salió totalmente vestido y arreglado. El ambiente cambió drásticamente: las conversaciones cesaron, los hombres se apartaron ligeramente y sus ojos claros encontraron a Elira casi al instante.

Su mirada descendió automáticamente por su cuerpo, deteniéndose en la camiseta que llevaba puesta, y algo oscuro brilló en su expresión antes de desaparecer bajo su habitual control.

Ella levantó la taza hacia él.

—Buenos días, jefe de seguridad paranoico.

Él cerró la puerta de su habitación y se detuvo en el pasillo.

—Buenos días, esposa que casi secuestran.

El intercambio quedó suspendido un segundo en el aire antes de que una sombra de sonrisa apareciera en ambos rostros.

La voz de Mikhail llegaba desde el pasillo antes incluso de que Elira pudiese verlo. Hablaba en ruso al principio, rápido, preciso, señalando uno de los planos extendidos sobre la mesa mientras dos de sus hombres asentían en silencio.

—Cambiad la rotación cada tres horas. No quiero patrones previsibles. Y el acceso al ascensor se bloquea cuando ella esté sola en casa.

Elira se levantó del asiento y fue hacia la puerta del pasillo. Se detuvo en el marco de la puerta cruzándose de brazos.

—¿Perdón?

Nadie respondió.

Mikhail ni siquiera giró la cabeza.

—Revisad también todas las cámaras exteriores. Si alguien se acerca más de treinta segundos sin motivo aparente, quiero saberlo.

—Mikhail.

Esta vez su voz sonó más firme.

Él levantó finalmente la mirada hacia ella. Sus ojos claros recorrieron su figura un segundo, deteniéndose inevitablemente en la camiseta suya que llevaba puesta, pero enseguida regresó al tema.

—¿Sí?

—Estoy escuchando cosas sobre mí como si fuera un paquete sospechoso.

Uno de los hombres intentó desaparecer discretamente hacia un lado.

Mikhail levantó una mano, indicándole que aguardase un momento.

—Estamos terminando —dijo con calma.

—No —replicó ella avanzando hasta la mesa—. No estamos terminando. Estoy participando.

El silencio se hizo en el salón.

Mikhail ladeó la cabeza, evaluándola.

—De acuerdo. Participa.

Elira señaló los planos.

—¿Bloquear el ascensor? ¿Rotaciones? ¿Cámaras? ¿Qué sigue? ¿Un collar con GPS?

—No lo descartes —respondió él sin cambiar el tono.

Ella abrió la boca, indignada.

—¡Lo último era una broma!

—Mi respuesta no.

Elira lo miró fijamente, pero notó algo distinto en su expresión. No era rigidez, era preocupación real.

—No puedes convertir mi vida en una prisión —dijo más despacio.

Mikhail apoyó ambas manos sobre la mesa y se inclinó ligeramente hacia ella, sin elevar la voz.

—Intentaron secuestrarte. Tres hombres, un vehículo falso y un plan que casi funcionó. No voy a fingir que no pasó.

—Pero…

—Escucha —la interrumpió suavemente, pero con firmeza—. No estoy intentando privarte de libertad. Estoy intentando asegurarme de que sigas con vida. —Ella dudó y él continuó hablando más de lo habitual, explicando en lugar de imponer—. Kai Chen ha cruzado una línea. Eso significa que habrá más intentos. Mi trabajo es adelantarme a ellos, no reaccionar tarde.

Elira lo observó unos segundos y respiró hondo.

—Sigo odiando cómo suena todo esto.

—Yo odio que alguien haya creído que podía tocarte —respondió él sin titubear.

Uno de los hombres carraspeó suavemente.

—¿Seguimos con la reunión, jefe?

Mikhail apartó la mirada de ella apenas un segundo.

—Cinco minutos más. —Luego volvió a mirarla, bajando ligeramente la voz—. Y después hablaremos tú y yo… sobre límites.

Elira enarcó una ceja.

—¿Mis límites o los tuyos?

Un atisbo de sonrisa apareció en sus labios.

—Los de ambos.

Elira resopló suavemente y se apartó de la mesa, dejando a Mikhail terminar sus indicaciones con el equipo mientras ella

caminaba hacia la cocina intentando recuperar algo de normalidad. Abrió un armario, luego otro, como si necesitara recordarse que aquello seguía siendo una casa y no una sala de operaciones.

Hubo silencio, demasiado silencio, y giró ligeramente la cabeza. Tres hombres la miraban, no descaradamente, pero sí lo suficiente para que ella se incomodase.

—¿Qué? —preguntó finalmente, apoyándose contra la encimera.

Uno de ellos carraspeó.

—Nada, señora Petrova.

—Dejad de decir eso —murmuró ella mientras sacaba una taza de un armario—. Suena como si tuviera setenta años.

Nadie respondió.

Se sirvió otra taza de café intentando ignorarlos, pero la sensación de estar siendo observada no desapareció. Abrió la nevera, sacó fruta y luego volvió a cerrarla sin saber exactamente qué buscaba.

—¿Nunca habéis visto a alguien desayunar? —preguntó al final.

Uno de ellos dudó.

—No… así.

Elira frunció el ceño.

—¿Así cómo?

El hombre miró discretamente hacia el salón, hacia donde estaba Mikhail.

—Con… su camiseta.

Elira se observó a sí misma.

Pues sí, la camiseta negra le caía por los muslos, demasiado grande, demasiado masculina.

Entornó los ojos.

—No pienso cambiarme de ropa para desayunar.

Desde el salón llegó la voz tranquila de Mikhail, sin levantar demasiado el tono.

—No es necesario.

Elira giró la cabeza hacia él.

—Gracias por tu permiso —replicó con ironía.

Él levantó la mirada, observándola un segundo más de lo necesario, y algo en sus ojos hizo que su estómago se tensara.

—Aunque sería prudente —añadió con calma—. Mis hombres son disciplinados, pero no ciegos.

Uno de los guardias tosió, intentando disimular.

Elira se indignó.

—¿Estás diciendo que no pueden controlar…?

—Estoy diciendo —la interrumpió él, caminando finalmente hacia la cocina—, que prefiero evitar situaciones innecesarias. —Se detuvo frente a ella, demasiado cerca—. Especialmente cuando llevas mi ropa puesta.

Elira levantó la barbilla.

—Quizá debería comprarme camisetas más grandes entonces —bromeó. El silencio se volvió pesado y eléctrico. Uno de los hombres decidió que necesitaba revisar urgentemente algo al otro lado de la habitación. Elira dio un sorbo a su café, intentando recuperar la compostura—. No sabía que eras celoso, señor Petrov.

—No lo soy. —Hubo una pausa—. Soy posesivo.

La respuesta fue tan directa que ella casi se atragantó.

—Eso no ayuda.

—No pretendo ayudar —replicó él con aquella calma que lo caracterizaba.

Elira dejó la taza sobre la encimera con una expresión decidida y abrió uno de los armarios buscando algo que cocinar. Necesitaba hacer algo normal, algo cotidiano que le recordara que su vida no giraba únicamente alrededor de armas, vigilancia y mafiosos.

—Voy a hacer el desayuno —anunció, más para sí misma que para los demás.

Un silencio incómodo cayó detrás de ella.

Uno de los hombres intercambió una mirada rápida con otro.

Mikhail arqueó una ceja.

—¿Sabes cocinar?

Elira giró lentamente la cabeza hacia él.

—Claro que sé cocinar.

—Eso no ha sonado convincente.

Ella tomó una sartén con demasiada energía.

—No necesito tu aprobación para freír unos huevos.

—No —respondió él con calma—. Pero sí necesito saber si debo llamar a emergencias antes o después.

—¡Qué gracioso!

Encendió el fuego y el aceite chisporroteó de inmediato.

Uno de los guardias dio un paso atrás en un acto reflejo.

—Relájate —murmuró ella—. No voy a incendiar el ático.

Mikhail la observó durante unos segundos, evaluando cada movimiento como si estuviera viendo una operación delicada.

—Eso es exactamente lo que diría alguien a punto de incendiar el ático.

Ella entornó los ojos.

—Sal de mi cocina.

—Es mi cocina.

—Ahora es nuestra cocina.

Una sonrisa apareció en los labios de Mikhail.

—Buena observación.

El huevo cayó en la sartén… y el aceite chisporroteó sin control.

Elira dio un respingo.

Mikhail avanzó inmediatamente, apagando el fuego con un gesto rápido y retirando la sartén con una eficiencia que hizo que ella frunciera el ceño.

—Vale —admitió ella—. Quizá el fuego estaba un poco fuerte.

—Quizá —repitió él con ironía. —Se inclinó hacia uno de sus hombres—. Cuando me vaya, asegúrate de que no cocina nada que implique encender los fogones.

Elira lo miró con incredulidad.

—¡Oye!

—Quiero una esposa viva cuando vuelva —añadió él con total tranquilidad.

Ella cruzó los brazos.

—Estás muy bromista hoy.

Mikhail la miró unos segundos, acercándose lo suficiente para bajar la voz.

—Solo contigo. —La respuesta la dejó momentáneamente sin palabras. Se inclinó entonces y la besó con descaro suficiente para

que su pulso se acelerara de nuevo—. Tengo que ir al puerto —murmuró contra sus labios.

Ella asintió despacio.

—Ten cuidado.

Él sostuvo su mirada un segundo más.

—Siempre.

Se separó, caminando hacia la salida mientras sus hombres se preparaban para acompañarlo. Antes de cruzar la puerta, se detuvo y volvió la cabeza hacia ella.

—Cuando vuelva… tenemos una promesa pendiente de ejecutar.

Elira alzó una ceja.

—¿Otra?

—Y una conversación sobre límites —añadió con calma peligrosa.

—No me amenaces —dijo ella cogiendo otra sartén.

—No es una amenaza…

La puerta se cerró tras él.

El silencio volvió al ático.

Elira se quedó allí, con una sonrisa que no terminaba de entender y con la sensación creciente de que cada vez era más difícil fingir que aquello era solo un acuerdo entre capos mafiosos para garantizar su seguridad.



19

El vehículo avanzaba por las calles de Barcelona con una precisión silenciosa mientras la ciudad despertaba lentamente bajo una luz grisácea. Mikhail permanecía en el asiento trasero, inmóvil, observando el exterior sin verlo realmente. Su mente seguía dividida entre dos lugares: el ático que acababa de dejar atrás y el puerto que lo esperaba.

La reunión con Alessandro había confirmado algo que ya sospechaba.

Movimiento, había demasiado movimiento.

Sergei giró hacia una avenida más amplia y el paisaje urbano comenzó a transformarse en estructuras industriales, contenedores apilados y grúas gigantes que dominaban el horizonte como esqueletos de acero. El aire parecía distinto allí, más denso, cargado de sal y de secretos.

—Perímetro limpio —informó uno de los hombres por el auricular.

Mikhail asintió.

El vehículo se detuvo cerca de un almacén discreto, aparentemente abandonado. Desde fuera no llamaba la atención, pero él sabía leer las señales: vehículos colocados estratégicamente, hombres vigilando sin parecerlo, sombras que se movían donde nadie más miraría.

Bajó del vehículo con calma, ajustándose la chaqueta mientras sus ojos recorrían el entorno.

Todo estaba en orden, demasiado en orden.

Entró en el almacén acompañado por Sergei y dos hombres más. Dentro, el sonido metálico de pasos resonó contra las paredes altas mientras varios miembros de su equipo trabajaban alrededor de una mesa improvisada cubierta con planos y fotografías.

Alekséi levantó la mirada desde el otro lado.

—Llegas tarde.

—Llegas temprano —respondió Mikhail sin emoción.

Se acercó y observó las imágenes: rostros, matrículas, mapas de zonas portuarias marcadas con círculos rojos.

—Chinos —dijo simplemente.

Alekséi asintió.

—Más de los habituales. Han estado entrando y saliendo durante las últimas semanas usando empresas pantalla.

Mikhail recorrió con la mirada las fotografías, una por una, hasta detenerse en una en particular: un hombre de perfil, con traje oscuro y expresión fría.

Kai Chen, no necesitaba confirmación, lo sabía.

—Se están reorganizando —murmuró.

—O preparando algo —añadió Alekséi.

Mikhail apoyó ambas manos sobre la mesa, inclinándose ligeramente.

—No busca guerra abierta. Si quisiera eso, ya habría atacado directamente.

—Entonces quiere algo específico.

Hubo un silencio, pues ambos sabían la respuesta: Elira.

La mandíbula de Mikhail se tensó.

—Ayer casi lo consiguen —dijo finalmente.

Alekséi lo miró con atención.

—¿Cómo está ella?

Hubo un segundo de pausa.

—Bien —respondió—. Pero no volverá a pasar.

Uno de los hombres se acercó con un teléfono.

—Interceptación de comunicaciones hace veinte minutos. Mencionan una "reunión fallida" y nuevas instrucciones.

Mikhail tomó el dispositivo, escuchando en silencio. Una voz en mandarín, tensa, nerviosa.

Fallaron, buscaban otra oportunidad.

El ambiente se volvió más pesado.

Mikhail dejó el teléfono lentamente sobre la mesa.

—No se va a detener.

—No —respondió Alekséi.

Un silencio breve se instaló entre ellos antes de que Mikhail hablara de nuevo, más bajo.

—Entonces nosotros tampoco. —Levantó la mirada hacia sus hombres—. Quiero saber cada lugar donde puedan esconderse. Restaurantes, clubes, almacenes, todo. Si Kai Chen cree que puede tocar a mi esposa, vamos a recordarle dónde está su límite.

El silencio se mantuvo unos segundos más sobre la mesa improvisada del almacén mientras las fotografías y los mapas parecían cobrar un peso distinto. Alekséi apoyó una mano sobre la superficie metálica, observando el rostro congelado en la imagen.

—Tenemos que averiguar dónde está Kai Chen —dijo finalmente —. Si está reorganizando a la tríada, no podemos esperar a que vuelva a moverse primero.

Mikhail no respondió de inmediato.

Sus dedos recorrieron lentamente el borde del plano, como si siguiera una línea invisible que solo él veía. La calma de su expresión era engañosa; quienes lo conocían sabían que esa quietud precedía siempre a algo decisivo.

—Creo que ya sé dónde está.

Alekséi levantó la mirada, confundido.

—¿Qué?

Mikhail alzó el mentón hacia Nikolau.

—El hombre que dejé con vida tras el intento de secuestro de Elira. —Alekséi frunció el ceño—. Lo dejé marchar. Le pedí a Nikolau que no lo perdiera de vista cuando lo soltaron. Quería ver quién lo recogía… y adónde volvía.

Nikolau asintió desde un lado.

—Zona alta, edificio discreto. No parecía la base principal, pero sí un punto de reunión —explicó este.

Mikhail señaló una parte del mapa.

—Aquí.

Alekséi observó el lugar unos segundos y su expresión cambió lentamente.

—Con la llamada interceptada y el movimiento chino de las últimas horas…

—Es la tríada —terminó Mikhail.

Un silencio plomizo cayó sobre el grupo. Alekséi pasó la mano por su barba, pensativo.

—El Dragón Rojo… Mei Chen.

Mikhail alzó la mirada.

—Sí.

—Si Mei Chen murió en el ático… —continuó Alekséi lentamente —, entonces quien esté moviendo los hilos ahora debe de ser alguien muy cercano. Un hermano. Familia directa. Tiene su mismo apellido.

Mikhail asintió.

—Kai Chen.

El nombre quedó suspendido en el aire como una sentencia.

Durante unos segundos nadie habló. El ambiente dentro del almacén se volvió más denso, más oscuro, como si todos fueran conscientes de que acababan de cruzar una línea invisible.

Mikhail se irguió completamente. La decisión ya estaba tomada.

Miró primero a Nikolau y luego a Alekséi.

—Prepara a todos. —No alzó la voz, no hacía falta—. Vamos a hacerle una visita.

Alekséi sonrió reconociendo aquel tono.

—¿Ahora?

Los ojos claros de Mikhail brillaron con determinación.

—Creo que Kai Chen y yo tenemos una conversación pendiente… —hizo una pausa mínima, suficiente para que el peso de sus palabras se asentara—, y no soy un hombre al que le guste esperar cuando alguien intenta tocar lo que no es suyo.

Nikolau ya estaba dando órdenes.

Los hombres comenzaron a moverse con rapidez disciplinada, recogiendo armas, revisando comunicadores y preparándose sin necesidad de dar más explicaciones.

Mikhail se giró hacia la salida sin mirar atrás.

El aire frío del puerto lo recibió cuando salió del almacén. Caminó hacia el todoterreno negro mientras la ciudad parecía contener la respiración.

Abrió la puerta trasera y se detuvo un segundo antes de entrar, mirando el horizonte industrial.

Entonces habló, más bajo, casi para sí mismo.

—No habrá avisos.

Subió al vehículo, cerró la puerta y el motor arrancó.

El interior del todoterreno permanecía en silencio mientras Barcelona se deslizaba al otro lado de las ventanillas como una ciudad ajena, distante, incapaz de percibir la violencia que se aproximaba hacia uno de sus barrios más exclusivos. Alekséi y Mikhail viajaban en el asiento trasero, ambos inclinados ligeramente hacia delante, atentos, mientras Sergei conducía moviéndose entre el tráfico sin brusquedad, pero sin perder tiempo. Detrás de ellos, dos vehículos más mantenían la formación, con hombres armados en su interior preparados para actuar.

Sergei sabía exactamente a dónde dirigirse por las explicaciones de Nikolau, pues este había seguido al hombre hasta allí, manteniendo la distancia justa para no levantar sospechas, registrando entradas, salidas, horarios y rostros. No era un edificio cualquiera, era discreto, caro, silencioso, el tipo de lugar donde alguien que no quería llamar la atención podía esconderse a plena vista.

Las fotografías de Kai Chen habían sido reveladoras. Alto, delgado, mirada fría y calculadora, un hombre que no buscaba espectáculo, sino control. Había vivido bajo la sombra de su hermana Mei Chen, el Dragón Rojo, pero ahora la sombra había desaparecido y él parecía dispuesto a ocupar su lugar. Mikhail observó mentalmente esa transición con desprecio contenido. No iba a suceder. No mientras creyera que podía amenazar lo que era suyo.

—¿Qué hacemos cuando lleguemos? —preguntó Alekséi finalmente, rompiendo el silencio sin apartar la mirada de la calle.

Mikhail no respondió de inmediato. Sacó una pistola de su cinturón con movimientos tranquilos, casi ceremoniales, comprobando el cargador con precisión mecánica. El clic metálico resonó dentro del todoterreno.

—Creo que es obvio —respondió sin alzar la voz—. A Elira no la toca nadie.

Alekséi lo observó de reojo con una leve sonrisa apareciendo en su rostro.

—Te estás tomando muy en serio esa alianza.

Mikhail levantó la mirada hacia él lentamente.

—No es un tema de alianzas —dijo con calma—. El asunto es que han amenazado a mi mujer. A mi esposa.

La última palabra quedó impregnada de algo más profundo, algo que Alekséi detectó al instante.

—Vaya… —murmuró—. Cualquiera diría que empiezas a tener sentimientos.

Mikhail sostuvo su mirada unos segundos, sin negarlo ni confirmarlo abiertamente.

—Cuando algo entra en mi vida… deja de ser negociable.

No hizo falta añadir nada más.

Alekséi asintió.

—Entendido.

Mikhail activó el comunicador del vehículo.

—Escuchad todos —dijo con voz firme y fría—. Entramos rápido. Sin ruido innecesario. Dos hombres cubren la salida trasera, otros dos conmigo y con Alekséi. Nadie dispara si no es preciso. —Una pausa—. Que nadie mate a Kai Chen —añadió después—. Quiero hacerlo yo.

La orden no admitía discusión.

Apoyó la cabeza ligeramente contra el respaldo mientras el todoterreno giraba hacia una calle más tranquila. Pensó en Elira, en el momento exacto en que casi la habían arrancado de su lado, en la idea insoportable de llegar tarde, de no encontrarla, de imaginar sus manos atadas en algún lugar oscuro… y algo dentro de él se volvió

más frío, más definitivo. Nadie tocaba lo que era suyo. Nadie. Y Elira ya no era solo una alianza ni una promesa política, era su esposa, la mujer que había elegido proteger, la única que había conseguido alterar su equilibrio, el equilibrio de un hombre que siempre había vivido sin necesitar a nadie. Pensar que alguien había intentado llevársela le había atravesado como un disparo silencioso. No habría segundas oportunidades. Con ella, no.

El vehículo se detuvo finalmente frente a un edificio elegante situado en Pedralbes, discreto pero rodeado de lujo silencioso. Las puertas se abrieron casi al mismo tiempo. Mikhail salió primero, ajustándose la chaqueta mientras cuatro hombres más descendían de los otros vehículos.

—No os alejéis —indicó con calma—. Será rápido.

Alekséi caminó a su lado mientras cruzaban la acera.

El portal se abrió y entraron.

El vestíbulo del edificio olía a mármol recién pulido y a silencio caro. Alekséi se detuvo frente a los buzones, recorriéndolos con la mirada mientras Mikhail vigilaba la puerta con la calma tensa de quien ya ha decidido cómo terminará el día. Ninguno llevaba el nombre de Kai Chen. Ninguno chino. Ninguno sospechoso. Hasta que uno llamó la atención de Alekséi.

—Jordi Casamada —murmuró.

Mikhail giró la cabeza.

—¿Y?

—El Patufet —respondió Alekséi en voz baja—. Alquilaba locales al Dragón Rojo para sus prostíbulos. La tapadera perfecta.

Los ojos claros de Mikhail se oscurecieron un poco.

—Debe de ser ese.

Miró a sus hombres.

—Tercero primera —informó Alekséi sin dudar.

Subieron por las escaleras sin usar el ascensor, con las armas ya desenfundadas pero pegadas al cuerpo, dando pasos amortiguados y efectuando respiraciones controladas. No había conversación, no la necesitaban. Aquellos hombres estaban entrenados. Varios habían pasado años en el ejército antes de entrar en la bratva y se movían como una unidad, sin vacilaciones, sigilosos.

Se posicionaron a ambos lados de la puerta y Alekséi hizo una señal con la mano.

—Nikolau.

El aludido se adelantó, sacando un pequeño estuche de herramientas con precisión e incluso elegancia. Se agachó y manipuló la cerradura con movimientos rápidos y exactos. No pasaron ni treinta segundos cuando un clic seco anunció que estaba abierta.

Mikhail no esperó.

Empujó la puerta y entró primero, apuntando a izquierda y derecha con el arma mientras la otra mano descendía a su cinturón para extraer una segunda pistola. Dos direcciones, dos líneas de tiro y una mirada fría. El resto entró detrás de él, cerrando la puerta sin hacer el menor ruido.

El piso estaba en penumbra, ordenado… demasiado ordenado.

Mikhail avanzó por el pasillo señalando con un gesto mínimo que se dividieran. Dos hombres hacia la derecha, otros dos cubriendo la entrada y Alekséi tomó la cocina.

Todo en silencio, como militares en una operación nocturna.

Mikhail abrió la primera puerta de una patada y apuntó al interior. Vacía. Segunda habitación, vacía también, aunque una silla estaba ligeramente desplazada, señal de que alguien había estado allí hacía poco.

—Limpio —escuchó por el pinganillo.

Avanzó hacia otra habitación con el arma firme y la respiración lenta. En su interior había una cama sin hacer, ropa masculina sobre una silla y el aire todavía conservaba olor reciente a colonia.

Resopló con frustración contenida.

Llegaban tarde.

Salió al pasillo justo cuando Alekséi apareció desde la cocina.

—Hay café —dijo—. Frío, pero reciente.

Mikhail recorrió el espacio una última vez con la mirada, evaluando distancias, salidas y posibles escondites.

—Se ha movido —dijo simplemente—. Vámonos.

Guardó ambas armas en el cinturón con calma mientras caminaba hacia la puerta.

—Uno se queda —ordenó—. Vigilancia constante. Entrada y salida. En cuanto veáis algo sospechoso, me aviséis.

Nikolau dio un paso al frente.

—Yo me quedo.

Mikhail lo miró fijamente.

—No hagas nada. Kai es mío.

Nikolau sostuvo la mirada un segundo y asintió con respeto.

—Por supuesto.

Alekséi activó el comunicador para avisar a Sergei y a los conductores.

—Recogednos. Piso limpio.

Salieron del edificio con la misma discreción con la que habían entrado. Segundos después, los automóviles aparecieron y se fundieron con el tráfico de Barcelona, como si nada hubiera ocurrido.

Desde el asiento trasero, Mikhail miró por la ventanilla con la mandíbula tensa. Kai Chen había sido lo bastante inteligente como para moverse, pero no lo suficiente como para desaparecer; y, en cuanto lo encontrara, esta vez no habría café frío, solo sangre caliente.



20

El ático estaba demasiado silencioso.

Elira llevaba horas intentando fingir que no notaba las miradas discretas de los vigilantes, sentados en puntos estratégicos como estatuas entrenadas para no existir. Había encendido la televisión, cambiado de canal varias veces sin prestar atención real y, finalmente, la había dejado de fondo solo para romper el silencio.

Pero el silencio seguía ahí, pesado y aburrido.

Había entrado en la habitación de Mikhail, su habitación ahora también, aunque todavía le costaba pensarlo así, y se había detenido frente a la estantería. Tenía varios libros perfectamente alineados: clásicos rusos, ensayos, historia militar, estrategia… Había pasado los dedos por los lomos con curiosidad, intentando descifrar títulos imposibles.

—Genial —murmuró—. Casada con un hombre que lee cosas que no entiendo.

Suspiró y volvió al comedor.

Los vigilantes apenas levantaron la mirada cuando ella apareció. No sabían muy bien dónde ubicarla dentro de su esquema mental. No era una amenaza, pero tampoco era invisible.

Se quedó frente a ellos unos segundos.

Ellos la miraron y ella los miró.

—¿Qué soléis hacer para distraeros? —preguntó finalmente.

Uno de ellos parpadeó.

—Estamos trabajando, señora.

—Ya sé que estáis trabajando —respondió ella con un suspiro exagerado—. Yo también he trabajado. Pero cuando no pasa nada… ¿qué hacéis?

Hubo un silencio incómodo.

—Vigilamos —respondió otro con total seriedad.

Elira entornó los ojos.

—Apasionante. —Resopló y se giró hacia el pasillo—. Me voy a duchar.

Nadie respondió, pero todos escucharon.

Cerró la puerta del baño de la suite y, por primera vez en horas, sintió que el aire dejaba de pesarle como una losa. El baño era amplio, elegante, con mármol oscuro y una bañera de hidromasaje que parecía diseñada para olvidar el mundo exterior.

Mejor eso que seguir mirando a hombres armados que fingían no existir.

Abrió el grifo y dejó que el agua comenzara a llenar la bañera redondeada mientras añadía un generoso chorro de jabón y unas sales aromáticas. La espuma empezó a elevarse lentamente y el vapor suavizó el ambiente. Se quitó la ropa con lentitud, no por sensualidad, sino por cansancio, y se metió dentro del agua caliente dejando escapar un suspiro que parecía arrastrar el hastío de las últimas horas.

Cerró los ojos y suspiró. El silencio allí era distinto, más amable.

Sin quererlo, su mente volvió a él, a Mikhail.

¿Dónde estaría exactamente en ese momento? ¿En el puerto? ¿En una reunión? ¿Rodeado de hombres armados? Siempre era tan firme y tan seguro.

Recordó cómo la había mirado aquella mañana, cómo había sonreído apenas, cómo la había besado antes de marcharse prometiendo que volvería.

Aquella promesa había sido simple, pero había sonado real.

Se hundió un poco más en el agua.

No le gustaba admitirlo, ni siquiera ante sí misma, pero empezaba a ser demasiado importante. Estaba demasiado presente en su cabeza. Pensaba en lo que hacía, en si estaría bien, en si se

metería en problemas… pensaba en sus manos y en su voz cuando bajaba el tono solo para ella. Pensaba en lo fácil que había sido sentirse segura entre sus brazos después del caos.

Ella siempre había querido una vida normal, lejos de mafias, lejos de violencia y lejos de hombres que resolvían los problemas con pistolas. Sin embargo, ahora esperaba a que él volviera, esperaba escuchar la puerta y su presencia llenando el espacio.

Abrió los ojos y miró el techo cubierto de vapor.

—Esto es peligroso —murmuró para sí misma.

No el hidromasaje, no la seguridad… él.

El verdadero riesgo no era la tríada china, sino enamorarse del hombre que podía destruir el mundo por ella.

El sonido de la puerta del ático al abrirse pasó desapercibido bajo la música suave que llenaba el ambiente, una melodía tranquila que contrastaba demasiado con la energía que Mikhail traía consigo. Entró con paso firme, quitándose la chaqueta mientras sus ojos recorrían el espacio con la costumbre automática de quien siempre evalúa salidas, posiciones y riesgos.

Los vigilantes de seguridad levantaron la mirada de inmediato.

—¿Dónde está? —preguntó sin rodeos.

Uno de ellos carraspeó ligeramente.

—La señora Petrova dijo que iba a ducharse.

Mikhail asintió, como si aquello encajara con algo que ya esperaba y, sin añadir nada más, caminó hacia el pasillo. Sus pasos eran silenciosos pero decididos, la tensión de las últimas horas todavía se adhería a su cuerpo.

Al llegar a la puerta del baño, se detuvo un segundo y escuchó.

Música suave y agua moviéndose, así como el leve sonido del hidromasaje en funcionamiento.

Abrió la puerta sin anunciarse, entró y la cerró tras él.

Elira se giró sobresaltada dentro de la bañera, el vapor envolvía la estancia y el cabello ligeramente húmedo cubría sus hombros.

—¿Ya has llegado? —preguntó sorprendida.

—Eso parece —respondió él con calma.

Sin apartar la mirada de ella, comenzó a desabotonarse la camisa con movimientos lentos, naturales, como si aquello fuera lo

más lógico del mundo.

Ella parpadeó, incrédula.

—¿Qué haces?

Mikhail dejó la camisa a un lado.

—¿Tú qué crees? —respondió con una leve curva en los labios—. Te dije que teníamos cosas pendientes de las que hablar… y no me gusta dejar asuntos sin zanjar.

Elira rio, una risa a medio camino entre nerviosa y divertida.

—No recuerdo que habláramos de… esto.

—Entonces escucharías solo la mitad.

Se deshizo del resto de la ropa sin prisa, como si cada movimiento estuviera calculado para desarmarla más. El vapor dibujaba líneas suaves sobre su piel, resaltando la amplitud de sus hombros, la firmeza de su torso y las cicatrices discretas que hablaban de un pasado que nunca explicaba. Había algo casi intimidante en su presencia, una mezcla de peligro y control que hacía difícil apartar la mirada.

El agua se agitó cuando entró en la bañera y el nivel subió ligeramente, acercándolos más de lo que ella esperaba.

Elira se apartó por reflejo.

Mikhail la sujetó por la cintura con firmeza tranquila.

—No te escapes —murmuró con un tono bajo que vibró entre ellos—. No después de hacerme volver antes de lo previsto.

Ella alzó una ceja.

—¿Acaso podría?

Sus ojos claros brillaron.

—No —respondió acercándose un poco más—. Tampoco deberías pensarlo siquiera.

La música seguía sonando mientras el agua caliente los envolvía y, por primera vez desde que había salido esa mañana, la tensión en los hombros de Mikhail pareció aflojarse… como si volver a ella fuera el único lugar donde realmente podía bajar la guardia.

El agua caliente rodeaba sus cuerpos mientras las burbujas rompían suavemente contra la superficie, creando una calma engañosa que contrastaba demasiado con la intensidad silenciosa

que crecía entre ellos. Mikhail no soltó su cintura. No era una sujeción brusca, pero tampoco era algo que pudiera ignorarse.

Elira lo miró de reojo.

—¿Siempre entras así en los baños ajenos?

—No —respondió él sin dudar—. Solo cuando mi esposa está dentro.

Aquella palabra volvió a quedar suspendida entre ellos, cargada de significado.

Ella resopló suavemente, intentando aparentar normalidad mientras apartaba un mechón húmedo de su rostro.

—Sigues usando eso como argumento para todo.

—Funciona —replicó él con calma, alzando las cejas con un gesto divertido.

La observó unos segundos en silencio, recorriendo su expresión como si buscara algo más profundo que una simple conversación. Sus dedos se deslizaron ligeramente sobre su cintura, apenas perceptibles, pero lo suficiente como para acelerar el pulso de ella.

—Has estado pensando demasiado —dijo Mikhail finalmente.

Elira frunció el ceño.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque cuando piensas demasiado arrugas el entrecejo —respondió, casi con humor—. Y porque cuando entré parecías estar lejos.

Ella dudó un segundo antes de responder.

—No estoy acostumbrada a… esto.

—¿A qué?

—A esperar a alguien —admitió en voz baja—. A preguntarme qué está haciendo. A preocuparme.

Mikhail se mantuvo en silencio unos segundos. Sus ojos claros se suavizaron, aunque su expresión seguía siendo seria.

—Yo tampoco —confesó al final.

Aquello la sorprendió más que cualquier otra cosa que hubiera dicho.

—¿No?

—No espero a nadie —dijo con sinceridad tranquila—. La gente me espera a mí. —Elira sonrió levemente y puso los ojos en blanco.

Él inclinó la cabeza—. Pero hoy… —añadió despacio—, mientras volvía, solo pensaba en llegar aquí.

No era una declaración directa. No era romántica en el sentido tradicional, pero resultaba imposible ignorarla.

Mikhail dejó escapar un suspiro, apoyando la espalda contra el borde del jacuzzi, sin soltarla.

—Hoy he estado cerca de encontrar a Kai Chen.

Elira tensó ligeramente los hombros.

—¿Y?

—No estaba allí —respondió con frialdad—. Pero lo estará pronto. Y cuando esté… todo esto terminará.

Había algo oscuro en su voz. Ella lo observó con atención.

—Cuando hablas así das miedo.

Una leve sonrisa apareció en él.

—No a ti.

—No estés tan seguro.

Mikhail ladeó la cabeza, estudiándola.

—Creo que eres la única persona en el mundo que no tiene por qué temerme. —Ella no respondió. Sus dedos subieron lentamente desde su cintura hasta su espalda, acercándola un poco más, pero sin presión—. Escucha —dijo entonces bajando el tono de voz—. No voy a romper lo que estamos construyendo por la guerra que tengo fuera. Aquí… eres solo tú. —Se acercó y la besó en los labios con ternura para luego volver a apoyarse contra la bañera y cerrar los ojos, intentando relajarse.

El silencio volvió a instalarse entre ellos, pero ya no era un silencio neutro. Era uno cargado de preguntas que todavía no habían sido formuladas y respuestas que quizá ninguno estaba preparado para escuchar. Elira lo observó unos segundos más, estudiando su rostro con una atención nueva, más pausada, como si estuviera intentando atravesar las capas que él mostraba al mundo.

Se humedeció los labios antes de hablar.

—¿Puedo preguntarte algo más… y responderás de verdad?

Mikhail la miró intrigado, pero sin dejarse intimidar.

—Depende de la pregunta.

Ella ladeó la cabeza ligeramente.

—¿Has amado alguna vez?

La pregunta cayó entre ellos como un disparo silencioso.

Los dedos de Mikhail se detuvieron en su espalda.

No se apartó. No cambió su postura, pero algo en su mirada se volvió más distante durante un segundo.

—No —respondió finalmente. Directo y sin adornos.

Elira frunció el ceño.

—¿Nunca?

—He tenido mujeres —añadió él con tranquilidad—. Relaciones útiles. Alianzas. Necesidades físicas. Pero amar… —negó levemente con la cabeza—, no era práctico.

Ella sonrió con cierta tristeza.

—Claro. Demasiado… humano.

Él sostuvo su mirada.

—Demasiado… peligroso. Arriesgado.

Aquella respuesta fue más honesta de lo que ella esperaba.

—¿Y ahora?

La pregunta surgió antes de que pudiera detenerla.

Mikhail no respondió enseguida. Sus ojos claros descendieron hasta sus labios y luego volvieron a mirarla, como si evaluara qué decir y qué no.

—Ahora estoy aprendiendo cosas nuevas —murmuró finalmente.

No dijo la palabra, pero la dejó flotando entre ellos.

Elira sintió cómo algo se apretaba dentro de su pecho.

—¿Siempre hablas como si estuvieras negociando?

—Siempre estoy negociando.

—¿Incluso conmigo?

Mikhail inclinó la cabeza ligeramente.

—Especialmente contigo.

Elira soltó una pequeña risa y bajó la mirada un instante, notando cómo su propia guardia comenzaba a caer sin que lo decidiera conscientemente.

—Entonces voy a hacerte una pregunta peligrosa —dijo.

—Adelante.

Ella respiró hondo.

—Si no hubiera habido alianza… si no hubiera guerra… ¿me habrías elegido igualmente?

El silencio que siguió fue distinto a todos los anteriores, más crudo.

Mikhail no apartó la mirada y, por primera vez desde que ella lo conocía, pareció tomarse un segundo extra antes de responder.

—Sí.

La respuesta fue inmediata cuando llegó, firme y sin un atisbo de duda.

Elira parpadeó.

—Has contestado demasiado rápido.

—Porque es verdad.

La forma en que lo dijo desarmaba cualquier intento de bromear.

Ella sintió cómo el corazón le golpeaba más fuerte.

—¿Por qué?

Mikhail acercó su rostro al de ella un poco más.

—Porque no te inclinas ante mí —dijo con calma—. Porque discutes, porque intentas huir y, aun así, vuelves, porque cuando me miras no ves al líder de la bratva… ves a un hombre.

Elira tragó saliva, se acercó a él y lo besó, primero con una decisión suave, casi tímida, como si quisiera tantear el terreno, pero Mikhail no dejó que aquel beso terminara así. Cuando ella intentó apartarse, su mano subió lentamente hasta su nuca, firme y segura, manteniéndola allí, alargando el contacto hasta convertirlo en algo más intenso, más posesivo.

El beso creció más lento y profundo.

Su otra mano descendió hasta su cintura y, sin romper el ritmo, la guio hasta sentarla sobre sus piernas. El movimiento fue natural y ella dejó escapar un leve suspiro contra sus labios mientras sus manos buscaban apoyo en sus hombros.

Él flexionó ligeramente las piernas, acercándola más, atrapándola entre sus brazos con una seguridad que hacía imposible ignorar la fuerza que contenía. Sus labios abandonaron los suyos apenas un instante después, descendiendo por su mandíbula, su garganta, y dejando un reguero de besos que la hicieron arquearse sin darse cuenta.

Elira enredó los dedos en su cabello, sintiendo cómo el calor crecía entre ellos, cómo cada gesto suyo parecía estudiado para hacerle perder el control poco a poco.

Mikhail inclinó su cuerpo hacia atrás, llevándola con él, manteniéndola sujeta mientras exploraba su piel con lentitud, como si estuviera saboreando cada reacción. El sonido suave de su respiración se mezcló con la música del baño y el murmullo del agua, creando un espacio casi irreal donde el mundo exterior dejó de existir.

Ella intentó contener un gemido, consciente de que fuera había hombres vigilando, pero a Mikhail parecía no importarle lo más mínimo. Su atención estaba completamente en ella, en sus respuestas, en cada pequeño gesto que revelaba cuánto le estaba afectando.

Volvió a buscar su boca, besándola con intensidad renovada, y Elira respondió sin reservas, presionándose contra él sin pensar, sintiendo cómo la cercanía, el calor y la tensión acumulada entre ambos comenzaban a romper las últimas barreras que todavía intentaban mantener en pie. Sentir su pecho presionado contra el suyo hizo que su piel se erizase.

Durante un instante todo desapareció.

No había guerra, no había vigilancia… solo ellos.

Mikhail llevó sus manos hasta el trasero de ella, apretándolo y luego elevándolo un poco para poder introducir su mano por debajo, comenzando a acariciarla. Ella gimió y él sonrió.

Elira arqueó su espalda mientras cerraba los ojos al sentir la suave caricia y cómo un dedo comenzaba a entrar en su interior.

—Vas a provocar que… —suspiró—, que toda la vigilancia se… —esta vez gimió cuando lo sintió totalmente en el interior—, se entere —acabó con tono agudo.

Mikhail se movió hacia ella como un animal, atrapando con su otro brazo su cintura y atrayéndola hacia él mientras besaba su cuello y deslizaba su lengua por él.

—Que escuchen que estás conmigo también los mantiene en su sitio —susurró como si no le importase, con voz grave—. Así saben quién manda aquí… y que eres mía.

Comenzó a mover su mano con más rapidez mientras mordisqueaba su cuello y ella se sujetaba a su brazo intentando contener los gemidos, aunque poco podía reprimirlos. El placer era tan extremo que pensó que no podría soportarlo. Se abrazó a él jadeando y ocultando su rostro en su hombro, con su respiración acelerada, sujetándose con fuerza.

—Mikhail… —susurró sin apartar su frente de su hombro, hundiendo sus dedos en su hombro. Mikhail la sujetó con fuerza, rodeando su cintura mientras seguía con sus movimientos. Ella gimió de nuevo e intentó inspirar hondo mientras echaba la cabeza hacia atrás—. Es… demasiado —dijo entre jadeos.

—No he hecho más que comenzar contigo —dijo antes de atraparle los labios de nuevo y besarla con intensidad.

Ella apoyó sus manos en sus hombros y comenzó a moverse sobre su mano mientras él seguía moviendo sus dedos en su interior, saliendo y entrando con intensidad.

El placer era tan intenso que era casi insoportable. Mikhail sabía perfectamente cómo hacer que enloqueciese. Elira dejó que su mano descendiera lentamente, como guiada por un impulso que no terminaba de comprender. Recorrió su pecho con delicadeza, siguió el contorno de su abdomen y, al llegar más abajo, se detuvo un instante, como si dudara. Su respiración se volvió más profunda, y en ese pequeño gesto se concentró toda la tensión contenida del momento. Esta vez no hizo falta que él se lo pidiese. Rodeó su miembro con su mano y comenzó a moverla también.

Mikhail gruñó y echó su cabeza atrás mientras suspiraba por el placer que también sentía al notar la mano de Elira rodeándole el miembro, apretándolo levemente, subiendo y bajando. Comenzó despacio, pero luego igualó el ritmo al de Mikhail tocando el sexo de ella, acompasando los movimientos.

Verlo echar la cabeza atrás y cerrar los ojos, deleitándose en lo que ella hacía, le provocó un placer aún más intenso. Sí, ella también podía hacer que él enloqueciese con solo unos movimientos en una zona tan erógena.

Elira cerró los ojos y sucumbió al placer que recibía y también al que daba. Ya no se molestaba en controlar los gemidos, ya no le

importaba que los vigilantes de seguridad de su apartamento fueran conscientes de lo que estaba ocurriendo en el interior de aquel lavabo.

En el exterior, dos de los encargados de seguridad intercambiaron una mirada fugaz. Uno de ellos tensó la mandíbula mientras el otro desviaba la vista hacia el final del pasillo. Sin mediar palabra, ambos se apartaron discretamente de la puerta. Desde el interior llegaban sonidos cada vez más evidentes, imposibles de ignorar. Ninguno quiso comentar lo obvio. Bastó un leve gesto para entender que aquel no era un lugar donde debieran permanecer.

Mikhail y Elira se besaron de nuevo con un frenesí enloquecido, promovido por el placer que se daban el uno al otro.

En un determinado momento, Mikhail situó su mano sobre la de Elira y la detuvo, aquello provocó que ella abriese los ojos y lo mirase.

—Ya —susurró con los ojos llenos de pasión y le sonrió. Luego, directamente, se puso de rodillas y situó su mano en su nuca, luego le indicó que se acercase a su miembro—. Hazlo —dijo, aunque no sonó a orden del todo, era más una invitación que un mandato.

Ella comprendió de inmediato.

Se puso de rodillas y volvió a tomar su miembro entre sus dedos. Bajó su cabeza y capturó su miembro con su boca directamente, acariciándolo con su lengua. La mano de él apretó más su nuca al sentir el placer.

Mikhail estiró su cuello hacia atrás y cerró los ojos mientras exhalaba suavemente, sin apartar la mano de la nuca de ella, conduciéndola en sus movimientos.

Elira comenzó a incrementar su velocidad y, en un momento dado, se detuvo y pasó su lengua por su punta, lamiéndola. Aquella fue la primera vez que escuchó a Mikhail gemir, el cual no pudo controlar su placer al tomar su cuerpo el control de su mente. Aquello la alteró más de lo que había imaginado. Él se había entregado por completo en cada instante, ofreciéndole un placer que nunca había reclamado para sí. Aquella era la primera vez en la que el equilibrio cambiaba, en la que toda la atención recaía sobre él. Y ella, lejos de dudarlo, lo aceptó con una entrega serena, casi

luminosa, dispuesta a corresponderle con la misma intensidad que había recibido. Mikhail se había convertido en su marido para protegerla, había matado por ella… y sabía que haría arder el mundo entero con tal de ponerla a salvo. Aquella idea la excitó más de lo que esperaba: un hombre capaz de hacer todo aquello por ella se merecía recibir todo el placer que pudiese brindarle.

Paseó su lengua por todo su largo miembro y luego se lo introdujo de nuevo en la boca, succionando y provocando que él volviese a gemir mientras cogía su cabello y tiraba un poco de él. Comenzó a moverse más rápido mientras escuchaba la respiración cada vez más acelerada de Mikhail que permanecía con los ojos cerrados. Acto seguido, este bajó la cabeza, abrió los ojos y la observó. Su mirada coincidió con la de ella, aunque Elira no se detuvo, sino que lo miró fijamente mientras incrementaba más su velocidad, provocando que él resoplase. Estaba claro que Mikhail no esperaba que ella respondiese con tanto fervor ni que se implicase tanto.

Mikhail acompañó los movimientos de la cabeza de Elira durante unos minutos más en los que ella intentaba darle el mayor placer posible, esmerándose, hasta que Mikhail la apartó con delicadeza y se agachó de nuevo. La cogió por la cintura y la hizo girarse dándole la espalda a él.

—¿Qué haces? —preguntó ella casi susurrando, girando su cuello hacia él.

Mikhail se reclinó hacia ella, uniendo su pecho a su espalda, y llevó sus manos por sus senos hasta sus brazos, haciendo que ella los estirase y se agarrase al límite de la bañera de hidromasaje, reclinándose hacia delante.

Mikhail besó su espalda mientras ella cerraba sus ojos, deleitándose en sus caricias. Luego, él se situó detrás de ella y volvió a introducir un dedo en ella. Elira gimió.

Mikhail se incorporó, situó sus dos manos en sus caderas y comenzó a entrar en ella lentamente.

—Ahora quiero que grites para mí, quiero sentir cómo pierdes el control en mis manos… —Entró de golpe, provocando el primer grito de ella, la cual apretó con fuerza el mármol entre sus dedos—.

Quiero que todo el mundo sepa quién es el hombre que te hace temblar, pero no de miedo, sino de placer —dijo entrando de nuevo con más fuerza.

Ella volvió a gemir, sobre todo cuando Mikhail comenzó a incrementar el ritmo. Esta vez no hubo ternura como en la primera; esta vez ella sintió que aquello era una posesión absoluta, pero no le importó: realmente ya se había rendido a él.

Era completamente suya.

Mikhail la cogió con firmeza de las caderas mientras se movía tras ella con rapidez y fuerza. Elira no pudo controlar los gritos de placer y se sujetó con más fuerza al mármol. Mikhail no estaba siendo nada cuidadoso. Tal como le había dicho, la próxima vez que hicieran el amor se lo haría como se merecía la mujer del líder de la bratva, y, aunque era mucho más brusco que la primera vez, lo estaba disfrutando igual o incluso más. Se encontraba totalmente indefensa, sin poder moverse, pues Mikhail sujetaba sus caderas con fuerza y no tenía nada a qué agarrarse más que el mármol frío de la bañera de hidromasaje. Estaba totalmente a su merced, sobre todo cuando Mikhail rodeó con un brazo su cadera y con la otra mano tomó uno de sus pechos, empujándola hacia arriba para que se pusiese erguida, tocando con su espalda el pecho de él.

Gimió cuando él, sin soltarla, pasó su mano por su pecho y le hizo girar su cuello para besarlo. El placer se volvía cada vez más extremo, pues Mikhail no dejaba de moverse, provocando que parte del agua saliera de la bañera.

Ella alzó sus brazos y los echó hacia atrás por encima de su cabeza para sujetarse a su cuello.

Gritó de placer mientras él incrementaba más la profundidad de sus embestidas y se mordió el labio.

Él situó una mano en su cuello, rodeándolo, y llevó sus labios hasta su oído.

—No te contengas… —susurró—, quiero escuchar cómo pierdes el control conmigo.

La respuesta de ella no se hizo esperar. Fue como una liberación. Los gemidos de ella se hicieron más fuertes mientras él la rodeaba con los brazos, uno siempre en su cadera, como si así evitase que

pudiese huir, y el otro cubriendo sus pechos mientras ella se sujetaba con fuerza a sus brazos.

El último movimiento de Mikhail fue acompañado de un rugido casi salvaje, contenido contra su piel, y después se quedó quieto con el pecho subiendo y bajando con una respiración profunda mientras el silencio volvía a llenar el espacio entre ellos. Elira respiraba acelerada también, temblando ligeramente, y él bajó la cabeza para besarle el cuello con una lentitud nueva, distinta, como si quisiera marcar ese momento en su memoria. Sus labios recorrieron su piel con una mezcla extraña de posesión y reverencia antes de girarla suavemente hacia él y reclamar su boca con un beso profundo, intenso y lleno de algo que iba mucho más allá del deseo.

Mientras la besaba, algo dentro de Mikhail se asentó con una certeza fría y absoluta. Ya no era solo una alianza ni una protección estratégica ni un acuerdo entre mafias. Ella era suya, no en el sentido superficial del poder o del control, sino de esa forma peligrosa en la que alguien se convierte en imprescindible sin que uno se dé cuenta.

La quería. La idea surgió clara, directa, sin adornos y, lejos de asustarlo, lo volvió aún más peligroso. Ahora entendía que cualquiera que intentara tocarla, dañarla o siquiera pronunciar su nombre sin respeto estaba firmando su propia sentencia.

Aquella mujer había cambiado algo en él que no sabía que existía, una mezcla de posesión y devoción que iba más allá del deseo físico. Era una certeza instintiva, profunda, que lo convertía en algo más feroz que nunca.

Sus manos sujetaron suavemente la espalda de Elira, acercándola más, como si quisiera asegurarse de que seguía allí.

—Eres mía… para siempre —murmuró contra sus labios. Su voz era grave, con ese tono que no admitía réplica.

Elira lo miró unos segundos con los ojos brillando todavía por todo lo que acababan de compartir y asintió despacio.

—Sí… lo soy. —Sonrió entonces con esa sonrisa suya que siempre parecía desafiarlo, y añadió con suavidad—. Y tú eres mío también… para siempre.

Mikhail sostuvo su mirada y una leve curva apareció en sus labios antes de inclinar la cabeza.

—Entonces tendrás que acostumbrarte —respondió con calma—, porque cuando soy de alguien… no hay vuelta atrás.

La besó en la frente con una ternura inesperada, casi contradictoria con el hombre que el mundo conocía y, por primera vez en mucho tiempo, permitió que sus ojos se cerraran un segundo, consciente de que aquello que estaba sintiendo no era una debilidad, era una certeza y también una amenaza para cualquiera que se interpusiera entre ellos.



21

La mañana siguiente llegó con una calma engañosa. El ático estaba bañado por una luz suave que entraba por los grandes ventanales, pero para Elira aquello no significaba descanso, significaba movimiento, pasos, hombres que hablaban en voz baja y la sensación constante de que algo siempre estaba ocurriendo detrás de las puertas cerradas. Cuando salió de la habitación, todavía con el cabello húmedo, encontró a Mikhail esperándola, vestido ya con ropa cómoda: pantalones negros y camiseta ajustada que dejaba ver la tensión de sus músculos bajo la tela.

—Hoy entrenas conmigo —anunció sin saludo previo.

Ella arqueó una ceja.

—¿Ni un buenos días? —bromeó ella acercándose, aunque él no respondió, simplemente dio un sorbo a su taza de café—. ¿Eso es una invitación o una orden?

—Una necesidad.

Dicho esto, la condujo hacia una zona del ático que hasta ese momento ella no había explorado: una habitación amplia, convertida en gimnasio privado, con tatami en el suelo, sacos de boxeo, armas de entrenamiento y un espejo enorme que reflejaba sus figuras enfrentadas.

—¿Vas a convertir mi matrimonio en un entrenamiento militar? —murmuró ella.

—Voy a asegurarme de que nadie vuelva a tocarte sin pagar por ello —respondió él con calma—. Vamos a empezar con unos movimientos básicos… —pronunció Mikhail que se situó detrás de ella, corrigiendo su postura con manos firmes sobre sus hombros, guiándola sobre cómo colocar los pies y mantener el equilibrio.

Elira se miró en el espejo y lo cierto es que no imponía nada. Se rio por lo ridícula que se veía, pero borró la sonrisa de su rostro al ver el gesto serio de él.

—De qué poco humor te levantas por las mañanas, ¿no? —ironizó.

—Esto no es una broma ni una juego.

—De acueeerdo —pronunció ella con paciencia adoptando de nuevo la postura—. ¿Mejor?

—No, pero ya verás como poco a poco progresas.

—Tienes mucha confianza en mí.

Le enseñó a romper agarres, a girar la muñeca, a usar el peso del cuerpo en lugar de la fuerza. Elira intentó seguirlo, pero cada vez que creía haberlo hecho bien, él simplemente la desarmaba con un movimiento mínimo, derribándola con facilidad.

—Esto es humillante —resopló ella mientras volvía a levantarse.

—Esto es realidad.

—¿Para qué necesito aprender esto si te tengo a ti? —replicó con una sonrisa provocadora, colocando las manos en su cintura.

Mikhail ladeó la cabeza.

—Porque no siempre estaré a un metro de distancia —dijo suavemente—. Y porque quiero que el primer error de quien intente tocarte sea el último.

La frase le arrancó una sonrisa involuntaria.

Intentó sorprenderlo con un movimiento rápido que él mismo le había enseñado segundos antes, pero él reaccionó aún más rápido, inmovilizándola contra el suelo con un control absoluto, sin hacerle daño.

—Te anticipas demasiado —murmuró cerca de su oído.

—O tú eres demasiado bueno para mí.

—También.

La ayudó a levantarse y el entrenamiento cambió de tono. Sacó un arma desmontada de una mesa lateral y la colocó delante de ella.

—Ahora esto.

Elira lo miró con desconfianza.

—Sabes que nunca he querido tocar una pistola.

—No necesitas querer —respondió él—. Necesitas saber.

Le enseñó pieza por pieza cómo montarla, con sus manos guiando las suyas. La calma con la que hablaba contrastaba con el peso de lo que significaba esa lección. El sonido metálico del cargador encajando resonó en la habitación.

—Respira —indicó mientras se colocaba detrás de ella—. No aprietes el gatillo con rabia. Hazlo con decisión.

Ella apuntó, con torpeza al principio, pero su pulso se estabilizó cuando él apoyó la mano sobre la de ella.

—Así.

Elira disparó hacia el blanco de entrenamiento y el impacto la sorprendió tanto que soltó una risa.

—Vale… eso ha sido… interesante.

—Progreso —concedió él.

Finalmente, sacó un cuchillo de entrenamiento y lo colocó en su mano.

—Esto es más silencioso —explicó—. Más cercano.

Ella lo miró.

—¿De verdad crees que voy a apuñalar a alguien?

Mikhail sostuvo su mirada sin sonreír.

—Espero que nunca tengas que hacerlo —respondió—. Pero si llega el día… quiero que ganes.

Y, por primera vez, mientras repetía los movimientos bajo su tutela, Elira entendió que aquello no era solo entrenamiento, era su forma de protegerla incluso cuando él no estuviera.

Elira sujetó el cuchillo de entrenamiento con más decisión después de varios intentos fallidos, observando a Mikhail con una mezcla de concentración y desafío. Él se movía frente a ella con esa calma irritante que parecía decirle que ya sabía cómo iba a terminar cada movimiento antes de que ocurriera.

—No sonrías así —murmuró ella.

—No estoy sonriendo.

—Tus ojos lo hacen.

Un atisbo de diversión apareció en el rostro de Mikhail.

—Entonces deja de darme motivos.

Ella atacó de nuevo, esta vez más ágil, recordando el giro de muñeca que él le había enseñado minutos antes. Mikhail bloqueó con facilidad, guiando su brazo hacia un lado, pero algo cambió en el último segundo: Elira perdió ligeramente el equilibrio… y al intentar recuperarlo empujó con el peso del cuerpo justo donde él no esperaba.

Fue un error, pero funcionó.

Mikhail dio un paso atrás para evitar que cayera sobre él y el movimiento rompió su centro de gravedad lo suficiente para que ambos terminaran en el suelo.

Elira parpadeó.

—¿Te… te he derribado?

Mikhail la miró desde abajo. Su expresión se congeló durante un segundo que pareció eterno.

—Técnicamente —respondió finalmente—. Sí.

Ella soltó una carcajada, incrédula, apoyando las manos en el suelo para levantarse.

—¡Sabía que podía!

Pero antes de que se incorporara del todo, Mikhail giró con rapidez controlada y la atrapó debajo de él con un movimiento fluido, sin brusquedad, inmovilizándola contra el tatami.

—Nunca celebres demasiado pronto —murmuró cerca de su oído.

Elira intentó resistirse, pero él ya había colocado sus piernas y brazos de forma que cualquier movimiento de Elira por zafarse parecía inútil.

—Eso es trampa —protestó.

—Es experiencia.

Ella resopló, aunque la sonrisa seguía ahí.

—¿Ves? Para eso te tengo a ti.

—Y para que aprendas a levantarte sola —añadió él, aflojando lentamente la presión.

Pero no se apartó inmediatamente.

El aire entre ellos cambió de nuevo.

El entrenamiento había reducido la distancia física y la tensión se deslizó silenciosamente hacia algo más personal. Elira sintió el peso de su mirada, esa intensidad que siempre parecía atravesarla.

—Estás mejorando —dijo él finalmente.

—No suena como un cumplido.

—Lo es —respondió ayudándola a levantarse.

Cuando ella estuvo de pie, las manos de Mikhail permanecieron un segundo más en su cintura antes de retirarse, como si incluso él necesitara recordar que aquello era un entrenamiento.

—Otra vez —ordenó con calma.

Ella alzó la barbilla.

—Esta vez te tumbo de verdad.

—Eso quiero verlo.

Y mientras retomaban posiciones, la tensión entre ellos ya no era solo física, era algo más peligroso, algo que ninguno estaba intentando evitar.

Volvieron a colocarse frente a frente. Elira respiró hondo, más concentrada esta vez, recordando cada corrección que él había hecho minutos antes. No iba a atacarlo por impulso. No iba a anticiparse. Esperaría.

Mikhail dio el primer paso, acercándose con calma medida, evaluándola como si estuviera leyendo cada microgesto. Extendió la mano para agarrar su muñeca, pero Elira giró el cuerpo justo en el ángulo correcto, usando el peso que él le había enseñado a aprovechar. Su mano descendió por el antebrazo de él, cambió el punto de apoyo y, con un movimiento sorprendentemente limpio, logró desviar su centro de equilibrio.

Mikhail reaccionó rápido, pero no lo suficiente.

Ella colocó la pierna detrás de la de él, empujó con decisión y lo obligó a retroceder dos pasos antes de que él mismo tuviera que apoyar la mano en el suelo para no caer.

Hubo un silencio.

Elira se quedó inmóvil, todavía en posición defensiva.

—Eso —dijo con una sonrisa que no podía ocultar—, no ha sido accidente.

Mikhail la observó desde abajo, levantándose despacio. Esta vez no había ironía inmediata en su expresión. La miraba diferente. Más atento. Más interesado.

—No —admitió—. No lo ha sido.

El reconocimiento en su voz fue real.

—¿Te he sorprendido?

—Sí.

—Soy hija de mi padre… ahí están los genes —dijo encogiéndose de hombros.

—Me gusta —pronunció con una sonrisa perversa.

La respuesta fue directa y eso la hizo sonreír aún más.

Mikhail se sacudió el polvo inexistente de los pantalones y dio un paso hacia ella, pero no con la intención de derribarla. La miraba evaluando algo nuevo, como si recalibrara una ecuación.

—Repítelo.

Elira frunció el ceño.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

Intentó repetir el movimiento, pero él ya estaba preparado y bloqueó con facilidad, aunque sin derribarla esta vez.

—Eso —murmuró—, es lo que quiero ver cuando alguien te agarre.

Ella respiraba más rápido por el esfuerzo, pero también por algo más.

—¿Y si me equivoco?

Mikhail se acercó un paso más, invadiendo ligeramente su espacio personal.

—Entonces te levantas y vuelves a intentarlo.

Sus ojos claros descendieron hacia sus labios antes de volver a subir.

—Pero hoy no te has equivocado.

La forma en que lo dijo no fue solo técnica, denotaba orgullo y Elira lo captó.

—¿Estás orgulloso de mí? —preguntó pestañeando repetidas veces.

Una sombra leve y divertida cruzó su expresión.

—Estoy satisfecho.

—Eso no es lo mismo —acabó ella apretando los labios.

Él inclinó la cabeza.

—Es lo más cercano que vas a oír hoy.

Él la miraba con una mezcla distinta de respeto y algo más profundo. Ya no era únicamente la mujer a la que debía proteger. Era alguien que podía resistir y eso hacía que la mirase diferente, más igual y más peligrosa para su propio control.

Mikhail extendió la mano hacia la mesa, tomó el arma de entrenamiento y la dejó frente a ella de nuevo.

—Ahora combina las dos cosas.

—¿Cuerpo a cuerpo y pistola?

—Exacto.

Ella tomó el arma y esta vez su pulso fue firme.

Mikhail se colocó detrás de ella para corregir la postura, pero no fue una excusa para acercarse, fue un gesto de profesionalidad. Sus manos guiaron las de Elira con precisión, y cuando ella apuntó correctamente y mantuvo la respiración estable, él lo notó.

—Bien.

—Eso sí ha sonado ha cumplido.

—Lo era —admitió Mikhail.

Elira bajó el arma lentamente.

—Voy a acabar siendo yo más peligrosa que tú.

Mikhail esbozó una leve sonrisa, casi imperceptible.

—Eso me gustaría verlo.

El arma volvió a la mesa con un sonido seco y Elira soltó el aire lentamente, todavía sintiendo la adrenalina correr por su cuerpo. Mikhail no se apartó del todo, permanecía cerca, demasiado cerca, como si evaluara algo más que su postura de combate. Sus ojos claros recorrían cada mínimo gesto de ella, cada respiración acelerada.

—¿Qué? —preguntó ella finalmente.

—Nada.

—Eso significa que sí hay algo.

Él esbozó una sonrisa.

—Te mueves diferente.

—¿Eso es bueno o malo?

—Peligroso.

Elira arqueó una ceja.

—¿Para quién?

Mikhail inclinó la cabeza.

—Para cualquiera que te subestime. ¿Habías tomado clases antes? —preguntó ladeando su cabeza.

Ella se encogió de hombros y le sonrió mostrándole los dientes.

—Bueno… puede —acabó admitiendo.

—Así que no eras tan vulnerable como parecías al principio —acabó mirándola fijamente.

—No —sentenció ella.

La respuesta hizo que Mikhail diese un paso en su dirección y le lanzase una mirada fría que Elira estaba segura que tenía reservada para sus peores enemigos. Ella dio un paso atrás intentando recuperar distancia, pero él avanzó casi al mismo tiempo, reduciendo el espacio otra vez hasta que el espejo tras ellos reflejó sus cuerpos demasiado cerca, demasiado alineados.

—Sigues invadiendo mi espacio personal —murmuró ella.

—Sigues retrocediendo.

—Porque tú avanzas.

—Porque quiero ver cómo reaccionas.

—¿Es un puñetero experimento psicológico o qué? —protestó nerviosa por la mirada de él.

—Lo es.

Ella levantó el mentón con ese gesto desafiante que él ya empezaba a reconocer demasiado bien.

Mikhail alzó la mano y la colocó suavemente en su cintura para girarla apenas unos centímetros, corrigiendo la posición como si aún estuvieran entrenando.

—Cuando te concentras… dejas de huir.

El comentario la dejó estática.

—Yo no huyo.

—Antes sí.

—¿Y ahora?

Él tardó un segundo más en responder.

—Ahora te quedas.

Elira tragó saliva sin querer, consciente del calor que comenzaba a subirle por el cuello. Intentó moverse, romper el momento, pero él no soltó su cintura; no la sujetaba con fuerza, sino con una seguridad tranquila que la mantenía allí.

—Esto ya no parece entrenamiento —murmuró ella.

—No lo es.

Sus ojos bajaron hacia sus labios apenas un segundo antes de volver a subir, y ese gesto fue suficiente para acelerar el pulso de ella.

—Eres injusto —susurró.

—¿Por qué?

—Porque sabes exactamente lo que haces.

Mikhail dejó escapar un resoplido.

—Siempre.

Ella apoyó las manos contra su pecho intentando mantener la distancia, pero no lo empujó y él tampoco retrocedió.

Sus respiraciones comenzaron a sincronizarse sin que ninguno lo decidiera.

—Debería seguir practicando —dijo ella finalmente, aunque su voz había bajado de volumen.

—Lo estás haciendo.

—No me refería a eso —protestó.

—Yo sí —replicó con una afirmación cargada de doble sentido.

Elira rio nerviosa, intentando apartar la mirada, pero él llevó suavemente su mano hasta su barbilla para obligarla a mirarlo otra vez.

—Te dije que aprenderías a defenderte —murmuró—. No dije que dejaría de mirarte así mientras lo haces.

Elira sostuvo su mirada unos segundos más, sintiendo cómo la intensidad entre ellos comenzaba a volverse peligrosa. No quería ser la primera en ceder. No esta vez. Así que inclinó ligeramente la cabeza y dejó escapar una sonrisa lenta, provocadora.

—¿Sabes qué creo? —murmuró.

Mikhail alzó una ceja.

—Sorpréndeme.

Ella apoyó una mano contra su pecho, empujándolo lo suficiente para recuperar medio paso de distancia.

—Que estás usando el entrenamiento como excusa.

Él ladeó la cabeza, divertido.

—¿Excusa para qué?

—Para tocarme sin admitir que quieres hacerlo.

Mikhail dejó escapar una breve e inesperada risa.

—No necesito excusas para tocar a mi esposa.

La respuesta fue tan directa que ella tuvo que contener una sonrisa.

—Claro. Olvidaba que eres un hombre muy… directo.

—Exacto —corrigió él.

Elira dio otro pequeño paso alrededor de él, rodeándolo como si estuviera evaluando a su rival, manteniendo aquel juego.

—Entonces dime, señor líder de la bratva… —alzó el mentón con teatralidad—, ¿esto sigue siendo entrenamiento o ya hemos cambiado de categoría?

Mikhail giró lentamente para seguirla con la mirada.

—Depende —respondió—. ¿Sigues intentando provocarme?

Ella sonrió.

—Tal vez.

Él dio un paso hacia ella, reduciendo la distancia.

—Entonces estás jugando con desventaja.

—Ah, ¿sí?

—Sí —murmuró—. Porque tú puedes provocar… pero yo decido cuándo termina.

Elira sintió cómo el calor volvía a subirle por el pecho. Entornó los ojos para disimular.

—Eso suena amenazador.

—Es una advertencia. Sigue provocando y ya verás —le advirtió con voz ronca.

Ella alzó la barbilla.

—No me asustas.

Una chispa apareció en sus ojos claros.

—No intento asustarte.

Y antes de que pudiera reaccionar, la tomó por la cintura y la giró suavemente, atrapándola contra el espejo de detrás, sin brusquedad, solo con esa firmeza tranquila que siempre la desarmaba.

—Sabes que esto confirma mi teoría, ¿verdad? —ironizó ella.

—¿Cuál?

—Que te gusta demasiado tenerme cerca.

Mikhail inclinó la cabeza.

—Eso ya lo sabes. —Sus respiraciones se mezclaban, ninguno apartaba la mirada del otro—. Y a ti —añadió él con una sonrisa breve—, te gusta fingir que te molesta. —Fue hacia su oído—. Excepto cuando te hago gemir como anoche.

Ella abrió la boca para replicar, pero no encontró las palabras porque él tenía razón y ambos lo sabían.

Elira lo observó unos segundos más, evaluando la distancia entre ellos, como si realmente estuviera calculando un movimiento táctico y no buscando cualquier excusa para volver a tocarlo. Sus labios se curvaron lentamente.

—Vale… otra vez —murmuró—. Pero esta vez no te dejes ganar.

Mikhail cruzó los brazos sobre el pecho.

—Nunca me dejo ganar.

Ella sonrió con malicia y se incorporó ligeramente, respirando aún más rápido por el esfuerzo que por el ejercicio en sí. Lo miró con esa mezcla peligrosa entre desafío y diversión.

—No me estás enseñando… me estás humillando —protestó, aunque se le escapó una sonrisa.

Mikhail negó con la cabeza, acercándose un paso más.

—Te estoy enseñando a sobrevivir —respondió con calma—. Además, estás muy atractiva cuando sacas esa versión tuya que no se rinde.

La frase fue demasiado sincera para que ella pudiera ignorarla.

Elira enarcó una ceja.

—Ah, ¿sí? Pues ahora te vas a enterar.

Se lanzó otra vez hacia él, intentando repetir el movimiento que había funcionado antes, pero esta vez Mikhail reaccionó al instante, bloqueó su brazo, giró sobre sí mismo y la desequilibró con facilidad, sujetándola con firmeza mientras la guiaba hacia el suelo. No fue una caída brusca, sino controlada, casi cuidadosa, como si su prioridad fuese protegerla incluso mientras la derrotaba.

Elira soltó un bufido cuando quedó atrapada debajo de él.

—¡Tramposo!

—Entrenar contra alguien más fuerte siempre parece injusto —murmuró él.

Ella intentó zafarse empujando su pecho, girando la cadera, buscando una salida que no existía. Mikhail simplemente ajustó su peso, inmovilizándola sin esfuerzo, con una mano atrapando sus muñecas sobre su cabeza mientras la observaba con esa mirada clara que mezclaba diversión y algo más oscuro.

—No podrás contra mí —dijo en voz baja, casi ronca—. Y más vale que te acostumbres a eso.

Antes de que pudiera responder, inclinó la cabeza y rozó sus labios con un beso breve, inesperadamente suave, como un secreto compartido en medio de la batalla.

Elira abrió los ojos, sorprendida, justo cuando la puerta del gimnasio se abrió con un golpe seco.

Uno de los guardias de seguridad apareció en el umbral, deteniéndose al ver la escena durante una fracción de segundo antes de recuperar la compostura.

—Jefe… tenemos nuevas noticias sobre Kai Chen.

La expresión de Mikhail cambió al instante. La calidez desapareció sustituida por algo frío y peligroso. Se incorporó despacio, ayudando a Elira a levantarse sin dejar de mirar a su hombre.

—Voy —dijo poniéndose en pie directamente.

—Yo también —contestó ella imitándolo.

—No —dijo él, señalándola—. Quédate aquí.

Ella apretó los labios.

—Ni hablar —protestó, siguiéndolo.

Mikhail miró hacia atrás, la vio detrás de él y resopló, aunque no dijo nada para detenerla.



22

La mirada que Mikhail dirigió a su vigilante de seguridad era fría, profesional, sin rastro del juego de momentos antes. Elira lo siguió en silencio hasta el comedor, sintiendo cómo la temperatura del ático descendía a cada paso.

Uno de sus hombres le tendió el teléfono. Mikhail lo tomó mientras miraba de reojo a Elira, como si midiera cuánto iba a decir delante de ella.

—¿Sí? —respondió con voz grave.

Al otro lado estaba Alekséi.

—Lo tenemos —dijo sin rodeos—. Sabemos dónde está Kai Chen. Sergei pasa a buscarte en diez minutos. ¿Estarás listo?

Elira frunció el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? ¿Qué ocurre? —preguntaba sin entender nada del ruso que fluía entre ellos.

Mikhail se llevó una mano a la frente, conteniendo la paciencia mientras escuchaba.

—Estaré preparado —respondió en ruso—. ¿Confirmado?

—Confirmado. Es él. No se ha movido desde esta mañana.

Elira tiró ligeramente de su camiseta.

—Mikhail, ¿qué está pasando?

Alekséi, al otro lado, dejó escapar una risa breve.

—Estás entretenido con tu esposa, ¿verdad?

Mikhail giró ligeramente la cabeza hacia ella, que lo miraba con impaciencia.

—No sabes cuánto —respondió con una calma que escondía demasiadas cosas.

Alekséi entendió el tono.

—Bien. Entonces termina lo que tengas que terminar y baja. Esto no va a esperar.

—En diez minutos —zanjó él. Acto seguido, colgó.

Elira lo miró esperando una explicación. Él dejó el teléfono sobre la mesa sin mediar palabra. Luego, se volvió hacia sus hombres.

—Preparaos. Revisad accesos y mantened vigilancia activa. Nadie entra ni sale sin que yo lo sepa.

—Sí, jefe.

—¿Mikhail? —insistió ella.

Él la miró por fin.

—Tengo que marcharme.

—Voy contigo.

La respuesta fue inmediata.

—No.

—Sé defenderme —replicó ella.

Mikhail inclinó la cabeza, divertido.

—¿Estás de broma? Yo te he tratado con cariño. Otro no lo haría.

Ella resopló, siguiéndolo hasta la habitación mientras él abría el armario y cambiaba la ropa cómoda por pantalones oscuros, camisa negra y americana. Cada movimiento era preciso, controlado.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó esta vez más seria.

Él no la miró al principio.

—Erradicar el problema de raíz.

Hubo un silencio incómodo.

—¿Tiene que ver con Kai Chen? ¿Vas a matarlo?

Mikhail se detuvo apenas un segundo antes de abotonarse la camisa.

—Voy a asegurarme de que nadie vuelva a pronunciar tu nombre como amenaza.

La forma en que lo dijo hizo que el estómago de Elira se encogiera.

—Cuando hablas así vuelves a darme miedo.

Él se acercó a ella despacio.

—Por eso prefiero que te quedes aquí —respondió con voz más baja—. No va a ser agradable para nadie.

Tomó el arma de la cómoda, comprobó el cargador con naturalidad y la deslizó bajo la americana, ajustándola al cinturón. El gesto era fluido y automático.

Elira lo observaba en silencio.

Mikhail se acercó un paso más, alzó la mano y acarició brevemente su mejilla antes de inclinarse para besarla. No fue un beso largo, pero sí firme y decidido.

—Quédate aquí —pronunció él.

Luego se apartó, giró hacia la puerta y salió sin mirar atrás.

El sonido de la puerta cerrándose resonó demasiado fuerte en el ático.

Por primera vez desde que se habían casado, Elira comprendió que amar a un hombre como Mikhail significaba convivir con el conflicto y la guerra.

El todoterreno avanzaba entre el tráfico de Barcelona como una sombra más entre tantas, elegante, discreto y letal. Sergei conducía con la calma de alguien que había sobrevivido a demasiadas situaciones como para perder la concentración por el ruido exterior, con sus manos firmes sobre el volante mientras observaba cada espejo con precisión militar. Detrás, Mikhail y Alekséi permanecieron en silencio durante los primeros minutos: un silencio que no era incómodo, sino calculado, como si ambos estuvieran reorganizando piezas invisibles dentro de sus cabezas.

Las luces se deslizaban sobre el rostro de Mikhail, dibujando sombras duras sobre sus facciones, mientras miraba por la ventanilla sin prestar realmente atención. Su mente estaba en otro lugar: en una bañera llena de vapor, en una sonrisa que comenzaba a importarle demasiado, en el recuerdo de sus dedos entrelazándose con los de Elira aquella misma mañana y luego en el vehículo donde

casi se la habían llevado. La mandíbula se le tensó al recordar aquello último.

Alekséi lo observó de reojo.

—No te gusta dejarla sola —comentó finalmente.

Mikhail no respondió de inmediato. Ajustó el reloj en su muñeca con un gesto mecánico.

—Está protegida.

—No he preguntado eso.

Hubo un silencio breve.

—No me gusta —admitió finalmente Mikhail sin apartar la mirada de la ventanilla.

Alekséi sonrió.

—Te estás tomando muy en serio la alianza.

Mikhail giró la cabeza lentamente hacia él. La mirada clara era fría, pero debajo había algo más oscuro.

—No es una alianza —dijo en voz baja—. Han intentado tocar lo que es mío.

Alekséi alzó una ceja.

—Eso suena muy emocional para ser tú.

—Suena territorial.

El vehículo tomó una curva cerrada y Sergei habló por primera vez.

—Estamos a cinco minutos.

Mikhail asintió, luego abrió la americana y extrajo su arma, comprobando el cargador con movimientos precisos. El sonido metálico fue limpio y definitivo. Alekséi lo observó.

—Sabes que probablemente sea el hermano de Mei Chen.

—Lo sé.

—Entonces esto no será solo personal.

—Nunca lo es.

Alekséi apoyó el brazo en el respaldo.

—¿Qué hacemos cuando lleguemos?

Mikhail levantó la vista. Su expresión ya no mostraba rastro alguno del hombre que había besado a su esposa momentos antes. Solo quedaba el líder.

—Igual que la última vez. Entramos rápido. Controlamos el espacio y nadie dispara sin mi orden.

—¿Y Kai Chen?

Mikhail volvió a colocar el arma bajo la americana.

—Igual. Kai Chen es mío.

Las palabras no fueron dichas con rabia. Fueron pronunciadas con una calma que resultaba aún peor.

Alekséi rio con una ligera risa nasal.

—Lo sabía.

Mikhail se inclinó ligeramente hacia delante, mirando el tráfico con intensidad creciente.

Pensó en el túnel, en el miedo que había visto en los ojos de Elira cuando habían llegado al ático y su cuerpo había reaccionado, en el segundo exacto en que comprendió que podía perderla antes incluso de conocerla de verdad. Aquello había cambiado algo dentro de él. No era solo posesión ni honor ni territorio; era algo más profundo, más peligroso, porque no respondía a reglas.

Nadie tocaba lo que era suyo. Nadie amenazaba a su esposa. No habría segunda oportunidad.

—Zanjamos esto hoy —murmuró.

Sergei redujo velocidad.

—Estamos llegando.

El vehículo se introdujo en una calle más estrecha. Edificios altos cerraban el paso de la luz mientras otros dos vehículos se alineaban detrás de ellos como un reflejo oscuro. Mikhail se ajustó la americana y respiró hondo una sola vez.

Cuando el vehículo se detuvo, abrió la puerta sin esperar.

La caza había comenzado.

La puerta del vehículo apenas hizo ruido al abrirse. Mikhail bajó primero. El aire le golpeó el rostro mientras sus ojos claros analizaban la calle en cuestión de segundos. Nada fuera de lugar. Todo demasiado tranquilo. Los otros vehículos se detuvieron detrás y cuatro hombres descendieron sin hablar, moviéndose con la coordinación de quien no necesita órdenes repetidas. Alekséi cerró su chaqueta mientras observaba el edificio frente a ellos, de fachada discreta y ventanas apagadas: un portal anodino que no llamaría la

atención de nadie… precisamente el tipo de lugar que alguien inteligente elegiría para desaparecer dentro de Barcelona.

—¿Seguros? —preguntó uno de los hombres en voz baja.

Sergei asintió.

—Lo seguí hasta aquí.

Mikhail no respondió. Ya caminaba hacia el portal; su paso era silencioso pero firme, como si el edificio le perteneciera desde siempre. Empujó la puerta con suavidad y entró primero. El eco del vestíbulo era mínimo: olor a humedad y café viejo, luces amarillas que vibraban ligeramente. Alekséi se detuvo frente a los buzones, aunque esta vez no encontró indicios de que pudiese estar en alguno de aquellos pisos.

Alekséi miró hacia las escaleras.

—Sergei me ha dicho que lo ha visto subir al cuarto segunda.

Subieron sin usar el ascensor. Pasos suaves, respiraciones controladas, armas ya en las manos. El entrenamiento militar se notaba en cada movimiento: nadie hablaba, nadie dudaba y cada esquina era cubierta antes de avanzar. El silencio del edificio era pesado, incómodo, como si contuviera algo que aún no se revelaba.

Llegaron frente a la puerta. Mikhail se posicionó a un lado con la espalda pegada a la pared y el arma levantada. Alekséi hizo un gesto hacia Nikolau.

—Ahora.

El hombre se arrodilló y sacó herramientas del bolsillo interior y pocos segundos después sonó el clic suave de la cerradura al abrirse.

Mikhail entró primero, con el arma apuntando hacia la derecha mientras con su otra mano ya extraía la segunda pistola del cinturón con movimientos fluidos, exactos y letales. Los demás lo siguieron, desplegándose como una sombra múltiple.

Había demasiado silencio.

El salón estaba ordenado, prácticamente limpio, pero había algo extraño en el aire, una sensación de abandono reciente: una taza sobre la mesa y una silla ligeramente desplazada. Mikhail avanzó hacia el pasillo señalando a dos hombres para cubrir habitaciones opuestas. Las puertas se abrieron una a una, rápidas y silenciosas.

Las habitaciones estaban vacías, aunque un armario permanecía abierto dejando ver la ropa colgada con cuidado excesivo.

Hubo un eco en el pinganillo.

—Limpio.

Mikhail avanzó hacia el dormitorio principal. La cama estaba deshecha, como si alguien se hubiera levantado deprisa. Tocó la sábana con la punta de los dedos, estaba fría.

No estaban allí.

Regresó al pasillo y se encontró con Alekséi que negaba.

—No está.

—¿Se nos ha escapado otra vez? —preguntó Mikhail—. ¡Joder! —gritó perdiendo la compostura por un instante. Alekséi lo miró fijamente mientras su hermano se calmaba—. Está jugando al despiste con nosotros. Seguramente habrá salido por la puerta del garaje en un vehículo, escondido.

Algo no encajaba. No era solo que el piso estuviera vacío, era la forma en que lo estaba.

Sus dedos golpearon una vez el reposabrazos, despacio.

—Se fueron antes de que llegáramos —murmuró finalmente.

Alekséi levantó la vista.

—Eso ya lo sabemos.

Mikhail negó con la cabeza.

—No. Se fueron sabiendo que veníamos.

Alekséi lo miró.

—¿Por qué?

Mikhail cerró los ojos un segundo, reconstruyendo cada detalle.

La taza de café, la silla, la cama… demasiado limpio… demasiado calculado.

—La cafetera estaba apagada —dijo despacio—. Pero el café ya estaba frío. No se marcharon corriendo… tuvieron tiempo.

Alekséi frunció el ceño.

—¿Y?

Mikhail giró ligeramente la cabeza hacia él.

—Había una silla frente a la puerta del salón.

—¿Sí?

—No mirando hacia la mesa. Mirando hacia la entrada.

Silencio. La comprensión llegó primero a Sergei.

—¿Vigilancia?

Mikhail asintió.

—Alguien estaba esperando. Observando.

Alekséi se inclinó hacia delante.

—¿Nos esperaban?

—No exactamente —respondió Mikhail con calma peligrosa—. Pero sabían que alguien vendría. Nos han filtrado —añadió finalmente.

Alekséi soltó un suspiro corto.

—¿Dentro?

—O alguien nos observa mejor de lo que pensamos.

Kai Chen no estaba huyendo; estaba moviendo piezas. Y eso significaba una sola cosa: el juego acababa de empezar.

Mikhail no hablaba, pero sus ojos habían cambiado; ya no analizaban, calculaban. Algo dentro de él encajó de golpe, como una pieza que llevaba demasiado tiempo fuera de lugar.

No era una retirada, era una invitación, una trampa.

Su mandíbula se tensó lentamente.

—Nos está guiando —murmuró.

Alekséi giró hacia él.

—¿Qué?

Mikhail no respondió. Sus dedos ya buscaban el teléfono dentro del bolsillo, marcando sin mirar.

El tono sonó.

Una vez, dos, tres… nadie respondió.

Su mirada se endureció y volvió a marcar.

Nada.

El silencio en el interior de aquella vivienda se volvió insoportable.

Alekséi se inclinó hacia él.

—¿Qué ocurre?

Mikhail susurró una sola palabra, tan bajo que parecía arrancada de su pecho.

—Elira…

Alekséi no necesitó más y se llevó la mano al auricular.

—Sergei ven a buscarnos. ¡Ya! —ordenó mientras se dirigía a la puerta.

Pero Mikhail ya estaba haciendo otra cosa. Abrió una aplicación, introdujo un código con rapidez y conectó las cámaras del ático. Durante un segundo solo apareció estática, luego la imagen se estabilizó.

La cocina estaba vacía. Miró otra cámara, la del pasillo, en silencio. Pulso otro botón para mirar otra, la del salón, y entonces lo vio: una pierna inmóvil. Uno de sus hombres tirado en el suelo, inconsciente.

El aire abandonó sus pulmones.

Alekséi se acercó más para observar.

—Joder…

Mikhail deslizó el dedo hacia la siguiente cámara.

Otra imagen en movimiento.

Elira estaba luchando. Dos hombres la sujetaban mientras ella se resistía con fuerza, golpeando, intentando liberarse, girando el cuerpo como él mismo le había enseñado horas antes. Uno de ellos gruñó cuando ella lo alcanzó con el codo, pero otro apareció por detrás y la sujetó por los brazos.

—No… —susurró Mikhail, pero su tono no denotaba súplica, sino verdadero enfado.

El vídeo continuó mostrando a un hombre que aplicaba un pañuelo sobre la nariz y la boca de Elira.

Ella giró la cabeza intentando evitarlo, mordiéndolo incluso, pero finalmente la tela cubrió su boca y su nariz. Sus movimientos se volvieron más lentos y sus piernas fallaron.

Finalmente, cayó.

Los hombres la sostuvieron mientras perdía la consciencia.

El silencio se volvió extremo.

Uno de los secuestradores levantó la cabeza hacia la cámara con el rostro cubierto. Sabía perfectamente que estaban siendo observados.

Sacó un papel del bolsillo y lo mostró unos segundos, luego lo dejó sobre el mármol de la cocina con deliberada calma.

La pantalla volvió a mostrar el salón vacío.

Mikhail no parpadeó. Su respiración se volvió lenta, demasiado controlada y demasiado peligrosa.

—Nos han alejado —murmuró Alekséi.

Pero Mikhail ya no escuchaba, sus ojos claros estaban completamente fríos.

Kai Chen acababa de firmar su sentencia de muerte. Sujetó con fuerza el móvil y bajó las escaleras directamente, seguido por sus hombres. Por suerte, Sergei ya se encontraba con el vehículo estacionado delante del portal.

Alekséi y Mikhail entraron en ese vehículo y el resto de hombres en los dos que venían detrás.

—Al ático —pronunció Alekséi.

Mikhail volvió a mirar el móvil: ya no había nadie, salvo uno de sus hombres inconsciente. El resto había desaparecido; seguramente los secuaces que Kai Chen había enviado ya se habían encargado de moverlos.

La pantalla quedó fija mostrando el mármol de la cocina donde el papel permanecía inmóvil, como una provocación directa. Nadie habló dentro del vehículo. Nadie respiró demasiado fuerte. Durante unos segundos, el tiempo pareció detenerse.

Mikhail no se movió. No gritó ni golpeó nada, simplemente observó… y ese silencio fue más aterrador que cualquier explosión.

Sus dedos se cerraron lentamente alrededor del teléfono hasta que los nudillos se tensaron. Su mirada no mostraba rabia visible, solo algo mucho peor: cálculo.

Alekséi lo conocía lo suficiente como para reconocerlo.

—Hermano…

Mikhail levantó una mano, indicándole que guardara silencio.

Respiró profundo y luego habló con una calma que helaba la sangre.

—No quieren matarla.

Alekséi frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Si hubiesen querido, la habrían matado ahí mismo. —Señaló la pantalla—. Esto es un mensaje. —Sergei apretó el volante—. Una invitación. —Mikhail asintió despacio—. Quieren que vaya.

El vehículo cambió de carril con brusquedad mientras Sergei aceleraba.

—Entonces vamos —dijo Alekséi.

Mikhail negó ligeramente con la cabeza.

—No todavía.

Abrió otra pantalla en el móvil y amplió la imagen del papel sobre la encimera. La cámara no permitía leerlo, pero el simple hecho de dejarlo ahí era demasiado deliberado.

Kai Chen estaba jugando, pero había cometido un error: había tocado lo que era suyo.

Mikhail habló por el pinganillo con voz baja.

—Código negro. Activad todos los equipos. Cerrad salidas del distrito y controlad cámaras de tráfico cercanas al ático en los últimos diez minutos.

Las respuestas llegaron rápidas.

—Sí, jefe.

—En proceso.

Mikhail cerró los ojos un segundo.

La imagen de Elira luchando se repitió en su mente. Sus movimientos, su resistencia, el momento exacto en que el pañuelo la dejó sin fuerza.

Algo oscuro se tensó dentro de él.

No era posesión, no era orgullo; era algo más profundo, algo que no estaba acostumbrado a sentir.

Abrió los ojos y la temperatura dentro del vehículo pareció descender varios grados.

—Ha cometido el peor error de su vida —dijo con voz baja.

Alekséi lo observó.

—¿Qué hacemos?

Mikhail levantó la mirada hacia el parabrisas.

Barcelona se extendía delante de ellos, brillante, viva… ignorante de la tormenta que estaba a punto de desatarse.

—Vamos a buscarla. —Hizo una pausa y añadió con una calma mortal—. Y después… nadie volverá a pronunciar su nombre sin mi permiso; mucho menos se atreverán a secuestrarla.



23

El ático estaba en silencio cuando regresaron. Demasiado ordenado. Demasiado intacto para lo que acababa de ocurrir allí. Mikhail avanzó directo hacia la cocina sin decir una palabra, Alekséi iba pisándole los talones mientras uno de los hombres señalaba el cuerpo inconsciente del vigilante que ya estaba siendo atendido. El papel seguía sobre el mármol, colocado con una precisión casi insultante, como si Kai Chen hubiera querido asegurarse de que lo encontrarían exactamente donde lo dejó.

Mikhail lo tomó entre los dedos y lo leyó sin revelar expresión alguna en su rostro.

Una sola hoja. Pocas palabras elegidas con cuidado.

No queremos hacerle daño.
Su esposa estará de vuelta mañana.
Es solo una conversación.

El aire se volvió denso.

Alekséi leyó por encima de su hombro y soltó una risa seca e incrédula.

—Tiene valor —murmuró—. Valiente hijo de puta.

—O es estúpido —respondió Mikhail con calma—. Se cree que entiende cómo funciona todo esto.

Alekséi negó con la cabeza, pensativo.

—No va a por ti —dijo despacio—. Ni siquiera va a por ella.

Mikhail alzó la vista.

—Explícate.

Alekséi dejó escapar un suspiro corto.

—Si quisiera provocarte, la habría herido. Esto… —señaló el papel—, es una invitación calculada. —Mikhail lo miró en silencio—. El objetivo es Besnik —continuó Alekséi—. Quiere atraerlo. Sabe que su hija es lo único que lo hará moverse sin pensar.

Durante un segundo Mikhail no reaccionó. Luego asintió despacio.

—Exacto.

Alekséi frunció el ceño.

—¿Entonces por qué dejar el mensaje aquí? ¿Por qué mostrarse ante ti?

Los ojos claros de Mikhail se ensombrecieron.

—Porque quiere que yo lo lea —respondió—. Quiere que sepa que la tiene… pero también que no la ha roto.

Alekséi abrió ligeramente los ojos.

—Está marcando límites. No quiere una guerra con la bratva, solo busca su venganza personal.

—Está cometiendo un error —corrigió Mikhail—. Cree que puede usar a mi esposa como moneda de cambio sin pagar el precio.

Se giró y caminó despacio por la cocina, observando detalles que nadie más parecía notar: la posición de la hoja, la forma en que la cámara había sido dejada encendida, el tiempo exacto del secuestro.

—No la ha sacado de la ciudad —dijo de pronto.

Alekséi levantó la cabeza.

—¿Cómo lo sabes?

—Demasiado riesgo —respondió—. Demasiados controles. Además, quiere que Besnik llegue rápido. —Se detuvo—. Quiere un lugar neutral donde él se sienta seguro, donde crea que tiene ventaja.

Alekséi empezó a entender.

—Territorio mixto…

—No —negó Mikhail—. Territorio sucio. —Se giró hacia él—. Antiguo almacén. Zona portuaria secundaria. Cerca del agua, pero

no en el puerto principal. Un lugar donde la tríada haya tenido actividad antes… pero que ahora parezca abandonado.

Alekséi lo miró fijamente.

—¿Estás seguro?

Mikhail no dudó.

—Sí.

El silencio que siguió fue pesado.

—Voy a avisar a Besnik —dijo Alekséi al fin—. Iré con él.

Mikhail se giró de inmediato, su voz fue baja e inapelable.

—No.

Alekséi frunció el ceño.

—Mikhail…

—Avísalo —repitió—. Ve con él y dile que ni se le ocurra aparecer por allí. El objetivo es matarlo, no se lo pongamos en bandeja.

—Es su hija.

—Y es mi esposa —respondió con una calma que no admitía réplica—. Esto no es una negociación, es una trampa para él. —Dio un paso más cerca—. Esto es personal y de esto me encargo yo.

Alekséi sostuvo su mirada unos segundos más antes de asentir.

—Está bien.

Mikhail se giró hacia sus hombres.

—Preparadlo todo. No quiero errores. Si alguien la ha tocado más de lo que debería… —dejó la frase en el aire—, no habrá un mañana para nadie.

Caminó hacia la puerta sin mirar atrás.

Kai Chen creía estar controlando el tablero, pero acababa de invitar al único hombre que no debía. Él no iba a pedir explicaciones, simplemente iba a recuperar lo que era suyo.

Mikhail se detuvo antes de cruzar la puerta y miró a Alekséi con esa expresión que no dejaba espacio a la discusión.

—Vas con Besnik. Lo recoges. Lo mantienes lejos de allí. Si intenta moverse, le paras los pies. No quiero que aparezca en el puerto. No quiero que Kai Chen tenga lo que ansía.

Alekséi sostuvo su mirada un segundo, entendiendo que aquello no era una sugerencia. —No le va a gustar.

—No me importa —respondió Mikhail con una calma glacial—. Hoy no decide él. Hoy decido yo. —Luego giró hacia el resto de hombres—. Los demás, conmigo. Quiero precisión. Quiero silencio. Y quiero que nadie dispare hasta que yo lo ordene.

Minutos después, el vehículo volvía a abrirse paso entre el tráfico de Barcelona, esta vez con una energía distinta, más densa y más eléctrica. Sergei conducía con el rostro tenso, concentrado, mientras Nikolau ocupaba el asiento del copiloto revisando su arma con movimientos metódicos. En el vehículo que los seguía, cuatro hombres más cargaban munición y comprobaban comunicadores sin hablar. Mikhail permanecía en el asiento trasero, mirando por la ventanilla mientras la ciudad se deslizaba como una sombra indiferente al infierno que estaba a punto de desatarse.

La imagen de Elira luchando se repetía en su mente una y otra vez: sus manos intentando soltarse, el gesto obstinado de su mandíbula cuando se negaba a rendirse, la tela cubriéndole la boca y la nariz… y el momento exacto en que sus ojos perdieron fuerza. Cada segundo se grababa con una claridad dolorosa. No había gritado, no había perdido el control, pero por dentro algo se había fracturado.

Estaban jugando con fuego y no sabían que él era el incendio.

Mikhail apoyó la frente un instante contra el cristal frío. No pensaba en negociar. No pensaba en equilibrio entre organizaciones. No pensaba en consecuencias diplomáticas. Pensaba en ella. En cómo había comenzado a mirarlo diferente. En cómo se había reído en el gimnasio hacía apenas unas horas. En cómo su voz había temblado al decirle que le daba miedo cuando él hablaba de matar. Y, ahora, alguien la tenía retenida creyendo que podía usarla como una pieza estratégica.

Un músculo se tensó en su mandíbula.

Podía arrasar con todo. Podía quemar cada almacén, cada restaurante, cada local que oliera a tríada hasta que no quedara rastro de ellos en Barcelona. Y lo haría si era necesario. No le temblaría el pulso. Nunca le había temblado.

Pero esta vez no era control territorial. No era poder. No era negocio. Era ella. Y eso lo convertía en algo mucho más peligroso que un jefe mafioso.

Sergei habló sin apartar la vista de la carretera.

—Cinco minutos para el puerto secundario.

Mikhail asintió. Sus ojos claros ya no tenían rastro de duda, solo una determinación fría y absoluta.

—Cuando lleguemos —dijo en voz baja—, nadie se adelanta. Nadie improvisa. Kai Chen respira hasta que yo diga lo contrario.

Nikolau giró ligeramente la cabeza.

—¿Y después?

Mikhail lo miró.

—Después nadie volverá a pensar que puede tocar a mi esposa y seguir viviendo para contarlo.

El vehículo tomó la salida hacia la zona industrial. El olor salino del mar se filtró por las rendijas. Almacenes oscuros, contenedores apilados y grúas inmóviles como esqueletos gigantes eran el escenario predominante.

Kai Chen creía estar moviendo piezas, pero acababa de provocar algo que no sabía controlar. Y cuando Mikhail bajara de aquel vehículo, no habría negociación: solo consecuencias.

Elira caminaba por el ático intentando convencerse de que el silencio era normal, de que el ruido de los vehículos a lo lejos era lo único que debía escuchar, cuando un silbido cortó el aire y después un golpe seco retumbó contra algo pesado. Se quedó inmóvil. El corazón le dio un vuelco.

—¿Andrei? —llamó con voz firme hacia el pasillo.

Nadie respondió. El silencio fue peor que el ruido.

Avanzó despacio hacia el comedor y entonces lo vio: uno de los guardias de seguridad se encontraba tendido en el suelo, inmóvil. No gritó. No entró en pánico. Algo frío se activó dentro de ella. Se puso en guardia automáticamente y se giró hacia la cocina buscando el primer arma que no llamara la atención: un cuchillo grande sobre la encimera.

No llegó a tocarlo. Un brazo la rodeó por la espalda con brusquedad y otro intentó sujetarle las muñecas, pero ella reaccionó al instante como Mikhail le había enseñado. Echó la cabeza hacia atrás con fuerza y golpeó la nariz del agresor, sintiendo el crujido y el gruñido ahogado.

—Ahhh —escuchó un grito masculino detrás.

Giró el cuerpo, clavó el codo en sus costillas y logró soltarse lo suficiente para empujarlo contra la pared. No esperó, corrió hacia el comedor buscando espacio, pero otro hombre apareció, interceptándola, y la agarró del brazo.

Ella giró sobre sí misma, le dio una patada en la rodilla, intentó repetir la llave que había practicado en el entrenamiento con Mikhail y logró desestabilizarlo un segundo, pero un tercer hombre apareció por detrás y esta vez fue más rápido: la sujetó con fuerza por la espalda y, antes de que pudiera morder o golpear, sintió el pañuelo húmedo cubrirle la boca y la nariz. Intentó contener la respiración, luchó, arañó y se removió con rabia, pero el olor penetró igual, la habitación comenzó a inclinarse y el suelo pareció alejarse. Lo último que vio fue el mármol de la cocina acercándose y una sombra inclinándose sobre ella.

No supo cuánto tiempo pasó inconsciente, pero cuando abrió los ojos el mundo era una mancha gris. El aire olía a polvo y metal. Intentó enfocar la vista y distinguió un techo alto, vigas y eco. Se trataba de un almacén. Su cabeza pesaba como plomo y le costaba incorporarse, pero obligó a su cuerpo a reaccionar.

Escuchó pasos acercándose y una figura se detuvo frente a ella. Alto, delgado, con un traje oscuro impecable incluso en aquel lugar. Sonreía con una calma inquietante.

—Buenas noches, señora Petrova —dijo con voz suave—. Permítame presentarme. Soy Kai Chen.

Ella lo miró a través del mareo y soltó una risa guasona e incrédula.

—Ah… así que tú eres el valiente.

Él inclinó ligeramente la cabeza.

—No tema. No voy a hacerle daño. No soy tan imprudente como para lastimar a la esposa del líder de la bratva.

Elira negó despacio, todavía apoyada contra una columna.

—Mi marido va a matarte —dijo sin elevar la voz—. No tienes ni idea del lío en que te has metido raptándome.

Kai sonrió con paciencia.

—Ya le he informado de que volverá sana y salva mañana a su casa.

Ella volvió a reír, aunque la habitación todavía giraba.

—Eso le da igual —murmuró con frialdad—. Me has tocado. Con eso basta.

Kai dio un paso más, acercándose más de lo que debía, y con una confianza casi provocadora rozó su cadera con la mano. Elira se apartó como pudo.

—No me toques.

—Tiene buen gusto —comentó él con una sonrisa torcida—. El líder de la bratva, digo.

—Y tú muy poco instinto de supervivencia.

Él la observó un segundo más.

—Va a llamar a su padre y él vendrá a buscarla —dijo sacando un móvil de su bolsillo.

Elira lo miró directamente a los ojos.

—No lo haré —sentenció.

Kai Chen parpadeó varias veces.

—¿Perdón?

—No soy idiota. No permitiré que mates a mi padre.

La sonrisa de Kai se tensó.

—Eso no depende de usted.

—Ah, ¿no? —replicó ella, aunque el mareo seguía pesándole—. ¿Y ahora qué? Tienes retenida a la esposa del líder de la bratva que no va a obedecer a nada de lo que digas. Jódete… eres hombre muerto —le escupió.

Algo en sus palabras atravesó la máscara de calma de Kai. La tomó del brazo con brusquedad y la incorporó. Le dio un golpe leve en la mejilla, suficiente para marcar territorio, no para herir. Sacó un arma con gesto elegante y la acercó a su rostro.

—Los planes pueden cambiar —murmuró con frialdad, situando el cañón a escasos centímetros de su cara.

Elira no apartó la mirada. Estaba mareada, sí. Vulnerable, quizá. Pero no quebrada.

—Hazlo —susurró ella con firmeza—. Y verás lo que pasa después.

En sus ojos no había miedo, sino certeza y honor.

Kai Chen sostuvo el arma cerca de su rostro unos segundos más, esperando quizá un temblor, una súplica, algo que confirmara que tenía el control, pero lo único que encontró fue aquella mirada verde oliva fija en la suya, desafiante incluso con el mareo todavía visible en su respiración irregular.

—Llame a su padre —dijo finalmente bajando el arma, pero sin guardarla—. Dígale que venga y esto terminará rápido para todos.

Elira ladeó la cabeza despacio.

—No.

Una sola palabra. Clara.

Kai entornó los ojos.

—No me obligue.

—Ya me obligaste cuando me raptaste —respondió ella con calma seca—. No pienso colaborar contigo.

Él soltó un suspiro breve, como si intentara mantener la paciencia.

—Eres valiente.

—Gracias.

—Pero los valientes también mueren.

Ella sonrió, aunque el equilibrio todavía le fallaba.

—Los idiotas también.

Kai inclinó la cabeza hacia un lado, observándola con algo parecido a fascinación irritada.

—Tiene usted una lengua peligrosa.

—Y tú una idea malísima si crees que voy a doblegarme solo porque me apuntes con una pistola. —Se incorporó un poco más, obligándose a sostener su propio peso—. Soy la hija del líder de la mafia albanesa —dijo con voz baja y firme—. Y la mujer del líder de la bratva. Si piensas que vas a asustarme con eso… vas muy equivocado.

Kai apretó la mandíbula.

—Aquí mando yo —rugió.

—Por ahora —replicó ella sin vacilar—. Porque cuando menos te lo esperes, mi marido va a entrar por esa puerta y te va a disparar en la cabeza.

El silencio que siguió fue pesado.

Kai dio un paso atrás, claramente molesto por la seguridad en sus palabras. Sacó el teléfono con movimientos rápidos y marcó un número. Elira se dio cuenta de que era su móvil y de que seguramente había buscado el número de su padre. Intentó quitárselo, pero no pudo; incluso el brazo le pesaba y no podía moverse con normalidad.

Kai se alejó un poco más, la fortaleza de aquella muchacha lo estaba dejando asombrado. Por un momento había pensado que encontraría a una mujer que lucharía por su vida, sin embargo, era todo lo contrario, lo desafiaba.

Marcó el teléfono donde ponía "Papá" y esperó. Nada, no contestaban. Volvió a intentarlo, pero nadie respondía a ese número.

Su expresión se endureció.

Elira rio con sorna.

—¿No contesta? Qué raro.

Kai la miró con irritación creciente.

—Cállese —le gritó.

—Tranquilo —añadió ella con una sonrisa burlona—. En breve podrás hablar con mi marido.

Él frunció el ceño.

—Ah, ¿sí?

—Sí —susurró ella, inclinándose ligeramente hacia delante—. No creo que tarde mucho en llegar.

Kai la observó en silencio, como si intentara decidir si era arrogancia o información real.

Y, por primera vez, dudó. Sabía que el líder de la bratva no dudaría en apretar el gatillo frente a él, pero él tampoco lo haría.

Kai Chen permaneció inmóvil unos segundos, observándola con atención, intentando descifrar si su seguridad era un farol o una amenaza real. Elira sostuvo su mirada sin apartarse, aunque su

visión todavía se nublaba por momentos y el mareo le pesaba en los músculos.

—Sabes —dijo ella con voz baja, casi divertida—, deberías empezar a correr.

Kai arqueó una ceja.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Porque cuando Mikhail llegue no va a negociar contigo. No va a hablar contigo. No va a escucharte. Solo va a matarte.

El hombre dejó escapar una risa breve.

—Me subestima, tengo muchos hombres.

—No —respondió ella inclinando la cabeza—. Tú lo estás subestimando a él.

El silencio se tensó entre ambos. Uno de los hombres que vigilaba desde el fondo del almacén cambió el peso de un pie a otro, incómodo por el ambiente que empezaba a volverse demasiado eléctrico.

Elira continuó sin darle tregua.

—Lo peor no es que me hayas secuestrado, que también —añadió con una calma peligrosa—. Lo peor es que has creído que podrías usarme sin consecuencias. Eso no es valentía… es estupidez.

Kai apretó la mandíbula.

—Está jugando con fuego —le advirtió para que guardase silencio.

—No —susurró ella—. Estoy recordándote que ya estás muerto.

Él dio un paso hacia ella, intentando recuperar el control de la conversación.

—He sido paciente porque respeto quién es usted —dijo en voz baja—. Pero no abuse de ello.

Elira lo miró directamente a los ojos.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Dispararme? —Se encogió de hombros—. Adelante. A ver cuánto duras después.

Algo se quebró en la expresión de Kai. Fue mínimo, pero suficiente.

Su mano se movió rápido y el bofetón sonó seco contra la mejilla de Elira.

Su cabeza giró hacia un lado por la fuerza, el cabello cayó sobre su rostro y el silencio sobre el almacén.

Uno de los hombres contuvo el aliento.

Elira permaneció quieta unos segundos; luego, muy despacio, llevó la mano hacia su mejilla enrojecida y empezó a reír. No era una risa nerviosa, era una risa grave y peligrosa.

Volvió a mirarlo con unos ojos brillantes que hicieron que incluso Kai dudara un instante.

—Estás muerto, imbécil.

Elira dijo la frase con tranquilidad, sin énfasis, solo como si describiera algo inevitable.

Kai sostuvo su mirada, intentando no retroceder.

—¿Eso cree?

—No lo creo. Lo sé —respondió ella inclinándose hacia él—. Acabas de cruzar la única línea que quizá te habría permitido sobrevivir.

El silencio volvió a caer, plomizo; y entonces, un sonido leve, metálico, surgió a lo lejos.

Kai giró la cabeza instintivamente y algo dentro de él empezó a tensarse.

El sonido fue casi imperceptible: un golpe seco, lejano, como metal rozando metal en algún punto del almacén. Nadie habló, pero uno de los hombres de Kai giró la cabeza instintivamente hacia la entrada secundaria. El eco se perdió rápido, demasiado rápido para identificarlo, pero fue suficiente para alterar el aire.

Elira lo notó; no porque viera algo, sino porque lo sintió.

Algo dentro de su pecho se tensó… y luego se calmó.

Alzó despacio la mirada hacia Kai Chen y sonrió, una sonrisa distinta y más peligrosa.

—Te quedan menos de diez minutos de vida —susurró.

Kai frunció el ceño.

—¡Cállate! —ordenó—. Ni siquiera sabe dónde estamos.

Ella ladeó la cabeza, observándolo con calma casi divertida.

—Nueve.

Uno de los hombres detrás de él soltó una risa nerviosa.

—Está intentando asustarte.

Pero Kai no se rio. Sus ojos recorrieron el espacio alrededor, escuchando, midiendo, intentando detectar algo que aún no era visible.

—No hay nadie —dijo más para sí mismo que para ella.

Elira negó despacio.

—Ese es tu error.

Un silencio pesado cayó sobre el almacén. Ella inhaló despacio, como si disfrutara del momento.

—Ocho…

Kai apretó la mandíbula.

—Basta.

—Siete.

Uno de los hombres dio un paso hacia la entrada, levantando el arma.

Nada, solo silencio, pero ese silencio ya no era normal, era expectante.

Kai volvió a mirarla.

—¿Qué sabes? —gritó hacia ella, apuntándola con el arma.

Elira le sostuvo la mirada con una calma absoluta.

—Lo suficiente para saber que cuando él entra en un lugar… nadie lo ve hasta que ya es demasiado tarde. —El hombre tragó saliva—. Seis.

El eco de un movimiento leve volvió a escucharse, esta vez más cercano. Uno de los vigilantes giró bruscamente el arma hacia un pasillo lateral, pero no había nada.

Elira dejó escapar un suspiro casi satisfecho.

—Cinco.

Kai Chen empezó a perder la calma. No mucho, solo lo suficiente para que sus hombros se tensaran.

—Revisad el perímetro —ordenó.

Dos hombres se movieron. No llegaron muy lejos, hubo un ruido seco y directamente un cuerpo cayó fuera del campo de visión.

El silencio volvió, más pesado y más definitivo.

Elira lo miró con los ojos brillantes.

—Cuatro —comentó con una sonrisa de soslayo, intentando fijar la mirada en él, aunque le costaba.

Kai dio un paso atrás por primera vez.

—¿Qué está pasando?

Ella sonrió.

—Tu final.

Otro sonido, esta vez más cerca.

Un golpe sordo y otra arma cayó al suelo. Ahora todos estaban tensos. Armas levantadas y miradas nerviosas escudriñaban las sombras.

Elira no apartó los ojos de Kai.

—¿Sabes qué es lo peor? —susurró—. Que aún crees que tienes control.

En ese momento lo escuchó, el eco de unos pasos lentos y firmes.

Ella cerró los ojos un segundo, ahora más tranquila; podía sentir su presencia cerca. Kai se giró, buscándolo.

El sonido de pasos fue lo último que escucharon antes de que apareciera.

No fue una entrada explosiva. No hubo gritos ni disparos inmediatos. Solo una figura avanzando desde la sombra con traje oscuro, mirada clara y el arma relajada en la mano, como si no necesitara apuntar para matar. Mikhail se detuvo a unos metros de distancia y el silencio que cayó fue más pesado que cualquier disparo.

Sus ojos no se movieron hacia nadie más, solo hacia Elira, confirmando que estaba viva; solo entonces, habló.

—Has cometido un error irreparable.

Su voz fue grave y calmadamente letal.

Kai Chen levantó la barbilla, intentando recuperar el control, aunque algo en su postura había cambiado. Había entendido demasiado tarde a quién tenía delante.

—Impresionante —dijo con una sonrisa fina—. ¿Cómo nos has encontrado?

Mikhail ladeó la cabeza.

—Tu problema es que eres inteligente… pero no lo suficiente — respondió sin inmutarse mientras el resto de hombres lo apuntaban

con las armas. Avanzó un paso más—. El café frío. La silla frente a la puerta. El mensaje. Querías atraer a Besnik, pero olvidaste algo.

Kai frunció el ceño.

—Ah, ¿sí?

—Que ella es mi esposa —respondió Mikhail sin elevar la voz—. Y eso convierte cualquier movimiento tuyo en algo personal.

Elira observó cómo el aire cambiaba. No era solo peligro, era control absoluto.

Kai dejó escapar una risa corta.

—Has sido impulsivo viniendo solo.

Mikhail negó lentamente.

—No. Tú has errado creyendo que esto era una negociación.

Un movimiento rápido en la periferia y dos de los hombres de Kai levantaron sus armas, aunque no llegaron a disparar.

Tres detonaciones secas resonaron casi simultáneas y varios hombres cayeron. El equipo de Mikhail ya estaba dentro, posicionado y sin haber sido detectado.

Kai retrocedió un paso. Ahora sí estaba tenso.

—Demasiado rápido… —murmuró.

Mikhail no respondió. Sus ojos bajaron hacia la mejilla enrojecida de Elira y el silencio que siguió fue peor que cualquier amenaza.

—La has tocado —dijo finalmente.

No fue una pregunta, fue una afirmación incómoda.

El eco de los disparos aún vibraba en el almacén cuando el silencio volvió a caer.

Dos de los hombres de Kai yacían en el suelo. Los demás retrocedían, indecisos, mirando alternativamente a su jefe y al hombre que acababa de entrar en escena, como si el espacio le perteneciera.

Mikhail alzó el arma, pero no apuntaba todavía a la cabeza, apuntaba al pecho, aunque su mirada estaba puesta en Elira.

Luego, levantó la vista hacia Kai.

—Suelta el arma.

Kai no obedeció. Sonrió, aunque su mandíbula estaba más rígida de lo que pretendía aparentar.

—No has venido solo —confirmó.

—No —respondió Mikhail con calma—. He venido con suficientes hombres como para matarte a ti y a todos lo que estén contigo.

Kai lo observó con una mezcla de sorpresa y rabia.

—Eres demasiado impulsivo —dijo intentando recuperar terreno —. Has venido movido por emociones.

Mikhail ladeó la cabeza.

—No. —Dio otro paso—. Lo impulsivo fue tocar a mi esposa.

Kai sonrió con maldad.

—Está viva porque quiero que lo esté.

Mikhail continuó con voz baja, controlada y tranquila.

—Lo único que quiero ahora es recuperarla. Y lo voy a hacer. —Hizo una pausa—. Pero luego iré a por ti.

Kai sostuvo su mirada.

—Eso ya lo veremos.

Mikhail negó levemente.

—No entiendes. —Avanzó otro paso—. No voy a matarte hoy.

Un murmullo leve recorrió el almacén.

Kai frunció el ceño.

—¿No? —ironizó.

—No. —Sus ojos claros se volvieron más fríos—. Quiero que vivas. —El silencio fue absoluto—. Quiero que cada vez que escuches un vehículo frenar debajo de tu ventana pienses que soy yo. Que cada vez que alguien pronuncie mi nombre sientas cómo se te hiela la sangre. Que no puedas dormir sin preguntarte si será la última noche. —Su voz seguía siendo calmada—. No habrá ciudad donde puedas esconderte. No habrá puerto ni frontera ni pasaporte que te proteja. Vivirás hasta que yo decida cuándo mueres. Y, mientras tanto, tendrás miedo.

Kai apretó los dientes.

—Hablas demasiado.

—No. Te estoy concediendo un castigo.

Un movimiento brusco y Kai giró el arma de repente hacia Elira.

El gesto fue rápido, pero Mikhail fue más rápido. El disparo retumbó en el almacén.

La bala impactó en el costado de Kai, arrancándole un gruñido y haciéndolo retroceder contra una columna. El arma cayó al suelo

cuando Kai se llevó las manos al costado.

El eco aún vibraba cuando Mikhail habló. Su voz fue distinta esta vez, más oscura y más profunda.

—Si vuelves a apuntarla —dijo avanzando lentamente hacia él—, no te mataré rápido. —Kai presionó la herida con la respiración agitada por el dolor. Mikhail se detuvo a menos de dos metros de él —. Te arrancaré todo lo que amas antes de dispararte. —El silencio era insoportable—. Y cuando finalmente te mate, no será por rabia. Será porque me habré aburrido de verte temblar.

Kai sostuvo su mirada un segundo más y, por primera vez, retrocedió.

La sangre comenzaba a manchar su camisa y Mikhail dio un último paso hacia él.

—Corre —lo amenazó.

Kai retrocedió hacia la salida lateral mientras uno de sus hombres se acercaba para ayudarlo a sostenerse. Al poco tiempo, Kai Chen desaparecía entre sombras y contenedores.

Nadie disparó ni lo persiguió, porque Mikhail ya había decidido: lo peor no era morir, sino saber que la muerte acechaba, sin saber cuándo se cobraría el alma.



24

El eco de los pasos de Kai alejándose aún flotaba en el aire cuando Mikhail dejó de mirar la salida y se giró hacia ella.

El arma descendió lentamente.

Su respiración seguía controlada, pero su mandíbula estaba tensa, no por el enfrentamiento, sino por ella.

Elira estaba sentada en el suelo, todavía con la espalda apoyada contra una columna. El mareo no se había ido del todo y la mejilla le ardía donde Kai la había abofeteado. Intentó incorporarse, apoyando una mano en el suelo, pero las piernas no le respondieron con firmeza.

Mikhail cruzó la distancia que los separaba rápidamente y se arrodilló frente a ella.

No habló de inmediato, pero su mano se alzó despacio, como si temiera que se apartara. Sus dedos rozaron su mejilla donde la piel estaba enrojecida.

El contacto fue suave, demasiado suave para alguien como él.

—¿Te duele? —preguntó con una voz que no había usado hasta ese momento.

Ella intentó sonreír.

—He tenido guardias peores en urgencias.

Él no le devolvió la sonrisa.

Sus ojos bajaron a sus muñecas, buscando marcas; luego a sus labios… También valoró su respiración, evaluándola, comprobando

que estaba entera.

—Levántate —dijo en tono bajo, ofreciéndole la mano.

Elira la tomó e intentó incorporarse, pero sus piernas temblaron más de lo que podía soportar. El mundo aún giraba ligeramente por el efecto del químico.

Mikhail la sostuvo por la cintura, con firmeza.

Ella dio un paso, falló y se tambaleó.

Mikhail dejó de darle opción y la tomó en brazos con una facilidad que no necesitaba demostrar: con una mano bajo sus rodillas y la otra en su espalda, levantándola contra su pecho como si no pesara nada.

Elira se quedó quieta un segundo, sorprendida.

—Puedo caminar —murmuró por puro orgullo.

—No ahora —respondió él sin mirarla, avanzando hacia la salida.

Su brazo se cerró un poco más alrededor de ella, no de forma posesiva, sino protectora.

Ella apoyó la cabeza contra su hombro casi sin darse cuenta. Su cuerpo reconocía ese calor, ese olor y esa seguridad.

Mikhail bajó la mirada hacia ella.

—Te han tocado —dijo en voz baja, más para sí mismo que para ella.

Elira levantó la cabeza.

—Y sigue vivo —respondió haciendo referencia a Kai.

Eso sí arrancó una exhalación breve a Mikhail.

No hubo risa, sino algo más contenido.

Mientras caminaba hacia la salida, su mente ya no estaba centrada en Kai, ni en la persecución futura ni en la venganza. Estaba en el segundo exacto en que había visto, a través de la cámara de vigilancia, cómo se la llevaban; en cómo se le había detenido el pulso; en cómo, por primera vez en muchos años, había sentido miedo. Lo único que quería era sacarla de allí sin crear un fuego cruzado que pudiese herirla. Por eso mismo no había querido enfrentarse.

—No vivirá mucho, te lo garantizo.

La sostuvo un poco más fuerte contra su pecho y ella lo notó.

—Estoy bien —susurró.

Mikhail bajó la cabeza hasta su oído.

—No vuelvas a asustarme así.

No era una orden, sino algo más honesto.

Ella alzó una mano y la apoyó sobre su cuello.

—No ha sido culpa mía… —se excusó ella.

Él asintió.

—Ya lo sé.

—Pero llegaste.

Él no respondió. Salieron al aire frío del puerto y sus hombres abrieron el camino.

Mikhail la acomodó mejor entre sus brazos y murmuró algo apenas audible.

—Siempre voy a llegar.

Fue una frase sencilla, también una promesa en toda regla.

Mikhail abrió la puerta trasera del vehículo sin soltarla del todo y la acomodó primero a ella en el asiento. Se inclinó para evitar que se golpeara la cabeza, con la mano firme en su espalda mientras la ayudaba a entrar. Luego se sentó a su lado y cerró la puerta con un golpe seco.

Sergei arrancó de inmediato.

Durante los primeros segundos nadie habló.

Elira se recostó contra el respaldo, todavía aturdida. Mikhail la miró de perfil, asegurándose de que respiraba con normalidad. Sin decir nada, buscó su mano y la entrelazó con la suya. El gesto fue automático, casi instintivo.

Ella lo observó.

No era una caricia romántica, pero significaba más que cualquier palabra.

A los pocos segundos, aquel contacto pareció no bastarle y su mandíbula se tensó, como si esa mínima distancia le resultara insoportable. Soltó su mano solo para pasar el brazo por detrás de sus hombros y atraerla hacia él. La acomodó contra su pecho con naturalidad, sin pedir permiso.

Elira no protestó y apoyó la cabeza contra él.

Su corazón latía fuerte, constante y seguro.

Mikhail tomó el teléfono con la mano libre.

—Nikolau —dijo con voz baja y directa—. Sigue a Kai. No intervengas. Solo quiero saber a dónde va y con quién habla. Si sale de la ciudad, lo sabré antes que él. —Hubo un silencio—. Mantén distancia. Está herido. Eso lo vuelve impredecible.

Dicho esto, colgó sin esperar respuesta.

Elira levantó la mirada hacia él.

—¿Va a huir?

—Sí —respondió sin dudar—. Y eso me conviene.

Pulsó otro número y esta vez Alekséi respondió al segundo.

—La tengo —dijo Mikhail sin rodeos—. Está conmigo.

Al otro lado, la voz de su hermano sonó tensa, y detrás, más grave, la voz de Besnik.

Un murmullo, un "¿Está bien?" urgente.

Mikhail miró a Elira un segundo antes de responder.

—Está bien.

Se hizo el silencio, un silencio breve, y luego la voz de Besnik llegó más clara, cargada de alivio.

—Gracias.

Mikhail no sonrió.

Su voz se volvió más profunda.

—Es tu hija, pero ahora también es mi esposa. —Elira notó cómo su brazo se tensaba ligeramente alrededor de ella—. Te prometí que a mi lado estaría a salvo —continuó—. Y siempre cumplo mi palabra.

Al otro lado del teléfono, Besnik guardó silencio un instante, comprendiendo el peso real de aquellas palabras.

—Lo sé —respondió finalmente—. Igualmente, gracias.

Mikhail bajó la voz.

—A partir de ahora, nadie la toca sin que el mundo arda después.

Elira lo miró. No había exageración en su tono, tampoco teatralidad: era una verdad simple.

Alekséi carraspeó al otro lado de la línea.

—Nos vemos en el ático.

Mikhail colgó.

El vehículo avanzaba ya por la avenida iluminada de regreso a casa.

Elira seguía mirándolo.

—Hablas como si… —empezó, pero no terminó.

Él bajó la mirada hacia ella.

—¿Como si qué?

—Como si fuese algo más que una alianza.

El silencio se alargó.

Su mano subió hasta su cabello, apartándole un mechón del rostro.

—Lo eres.

No explicó más ni necesitó hacerlo.

Elira sintió algo moverse en su pecho; no fue miedo, sino algo mucho más peligroso… Sabía que él la quería. Y, para un hombre como él, amar significaba destruir el mundo con tal de mantenerla a salvo.

El vehículo se detuvo frente al edificio y, antes siquiera de que Sergei terminara de apagar el motor, Mikhail ya había abierto la puerta. Bajó primero y luego se inclinó hacia el interior para ayudar a Elira a salir con una mano firme bajo su brazo. Ella apoyó los pies en el suelo y dio un paso hacia delante, intentando demostrar que podía caminar sola.

Lo consiguió en los primeros dos pasos, pero el tercero ya fue más inestable.

Mikhail lo notó al instante.

Su mano volvió a rodear su cintura con naturalidad, sin preguntarle, guiándola hacia la entrada mientras los escoltas abrían paso.

Subieron en silencio. El ascensor reflejaba sus figuras juntas, su cabeza ligeramente inclinada hacia él. Cuando las puertas se abrieron y entraron en el ático, el aire cambió: era su territorio, su espacio, y, aun así, algo en él seguía alerta, como si todavía no quisiera bajar la guardia.

Elira avanzó unos pasos más dentro del salón.

—Estoy bien —murmuró, intentando soltarse.

Mikhail la dejó no muy seguro. De nuevo, ella intentó caminar, pero aún no había eliminado del todo la sustancia de su cuerpo y perdió levemente el control durante un instante. Mikhail no gritó ni

elevó la voz, simplemente la alcanzó dando unos pocos pasos y la tomó de la muñeca con firmeza, obligándola a detenerse.

Elira se giró hacia él, sorprendida.

Sus ojos claros estaban más expresivos que nunca.

—No vuelvas a alejarte así de mí.

Ella lo observó, entendiendo de golpe lo que había detrás de esas palabras.

—Mikhail…

Él soltó aire lentamente, como si intentara recuperar la compostura.

Su mirada descendió a su mejilla otra vez, hacia la marca de los dedos de Kai, y su mandíbula se tensó.

—Ven aquí.

No esperó respuesta. La acercó hacia él y apoyó la frente contra la suya durante un segundo largo, respirando despacio.

—Pensé… —empezó, pero se detuvo sin acabar la frase.

Elira alzó una mano y la apoyó sobre su pecho.

—Estoy bien —susurró de nuevo para intentar calmarlo.

Sus ojos se cerraron ante aquel contacto.

Cuando volvió a abrirlos, la intensidad había cambiado.

Su mano descendió hasta su cintura y la atrajo lentamente hacia él.

—Ven —murmuró—. Vamos dentro.

La condujo hacia el interior del ático, hacia la zona privada, con su mano siempre en contacto con ella, como si necesitara asegurarse de que Elira seguía allí.

La llevó hasta la habitación sin soltarla, con la mano firme en su cintura, guiando cada paso, como si aún temiera que desapareciera si dejaba de tocarla. Elira se dejó conducir, todavía sintiendo el eco de la adrenalina y la extraña calma que solo aparecía cuando él estaba cerca

Al cruzar la puerta, Mikhail la cerró tras ellos con un gesto lento.

El ruido suave del cierre resonó más de lo que debería.

—Siéntate —dijo señalando la cama.

Ella obedeció sin discutir, observándolo mientras él se quitaba la americana y la dejaba sobre una silla. Luego se acercó despacio,

arrodillándose frente a ella. El gesto la sorprendió: había algo casi reverente en la forma en que sus manos se movieron hacia su rostro.

Sus dedos rozaron su mejilla con cuidado extremo.

—Déjame ver.

Elira sostuvo su mirada mientras él inclinaba su cabeza ligeramente para examinar el bofetón. Sus ojos recorrían cada detalle, como si memorizara la marca para no olvidarla jamás.

—No es grave —dijo ella.

—Sí lo es.

La respuesta surgió de forma inmediata.

Su pulgar pasó suavemente sobre la piel enrojecida, luego descendió hacia su mandíbula y su cuello, comprobando si había más señales. Sus manos eran firmes, seguras… y sorprendentemente suaves.

Elira tragó saliva.

Había visto a ese mismo hombre disparar sin pestañear hacía menos de una hora y ahora la tocaba como si fuera algo frágil.

—Mikhail…

Él no respondió.

Su mirada bajó hacia sus muñecas, luego se dirigió hacia sus hombros. Sus dedos apartaron el cabello de su cuello para asegurarse de que no había marcas ocultas. El gesto fue lento, íntimo y demasiado cercano.

Elira sintió que su respiración cambiaba.

—¿Te duele algo más?

—Solo el orgullo —murmuró con fastidio.

Eso sí le arrancó una exhalación breve, casi una sonrisa, pero desapareció rápido.

—No debí dejarte sola —dijo en voz baja.

Ella negó.

—No fue culpa tuya.

Mikhail levantó la mirada hacia ella.

—Todo lo que te pase es asunto mío.

La frase quedó suspendida entre ellos.

Elira alzó la mano y la apoyó sobre su rostro, con sus dedos recorriendo su mejilla áspera.

—Me defendí.

Él asintió.

—Ya lo sé. —Sus ojos se ensombrecieron—. Te vi.

Elira sintió un escalofrío.

—¿Lo viste?

—Todo.

El silencio cambió de forma, más cálido y más peligroso.

Su mano descendió hasta su cintura y la atrajo ligeramente hacia el borde de la cama, acortando la distancia entre ambos, sin romper el contacto visual.

—Estoy orgulloso de ti —murmuró.

La frase la sorprendió más que cualquier otra declaración. Sus rostros estaban ahora demasiado cerca. Su pulgar volvió a rozar la mejilla herida, pero esta vez su mano no se detuvo ahí.

Descendió lentamente por su cuello, por su clavícula y el gesto dejó de ser solo de cuidado y se volvió algo más íntimo y más intenso.

Elira dejó escapar un suspiro leve.

Mikhail lo escuchó y algo dentro de él cambió.

Su respiración se volvió más profunda.

—Ven aquí… —susurró.

Elira apenas tuvo tiempo de reaccionar.

Mikhail la atrajo hacia él con un movimiento lento pero firme, como si aquella decisión hubiera estado contenida demasiado tiempo dentro de su pecho. Su mano en la cintura la acercó hasta que sus rodillas casi se tocaron y entonces, sin brusquedad, pero sin pedir permiso, inclinó la cabeza y besó sus labios.

No fue un beso violento, sino profundo y apasionado, como el de alguien que había estado conteniéndose demasiado y finalmente dejaba caer la máscara.

Elira se quedó inmóvil un segundo, sorprendida por la intensidad distinta que había en él. No era la provocación de antes ni el deseo cargado de tensión que habían compartido otras veces. Aquello era más sincero.

Sus labios se movieron lentamente contra los de ella, saboreando cada segundo, como si necesitara confirmar que estaba allí, sana y salva.

Ella respondió casi sin darse cuenta con sus dedos subiendo hasta su cuello.

El beso se volvió más cálido, más firme, y Mikhail soltó una exhalación contra su boca, una mezcla de alivio y solemnidad.

El beso se volvió más pasional, pero sin prisa, como si ambos entendieran que aquel momento no necesitaba velocidad, sino verdad. Mikhail inclinó el rostro, cambiando el ángulo, y su mano en la cintura de Elira se deslizó con suavidad hacia su espalda, acercándola más a él. No había brusquedad ahora, solo una necesidad silenciosa.

Elira sintió el calor de su cuerpo, firme, protector, y una extraña calma empezó a asentarse bajo la piel, sustituyendo a la adrenalina que aún le corría por las venas. Sus dedos se deslizaron por el cuello de él hasta su cabello, enredándose levemente mientras el beso se volvía más lento, más consciente para ambos.

Mikhail se apartó lo suficiente para rozar su mejilla con la nariz y su respiración se acompasó con la de ella.

—Estás aquí —murmuró más para sí mismo.

Sus labios descendieron con cuidado hacia su mandíbula, dejando un rastro suave, casi reverente, como si marcara territorio sin necesidad de violencia. Una mano subió hasta su rostro, sosteniéndolo con delicadeza con el pulgar, acariciando su pómulo donde antes había examinado la herida.

Elira cerró los ojos un instante.

No era solo deseo, era protección convertida en caricia.

Él volvió a besarla, esta vez más despacio. La inclinó suavemente hacia atrás hasta que ella apoyó el peso en el colchón. Mikhail no la cubrió por completo y se sostuvo sobre un brazo, manteniendo espacio suficiente para que el gesto fuera elección y no imposición.

Sus manos recorrieron sus costados con lentitud, deteniéndose en la curva de su cintura, como si memorizaran cada línea.

—Estaba asustado —pronunció finalmente.

Elira lo miró a los ojos ya sin miedo.

—Entonces no llegues tarde —respondió con un atisbo de humor que suavizó la tensión.

Una sonrisa apareció en los labios de él.

Mikhail inclinó la frente contra la suya, respirando despacio, y depositó un beso breve sobre su boca y otro sobre su mejilla herida, como si con ello pudiera borrar lo ocurrido.

Las manos de ella descendieron por su espalda, lentas, seguras, y el silencio que los envolvió no fue incómodo, fue íntimo.

Durante unos segundos, simplemente se quedaron así, tocándose sin prisas.

La manera en que él la miraba dejaba claro algo que ya no necesitaba palabras: la protegería siempre… pero también empezaba a pertenecerle de una forma más profunda, más peligrosa y más real.

Mikhail permanecía inclinado sobre ella, observándola con esa intensidad tranquila que ahora comenzaba a resultarle familiar. Elira notó cómo sus dedos firmes recorrían lentamente el borde de su camisa, casi distraídos, como si el gesto fuera natural e inevitable.

—Sigues mirándome como si fueras a regañarme —murmuró ella, intentando recuperar algo de ligereza.

Él alzó una ceja.

—Estoy evaluando daños —respondió con calma—. Y pensando en qué hacer para que no vuelva a pasar.

Su voz era baja, pero ya no sonaba autoritaria: había algo más cálido debajo.

Mientras hablaba, sus dedos comenzaron a ascender por debajo de la camiseta de ella, con movimientos lentos, precisos y sin prisa. No pidió permiso, pero tampoco invadió, cada gesto parecía una pregunta silenciosa.

Elira tragó saliva.

—Eres muy mandón… —susurró, aunque no se apartó.

—Soy muy paciente —corrigió él, y luego subió un poco más sus dedos hasta su estómago. El contacto de sus manos contra su piel hizo que ella cerrara los ojos un instante. Mikhail inclinó la cabeza, besando suavemente la curva de su clavícula mientras hablaba—. Hoy he entendido algo —continuó casi en un susurro—. Pensé que

esta alianza era estrategia, pero cuando te vi en ese suelo… —exhaló lentamente—, ya no era estrategia.

Elira abrió los ojos y lo miró.

Él no apartó la vista mientras deslizaba la tela por sus hombros, dejando caer la camiseta a un lado con una naturalidad casi ceremoniosa. Después, se incorporó ligeramente sin romper el contacto visual.

—No pareces alguien que confiese cosas —dijo ella, intentando disimular el latido acelerado en su pecho.

Mikhail soltó una breve exhalación que casi era una risa.

—No lo hago —respondió—. Solo cuando es necesario.

Acto seguido, se desabrochó lentamente los botones de su camisa, uno a uno, mientras la observaba, como si quisiera que ella fuera consciente de cada movimiento.

Elira apoyó una mano sobre su pecho cuando quedó al descubierto, sintiendo el calor de su piel bajo sus dedos.

—Esto empieza a ponerse interesante —murmuró.

—Siempre lo fue —respondió él, inclinándose de nuevo hacia ella.

Sus labios rozaron los de Elira una vez más, más suaves y más lentos. Mientras la besaba, sus manos recorrieron su espalda con cuidado, como si estuviera memorizando cada curva. La tensión, que antes era ansiedad, ahora se transformaba en algo más profundo y más seguro.

Se apartó levemente para mirarla.

—Si quieres que pare… lo haré —dijo en voz baja.

Ella negó con la cabeza.

La sonrisa que apareció en el rostro de Mikhail fue mínima, casi imperceptible, pero suficiente para suavizar sus duros rasgos.

Se inclinó de nuevo hacia ella, besándola, mientras el resto de la ropa desaparecía poco a poco entre caricias lentas y esa sensación de que, por primera vez desde que todo había comenzado, ninguno de los dos estaba luchando contra el momento.

El beso no se rompió del todo, solo cambió. Se volvió más lento, más profundo, como si necesitaran saborear el momento en lugar de dejarse arrastrar por él. Las manos de Mikhail se movían

con calma sobre su piel, sin prisa, como si cada gesto tuviera peso propio.

—Sigues mirándome como si estuvieras pensando demasiado —murmuró ella contra sus labios.

—Porque contigo siempre hay algo que pensar —respondió él, aunque su voz surgió más dulce de lo que pretendía.

Él dejó escapar una exhalación breve, casi divertida, mientras sus dedos descendían por su espalda, trazando líneas lentas que provocaban un estremecimiento tras otro en Elira.

Elira lo observó sin disimular esta vez.

Había algo hipnótico en la manera en que se movía, en esa mezcla de peligro y calma que siempre lo rodeaba.

—Te estás acostumbrando a mirarme así —dijo él con una ligera curva en los labios.

—No te acostumbres demasiado —respondió ella, aunque no apartó la mirada.

Mikhail volvió a inclinarse hacia ella, dejando besos lentos por su cuello mientras sus manos recorrían su cintura con una seguridad tranquila. Cada gesto parecía medido, controlado, como si estuviera cuidando el momento tanto como a ella.

—¿Sabes qué es lo peor? —murmuró él contra su piel.

—¿Qué?

—Que ahora sé exactamente cuánto te necesito cerca… y eso me vuelve menos razonable.

La confesión quedó suspendida entre ellos.

Elira respiró hondo, sorprendida por la honestidad que rara vez veía en él.

Sus dedos comenzaron a deslizarse por el pecho de Mikhail, explorando con curiosidad y confianza creciente. Él reaccionó con un leve estremecimiento apenas perceptible, y su mirada se oscureció un poco más.

—Esto empieza a parecer una trampa —susurró ella.

—Lo es —respondió él con calma—, aunque no para ti.

Volvió a besarla, más profundo esta vez, guiándola lentamente hacia atrás mientras el resto de las prendas desaparecía entre risas

bajas, palabras susurradas y una intimidad que ya no se sentía forzada, sino elegida.

El mundo fuera del ático dejó de existir y solo quedaban ellos dos.

El aire en la habitación estaba cargado, pero ya no era solo deseo, era algo más profundo.

Mikhail la sostuvo por la cintura mientras sus labios recorrían los suyos con lentitud, pero esta vez el beso era más consciente.

Se apartó unos centímetros y la miró con una ternura descomunal. El hombre estratega, el jefe de la mafia rusa, quedaban aparcados por un momento para centrarse en ella como lo que era: un hombre que amaba a una mujer por encima de todo.

Su mano subió hasta su rostro y se quedó allí, acariciando su mejilla con el pulgar, el mismo gesto que antes había sido protector y ahora era íntimo.

—Hay algo que no suelo hacer —dijo en voz baja.

Elira lo observó sin moverse.

—¿El qué?

Él sostuvo su mirada más tiempo del habitual, sin ironía ni dureza.

—No dejo que nadie se convierta en mi punto débil. —Sus dedos descendieron por su cuello con suavidad, no para provocar, sino como si necesitara tocarla mientras hablaba—. Y hoy, cuando vi por la cámara que te secuestraban… —respiró hondo—, entendí que ya lo eres.

Elira sintió algo apretarle el pecho.

—Eso no suena muy propio del líder de la bratva —intentó bromear.

Mikhail inclinó la cabeza.

—No lo es.

Él nunca admitía vulnerabilidad, nunca reconocía miedo, nunca decía que algo podía afectarle, pero ahora lo estaba haciendo.

Su frente se apoyó contra la de ella.

—Si alguien vuelve a tocarte… —susurró—, no habrá venganza. Habrá una aniquilación.

No lo dijo como una amenaza teatral, lo dijo como un hecho consumado.

Elira llevó la mano hasta su pecho, sintiendo el latido fuerte bajo la piel.

—No quiero ser tu debilidad —murmuró.

Él negó lentamente.

—No lo eres. —Sus ojos se suavizaron—. Eres la razón por la que soy más peligroso.

Mikhail volvió a besarla y, en ese momento, comprendió que ella ya no era una alianza, era una elección.

Cuando se separó, apoyó los labios en su frente con una ternura que jamás mostraba frente a nadie.

—No pienso perderte —murmuró.

Elira sintió cómo el mundo volvía a reducirse a él, a su respiración, a sus manos firmes recorriendo su piel con una mezcla de deseo y contención que ya empezaba a reconocer. No era una posesión violenta, era algo que, en ese momento, rozaba la ternura.

Mikhail se situó entre sus piernas, entró en ella y comenzó a moverse lentamente. Ambos cuerpos se movían juntos con una cadencia lenta, casi deliberada, mientras ella no podía dejar de pensar en lo que acababa de decirle.

Su punto débil, su razón para ser más peligroso.

Las palabras se repetían en su mente mientras sus dedos se aferraban a sus hombros y su frente rozaba la de él. No era solo el calor, ni la cercanía ni la intensidad del momento, era la certeza de que aquel hombre, que había construido su vida sobre el control y el cálculo, había admitido que ella había atravesado su coraza, y eso la asustaba más que cualquier pistola, pero también la hacía sentir… elegida.

Su respiración se quebró un instante cuando él la sostuvo más cerca, cuando sus labios descendieron por su cuello con una mezcla de hambre y cuidado. Mikhail no se movía con brusquedad, cada gesto era firme pero contenido, como si estuviera sosteniendo algo valioso, como si estuviera aprendiendo a amar sin saber que lo estaba haciendo.

Elira cerró los ojos y se dejó llevar. No había lucha. No había orgullo. Solo esa sensación creciente de que, pese a todo lo que representaba, junto a él no se sentía atrapada, se sentía protegida.

Cuando sus cuerpos encontraron el mismo ritmo y el aire se volvió más denso, ella alzó la mirada y lo vio. Vio algo que nunca había visto en él frente a otros. La forma en que la miraba no hablaba de debilidad, hablaba de pertenencia.

Mikhail apoyó la frente contra la suya mientras el movimiento se volvía más intenso, pero sus ojos no se apartaron de los de ella, como si necesitara que supiera que aquello no era solo deseo: era un vínculo.

Ella susurró su nombre sin darse cuenta y él respondió del mismo modo.

Cuando finalmente el momento los arrastró por completo y el mundo pareció desaparecer durante unos segundos interminables, Mikhail la sostuvo contra su pecho con una firmeza que no era posesiva, sino protectora.

Su respiración era profunda y controlada, pero su mente no lo estaba tanto.

Mientras ella recuperaba el aliento apoyada contra él, Mikhail comprendió algo que no había previsto cuando aceptó aquella alianza. Ella no era su punto débil, era el detonante, el motivo, la línea que nadie debía cruzar.

Bajó la mirada hacia ella, pasando la mano por su cabello con una suavidad que nadie más conocía, y en su mente quedó una certeza absoluta: Elira no era su debilidad, era la razón por la que el mundo ardería si alguien volvía a tocarla… y él sería quien encendiera la llama, sin importarle a quién arrastrase el incendio.



25

Kai Chen caminaba ligeramente inclinado a la derecha, intentando ocultar el dolor que le atravesaba el costado cada vez que respiraba demasiado hondo. El vendaje bajo la camisa absorbía lentamente la sangre seca y, aunque los médicos improvisados habían cerrado la herida lo suficiente para que no muriera, el ardor constante le recordaba quién se la había hecho: Mikhail Petrov. El nombre se repetía en su cabeza como un eco desagradable.

El aeropuerto de Barcelona brillaba bajo la iluminación fría de la noche, lleno de gente que no tenía idea de las guerras que se libraban entre sus sombras. Kai avanzó sin mirar atrás, acompañado por uno de sus hombres más fieles, el único que había sobrevivido lo suficiente como para seguirlo sin cuestionar.

Había cometido un error, no al atacar, nunca al atacar; el error había sido subestimar la velocidad con la que el ruso reaccionaría.

Apretó la mandíbula mientras cruzaban el control de seguridad.

La herida tiró de sus músculos y tuvo que contener un gesto de dolor.

—Todo irá bien —murmuró su acompañante en voz baja.

Kai no respondió. Sabía que aquello no había terminado y que solo estaba cambiando de escenario. No había miedo, solo mente fría.

Si el ruso era inteligente, entendería que una guerra abierta no beneficiaba a nadie.

Y si no…

Kai sonrió lentamente. Entonces, aprendería.

Lo que Kai Chen no sabía era que, unos metros detrás, un hombre vestido con ropa discreta observaba cada uno de sus movimientos sin perderlo de vista.

El agente de Mikhail, Nikolau, pasó el control sin levantar sospechas, mientras guiñaba el ojo a uno de los guardias de seguridad privada que custodiaban el arco y que lo dejó pasar sin problema.

Esperó hasta que Kai se posicionó en una cola de entrada a uno de los aviones y se fijó en el rumbo que tomaba. El asiático desapareció en la zona de embarque y entonces Nikolau sacó el teléfono.

—Va hacia Nueva York —dijo en ruso.

Al otro lado de la línea, el silencio duró apenas un segundo.

Mikhail inspiró hondo mientras sostenía el teléfono móvil.

—De acuerdo —contestó antes de colgar.

Mikhail observaba la ciudad desde el ventanal del ático. Durante unos segundos permaneció inmóvil, como una estatua tallada en piedra. Luego giró ligeramente la cabeza hacia Sergei, que permanecía cerca sin invadir su espacio.

—Contacto con Nueva York —le informó.

Sergei asintió sin decir nada.

Mikhail buscó otro número en su teléfono. Esta vez sí apareció una ligera curva en la comisura de sus labios, algo parecido a una sonrisa maliciosa.

La llamada fue respondida tras el segundo tono.

—Petrov —dijo una voz grave, con acento americano marcado—. Pensaba que habías desaparecido del mapa.

Mikhail apoyó el hombro contra el cristal.

—Gabriel Gohen.

El hombre al otro lado de la línea soltó una risa sincera.

—Solo tú pronuncias mi nombre completo cuando llamas para algo serio.

Gabriel Gohen era el jefe de la mafia de Nueva York, viejo aliado de los padres de Mikhail, aunque el peor enemigo para quien se

cruzara en su camino.

—Necesito un favor —dijo Mikhail.

Hubo un silencio al otro lado, el tipo de silencio que solo existe entre hombres que se respetan.

—Entonces debe de ser importante —respondió —. Nunca pides favores.

—Un hombre va hacia tu ciudad. Kai Chen.

Hubo una pausa.

—La tríada china —dijo Gohen con interés inmediato.

—Intentó matar a mi esposa.

El tono cambió instantáneamente.

—Ah… —murmuró Gabriel—. Entonces no es un favor. Es un asunto personal.

—Quiero saber dónde pisa cuando llegue.

—¿Vivo?

Mikhail tardó apenas un segundo en responder.

—De momento.

La respuesta provocó una carcajada al otro lado de la línea.

—Siempre tan diplomático, Petrov.

—No lo pierdas de vista.

—Cuenta con ello. Mis hombres ya estarán esperando cuando aterrice.

La llamada terminó sin más palabras.

Mikhail bajó lentamente el teléfono y sus ojos claros se endurecieron.

Kai Chen había cruzado una línea y ahora toda una red de hombres peligrosos se movía para cerrarle el camino y cercarlo.

Mikhail levantó la mirada justo cuando la puerta del despacho se abrió suavemente.

Elira apareció apoyándose en el marco, observándolo con esa expresión mezcla de curiosidad y suspicacia que él ya empezaba a reconocer demasiado bien.

Él guardó el teléfono en el bolsillo de la americana con un gesto rápido, casi automático.

Ella entornó los ojos.

—Eso ha sido muy sospechoso.

Mikhail arqueó una ceja.

—Buenas noches para ti también.

Elira avanzó unos pasos hacia él, cruzándose de brazos.

—¿Va todo bien?

Él le sostuvo la mirada un segundo antes de responder y, entonces, sonrió. No era una sonrisa amplia, era esa ligera curva peligrosa que solo aparecía cuando intentaba tranquilizarla.

—Sí.

Ella no se movió. No respondió. Solo lo miró con calma, evaluándolo.

—Sé cuándo mientes —dijo finalmente.

Mikhail inclinó la cabeza.

—No miento.

—Mmm.

Elira lo observó unos segundos más, como si estuviera debatiendo internamente si presionarlo o no. Finalmente, soltó un suspiro exagerado.

—Vale. Te concedo el beneficio de la duda… de momento.

—Eres generosa.

—No te acostumbres —replicó ella girándose hacia la mesa—. Solo estoy demasiado cansada para discutir. —Miró a Sergei y lo saludó con una sonrisa.

Mikhail dejó escapar una exhalación que casi fue una risa.

—Eso no te ha detenido antes.

Ella le lanzó una mirada divertida por encima del hombro.

—Estoy evolucionando.

—Eso me preocupa.

Elira negó con la cabeza, pero un atisbo de sonrisa apareció en sus labios.

Mikhail dio un paso hacia ella.

—¿Lo tienes ya todo preparado?

Ella asintió.

—Sí. Maletas listas, documentos, ropa… dignidad cuestionable… porque sigo sin creerme que me vaya a Rusia contigo, pero sí, todo preparado.

Él la observó unos segundos más de lo necesario y se inclinó hacia ella para besarla justo cuando el timbre sonó.

Ambos se quedaron quietos un instante.

—Ya están aquí.

Elira respiró hondo.

—Supongo que es el momento.

Se dirigieron hacia la puerta juntos. A mitad del pasillo, casi sin pensarlo, Mikhail extendió la mano y tomó la de ella. No fue un gesto teatral ni dominante, fue natural, automático, como si su cuerpo se negara a dejarla caminar sin tocarla.

Sus dedos se entrelazaron y Elira lo miró de reojo.

—¿No puedes pasar ni un minuto sin comprobar que sigo aquí?

Él no respondió de inmediato, solo apretó ligeramente su mano mientras continuaban caminando.

—No quiero hacerlo —dijo finalmente, con una calma absoluta.

Aquella simple frase tenía más peso que cualquier declaración.

Llegaron a la puerta y Mikhail la abrió.

Besnik estaba de pie, esperando. No hizo ningún gesto de querer abrazarlos, solo asintió hacia Mikhail y miró con cariño a su hija.

—Pasa —le ofreció Mikhail.

Alekséi esperaba detrás.

—A mí no hace falta que me invites —respondió su hermano entrando directamente.

Mikhail caminó hacia el comedor, soltando la mano de Elira, aunque permanecía a su lado. Besnik se acercó a la ventana para observar las vistas. Tenía las manos a la espalda y la postura rígida de quien intenta aparentar control cuando en realidad lo está perdiendo. Alekséi apoyaba un hombro en la pared, observándolo todo en silencio, con esa calma suya que siempre escondía más de lo que mostraba.

Elira fue la primera en avanzar.

—Papá…

Besnik se giró y la miró como si necesitara grabarla en su memoria. Vestida para viajar, sana y salva. Viva. Dio dos pasos hacia ella y la abrazó con fuerza, sin disimular. Elira cerró los ojos un

instante, respirando su olor conocido, el único que le recordaba quién había sido antes de todo aquello.

—Cuídate —murmuró él—. Aunque sé que no lo necesitas — acabó sonriendo emocionado.

Ella se separó levemente y lo miró con esa mezcla de cariño y reproche que siempre había existido entre ellos.

—No te metas en problemas mientras yo no esté —dijo ella con tono irónico.

Besnik resopló.

—Eso es cosa de familia, ya lo sabes.

Mikhail se mantuvo a un lado, observando, sin intervenir, hasta que Besnik levantó la mirada y se encontró con la suya. El silencio entre ambos fue denso, cargado de todo lo que no hacía falta decir.

Besnik dio un paso hacia él.

—Gracias —dijo finalmente—, por cumplir tu palabra.

Mikhail asintió despacio.

—Siempre lo hago.

Besnik inspiró hondo y miró de reojo a su hija.

—Cuida de ella —le pidió.

Mikhail sostuvo su mirada sin parpadear.

—Mi vida va delante de la suya —respondió con voz baja—. Nadie la tocará mientras yo respire.

Besnik se quedó quieto un segundo más de la cuenta. Aquello no era una promesa vacía. Lo sabía. Asintió con gesto solemne.

—Entonces sé que estará a salvo.

Alekséi chasqueó la lengua desde su sitio.

—Bueno —intervino—, esto se está poniendo demasiado ceremonioso y aún no he hecho mi comentario incómodo.

Elira lo miró.

—Por favor, no.

Alekséi sonrió.

—Cuida de mi hermano —le dijo a ella—. Parece que ya no piensa con la cabeza correcta.

Mikhail le lanzó una mirada afilada.

—Hablas demasiado.

—Siempre lo he hecho —replicó Alekséi—. Solo digo que nunca te había visto así.

Elira alzó una ceja.

—¿Así cómo?

—Vivo —contestó él sin dudar—. Enamor… —Alekséi se calló cuando Mikhail lo fusiló con la mirada, aunque con su mano buscó la de Elira y la apretó con firmeza.

Besnik observó ese gesto y algo en su expresión se suavizó. Sabía que Mikhail era un hombre de palabra, pero por la forma en que miraba a su hija, por cómo buscaba su mano, comprendió que aquello no era solo una promesa entre mafiosos; había algo más, y se alegró por ello.

—Id en paz —dijo finalmente Besnik—, antes de que me arrepienta y cierre la puerta para que no podáis marcharos a Moscú.

Elira volvió a abrazarlo.

—Te llamaré.

—Hazlo —respondió él—. Si no lo haces, llamaré yo. A Rusia. A Moscú. A donde sea.

Ella sonrió.

Mikhail inclinó la cabeza a modo de despedida y condujo a Elira hacia la salida, sin soltar su mano. Cuando cruzaron la puerta, Alekséi los siguió con la mirada unos segundos y luego murmuró, más para sí que para el resto.

—Joder… quién lo diría.

Besnik no respondió, sabía exactamente lo que quería decir.

Los hombres tomaron las maletas y todos se dirigieron al ascensor para descender y despedirse allí de nuevo.

Mikhail pasó un brazo por encima de los hombros de ella, acercándola, sin importarle que Besnik o Alekséi lo observasen.

Rusia los esperaba, también una vida más tranquila.

El ascensor descendió en silencio hasta el parquin subterráneo.

Elira sentía el leve temblor en el pecho que aparecía cuando algo terminaba y otra cosa comenzaba sin que hubiera tiempo para acostumbrarse. Las puertas se abrieron y Sergei ya los esperaba junto al todoterreno con el maletero abierto y expresión

imperturbable, como si todo aquello fuera solo otro traslado más en una agenda infinita.

Las maletas fueron colocadas con rapidez y precisión. Sergei asintió con respeto hacia Mikhail y luego hacia ella, un gesto mínimo pero cargado de reconocimiento. Mikhail abrió la puerta trasera y dejó que Elira subiera primero, después rodeó el vehículo y tomó asiento a su lado.

El motor arrancó.

Desde dentro, Elira levantó la mirada hacia la entrada del parquin donde Besnik y Alekséi aún permanecían observando. Levantó la mano en una despedida silenciosa mientras el vehículo comenzaba a moverse. El vehículo giró lentamente y las figuras quedaron atrás, primero pequeñas, luego difusas, hasta desaparecer completamente cuando tomaron la salida hacia la calle.

Elira apoyó la cabeza contra el respaldo y dejó escapar un largo suspiro. Pensó en su padre, en sus hermanos, en la vida que había tenido hasta hacía apenas unas semanas. Pensó en el hospital, en las guardias interminables, en la normalidad que había intentado proteger durante años como si fuera una isla segura y, ahora, todo cambiaba.

Rusia, un nuevo idioma, una nueva casa, un nuevo mundo.

Giró la cabeza hacia Mikhail, su marido. La palabra aún le parecía irreal y, sin embargo, profundamente correcta.

Él había removido cielo y tierra para que pudiera seguir siendo ella misma dentro de aquel universo peligroso. Había buscado un trabajo para cuando estuviera preparada, había organizado su traslado sin imponerle nada, había esperado cada uno de sus tiempos, incluso cuando su naturaleza pedía lo contrario.

Elira sonrió levemente para sí misma.

¿Qué podía salir mal al lado de uno de los hombres más poderosos de Europa y Asia?

La pregunta apareció casi como una broma interna.

Ella había odiado todo aquello: la mafia, el poder, las reglas…

Pero también debía reconocer algo que semanas atrás jamás habría admitido en voz alta: Mikhail había conquistado su corazón

sin pedir permiso, sin promesas románticas, sin palabras bonitas… solo con hechos.

Y no había nadie que la hiciera sentir tan segura ni tan viva.

Sus dedos buscaron los de él y los entrelazó sin decir nada.

Mikhail bajó la mirada hacia sus manos un segundo antes de apretarlas suavemente.

Mikhail observaba las luces de Barcelona deslizarse tras la ventanilla mientras una certeza tranquila se asentaba en su pecho. Había comenzado como una deuda, una cuestión de honor entre mafias, una decisión estratégica que tenía sentido en términos de poder y alianzas. Y ahora… ahora se daba cuenta de algo que nunca había esperado sentir. Se sentía completo; no más fuerte ni temido, sino completo, como si algo que no sabía que faltaba hubiera encontrado finalmente su lugar.

La miró de reojo. Elira, su esposa, la mujer que había irrumpido en su vida con fuego y sarcasmo, que lo había desafiado sin miedo, que había atravesado cada una de sus defensas sin siquiera proponérselo.

Lo que había comenzado como un pacto entre mafias se había convertido en algo mucho más peligroso: un amor real, profundo e innegociable.

Mikhail sabía que ese tipo de amor era el más peligroso de todos, porque convertía a un hombre ya letal en algo aún más imparable.

El vehículo avanzó hacia el aeropuerto y, por primera vez en mucho tiempo, el líder de la bratva no pensaba en guerras ni en negocios… pensaba en el futuro, en ella.



26

La noche en Nueva York tenía un brillo distinto al de cualquier otra ciudad del mundo. Más frío, más rápido y más despiadado.

Kai Chen salió del avión con paso firme, aunque el dolor en el costado tiraba de su cuerpo cada vez que respiraba. Había cambiado de camisa antes de aterrizar, pues estaba ensangrentada, pero la rigidez en sus movimientos delataba que la herida seguía abierta bajo la tela.

No importaba, había sobrevivido… eso era lo único que contaba.

El aire frío le golpeó el rostro mientras caminaba hacia la zona de recogida. Su hombre lo seguía a pocos pasos, vigilando discretamente alrededor. Nada parecía fuera de lugar. Gente, taxis, luces, ruido. Nueva York respiraba con normalidad.

Kai permitió que una breve sonrisa se dibujara en sus labios.

Había escapado.

El ruso había sido rápido, pero no lo suficiente.

Lo que no veía Kai Chen era el vehículo oscuro estacionado al otro lado de la calle.

Dentro, un hombre observaba con atención. Se trataba de Gabriel Gohen. El jefe de la mafia de Nueva York no era un hombre que se levantara para recibir invitados… salvo cuando la ocasión lo merecía. Alto, traje impecable, mirada tranquila que escondía una

violencia perfectamente calculada. Gohen apoyó un codo en la puerta mientras seguía a Kai con los ojos.

—Ese es —murmuró uno de sus hombres.

Gohen asintió lentamente.

—Tiene peor aspecto del que esperaba.

—Dicen que Petrov le disparó.

Una ligera sonrisa apareció en el rostro del americano.

—Entonces tiene suerte de seguir respirando.

Sacó el teléfono y marcó.

La llamada fue respondida al instante.

—Ha llegado —dijo Gohen sin rodeos.

Al otro lado hubo un silencio breve.

Mikhail inspiró mientras observaba a Elira a su lado, medio dormida. El vuelo a Moscú duraría cerca de ocho horas.

—¿Movimiento?

—Cojea. Está herido. Cree que está a salvo —ironizó Gabriel. Gohen observó cómo Kai subía a un vehículo negro y daba instrucciones rápidas al conductor—. No lo está —añadió con calma.

—No lo pierdas.

—No lo haré.

Un todoterreno negro arrancó detrás del vehículo de Kai, manteniendo la distancia perfecta.

—¿Quieres que terminemos esto aquí? —preguntó Gabriel con tono casual.

—No —respondió Mikhail con voz baja—. Quiero saber a dónde huye.

Gabriel soltó una risa.

—Siempre tan paciente.

—Siempre.

La llamada terminó directamente.

Gohen volvió a observar la calle mientras el vehículo se alejaba.

—Seguidlo —ordenó—. Sin que lo note.

El motor arrancó suavemente.

Kai Chen pensaba que había escapado, pero en realidad acababa de entrar en un territorio donde cada sombra tenía dueño.

El avión ya había dejado atrás el cielo de España cuando el teléfono de Mikhail vibró suavemente sobre la mesa frente a él. Elira dormía a su lado, con la cabeza apoyada contra su hombro y la respiración tranquila, completamente ajena a las sombras que aún se movían en su nombre.

Mikhail respondió sin hacer ruido.

—Habla.

La voz de Gabriel Gohen llegó clara.

—Tu amigo chino no se queda en Nueva York, ha cambiado de aeropuerto.

Mikhail no cambió de expresión.

—Sigue.

—Escala técnica. Cambia de vuelo en dos horas. Destino: Chicago.

Hubo un silencio breve.

—Gracias.

—No me des las gracias todavía —respondió Gohen con un tono ligero, divertido—. Ese hombre cree que está huyendo hacia terreno neutral.

Mikhail dejó escapar una exhalación breve.

—Nadie huye de mí hacia territorio neutral —dijo mirando de reojo a Elira. Luego, acarició su cabello casi sin pensarlo.

—Eso mismo pensé.

La llamada terminó sin decir nada más.

Mikhail bajó lentamente el teléfono y miró a Elira unos segundos. Dormía profundamente, confiada y segura. Su pecho subía y bajaba con calma, y algo dentro de él se suavizó.

Luego volvió a endurecer el gesto y marcó otro número.

La respuesta llegó al tercer tono.

—Petrov —dijo una voz grave, con un acento americano distinto al de Gohen, más áspero.

Hudson O´Banion, jefe de la mafia de Chicago, gran amigo y aliado, respondió al otro lado de la línea. Él era uno de los pocos hombres en el mundo a quien Mikhail respetaba sin reservas.

—Necesito un favor.

—Sabía que algún día llegaría esta llamada —respondió Hudson —. Dime.

Mikhail miró hacia la ventanilla del avión. Las nubes se extendían bajo ellos como un mar silencioso.

—Un hombre aterrizará en tu ciudad. Kai Chen.

—La tríada china… sí, lo he escuchado.

—Intentó secuestrar a mi esposa.

El tono cambió instantáneamente.

—Entonces no es un favor —dijo Hudson con calma peligrosa—. Es una declaración de intenciones.

Mikhail apoyó el codo en el reposabrazos.

—No quiero ruido.

—Entendido.

—Síguelo. Observa. Y cuando llegue el momento…

Se detuvo un segundo, sin necesidad de terminar la frase.

Hudson lo hizo por él.

—Lo resolveremos.

Hubo un silencio breve que decía más de lo que callaba. No hubo necesidad de confirmar nada.

—Te debo una —añadió Mikhail.

Hudson soltó una carcajada.

—Eso quiero oírlo cuando estés en Chicago con una botella en la mano, ruso.

La llamada terminó.

Mikhail dejó el teléfono sobre la mesita del avión que tenía desplegada y pasó el brazo por los hombros de Elira, atrayéndola ligeramente hacia él, pero sin despertarla. Su mirada volvió a endurecerse.

Kai Chen había cruzado mares y océanos, pero solo había conseguido acercarse al final. Había esperado lo suficiente para sacar a Elira de España y asegurarse de que estuviese protegida. Ya no era necesario postergar más aquello.

El viento del lago Michigan cortaba la noche con una frialdad distinta a la de cualquier otra ciudad. Chicago respiraba lento, pesado, como

un animal enorme que observaba antes de atacar.

Hudson O'Banion permanecía sentado en el asiento trasero del vehículo negro, con las manos apoyadas sobre sus rodillas, observando a través del cristal tintado. Alto, traje oscuro impecable, con una barba corta perfectamente cuidada y ojos miel que parecían no perder detalle de nada, ni siquiera de aquello que otros ni veían.

Delante, sus hombres vigilaban en silencio.

—Está saliendo —dijo uno de sus hombres por el pinganillo.

Hudson no respondió, solo inclinó ligeramente la cabeza.

Kai Chen había aparecido por la salida lateral del aeropuerto, acompañado por un solo hombre después de un corto vuelo desde Nueva York a su ciudad. Caminaba con rigidez, intentando ocultar la herida que aún tiraba de su costado. Miraba alrededor con atención, pero no la suficiente.

Grave error.

Había subido a un vehículo discreto que había arrancado inmediatamente.

—Seguidlos —había ordenado Hudson con voz baja.

Tres vehículos se pusieron en movimiento, manteniendo las distancias con el de Kai Chen. No había prisa ni tensión visible.

Chicago no era territorio neutral, nunca lo había sido.

El convoy avanzó hacia la zona del lago, alejándose poco a poco del tráfico más denso. Las luces de la ciudad se reflejaban en el agua oscura mientras el vehículo de Kai se detenía cerca de un pequeño embarcadero privado. Una barca lo esperaba.

Hudson exhaló lentamente.

—Ahí.

Los vehículos redujeron la velocidad.

Kai bajó del vehículo mirando alrededor con cautela, pero aún convencido de que había escapado. El hombre que lo acompañaba abrió la puerta de la barca mientras hablaban en voz baja.

Hudson observó en silencio y luego asintió.

Dos de sus hombres salieron del vehículo delantero como sombras, con las armas ocultas y pasos seguros. Otros dos aparecieron desde un lateral, cerrando el espacio sin hacer ruido.

Kai se giró demasiado tarde.

El primer disparo sonó seco. Luego otro y otro más. Rápidos y precisos. Definitivos.

El cuerpo del chino cayó hacia atrás antes de comprender siquiera lo que ocurría. Su acompañante intentó reaccionar, pero un disparo limpio terminó con cualquier intento.

Hudson no se movió. No salió del vehículo, no era necesario.

Observó unos segundos más mientras sus hombres confirmaban el final con gestos breves. La noche volvió a quedarse en silencio, un silencio solo interrumpido por el sonido lejano del agua golpeando contra el embarcadero.

Sacó el teléfono y marcó.

La llamada fue respondida al instante.

—Está hecho —dijo simplemente.

Al otro lado hubo un silencio breve.

—Gracias —respondió Mikhail.

Hudson apoyó la cabeza contra el asiento.

—No me des las gracias. Nadie toca lo que pertenece a un amigo mío y sigue respirando.

—Te debo una —añadió el ruso.

Hudson sonrió levemente.

—Ya hablaremos de eso.

Directamente colgó.

Miró por última vez hacia el embarcadero antes de dar la orden.

—Nos vamos.

El vehículo arrancó lentamente.

Kai Chen había cruzado el océano buscando escapar, pero el mundo de la mafia no tenía fronteras, solo finales.



27

La nieve cubría Moscú con una elegancia casi cruel. Blanca, silenciosa y perfecta.

El vehículo atravesó las avenidas amplias escoltado por otros dos vehículos mientras la ciudad aparecía ante ellos como una promesa nueva y antigua al mismo tiempo.

Elira miraba por la ventanilla sin decir nada, observando edificios imponentes, luces doradas reflejadas sobre el hielo y cúpulas lejanas recortándose contra el cielo gris. Nunca había estado allí, y menos aún había imaginado que viviría en aquella fría ciudad.

Mikhail no apartaba del todo la mirada de ella.

—Te acostumbrarás —dijo finalmente, con una calma segura.

Ella giró la cabeza hacia él.

—No sé ni decir hola en ruso.

Una ligera sonrisa cruzó el rostro de Mikhail.

—Yo me encargaré de eso.

—Ah, ¿sí?

—Empezaremos por lo básico. Órdenes sencillas.

Ella lo miró con fingida indignación.

—¿Órdenes?

—Por supuesto —respondió con serenidad peligrosa—. "Ven aquí". "No te alejes". "Bésame".

Elira soltó una risa breve, negando con la cabeza.

—Qué romántico.

—Soy ruso. No me pidas poesía cuando puedo darte protección, poder… y una casa como la que estás a punto de ver.

El vehículo atravesó unas verjas negras enormes y avanzó por un camino amplio rodeado de árboles cubiertos de nieve. La mansión apareció ante ellos, imponente, elegante, con grandes ventanales iluminados y una arquitectura clásica que imponía respeto.

Elira se quedó completamente en silencio.

—Dime que no es toda.

—Es toda.

Ella bajó del vehículo despacio, mirando hacia arriba.

—Esto es absurdo —comentó observando la imponente mansión.

Mikhail se colocó a su lado con su mano buscando la de ella de forma automática.

—Es tu casa.

Elira giró la cabeza hacia él.

—¿Mía?

—La dueña de esta casa es la esposa del líder de la bratva.

La forma en que lo dijo no fue arrogante, sino llena de orgullo.

El interior era aún más impresionante: techos altos, mármol claro, lámparas de cristal y una escalera central que parecía sacada de otra época. Pero no era frío. Había fuego encendido y una luz cálida.

Ella avanzó despacio, tocando una mesa, observando un cuadro e intentando asimilar que aquel era ahora su mundo.

—Voy a perderme aquí dentro.

—No te preocupes, te encontraré.

Ella lo miró de reojo.

—¿Siempre tan seguro?

—Siempre.

Subieron la escalera y cuando abrió la puerta de la habitación principal, Elira se detuvo en seco.

La cama era enorme, ridículamente enorme.

Ella lo miró enarcando una ceja.

—¿De verdad?

Mikhail se apoyó en el marco de la puerta.

—No me gusta quedarme sin espacio.

—Ni a mí.

Él la observó unos segundos más largos de lo normal.

—No tendrás problema.

Ella cruzó los brazos, divertida.

—Voy a tener que aprender ruso rápido si voy a discutir contigo en tu idioma.

Mikhail se acercó lentamente.

—No necesitas discutir. Necesitas aprender a decir mi nombre correctamente.

—Lo digo perfectamente.

—No cuando susurras.

Ella sintió cómo el corazón le golpeaba más fuerte y lo miró con algo distinto en los ojos.

—Merece la pena intentar hablarlo —dijo en voz baja.

Mikhail no respondió al instante. La miró como si aquella frase tuviera más peso que cualquier promesa, más valor que cualquier alianza firmada con sangre.

Le acarició la cara con ambas manos.

—Lo que empezó como un acuerdo… —murmuró con voz grave — …es lo único que me importa conservar.

Ella apoyó la frente contra la suya.

—Nunca pensé que podría amar a un hombre como tú —admitió.

Mikhail esbozó una sonrisa.

—Y yo nunca pensé que necesitaría a alguien.

La besó con calma, sin urgencia, sin guerra alrededor.

Fuera, Moscú seguía siendo fría, poderosa e implacable. Dentro, él había encontrado algo que no se compraba, no se imponía y no se conquistaba con violencia.

Elira no era su debilidad, era el motivo por el que el mundo ardería si alguien intentaba tocarla.

Y en aquella mansión, en el corazón de Rusia, el líder de la bratva entendió por primera vez que el poder más peligroso no era el miedo, sino el amor.

La casa estaba más en silencio de lo que esperaba, pese a que había bastante personal, no solo del servicio, sino de seguridad.

Era un silencio distinto al de cualquier otro lugar en el que Elira hubiera vivido; no era vacío, era profundo, cálido y protector. La nieve caía lentamente tras los ventanales enormes, cubriendo el mundo exterior con una calma engañosa.

Caminó descalza por el suelo frío hasta detenerse frente al fuego encendido. Llevaba una camisa amplia de Mikhail que le llegaba a la mitad del muslo y el cabello suelto cayendo sobre sus hombros. Aún le costaba creer que aquella mansión fuera ahora su hogar.

Escuchó pasos detrás y no necesitó girarse para saber quién era.

Mikhail se acercó despacio, sin prisa, observándola en silencio unos segundos antes de rodear su cintura con un brazo. No fue un gesto posesivo, fue algo más profundo, más natural, como si su cuerpo ya supiera que debía buscarla.

—Te estás adaptando demasiado rápido —murmuró él.

Ella apoyó la espalda contra su pecho.

—Mentira. Sigo perdida.

—Eso me gusta —respondió él—. Así tengo excusa para enseñarte todo.

Elira giró la cabeza ligeramente.

—¿Todo?

Una leve sonrisa apareció en sus labios.

—Todo.

El fuego crepitó suavemente mientras él deslizaba los dedos por su brazo, lentamente, sin intención de provocar, solo de sentirla allí. Elira cerró los ojos un momento, respirando su olor, esa mezcla de frío exterior y calor que siempre lo acompañaba.

—Nunca pensé que terminaría aquí —confesó ella en voz baja.

—Yo tampoco.

Ella abrió los ojos, sorprendida.

—¿En serio?

Mikhail asintió.

—No planeaba necesitar a nadie.

Elira giró completamente hacia él, mirándolo con una intensidad sosegada.

—Y ahora…

Él apoyó la frente contra la suya.

—Ahora no imagino este lugar sin ti.

Sus manos se buscaron solas, entrelazándose. Él inclinó la cabeza y la besó lentamente, sin urgencia, como si ese beso fuera una promesa tranquila después de la tormenta. Cuando se separaron, permanecieron cerca, respirándose, con esa calma que solo llega cuando ya no hay dudas.

Fuera, Moscú seguía siendo implacable. Dentro, todo parecía detenerse.

Elira apoyó la mano sobre el pecho de él, sintiendo el latido firme bajo sus dedos.

—¿Sabes qué es lo más aterrador? —susurró.

—Dímelo.

—Que ya no quiero otra vida.

Mikhail la observó largo rato, como si grabara cada detalle en su memoria.

Luego la acercó más hacia él.

—Entonces quédate conmigo —murmuró.

Ella sonrió.

—No pienso irme.

Él besó su frente con una ternura que solo ella conocía.

Y mientras la nieve seguía cayendo sobre Moscú, el líder de la bratva comprendió que había conquistado imperios, ganado guerras y construido un nombre que hacía temblar al mundo… pero nada de eso se comparaba con tenerla allí, entre sus brazos, por elección propia.

Porque el poder podía gobernar ciudades, el miedo podía controlar hombres, pero el amor… era lo único capaz de convertir a un monstruo en hogar y él, ahora, era el hogar de ella, y viceversa. No las paredes de aquella mansión en Moscú, no el despacho desde el que gobernaba medio continente, no el nombre que hacía que otros hombres bajaran la mirada. Su hogar no era un lugar. Era la mujer que dormía a su lado con la respiración tranquila, ajena por unas horas al peso del mundo.

Sabía que la vida que le ofrecía era peligrosa. Siempre lo sería. Su apellido no traía calma, traía guerra, alianzas, traiciones y sangre, pero también sabía algo más, algo que nunca antes había comprendido del todo: proteger no era suficiente.

No quería solo mantenerla a salvo, quería que se sintiera amada, querida y escogida.

Ella no era un pacto ni una alianza estratégica entre mafias; no era una deuda de honor. Era su esposa, su mujer, su elección… y pensaba demostrarle cada día que no se había equivocado al quedarse.

Antes de Elira, su mundo había sido simple y brutal: negocios, armas, destrucción, violencia. No existían los matices, solo el blanco y el negro; ganar o morir. Había aprendido a sobrevivir endureciendo el corazón, construyendo una coraza que nadie había logrado atravesar: ni enemigos, ni socios, ni siquiera la familia… solo algunos amigos. Hasta que apareció ella.

Elira no había derribado su coraza a golpes. Había entrado como un viento fresco, paciente, constante, colándose por las grietas que ni él sabía que tenía. Sin darse cuenta, la frialdad que lo definía comenzó a templarse. No perdió su dureza, no perdió su poder, pero ganó algo que jamás había tenido: un motivo.

Ahora su vida cobraba sentido de una forma que ningún imperio le había dado. Por primera vez no luchaba solo por territorio, dinero o respeto; luchaba por alguien, por la mujer que lo miraba sin miedo cuando el resto temblaba, por la única persona capaz de enfrentarlo y, aun así, quedarse.

Sabía que vendrían más guerras, más enemigos y más hombres lo suficientemente estúpidos como para intentar poner a prueba su paciencia.

Pero ahora no peleaba por orgullo: peleaba por ella. Y eso lo convertía en algo mucho más peligroso, porque cuando un hombre como él ama, no lo hace a medias… arrasa.

Mikhail inclinó la cabeza y besó suavemente el cabello de Elira mientras ella descansaba entre sus brazos.

Ahora, su vida ya no era solo poder; era propósito. Y si el mundo volvía a arder, lo enfrentaría sabiendo que, por primera vez, no

estaba solo.

Porque el líder de la bratva había descubierto algo que ningún enemigo podría arrebatarle jamás: el verdadero poder no era el miedo que inspiraba, era la mujer que había elegido amar y por la que era capaz de convertirse en algo mucho más peligroso y letal de lo que ya de por sí era.

Fin

AGRADECIMIENTOS

No quiero dejar pasar la ocasión de agradecer a las personas que tanto me han ayudado. A mi marido, Raúl, y a mi hija, Cora, gracias por estar siempre a mi lado, por ayudarme en estos momentos y ser la alegría y la fuerza que me impulsan a seguir adelante.

A mis padres, que siempre estan ahí apoyándome, ahora desde el cielo.

A Nerea y Ángels, gracias por estar siempre ahí, escucharme y ayudarme en mis momentos de bajón.

A Marta, gracias por ayudarme siempre con la documentación y por ser esas conversaciones tan amenas los miércoles cuando tomamos un café.

A Marien Fernández, gracias por la portada y la maquetación. Siempre lo digo, pero es la verdad, es un placer trabajar contigo.

Tampoco puedo dejar pasar la ocasión sin agradecer a un grupo de personas que he conocido recientemente y que me están ayudando muchísimo: Isabel del blog Isabook, Andrea del blog andreebooks, Ana del blog lectorasdeana, Nerea del blog deboralibros, Lorena del blog Lorena_book, Sandra del blog devoradora.de.libros, Rosa de Rosabooks, Ainhoa del blog Deborahlibros, Rebeca del blog Becky Lobel, Guacimara del blog Guasi_books, Leire del blog leire_je y Kira de Kiradeveraux. Muchísimas gracias por haberme recibido con los brazos abiertos, por vuestra ayuda y por esas conversaciones que mantenemos hasta altas horas de la noche.

Y a todos los lectores: muchas gracias por darle una oportunidad a la novela, espero de todo corazón que la hayáis disfrutado.

Un fuerte abrazo.

Mariah.


MARIAH
EVANS
autora
Mariah Evans
@mariah.evans.escritora
@mariah_evans1
¡NO TE PIERDAS NINGUNA
DE MIS HISTORIAS!
amazon
¡ESCANÉAME!
¡Escanea el QR!
¡No te pierdas ninguna
de mis historias!

¡ESCANEA EL QR!

[1] Del ruso: joder